DIVINAS EN APUROS

IRENE BLAZQUEZ

Ilustración: María Molines

DIVINAS

EN

APUROS

Irene Blázquez

Copyright © 2020 Irene Blázquez
Todos los derechos reservados.

1. LA RAÍZ
2. COMENZANDO A VIVIR
3. LLENA DE VIDA
4. MÁS ALLÍ QUE AQUÍ
5. LA RELATIVIDAD DEL AMOR
6. JUEVES
7. VIERNES POCO DIVINO
8. VIERNES MUY, PERO QUE MUY POCO DIVINO
9. NUEVOS PLANES
10. CONVERSACIÓN CENTRE ÁNGEL Y DEMONIO
11. NO PUEDE PLANEARSE TODO
12. LO QUE PASA EN LAS VEGAS SE QUEDA EN LAS VEGAS (I)
13. LO QUE PASA EN LAS VEGAS SE QUEDA EN LAS VEGAS (II)
14. POPURRÍ DIVINO
15. LA PLAYA
16. A FLOR DE PIEL
17. DECLIVE
18. LLUVIA ÁCIDA
19. LOS ÚLTIMOS CARTUCHOS
20. MAGIA POTAGIA
21. NUESTRAS PINTAS
22. SU GRAN NOCHE
23. DE VUELTA
24. VIDA NUEVA
25. *FIRST TIME*

26. EN APUROS
27. EN EL MONTE DEL OLVIDO
28. TAL VEZ EN OTRO TIEMPO
29. VIENTO EN LA CARA
30. CUESTA ABAJO Y SIN FRENOS
31. EGO
32. TOMA Y DAME
33. *MEETING*
34. BRILLAN COMO *STARS*
35. DESÁTAME O APRIÉTAME MÁS FUERTE
36. GRABADO EN LA PIEL
37. LA CURIOSIDAD NO MATA SOLO A LOS GATOS
38. GRABADO EN EL CORAZÓN
39. MI CASTIGO
40. NADIE PASA DE ESTA ESQUINA
41. GASOLINA DE VERDAD
42. SANGRE CALIENTE
43. FUN FUN FUN
44. IRSE ANTES DE IRSE
45. MARIPOSAS
46. TAPAR EL SOL CON UN DEDO NO ES DE HUMANOS
47. BILLETE DE IDA
48. UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA
49. MENTIRA PIADOSA
50. GOLPE DE REALIDAD
51. LA BOCA DEL LOBO

52. MAR DE DUDAS
53. TENEMOS UN EMAIL
54. LUNA SE DESNUDA
55. VANESA SE DESNUDA
56. TERESA SE DESNUDA
57. MEGAN SE DESNUDA
58. LUCÍA SE DESNUDA
59. ELISA SE DESNUDA

Para la gente que siente que verbalizar unproblema es la clave para empequeñecerlo

Para la gente que piensa que los amigos son familia

Para ti, que vives con intensidad

1. LA RAÍZ

Sí, estoy un poco loca y soy un poco (muy) impulsiva. Me lo han dicho toda mi vida y mirando al pasado, lo decían con toda la razón del mundo. En las reuniones familiares, mi madre sigue contando aquella vez que invité a una amiga del colegio a mi cumpleaños.

Te cuento esto porque no era mi cumpleaños. Recuerdo perfectamente estar haciendo las invitaciones para dos de mis compañeras de clase. Una vez, me ingresaron en el hospital y me regalaron, a modo de <recupérate pronto>, una caja con tarjetas para decorar, por lo que creí que era buen momento para utilizar esas tarjetas e invitar a esas niñas a mi fiesta de "cumpleaños". No había cumpleaños, por lo que imaginarás que tampoco había fiesta. Mi madre no tenía ni idea del planazo que yo había preparado para aquella tarde de sábado. El día anterior, me dijo una de las compañeras que no podría venir, por lo que esa tarde solo seríamos dos. De pronto, sonó el timbre de mi casa. Mi madre fue a abrir la puerta. Yo me quedé en mi habitación atenta para ver si era mi invitada.

—Hola, vengo a dejar a Loreto al cumpleaños de Lucía. ¿A qué hora paso a buscarla? —dijo el padre de la niña.

—¿Cómo que al cumpleaños de Lucía? —contestó mi madre sin entender nada—. Lucíaaaaaaa, ven ahora mismo.

Al llegar al recibidor de mi casa, no pude dejar de reírme por dentro al ver cómo iba vestida Loreto. Toda repeinada con un moño alto, su pelo rubio estaba en perfecta sintonía con su vestido de flores estilo princesa. Parecía que se iba a una comunión o alguna celebración similar. Bueno, en realidad iba a un cumpleaños, pero allí no habría tal evento. En sus pequeñas manos llevaba una bolsita con un regalo dentro, el cual me dio por cortesía.

—Lo siento, pero no es el cumpleaños de Lucía —dijo mi madre sin saber dónde meterse.

—Es que quería pasar la tarde con ella —musité.

—De todas formas puede quedarse ya que está aquí —dijo mi madre mirando al padre de Loreto.

—Mmm… vale. En dos horas paso a buscarla. —contestó con una visible seriedad.

La tarde fluyó normal, con menos sonrisas y diversión de lo que se suponía que debería ser una fiesta de cumpleaños. El paquete que me cayó cuando la niña se fue de mi casa fue minino. Cuando llegué el lunes al colegio, la niña no me hablaba y nunca más volvió a dirigirme la palabra. Genial.

De todas formas, te diré que jamás aprendí. Ni de eso, ni de nada. No suelo aprender de las cosas que me ocurren. He crecido, pero no sé hasta qué punto he madurado. Primero actúo y después, si eso, pienso.

Siempre he sentido la necesidad de pertenecer al grupo, de ser aceptada, de ser querida y de sentirme de igual a igual. Muchas veces me he sentido juzgada por mi entorno, muchas veces me he sentido menos que el resto y tal vez por eso he tenido que llamar la atención.

Siempre he sido una niña revoltosa, pero con buen corazón. Desde bien pequeña me ha gustado hacer sonreír a los demás. Hasta regalé el primer móvil de mi madre a una amiga de la urbanización para que esta chica fuera un poco más feliz. Por suerte pudimos recuperarlo.

Nunca he sido una princesita y tampoco lo he soñado jamás. Siempre he odiado el color naranja de mi cabello y el blanco de mi piel. Gordita y bajita… una monada, vaya. Todavía estoy esperando dar el estirón…

Pues bien, lo que hoy son graciosas anécdotas, en su día fueron auténticos tormentos para mi madre. Ella, que es tan prudente y tan elegante… le ha salido una hija un tanto terremoto. No sé muy bien de dónde viene esa necesidad de hacer las cosas sin reflexionar ni un segundo, sin pensar sus consecuencias, sin medir el impacto… hoy sigue siendo mi mayor defecto. Pero gracias a ello he experimentado muchas cosas y he logrado conocerme bastante bien. Me he pasado la vida haciendo pequeñas fechorías. Mi madre tenía miedo cuando no me oía, porque significaba que algo estaría maquinando.

Una vez, decidí que ya no quería seguir teniendo cuidadora. Mi madre trabajaba todo el día en su despacho y necesitaba a alguien que le ayudara con mi hermano mayor y conmigo. Nunca me caían bien las niñeras. Mi hermano, muy responsable, estudiaba en su habitación con la puerta cerrada y tal vez con la música de Mozart sonando en sus auriculares. Un buen día, le pedí a una de las cuidadoras que se sentara en la silla porque le iba a dar un masaje, ya que le veía un poco tensa. Comencé con el masaje, pero

continué atándole las manos por la espalda con ayuda de una cuerda. Como la silla tenía ruedas no me fue muy complicado llevarle hasta el rellano de la casa, donde se ubicaba el ascensor comunitario. Sin más, le saqué las tetas de la camiseta y volví a entrar en casa. Cerré la puerta y esperé unos minutos. Dudé de si entrar en la habitación de Marcos, quien, efectivamente, estaba estudiando para el examen del día siguiente. Le conté lo que le había hecho a la niñera y salió corriendo al rellano, le desató y ella pudo meterse las tetas en el interior de su camiseta. Se levantó de la silla y me dio un generoso tortazo. Jamás volvió. Mi madre no sabía qué hacer conmigo. <Un día cambiará> repetía a diario.

Ella siempre quería que me apuntara a cursos de todo, pero a mí no me gustaba nada, yo no tenía inquietudes intelectuales. No pensaba en el futuro ni en la responsabilidad. Tardé bastante tiempo en sentar la cabeza y en interesarme por algo más que maquinar un plan perverso. Mi madre es abogada y ella quería que yo también lo fuera. A mi hermano no pudo convencerle, él prefirió ser psicólogo. Le costó tener un buen empleo por la crisis económica de 2008, pero ahora está muy bien donde está. Aunque su ilusión era tener su propio despacho y no trabajar para otros. Era su sueño y siempre acababa consiguiendo todo lo que se proponía. A constancia, trabajo y esfuerzo no le gana nadie. Justo igual que yo (ja —ja —ja).

Mi padre vivía en Valencia por motivos de trabajo. Lo que sería transitorio terminó siendo definitivo. Al principio venía a casa los fines de semana, pero tres años después, tuvimos una reunión familiar en la que se lloró mucho. Nuestros padres nos contaron a Marcos y a mí que papá ya no se quedaría en casa cuando viniera a vernos a Alicante. Ya éramos lo suficientemente mayores como para entender que la distancia física se había convertido en distancia sentimental.

—Vendré a visitaros e iremos a casa de la abuela. Vendré los sábados cada dos semanas, iremos a comer y si queréis podéis dormir conmigo —dijo mi padre con los ojos hinchados.

—Pero papá, en casa de la abuela solo hay dos habitaciones —se quejó Marcos.

—Bueno, Marcos, es solo si queréis. Nadie os va a obligar a nada —respondió mi madre.

—Pero ¿por qué no puedes quedarte en casa? —refunfuñé—, nunca debiste irte a trabajar a Valencia, papá. Aquí lo tenías todo; tu familia, tu trabajo, tu casa, tus amigos…

—Lucía, no todo sucede como planeamos. Ya sabes que fui para hacer un proyecto, después me pidieron hacer otro, después otro… y ya había pasado más tiempo del que hubiera querido —dijo mi padre con dolor.

—Chicos, los planes iniciales no eran así, ya lo sabéis. Las relaciones necesitan cuidarse día a día y nosotros no hemos sabido hacerlo mejor —expresó mi madre visiblemente apenada.

Y yo me pregunté que por qué no habían cuidado a la familia, si sabían que las relaciones debían cuidarse día a día, ¿por qué no lo habían hecho? No tardé en acostumbrarme a aquella situación. Yo ya tenía quince años y Marcos dieciocho. Creí entenderlo, aunque me quedé con la sensación de hogar roto. Aquella decisión me marcó y nadie sabe hasta qué punto. Ni yo misma lo sé.

Mi padre siempre ha sido muy ambicioso profesionalmente. Sinceramente, ha tenido éxito. Es bastante importante en el sector de la arquitectura. Su idea era combinar la vida profesional con la personal, pero para él siempre ha tenido más peso la primera. Imagino que, sin ser consciente, apostó más por esta. Mi madre, por el contrario, apostó por su familia sin abandonar su trabajo. Sus hijos para ella son su máxima, su prioridad. No obstante, no pienses que me estoy quejando. Mis padres y Marcos siempre han sido lo más importante para mí.

2. COMENZANDO A VIVIR

El paso por el colegio me dejó un poco indiferente. No me interesaban ni las personas ni lo que contaban. Hice amigos y amigas, pero de esos que pasan por tu vida sin dejar huella. Yo no quería estudiar y no seguí con el instituto cuando tocaba. Tonteé con la idea de vivir el día a día pasándomelo bien y que ya tendría tiempo de crecer. Pero me iba haciendo mayor y poco responsable. Me aburría día tras día en casa. Me avergonzaba mi situación. Dormía, comía y engordaba. Odiaba la monserga de mi madre cada tarde diciéndome que tenía que hacer algo con mi vida, comparándome con Marcos y con la hija de su compañera de trabajo.

—Fíjate en la hija de Juani, que tiene un año menos que tú y ya va a terminar bachillerato para entrar en la universidad. Yo no sé qué quieres hacer con tu vida, Lucía. No puedes vivir eternamente así. Tendrás que ir pensando qué hacer, si trabajar o estudiar algo, pero no tardes en decidirte.

Esas palabras de mi madre las había oído mil veces, pero esta vez no me lo dijo enfadada, me lo dijo preocupada y triste. Se me quedó un nudo en la garganta y me hizo pensar. Pocos días después me puse a ello y busqué alternativas. Empecé a trabajar en una zapatería, pero no me gustó. Como experiencia estuvo bien, pero yo quería algo más. Yo sabía que más adelante querría algo más. Mi sueño era enamorarme y que fuera recíproco, casarme, tener hijos, tener mi casa, mi hogar, mi trabajo y mucha vida social. Siento hacerte un *spoiler* de la vida… se necesita mucho dinero para todo eso. Yo estaba acostumbrada a vivir bien y no quería dejar de hacerlo. Además, quería ser independiente. No me seducía la idea de que un hombre me mantuviera después de haberlo hecho mis padres. Yo hablaba con mi novio de este asunto, pero a Jonás le daba igual. Le daba igual si yo trabajaba o no, si tenía aspiraciones o no… él era de los que vivían el día a día. Como yo…hasta que cambié el chip. Yo tenía diecinueve años y con él llevaba dos. Él decía que me notaba rara, pero tampoco con mucho empeño, es decir, que no se le veía muy afligido. Decía que a veces tenía ideas que no eran propias de mí, como por ejemplo entrar en el instituto para hacer el bachillerato científico. ¡Qué tontería era esa! Pues lo hice y fue lo mejor que pude hacer.

Poco a poco, sentía que me iba despegando de Jonás. Que íbamos evolucionando a ritmos, tiempos y direcciones diferentes. Empecé a sentir que no me llenaba, que no podía hablar con él de nada que no fuera muy básico y cotidiano. Él era muy celoso y tampoco le venía bien que yo ampliara fronteras y explorara el mundo porque podría gustarme y… vaya si me gustó. Más adelante sabrás cuánto.

Todo lo hacía por impulsos, por ideas que pensaba durante milésimas de segundo y casi sin consultar con nadie, ni si quiera conmigo misma. En el instituto conocí a Teresa, Elisa, Luna, Vanesa y Megan. En ese entonces no sabía que iban a ser mis mejores amigas, no sabía que hablaría con Teresa sin necesidad de palabras, que una mirada sería suficiente para contárnoslo todo. No sabía que Elisa sería mis pies en la tierra, mi hombro donde llorar y mi invencible. No sabía que Luna, con ese carácter tan áspero y seco, sería para mí alguien muy especial, aunque a veces me pusiera de los nervios. No sabía que Vanesa sería tan parte de mí. No sabía que Megan me haría reír tanto y tendría con ella tanta complicidad. No sabía que le conocería a él.

Las clases se hacían por la tarde y, aunque quedaba en mí una esencia aventurera y traviesa, fui medianamente responsable. Los descansos con las chicas eran lo máximo. Qué bien nos lo pasábamos atiborrándonos de *Nocilla* y pan, cantando, gastando bromas a los profesores… ¡qué etapa tan divertida!

A Teresa aún hoy le encanta recordar cuando, en clase de inglés, antes de comenzar con la sesión, me levanté de mi silla y le dije al profesor que no podíamos empezar la clase hasta que yo no saliera a cantar una canción.

—Veeenga, Lucía. Sal a cantar la canción —dijo el profesor con cansancio

—El amooooor llegaaaaa bieeeeennnn a laaaa vidaaaaaa uuuuhhh el amooooorrrrrr —canté improvisando sin intención de entonar.

Pobre Teresa…la de cositas que me ha tenido que aguantar. Aunque Teresa me lo aguanta todo encantada. Ella es una auténtica divina. Rubia, con el pelo larguísimo, alta, con un cuerpo que quita el hipo a cualquiera, con estilo, con sus ojos saltones y oscuros y su manera divina de caminar. Ella iba para bailarina, pero se rompió la pierna y ya no pudo seguir bailando de forma profesional. Y yo me alegro, porque la tengo conmigo. Yo sé que habría triunfado. Es buena en todo lo que hace y en el baile despunta. Con ella siento una conexión especial, algo que no tengo con

nadie más. Es divertida, un poco dejada, pero es un puzle perfecto, porque yo soy justo lo contrario. Teresa y yo no empezamos con buen pie. Estábamos en clase y ella estaba sentada delante de mí y se me ocurrió decirle que tenía las puntas del pelo quemadas. A una divina no le gusta que le digan esas cosas, pero su larga melena con las puntas estropeadísimas estaban encima de mi mesa y no podía dejar de mirar lo mal que estaban. Como soy de hacer en lugar de pensar, se lo solté.

—¿Perdona? Se me ha enganchado el pelo con la parte trasera del secador —contestó Teresa alucinada. Se dio la vuelta y se quedó pensando en lo tonta que era la chica de atrás.

Ella ya conocía a Elisa de antes, por lo que para ellas fue un reencuentro. Yo también había coincidido con ella en una extraña situación, pero todavía no lo sabíamos. Años atrás, mi anterior novio me engañó con la mejor amiga de Elisa y yo fui a su instituto con la intención de poner las cosas claras. La chica pensó que yo quería pegarle. Es cierto que en esa época era un poco malota, pero yo no iba pegando por ahí. Solo fui para comprobar si todo era cierto. Elisa salió para ver qué quería yo, pero yo quería hablar solo con la chica en cuestión, no con Elisa. Cuando nos vimos no nos reconocimos. Recuerda que yo cambié el chip, con lo que también cambié mi forma de vestir y mi físico. Mi pelo seguía siendo asquerosamente naranja, aunque mi mítica coleta y las mechas rubias y marrones, disimulaban un poco el color anaranjado. Ya no me sobraban kilos y vestía conjuntando perfectamente mi ropa. Pintaba mis verdes y rasgados ojos de forma natural, dejando que fueran los protagonistas. Mis labios siempre cubiertos con el *Superstay Matte* color granate o fucsia y un colorete muy suave.

Elisa iba a clase de dibujo técnico con Luna, quien hablaba de sexo constantemente y yo no podía reírme más. Me gustaba que detallara cómo era la polla de Pepe, cómo le había embestido, lo bien que le comía “la chirla”, la arcada que le dio chupándosela o cuando le dijo: <toma toda mi leche>. Qué loca estaba Luna. Creo que era ninfómana. Elisa y Luna venían a clase con las bolas chinas puestas y nos contaban las sensaciones. No digo más.

Con Vanesa no tuve conexión desde el principio. No sé por qué. Bueno, sí lo sé. No es de las personas a las que conoces de primeras, hay que ahondar en ella para sentirte atrapado por su bondad y entender cómo funcionan sus pensamientos y sentimientos.

Yo iba con Megan a la clase de matemáticas avanzadas. Megan es rápida e ingeniosa. Siempre me seguía en mis locuras y proponía nuevas aventuras. Y a mí, con poquito me convencías. A ella también. Así que Megan empezó a venir con nosotras y formamos un grupo maravilloso.

Un día, Teresa nos dijo que nuestro grupo era muy divino y que, como divinas que éramos, los miércoles tendríamos que ir a clase vestidas con la parte de arriba de color rosa. Para Jonás también eran tonterías. Los viernes, después de clase, las divinas y yo creamos la rutina de ir a cenar y al Karaoke. Los viernes pasaron a llamarse *viernes divinos*. Para Jonás esto era una falta de respeto y para mí era empezar a vivir. Y empezar a alejarme. Pero todavía no lo veía. Solo me sentía con menos ganas de Jonás y más ganas de estar con las chicas.

El profesor de Biología nos pidió un trabajo en grupos de tres. Él hizo los grupos. A mí me tocó hacerlo con Rocío y con Santi. Nunca había hablado con ellos, por eso yo prefería ir con Megan, pero este profesor siempre intentaba separar a los amigos. Santi era guapo a rabiar. Pelo castaño claro y alborotado, ojos azules, labios gruesos, barba de tres días, cuerpo marcado y varios centímetros más alto que yo. Voz masculina y sexy. La primera vez quedamos en casa de Rocío y yo miraba a Santi. A los 30 minutos llamó su novia para preguntar si iba a terminar muy tarde. Él colgó el teléfono con desgana y nos contó que le llamaba para todo. Un día normal podía llamarle cinco veces para cosas poco importantes, algo que él clasificó como querer controlar. Yo le comenté que sabía de lo que hablaba porque Jonás también era así. Finalmente, dejamos el trabajo un poco de lado y Rocío empezó a bostezar. Sentí que estaba hablando con alguien muy maduro e interesante. Después, en las clases ya cruzábamos más palabras y más miradas.

3. LLENA DE VIDA

Elisa no estaba pasando por un buen momento. Las chicas y yo solo podíamos estar a su lado en ese duro golpe. Su hermana, Martina, cuatro años mayor que ella, acababa de tener un accidente con la moto y se había quedado en coma sin mucha esperanza de despertar. El novio de Martina estaba destrozado. Llevaban tres años juntos y planeaban casarse. Esto nadie se lo esperaba… una chica de veintitrés años con muchos planes, mucha energía y mucha alegría. Elisa venía al instituto solo por estar con nosotras, por despejarse de esa situación tan horrible, por alejarse unas horas del hospital… en las clases estaba ausente y a veces ni entrábamos. Pese a esto, Elisa no perdió la sonrisa. Cabe decir que no tenía muy buena relación con su hermana. Martina había mentido a sus padres en varias ocasiones, le había robado a ella sus pocos ahorros y decía que le avergonzaba su familia. Martina no tenía un corazón precioso, pero era su hermana y no dejaba de dolerle. Una noche, después del instituto, Elisa fue al hospital y se encontró allí a Rodrigo, el novio de Martina. Rodrigo iba al hospital cada día después de trabajar. Él siempre hablaba de los planes que harían cuando Martina despertara, de adónde le llevaría a cenar, de cómo harían la boda, de lo que harían en la luna de miel… siempre con esperanza. Pero ese día estaba especialmente triste, Elisa se lo notaba en los ojos, en las ojeras y en su ausencia de esperanza.

—Rodri, te estás quedando en los huesos —dijo ella poniéndole la mano en el hombro.

—Me da igual, solo quiero que tu hermana despierte, solo quiero eso —musitó Rodrigo con los ojos brillantes.

—Y a mí que los disgustos me dan hambre…

—Llevo tres semanas viniendo cada día después de trabajar y cuando llego a casa solo quiero acostarme, no me dan ganas de prepararme nada. La casa se me cae encima sin ella. Ya son tres semanas en coma y yo tres semanas sin fuerzas —una lágrima cayó de un ojo de Rodrigo.

— Joder, pero tienes que comer con o sin hambre.

—¿Tú crees que se va a despertar? —le preguntó Rodrigo mirando a Martina.

—Pues sinceramente no lo sé, pero espero que sí. No quiero perderle.

—Yo tampoco, Elisa, no quiero, no quiero —varias lágrimas cayeron de los ojos de él y Elisa fue a abrazarle algo tímida.

—Rodri, ¿tú crees que nos escucha? —ahora también caían lágrimas de los ojos de Elisa.

—Espero que sí, porque no dejo de decirle que le quiero y que le espero. Deseo que eso le dé fuerzas para despertar.

El estómago de Rodrigo hizo un ruido y ellos empezaron a reír.

—Rodri, te mueres de hambre, cabrón. Vamos a cenar algo, anda, que yo también tengo hambre.

—Vale, pero yo invito —dijo él sonriendo.

—Uy, creo que no voy a poner resistencia, me voy a dejar invitar porque eres tú —se oían las carcajadas por todo el pasillo del hospital.

Elisa y Rodrigo se fueron a la pizzería preferida de Elisa; *Sale&Pepe*. Allí las pizzas no son redondas, son rectangulares y miden un metro. Puro placer para el paladar. *Sale&Pepe* está en el casco antiguo de Alicante, por lo que allí siempre hay buen ambiente y más un viernes.

Ellos se caían bien, pero como la relación entre las hermanas no era muy estrecha, no habían tenido la oportunidad de pasar mucho tiempo juntos. Elisa sabía que Rodrigo era guapo, musculoso y con una sonrisa preciosa. Su pelo marrón oscuro, ojos color miel, barba de varios días y carita de pillín, pero con buen fondo. Elisa tenía el pelo marrón con las puntas más claras, más o menos por los hombros y con su flequillo recto que tanto le caracterizaba. Tenía un lunar al lado del ojo derecho y unos labios gruesos que siempre pintaba de rojo pasión, esto le hacía más irresistible. Tenía un cuerpo perfectamente trabajado en el gimnasio y un carácter que emboba a cualquiera. Además, siempre iba perfecta. Ese día llevaba un top corto rojo y unos vaqueros, dejando que se vieran cuatro centímetros de piel entre el top y el pantalón. En los pies llevaba unos botines con tacón ancho. Las noches de mayo, en Alicante son preciosas, pero algo frescas. Ella tenía frío, por lo que entraron al interior de la pizzería. Él la miró sonriendo, oliendo fuertemente el aroma a horno de leña y pizza recién hecha. Ella estaba tranquila, pero se veía extraña estando allí con él. Los dos ojearon la carta y decidieron pedir una pizza de un metro para los dos. Normalmente, eso se comparte con más gente, pero acababan de ver servirla en una mesa y no pudieron resistirse. Allí estaban ellos, en una mesa para dos con una vela en el medio. Elisa sopló la vela para apagarla.

—Vamos a quitarle un poco de romanticismo a esto —dijo Elisa sonriendo de lado.

—Pero si hacemos muy buena pareja —bromeó Rodri.

—¿Qué quiere beber esta parejita? —preguntó el camarero y ellos se miraron y sonrieron.

—Yo quiero una cerveza —contestó Rodrigo.

—Mmm, no, de eso nada, una botella de vino para los dos —añadió Elisa.

—Hacemos caso a la jefa, ¿no? —dijo el camarero.

—Sí, hacemos caso a la jefa —contestó Rodrigo mirando a Elisa.

—Luego el jefe que elija el postre y en paz —añadió Elisa pasándoselo pipa. El simpático camarero asintió y tomó nota de la pizza. Después de quitarles las cartas se fue.

—Madre mía, se ha creído que somos novios —dijo Elisa ruborizada.

—Bueno, es normal. Estamos aquí solos.

No hablaron de Martina en ningún momento. Estaban ahí para despejarse y siempre que se veían en el hospital hablaban del estado de Martina, pero ese ratito era para desconectar. Se contaron cosas de su presente y de su pasado y de lo que esperaban que fuera su futuro. Ella quería trabajar en algo relacionado con el deporte y él trabajaba como personal de mantenimiento en una importante empresa.

—Elisa, gracias por esta noche. Me ha venido genial desconectar y reírme un poco. —dijo él cuando estaban en la puerta de casa de Elisa.

—A tu barriga también le ha venido bien.

Se dieron dos besos, ella salió del coche de Rodrigo y entró en su portal. Miró hacia atrás y ahí seguía él esperando a que ella cerrara la puerta. Se dijeron adiós con la mano, ella cerró la puerta y él se fue.

Al día siguiente, Elisa había quedado con nosotras. Era sábado y teníamos tarde de chicas. Nos encantaban, bueno, nos encantan las tardes de chicas. Habíamos quedado en casa de Luna. Como siempre, nos recibió en tetas. Estábamos todas en el baño de Luna mientras ella se duchaba con la mampara abierta. Siempre hacíamos ronda. Cada vez le tocaba a una contar sus historias porque en el instituto no nos daba tiempo a hablar demasiado.

Yo contaba que no sabía lo que me pasaba con Jonás, pero que no sentía lo mismo. Sinceramente, creo que lo que ocurrió el año anterior marcó un antes y un después en mi perspectiva hacia mi relación. Con ellas siempre

desnudaba mi corazón, siempre era yo misma. Me sentía escuchada, valorada y nada juzgada.

Teresa expresaba las ganas que tenía de tener un novio estable, que estaba harta de conocer a chicos y sacarles pegas. Quería enamorarse y que se enamoraran de ella. A todos los chicos que se interesaban en ella, les ponía peros. Había un chico especial para Teresa, pero este chico no sentía lo mismo por ella. A veces parecía que sí, pero luego demostraba que no y Teresa estaba harta.

Luna, desde la ducha, lavándose el chichi, decía que ella quería follar, que no buscaba enamorarse. Luna prefería no preocuparse en dar explicaciones, por los celos, por aquello que supusiera sentimientos más allá de los carnales.

Vanesa estaba feliz, nos hacía ver sus dientes constantemente porque no dejaba de sonreír. Su novio babeaba por ella y viceversa. Su novio se había ganado la confianza de todas nosotras. Yo le quería muchísimo. Iba al instituto con nosotras y los descansos con él eran una fiesta. Sacaba su guitarra y nos cantaba canciones de amor que siempre dedicaba a Vanesa. Eran muy felices. De momento.

Megan no vino a esa reunión. Ella no venía siempre con nosotras. Luna y Megan no se llevaban muy bien, así que a veces se inventaba alguna excusa y no venía a nuestras quedadas. Otras veces era cierto, porque estaba muy metida en Las Hogueras, la fiesta más importante de Alicante. Con la gente del mundo *fogueril* ella se sentía muy a gusto y muy ajetreada, porque este mundo da mucha faena. Megan estaba entregada de lleno a esta fiesta y se quería presentar para ser Belleza del Fuego, por lo que le dedicaba mucho tiempo. Ella tenía muchas posibilidades de ser elegida, porque era guapa a rabiar. Era una rubia de ojos grandes y con un azul precioso. Tenía un cuerpo perfecto, no era muy alta, pero sí muy resultona. Su cara de muñequita dejaba embobado a todo aquel que le miraba. Además, era la reina de los buenos modales y eso cuenta mucho para el jurado de las Bellezas del Fuego. Yo no entiendo mucho este mundo, ni entiendo a la gente que está todo el año enfrascada en esto. Me imagino que no lo entiendo porque no formo parte de él.

Elisa siempre era la última en la ronda porque sus relatos solían ser los más largos. Ya en la terraza de la casa de Luna, Elisa comenzó su turno. Nos habló de su reciente ex. Este chico del que estaba profundamente enamorada. Dos meses atrás parecía estarlo él también. No tenían ningún

problema, se llevaban genial, follaban a menudo, ella se había adaptado a su vida campestre. Hasta le regaló una cabra por su cumpleaños. Parecían estar totalmente entregados el uno con el otro y después de tres años de amor sin peros, sin dudas, sin problemas… él la dejó. No le había notado raro, no había percibido señales de una ruptura cercana… todo era muy extraño y ella no hacía más que preguntarse por qué, qué pudo pasar. Preguntas y más preguntas. Las explicaciones de este chico fueron muy breves. Dijo que sus sentimientos hacia la relación y hacia ella habían mutado, ya no la veía como su novia, sino más como una colega. Para más inri, cuando tres semanas atrás le mandó un mensaje para contarle lo del accidente de su hermana él jamás contestó. Ella había hecho algunos intentos por saber de él, pero no hubo respuesta.

4. MÁS ALLÍ QUE AQUÍ

El lunes, en el instituto, el profesor de biología nos revisó el trabajo de los polisacáridos que estábamos realizando en grupos de tres. Quedaban quince días para entregarlo y estábamos muy verdes. El profesor nos dijo que si queríamos aprobar, tendríamos que echarle horas. Por ello, después de clase, nos fuimos a la biblioteca 24h de la Universidad de Alicante y seguimos con el trabajo. Después de un rato, decidimos salir a descansar y comer algo. ¡Qué simpático y qué guapo era Santi! ¡Qué ojos tenía! Se le hacían unos hoyuelos preciosos en las mejillas cuando se reía. Estaba guapo hasta masticando ese sándwich de pavo y queso.

—Chicos, me voy a ir ya. Son las doce y media de la noche y yo mañana madrugo para trabajar en la tienda —dijo Rocío interrumpiendo mis pensamientos—, ¿vosotros vais a continuar?

—Un poco, ¿no? —me preguntó Santi.

—Sí, un poquito más, que hay que meterle caña —contesté mirando a Rocío.

—Me sabe muy mal irme. Para compensar, mañana puedo continuar yo sola en mi casa —nos dijo Rocío con cara de pena.

—No te preocupes, guapa. Lo entendemos perfectamente —contesté sonriendo y tocándole el brazo a Rocío. Sonrió y se fue.

—¿Tú crees que estamos enfocando bien la hidrólisis del enlace glucosídico? —me preguntó Santi un tanto preocupado.

—Deberíamos buscar más información acerca de las enzimas que hidrolizan el almidón.

—Joder, vaya rollo de trabajo —al hablar me puso su mano encima de la mía durante un segundo—, ¿qué hemos hecho para merecer este trabajo tan aburrido?

—Algo muy malo, seguro —dije mirando al suelo, sintiendo que se me empapaba la entrepierna.

—¿Qué pasa, te agobia el trabajo? —me volvió a coger la mano y yo mentalmente le pedí que parara, pero le sonreí.

—No, pero he perdido mucho tiempo en mi vida y quiero aprobar ya el bachillerato para ver qué hago con ella —necesité quitar mi mano de entre

la suya y la mesa porque me ponía nerviosa.

—Lo importante es que ya no pierdas el tiempo aunque lo hayas hecho en el pasado. Déjame decirte que yo también lo he perdido y a veces me pregunto si sigo haciéndolo —se tocó el pelo de una manera que me aceleró los latidos del corazón. Solo esperaba que él no lo estuviera percibiendo.

—Entonces aplícate tu consejo y no pierdas el tiempo en el presente. ¿No estás hablando del trabajo de biología, no?

—No, claro que no. Estoy hablando de mi novia. No sé si lo que realmente quiero es estar con ella. No sé si quiero que me controlen de esta manera, tener que apagar el móvil para sentir un rato de libertad y luego decir que me funciona fatal la batería. Y cada vez lo hago más. Cada vez necesito más ratos de libertad. Creo que estoy dejando de verla y de escucharla.

—Uf, no tiene buen pronóstico. Se supone que ella debería ser la persona con quien sentir esa libertad. Quizá deberías hacer una hidrólisis. —Solté muy pizpireta.

—Sí, y romper los enlaces de las enzimas. ¿Tú sientes con tu novio esa libertad? ¿sientes que es con él con quien desconectas del mundo exterior para conectar solo con él?

—Bueno, tal vez antes sí sentía eso. Creo que ahora mismo estamos teniendo mundos exteriores diferentes. Él sigue queriendo ir al parque con los amigos a fumar canutos, como él dice, y yo quiero crecer.

—Entonces ahí también habría que observar esas enzimas, porque veo dos monosacáridos que no están bien enlazados.

—Creo que lo estuvieron, pero uno de los monosacáridos está mutando y el otro está estancado.

—Veo mal pronóstico también. Deberías hablar con él y contigo misma. Hazte preguntas a ver qué te contestas.

—Consejos vendo, pero para mí no tengo.

—No, en realidad también me lo estaba diciendo a mí mismo —la expresión de su cara pasó de ser picarona hablando de polisacáridos para volverse triste—. Vamos a entrar y continuamos otro poco. —Asentí y entramos en la biblioteca.

Dos horas más tarde recogimos nuestras cosas y salimos de la biblioteca. De camino al aparcamiento estábamos más callados y creo que acierto si digo que estábamos pensando en lo mismo, en hablar con nuestras respectivas parejas porque había algo en nuestras historias que ya no

funcionaba. Al llegar a casa, me metí en la cama y cogí el móvil para mandarle a Jonás el mensaje de buenas noches. Antes mis mensajes eran diferentes, estaban llenos de emoticonos con corazones y palabras bonitas, pero vi que poco a poco mis mensajes iban dejando de ser cursis de forma gradual y yo no lo había notado. Finalmente escribí: <ya estoy en la cama, cari. Estoy muerta. Creo que me van a poner muy buena nota en este trabajo. Un besito. Buenas noches, te quiero.>.

Jonás: < Me has despertado, Lu. Qué tarde has vuelto. Deberías haber llegado antes a casa. Mañana nos vemos, ¿no?>

Yo: <Mañana salgo tarde de clase, ya lo sabes. Jonás, estaba haciendo un trabajo, no de fiesta.>

Jonás: <Cada vez nos vemos menos. Siempre tienes poco tiempo para mí. Debería ser al contrario. Mañana podrías faltar a clase y pasamos la tarde juntos. Un día no pasa nada. Si tanto me quieres…>

Yo: <No voy a faltar a clase. Tú no deberías proponerme eso. Me lo has pedido varias veces y no me gusta.>

Jonás: <A mí lo que no me gusta es que hagas lo que te dé la gana. Eres mi novia y tienes que hacer cosas que yo quiero también, no solo lo que quieres tú. Mañana vas a faltar a clase y no es una propuesta.>

Yo: < Me voy a dormir. No voy a faltar a clase. Nos veremos el jueves después de clase que es el día que salgo a las 19h.>

Pero, ¿qué estaba haciendo con él? ¿Qué se creía dándome órdenes? Justo en ese momento decidí que el jueves iba a hablar seriamente con él para terminar esta historia. No me gustaba el rumbo que estaba tomando y no me gustaba cómo me sentía al pensar en nuestra relación. Ya estaba bien. Era un hecho.

5. LA RELATIVIDAD DEL AMOR

Luna lo tenía clarísimo: quería ser mujer florero. Lo decía con total seguridad y nada avergonzada. Ella es de las personas a las que admiras por su decisión y seguridad ante la vida. Nada puedía con ella. Nada era lo suficientemente importante como para amargarle su existencia. Tenía un año más que yo y parecía saber todo de la vida. Andaba como de vuelta de todo. La primera vez que la escuché decir que su sueño era ser mujer florero pensé que estaba de broma. Además, como Luna soltaba las bromas la mar de seria, nunca sabía si era de verdad o no lo que estaba diciendo. Ella decía que no le gustaba trabajar, que lo haría para poder vivir, pero que no tenía metas ni ilusiones profesionales, solo personales. Quería ser madre de varios hijos, tener su marido y una casa bonita, cara y grande. Lo típico de ama de casa. Ir a comprar, pasear, ir a la peluquería… Ella sabía que en estos tiempos era algo complicado porque los sueldos no eran muy altos. Se metió a bachillerato con la intención de ganar tiempo para decidir una profesión. Profesionalmente estaba totalmente perdida y cuando lo acabara, quizá ya habría decidido qué hacer después. Tampoco creas que le dedicaba mucho tiempo a eso de pensar. Le dedicaba más tiempo a salir y follar. Ella sabía que era preciosa. Pelo negro, ojos verdes, dientes blancos y perfectamente alineados, delgada y atrevida. Cambiaba mucho de cortes de pelo, siempre estaba ideando maneras de cortárselo. Decía que no sabía ni hacerse una coleta. Cuando lo tenía más largo tenía que tumbarse hacia arriba en la cama, con el pelo colgando por el lateral de la cama. En esa postura se peinaba y se ataba el pelo con una goma. Decía que no se podía llamar coleta al resultado. Simplemente, pelo atado. Como ella siempre iba en busca de la comodidad, decidió que lo mejor era tener el pelo más corto, más o menos a la altura de la barbilla.

Según Luna, el sexo era para ella lo que para nosotras el amor. Decía que el amor era dependencia, ataduras y compromiso. Ella no quería tener que decidir por nadie en concreto, solo quería hacer lo que le diera la gana cuando le diera la gana y como le diera la gana. No quería tener que seleccionar a un chico porque podía estar con muchos.

—Lo que vosotras llamáis amor es una cárcel. ¿Por qué no comes solo pasta? ¿por qué no vas solo a una tienda? En la variedad está el gusto. Vanesa y Lucía, vosotras tenéis novio, ¿verdad que tenéis que dar explicaciones, que tenéis discusiones? ¿verdad que a veces dejáis de hacer cosas que os apetecen por complacer a vuestra pareja? ¿verdad que por respeto y fidelidad a vuestro novio os cohibís en hacer según qué cosas? Pues yo no. A mí nadie me pide explicaciones, no le debo nada a nadie. Eso no quiere decir que no disfrute de las cosas buenas. También me voy a cenar, también tengo besos bajo las sábanas, también tengo tardes de sofá, película y manta… yo gozo de la parte positiva de tener una relación, pero no sufro la negativa. Así la vida es mucho más sencilla.

—¿Pero no sueñas con formar una familia y hacerle de chacha? —dijo Vanesa.

—No es hacerle de chacha, perra. Que quiera formar una familia no quiere decir que tenga que estar enamorada del hombre, sino de mis hijos. El hombre que busca que yo sea monógama me sobra en la ecuación. Cuando hablo de familia no incluyo a ese tipo de hombre. —contestó rápida Luna.

—Pero no digas más tonterías —interrumpió Teresa—, eso que cuentas te hace interesada, te hace superficial y poco humana.

—Pues es como soy. Si queréis os digo que siempre he soñado con un príncipe azul y un castillo, como tú, Tere. Pero no es así. No quiero complicarme la vida. La sociedad dicta que debes amar solo a una persona, si no es así eres una puta. Pues yo no quiero amor entonces, yo quiero divertirme, quiero disfrutar. La parte de los celos, las explicaciones, las prohibiciones, etc etc os las dejo a vosotras. —Su tono de voz parecía ser menos amable que al principio de la conversación.

Luna se sentía incomprendida. Su frialdad hacia el amor se debía a la pereza que le daba esforzarse por las cosas. Una relación de amor supone hacer esfuerzos, cuidar la relación y luchar. Ella lo quería todo fácil y cómodo. Una relación tiene su parte positiva, pero no todo es un camino de rosas. También hay que saltar obstáculos y ella no estaba dispuesta a eso. Estaba con un chico con el que se divertía hasta que dejara de ser divertido. Y si, mientras tanto, salía otra diversión por el medio, se divertía también con esta nueva diversión. Si notaba que alguna de sus diversiones empezaba a pedir explicaciones o a reclamar más tiempo, Luna consideraba que

dejaba de ser una diversión, por lo que le daba muerte en ese preciso instante. Y eso que ella lo dejaba bien claro desde el principio.

A Luna le gustaba el sexo duro, bruto y fuerte. No quería conversaciones ni comentaristas en el acto sexual. Solo quería escuchar jadeos y como mucho un <joder>, <más> o <me encanta>. He dicho “me encanta”, no “me encantas”, que es muy diferente. Esa letra “s” al final indicaba que se referían a ella y no al acto en sí. Ella era de las que cerraban los ojos y dejaban volar su imaginación para que el sexo fuera más placentero aún. Le gustaba que siempre hubiera una comida de coño como Dios manda, si no era así, el chico no follaba del todo bien y ya le ponía peros.

En épocas de barbecho hacía uso de un juguete llamado Scalibur. No te creas que esas épocas eran muy largas, porque ella llamaba época de barbecho a cinco días. ¡Cinco días! Ese aparatejo estaba más usado que el cepillo de dientes, ya te lo digo yo.

6. JUEVES

La menstruación no me sentaba nada bien, me dejaba muy floja y sin energía, solo tenía ganas de comer bollos bien cargaditos de chocolate. He de decir que un año atrás la regla era peor: sentía escalofríos, vomitaba, me mareaba y necesitaba estar todo el día en la cama. Pero a partir de aquello que me ocurrió el año anterior, las reglas eran mejores. Me dolía bastante la barriga, pero una pastilla lo aliviaba un poco y podía hacer vida normal. Con un extra de calorías por los bollos, pero vida normal. Nunca me ha dado por gruñir ni tener mal humor, pero sí por ponerme un poco moñas.

La mañana del jueves la pasé en la cama y en la cocina. Mi madre estaba trabajando y no me podía poner bolsitas de agua caliente en la barriga y no me podía dar esa dosis de mimo que solo sabe dar una mami. Dudé si ir a clase o no, pero el grupo de WhatsApp "Tacones Divinos" estaba que petaba y tenía que ver a las chicas sí o sí. Vanesa había recibido un mensaje donde ponía que Ruper le había sido infiel con una chica del instituto. Pobre Vanesa, ¡qué nerviosa estaba! ¿cómo iba a faltar? Me duché y a las 15h salí de casa para encontrarme con las chicas para ir al *café divino*, las divinas llamábamos así a las reuniones que hacíamos para tomar un café. Las clases empezaban a las 16h, pero ese día había una buena razón para entrar un poco más tarde.

Finalmente, entramos a las 17:15h a clase. Cuando entré a Lengua y Literatura, Santi me sonrió y me dijo:

—Pensaba que no ibas a venir.

—He ido a tomar café con mis amigas y se ha alargado un poco la cosa.

—Tienes mala cara, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien. He dormido mal esta noche, pero estoy bien. —Obviamente no le iba a decir que me estaba desangrando.

—¿Te apetece si después de clase continuamos con el trabajo? He estado dándole vueltas a los polisacáridos y creo que hay algo que no estamos haciendo bien. —Sinceramente, no sé si Santi hablaba del trabajo o de nuestras parejas.

—Vale, luego le preguntamos a Rocío. —Mierda, yo había quedado con Jonás y me acordé después de aceptar.

—Genial, gordi.

¿Gordi ¿Gordi? Madre mía, la que estaba liando, pollito. Cogí el móvil y escribí un mensaje para Jonás.

Yo: <Cielo, me ha bajado la regla y me encuentro fatal. Después de clase me voy a ir a casa directamente para meterme en la cama.>

Jonás: <Joder, macho. Llevamos desde el domingo sin vernos. Tómate una pastilla y se te pasa.>

Yo: <Cómo se nota que tú nunca has tenido la regla. Me voy a ir a casa.>

Jonás: <Y mañana me dirás que es viernes divino y que te tienes que ir con tus amigas las divinas al Karaoke divino como cada viernes.>

Yo: <No, te prometo que mañana nos vemos. Les diré a las chicas que mañana no voy al karaoke.>

Jonás: < Vale. Te quiero, nena>

Yo: < y yo>

este mensaje fue eliminado

Yo: < Mañana nos vemos>

Pero, ¿por qué narices le había mentido? Si yo era de las que decían las cosas como las piensan y como las sentían. Él no iba a entender que me fuera otra vez a hacer ese trabajo, como si no hubiera más días, justo el día que había quedado con él. Me fastidiaba tener que sacrificar el viernes divino. Para nosotras era sagrado. Como mi idea era dejar a Jonás, ese sería el último viernes que tendría que sacrificar.

En el descanso de las clases me reuní con las chicas e informé de mi baja para el día siguiente.

—Chicas, lo siento, pero mañana después de clase voy a quedar con Jonás para tener la conversación que íbamos a tener hoy.

—¿Pero al final no quedáis hoy? —me preguntó Teresa.

—No, he quedado con Rocío y Santi para lo del trabajo de biología.

—Madre mía, de solo oírlo me aburre ese trabajo —añadió Luna.

—Yo tampoco puedo mañana. Es el aniversario de mis padres y se van a cenar, así que voy a ir yo al hospital para estar con mi hermana —dijo Elisa.

—Nunca habías pasado tanto tiempo con tu hermana, Eli —intentó poner un poco de humor Teresa—. Pues yo me quedaré en casa. Luna, déjame tu Scalibur, que voy a tener un triste y solitario viernes.

—¡Qué callada estás, Vane! —susurré mirando a Vanesa.

—Es que me toca el coño que Ruper no haya venido al instituto y no me coge el teléfono. Me va a comer el potorro el hijo de puta de mierda que me cago en su vida, hostia —dijo Vane con mucha rabia.

—Pues normal. Pero no te adelantes. No has podido hablar con él y no sabemos si esto es cierto. —suavizó Elisa—. Yo hablaría con él mañana, cuando se te haya quitado un poco el enfado.

—Yo me presentaría hoy mismo en su casa. No contesta al teléfono. No ha venido al instituto. Si esperas a mañana vas a hacerte una película bien grande en tu cabeza y posiblemente mañana lo veas todo peor —aconsejó Megan.

Estando ya en clase, mientras esperábamos a la profesora, Santi se acercó a mí y me dijo que había hablado con Rocío en el descanso para lo del trabajo, pero ella no podía quedarse después de clase para continuar. Me mostró un USB diciendo:

—Me ha dicho que ella ha avanzado bastante. Aquí está su parte. Podemos echarle un vistazo nosotros y ver cómo lo encajamos con lo que tenemos ya hecho.

—Perfecto. ¿Vamos a la biblio de la uni otra vez?

—Vale, pero primero picamos algo, si te parece.

Después de clase me esperó en la puerta y me dijo que podíamos ir en un solo coche. No sabía si eso estaba bien. Aunque pensando en que al día siguiente yo iba a ser una chica soltera, me subí en su coche y fuimos a una cafetería cerca de la universidad. Él era de San Vicente, donde estaba la universidad, por eso conocía bien la zona. San Vicente es un pueblo que está de Alicante a diez o quince minutos en coche.

—Es un poco tontería lo que hemos hecho, porque tú vives aquí y luego tienes que llevarme a Alicante y volver a San Vicente —le dije mientras esperábamos al camarero.

—No me importa, me gusta conducir, guapetona. —¡será zalamero el tío! ¡qué sonrisa más pícara puso al decirlo!

—Perfecto entonces, guapetón. —contesté siguiendo el juego—. Por cierto, ¿por qué estás estudiando bachillerato a los 23 años?

—Eh, Santi, ¿qué tal tío? Cuánto tiempo sin verte por aquí. ¿Te pongo una cañita de mariquita o una pinta? —dijo el camarero cuando llegó.

—Pues una pinta, que hoy es *juernes* —contestó Santi guasón.

—Pero si tenemos que ir a hacer el trabajo, muchacho —le dije sorprendida.

—Bueno, pues una caña, pero no cañita, algo que me dure más de dos tragos.

—Te voy a traer una pinta, tío. ¿Y tú otra? —me preguntó el camarero con ganas de que dijera que sí

—Pues si me bebo una pinta me emborracho, así que mejor tráeme un quinto y luego si quiero, te pido otro —con la regla no tenía yo muchas ganas de alcohol —así no se me calienta.

—Trato hecho, chicos. Ahora mismo os lo traigo con una tapita bien maja.

—Santi, que no se te olvide el trabajo —le dije con un enfado muy poco creíble.

—Pero si solo tenemos que mirar lo que ha hecho Rocío y juntarlo con lo que ya tenemos hecho. Para continuar hay más tiempo. —vi en su cara pocas ganas de hacer ningún trabajo. Yo estaba a gusto perdiéndome en esos ojos azules y tampoco tenía ganas de hacer el maldito trabajo.

—Retomemos pues, ¿por qué estudias ahora bachiller?

—Pues estuve haciendo un módulo de mecánica y trabajé de eso. Pero no me gustó ni el sueldo ni la estabilidad laboral, así que me quiero preparar las oposiciones para policía nacional y para ello necesito tener bachiller. ¿Le sirve, señorita?

—Sí, señorito. Me sirve y me parece fenomenal. Buena elección.

Después, él me preguntó a mí y le conté mi historia. Ese día le noté diferente, más juguetón y contento. Quería mantener más contacto físico y visual. Me miraba los labios y me preguntaba por mí. Parecía querer evitar todo lo que tuviera que ver con el trabajo de biología. Me gustaba que utilizara los polisacáridos para hablar de nuestras historias. Joder, me estaba gustando estar ahí hablando de todo un poco y sin acordarme de Jonás hasta que Santi me preguntó:

—¿Qué tal con tu novio? ¿Has hablado con él?

—Iba a hacerlo hoy. Pero he creído que era más responsable por mi parte hacer un trabajo que no estoy haciendo —le sonreí al final de la frase.

—Es mi culpa, lo sé, pero no tengo ganas de hacer el trabajo. Estoy a gustísimo así y no quiero cambiar esto por irme a hacer el trabajo. Te juro que mañana por la mañana junto yo lo de Rocío con lo nuestro.

—Tú me has engañado. No querías hacer el trabajo, gamberro.

—No era mi idea inicial. Solo quería tomar algo antes de ponernos con el trabajo, pero esta sensación de libertad y de estar cómodo puede conmigo.

—Pero sabes tan bien como yo que esto no es libertad. Yo he mentido a mi novio para venirme aquí a hacer el trabajo.

—Yo sí le llamo a esto libertad. Ayer hablé con mi novia y terminé la relación. Realmente, ayer volvimos a tener la conversación que habíamos tenido ya mil veces, pero ayer fue diferente, mi sensación fue diferente, mi seguridad fue diferente. Te juro que no me siento triste, me siento liberado.

—Jolines, pero y ella, ¿cómo está?

—Ella es muy dependiente de mí y eso no es sano para ninguno de los dos. Yo dudo que esa necesidad de control le hiciera feliz a ella. Está llena de celos. Todo le molesta, de todo desconfía y ha conseguido lo contrario. Esa actitud me ha alejado de ella. Cuando quieres atar a alguien consigues el efecto contrario, esa persona se quiere ir. Es mejor cuando tenemos la posibilidad de marcharnos, pero elegimos quedarnos.

—Joder, me estás contando mi historia. Tal cual. Jonás también es así. Él cree que salir sin él es ir a zorrear y faltarle el respeto. Me ha cortado las alas y ahora quiero volar. Ese es uno de los motivos. Él es muy simple, muy básico, con poca capacidad empática, con pocas ilusiones, cero iniciativa, no apoya mis sueños… Él prefiere que yo me quede a adorarle y que le espere en casa con la cena lista y las zapatillas de estar en casa. Es una cárcel.

—Lucía, sal de esa cárcel y no te sientas mal por estar aquí ahora. Tu intención era buena. Pero en la vida también se improvisa. No siempre sale todo como lo planeamos. Hay que reinventarse. —me lo dijo casi susurrando, tocándome la mano y poniéndome muy nerviosa.

Al rato empezó a sonarme el móvil. Jonás me estaba llamando. Yo miraba a Santi y Santi me miraba sonriendo, apoyado en el respaldo de su silla. Se lió un cigarro y empezó a fumar. Pero ¡qué jodidamente sexy estaba siempre este chico!

—No voy a contestar. Mañana hablaré con él y yo también tendré mi libertad. Pero quiero que me lleves a casa ya, por fi.

—Claro, preciosa. Donde tú me digas. —vaya miradas soltaba este chico al hablar.

—¡Qué tío zalamero estás hecho!

—Por cierto, mañana si lo necesitas escríbeme cuando hables con él.

Me dejó en la puerta de mi casa y me volvió a decir que le escribiera al día siguiente después de la conversación con Jonás. No le pensaba escribir. Necesitaba pensar en mi situación. ¿Qué me estaba pasando? Desde el día de la universidad no dejaba de pensar en él. Me tocaba pensando en él. Me imaginaba yendo a cenar con él. Imaginaba varias versiones de nuestro primer beso. No le había dedicado mucho tiempo a prepararme un discurso para Jonás. No sabía cómo decirle de forma suave que ya no quería estar con él. Pensar en Santi me daba fuerzas para dejar a Jonás. Ya en la cama, cogí el móvil y bombardeé el grupo de WhatsApp “Tacones Divinos”. Mis chicas me aconsejaron como pudieron. Todas coincidieron en que no mencionara a Santi, que ese dato solo le iba a hacer más daño. En definitiva, le tenía que expresar mis sentimientos hacia él y hacia la evolución de nuestra historia. Vanesa me dijo que podía pedirle tiempo por si esto era una mala racha. Como ya sabes, soy muy impulsiva y pienso poco las cosas, así que nada de tiempo. ¿Para qué marear si yo ya lo tenía claro?

7. VIERNES POCO DIVINO

Elisa no se quedó hasta la última clase porque no quería llegar tarde al hospital. Los viernes, nuestras clases terminaban a las 21:30h y sus padres tenían la reserva en el restaurante a esa misma hora. Así que ella se fue a las 20:30h para poder estar allí a las 21h. No pasaba nada si Martina se quedaba sola, puesto que estaba rodeada de gente profesional que podría hacer más por ella que la propia familia en caso de que pasara algo. Después de un mes en coma, nunca había habido novedades, pero el día anterior había movido una mano, por lo que no querían dejarla sola por si despertaba.

Ella estaba esperando el lento ascensor del hospital para subir a la planta cuando apareció Rodri. Se saludaron con una gran sonrisa. Al entrar a la habitación, los padres estaban preparados para irse a la cena, pero la madre dudaba en si irse o no. Elisa le colgó el bolso en el hombro y les dijo que desconectaran esa noche. Elisa se quedaría a dormir con Martina solo para que pudieran estar solos.

—Mami, me voy a quedar con Martina esta noche.

—Pero Eli, si no hace falta estar aquí toda la noche.

—Sí, mami. Me apetece quedarme aquí con ella a leer. Así mañana por la mañana podéis ir a comprar y ya venir más tarde.

Los padres de Elisa se fueron más tranquilos a su cena.

—¿Y Toni? —preguntó Rodri—, ¿ha venido a ver a Martina?

—Mmm no, ni a ella ni a mí. Me dejó hace dos meses y no he vuelto a saber nada de él.

—¿Y cómo no me dijiste nada el viernes pasado? —preguntó acercándose a ella.

—Pues yo qué sé. No quise hablar de cosas tristes. Pero vamos, que estoy bien —mintió ella.

—Si necesitas hablar puedes contar conmigo. La verdad es que en todo este tiempo que estoy con tu hermana nunca había estado tanto tiempo con vosotros. Ya sabes cómo es Martina, no es muy familiar.

—Ya, ya sé cómo es. Yo la quiero, es mi hermana, pero que ahora esté así no quiere decir que sea una santa. Nos ha hecho cosas muy feas que no hace

ni una hermana ni una hija.

—¿Cosas muy feas? No sé a qué cosas te refieres, pero vosotros tampoco os habéis portado muy bien con ella.

—Vale, Rodri, creo que no estás al tanto de todas las cosas que nos ha hecho. Lo único que hemos hecho nosotros con ella ha sido intentar poner límites. Llevo muchos años haciendo de hermana mayor y soy la hermana pequeña.

—Según me ha contado, vosotros hacíais planes sin Martina y le decíais que lo mejor sería que viviera fuera de casa porque tú querías un vestidor en su habitación, os fuisteis de viaje sin ella al sitio donde quería ir, tus padres solo te compraban cosas a ti y tu padre una vez le echó de casa una noche en una discusión y tu madre y tú estabais de acuerdo.

—Pero ¿qué me estás contando? ¿Eso es lo que ella dice? No sé de qué me sorprende, si es una mentirosa. Te voy a hacer una pregunta. Cuando os enfadasteis hace un año y pico, ¿fue porque le fuiste infiel?

—Jamás. Fue al contrario. Llegué antes de trabajar un día y le escuché en el baño hablando por teléfono con un tal Jose. Me quedé escuchando sin hacer ruido y le decía una serie de barbaridades que no quiero recordar. Cuando ella salió del baño, seguía hablando con él y me encontró allí plantado escuchando su brillante diálogo. Elisa, tendrías que haber visto su cara de recién cazada.

—¡Qué fuerte me parece! Es una sinvergüenza.

—No conozco a tu hermana, creo que no conozco a la persona con la que me iba a casar.

—¿Hablas en pasado?

—Pues si despierta tendremos que hablar y yo no sé si voy a querer continuar con esta relación. Las dos semanas que estuvimos separados lo pasé fatal. Ella me bombardeó el teléfono pidiendo perdón, jurándome que no se volvería a repetir, que se sentía sola. Me culpé de su infidelidad por trabajar tanto. Pero ella nunca ha querido trabajar, por lo que mi jornada laboral se le hacía eterna y buscó entretenimientos. Yo no fui el culpable, pero me lo creí. Cuando volvió a casa, atendí todas sus peticiones, cumplí todos sus caprichos… todo para que no volviera a sentirse sola. Lo peor es que tengo sospechas de que lo volvió a hacer. No sé si con el mismo o con otro diferente.

—No me sorprendería. A todos sus novios les ha sido infiel. Es una cabrona. No te merece. Ella nos contaba que eras tú quien no quería tener

relación con nosotros, pero imagino que también sería mentira.

—A mí me decía lo mismo de vosotros. Decía que no contabais con nosotros.

Hubo unos segundos de silencio y Rodri añadió:

—Me quiero ir de aquí, Elisa. No tengo ganas de verla hoy. Me voy a dar el fin de semana libre para pensar en mí, que hace bastante tiempo que no lo hago. —cabizbajo hablaba mientras recogía sus cosas.

—Haces bien. —le dijo Elisa cuando él estaba saliendo de la habitación, pero volvió a abrir la puerta.

—¿Elisa, tienes hambre?

—Mucha, pero debo quedarme aquí. Me compraré algo en la máquina. —acababa de soltarlo y ya se había arrepentido de rechazar su invitación. Elisa pensaba que no estaba bien que se fueran juntos a cenar otra vez.

—No quiero irme solo a casa a darle vueltas al tarro. —insistió Rodri.

—¿Sabes qué te digo? Que me voy contigo. Yo también estoy enfadada con ella.

Se fueron a cenar a un restaurante chino que estaba cerca del hospital y allí rieron, se hicieron confidencias y desconectaron de Martina. Rodri estaba descubriendo a una Martina que no le estaba gustando nada.

Elisa no estaba contestando a “Tacones Divinos” y eso era muy extraño porque ella vivía pegada al móvil. Luna estaba contando que después de clase, cuando llegó a casa, vio a sus padres preparando la cena en compañía de otra pareja de amigos. Luna les conocía de siempre porque los dos matrimonios eran amigos desde la infancia. Se sorprendieron de ver allí a Luna y le propusieron unirse a la cena. Como ella accedió, decidieron llamar al hijo de este matrimonio, Noel. Ellos eran amigos, pero de estos amigos que no eliges. Él estaba coladito por ella y ella a veces se dejaba querer. Ese era uno de esos días que iba a estar receptiva para Noel, aunque el muchacho no siempre tenía tanta suerte. No era un chico especialmente guapo, pero tampoco feo. Después de cenar, se fueron solos a tomar algo cerca de casa de Noel, a *LaSeda*, el sitio de copas más exclusivo de la ciudad. Noel vivía en San Juan Playa, la zona más *chic* de Alicante. Sus padres siempre han tenido dinero, pero él, además, tenía un buen trabajo como domador de caballos y su salario era bastante elevado. Estaba continuamente viajando y ganando dinero a espuertas. Después de dos copas, el ambiente se estaba caldeando, por lo que decidieron ir a casa de Noel. ¡Vaya palacete tenía el chico! Justo era lo que le gustaba a Luna.

Nunca había estado en su casa y le impresionó. El poder del alcohol surtió efecto y acabaron sin ropa en la cama *king size* de Noel. Él sabía cómo le gustaba el sexo a Luna. Fue dando besos hasta llegar a su entrepierna y empezó a lamer apretando con la intensidad precisa como para que Luna se arqueara y gritara de placer. Metió un dedo, metió otro y embistió con el pene sorprendiéndola. ¡Cómo follaba este tío! Ella se corrió y después lo hizo él.

Al mismo tiempo, Vanesa por fin dio con Ruper. Después de clase, se armó de valor y se fue a casa de su novio. La madre de Ruper abrió la puerta y le dijo que estaba enfermo. El tío estaba dormido, sudado y tapado hasta las cejas. Mayo en Alicante. Vale, estaba enfermo.

—Ruper, cariño, he venido a verte —susurró Vanesa acariciando la cara de su chico.

Ruper abrió los ojos y sonrió. Después, con un hilo de voz dijo:

—Joder, Vane, gracias por venir. Me imagino que me has llamado, pero no me he movido de aquí y no sé dónde está mi teléfono.

—No te preocupes, no pasa nada. —contestó ella con una mezcla de tranquilidad y ansiedad.

—Quiero dormir, ¿te importa si ya nos vemos mañana?

—Sí, sí. Me voy a casa. Descansa. Llámame mañana cuando te despiertes y nos vemos.

A las 22:20h. Vanesa apareció en casa de Teresa. Vanesa era una chica insegura en algunas ocasiones, pero tenía el corazón más grande de este planeta. Físicamente, era una chica normal, con unas espectaculares piernas largas y delgadas, buenos pechos y buena estatura, tirando a alta. Su piel morenita era la envidia de las blanquitas. Con pocas horas de sol lograba ponerse como un conguito. Su pelo marrón y ondulado, sus ojos marrones, su nariz respingona, pero de un tamaño normal, sus kilométricas uñas… yo le decía siempre que tenía cucharas y ella se partía de la risa. En cuanto a su personalidad, nos hacía flipar su pasión por el leopardo y los lazos… le decíamos que era una choni y ella lo asumía con gusto. Fácilmente soltaba un <cómeme el coño> y nosotras nos moríamos. Con poco se sentía dolida y le sabía mal molestar. ¿Desde cuándo una amiga molesta?

Teresa no dudó un momento y le abrió las puertas de su casa. Rara era la vez que Vane pedía ayuda. Cogieron patatas fritas y se pusieron a ver la película favorita de Teresa: *La Sirenita*. Vane y Teresa se quedaron fritas.

Si había alguna divina en apuros ahí estábamos…siempre.

8. VIERNES MUY, PERO QUE MUY POCO DIVINO

Después de la última clase del viernes fui andando a la puerta de casa de Jonás. Él me estaba esperando con uno de esos chándales de *Foot Locker* que hacen ruido al andar. Horrible y ordinario, vaya. Los mismos que antes me chiflaban. Esos mismos que a esas alturas yo ya odiaba. Como de costumbre, fuimos a un kebap cerca de su casa a comprarnos un rollo para cada uno. El mío mixto sin salsa roja y sin tomate. El suyo con todo. También pedimos unas patatas con salsa blanca para compartir. Todo para llevar, como siempre. Nos lo llevamos a su casa y nos metimos en su habitación. Su habitación era nuestra casa dentro de su casa. Empezamos a comer y yo rumié en mi cabeza empezar a hablar del tema. Él no estaba de muy buen humor. Se le notaba molesto por el tono de sus comentarios. No le parecía bien que pasara tanto tiempo con mis amigas y no le parecía importante que yo quisiera continuar con mi formación. Decía que eso nos estaba separando. Él prefería que yo trabajara en alguna tienda y me dejara de tonterías. Todo eran tonterías, nada tenía importancia. Ese era el problema. Todo lo que no fuera estar disponible siempre para él suponía una falta por mi parte. Vaya esclavitud. Después de cenar, nos bajamos a los bancos que había detrás de su calle para que se fumara su canuto. Qué asco sentía al olerlo. Me dijo que estaba pensando en pasar unos gramillos de chocolate, a pequeña escala, nada importante. Ese era mi momento.

—Yo no quiero eso para mi vida. No quiero estar con una persona que pasa porros. —le dije iniciando la conversación de los enlaces de los polisacáridos.

—Si no pasa nada, ya ves tú. No me va a pillar la policía.

—Es que no es por la policía. Es por lo que yo siento, es por el rumbo de tu vida y el de la mía. Se están alejando. Yo ya no quiero perder el tiempo en el parque tocando las palmas.

—Pues no toques las palmas, puedes hacer otras cosas. Si quieres podemos ir menos al parque.

—No es eso. Tú puedes ir al parque o hacer lo que tú quieras. Lo que te digo es que no te quiero acompañar en tu estilo de vida. Yo quiero tener metas, objetivos, retos, ilusiones, buscar maneras de superarme, evolucionar…

—Lo sabía, Lucía. Lo sabía, coño. Sabía que esto nos iba a separar.

—Yo no lo sabía. Yo solo sé que no estamos en la misma dirección. Tú sigues queriendo ir al parque y yo pasé esa etapa. No me dejas ver el mundo. De tu mundo ya lo he visto todo y no tienes deseos de enseñarme nada nuevo porque no quieres nada nuevo para ti. Y yo necesito seguir evolucionando. Además, no soy capaz de olvidar lo del año pasado. Lo he intentado. Pero marcó un antes y un después.

—Y te pedí perdón por aquello.

—Y yo te perdoné, pero pensé que se me olvidaría con el tiempo.

—¿Hay otro? ¿Te refieres a eso con cosas nuevas? Te juro que lo mato, que le pego una leche que le molesta el cielo para dar vueltas.

—¿Ves? Sigues siendo el nene de diecisiete años que conocí. Yo era como tú, teníamos ideas parecidas cuando empezamos, pero quiero crecer. Pasan los años y quiero más. Tu control y tus celos me asfixian. Tu falta de objetivos te estanca y no quiero estancarme contigo.

—Te juro que voy a cambiar.

—Has sido muy bueno conmigo y sé que me quieres. Yo también te quiero, no te creas que no, pero no te veo en mi futuro ni me veo en el tuyo.

—No me digas que podemos ser amigos, no se te ocurra.

—No te lo voy a decir. De hecho, me gustaría que no nos habláramos para no ponérnoslo difícil.

—Difícil para mí, dirás. Para ti es sencillo. Ya no quieres más y te piras, sin luchar. Te digo que voy a cambiar y ni has pensado un segundo en darme una oportunidad.

—Porque no quiero forzar sentimientos, ¿por qué quieres forzarlo tú? ¿me quieres retener aquí sabiendo que no quiero estar? ¿eso es lo que quieres? Yo prefiero llevarme el mejor recuerdo de nuestro tiempo juntos.

—Vete, puta de mierda. Veteeee. Vete y no me llames en tu puta vida. Eres una niñata que lo tiene todo. Eres una niña de papi y mami. Abres la boca y lo tienes todo y no valoras a la gente buena porque no tienes corazón. Me dejas aquí abandonado y te importa una puta mierda. Vete para siempre, asquerosa. —dijo Jonás muy alterado.

No contesté. Con las mismas, me levanté del banco y me fui. Insultos no, gracias. De todas formas, esta reacción que tuvo me ayudó bastante a reponerme. Preferí eso a verle triste y roto. Me gustó volverme a casa andando. Eran solo veinte minutos, pero me vinieron de escándalo.

Cogí el móvil. Pensé en escribir a Santi, pero me contuve. Abrí el grupo de WhatsApp "Tacones Divinos" y comencé a leer todo lo que habían estado escribiendo mis chicas. Yo soy de audios. De audios largos. Apreté el botón del micrófono y comencé a decir: <Madre mía, Luna, cómo te mola la vidorra del lujo. Yo creo que a eso también se le podría llamar amor jaja. Vane, mi nena, no te pongas a darle vueltas a la cabeza, no sabemos si lo del mensaje es cierto. Hoy ha estado malito, aunque creo que podría haberte avisado, la verdad. Conociéndote, él sabía que te ibas a preocupar. Ya sabes cómo son los chicos, cari, muy simples. *By the way*, estoy de camino a mi casa. Ya he hablado con Jonás. Esto se ha acabado y para siempre. Joder, me siento aliviada y me siento peor por sentir alivio que por dejarle. Me he llevado una *montoná* de insultos, pero bueno, la vida es así. Deseo que sea muy feliz, pero yo también quiero serlo y con él yo ya no lo era. Que y que quiere cambiar, me dice. Qué va, qué va. Yo no espero que cambie. La que ha cambiado soy yo y él está muy *out* de mi vida. ¿Queréis que mañana sea sábado divino?>

Mis divinas se dignaron a contestar al día siguiente. El móvil ardía cuando desperté.

Elisa: <Lu, debiste dejarle el año pasado. Te
demostró mucho con su comportamiento…
Chicas, tengo que hablar con vosotras.
Estoy hasta la polla de mi hermana. Hasta
en coma me enfado con ella.SOS.
Divina en apuros.>

Teresa: <Vane acaba de irse de mi casa, menos mal
que ayer vimos *La Sirenita*, porque si no es por mí
le habría dado un parraque. Sí y sí. Ayer me dejasteis
sin viernes divino y ahora exijo mi dosis de
divineo por doquier. Se avecina intenso.
Lu, escribe a Santi ya.>

Yo: <Tere, tía estás fatal. Preciso
ronda urgente, chicas.>

Vane: <Estoy de camino a casa de Ruper. Voy

a comer con él y después os llamo para unirme a
la reunión. La necesito. Divina en apuros total. Lucía,
tú mereces a alguien mejor que a ese papanatas.
Con eso te lo digo todo. Eli, yo de tu hermana ya
me lo espero todo, a ver la que ha liado
estando en coma… lo que me faltaba,
que una comatosa la liara.>
Luna: <Joder, perras, me habéis despertado.
Lucía, ahora escucho tu interminable audio.
Sea lo que sea, espero que cuentes que has
dejado a Jonás y te has tirado ya a Santi.
Parece tener un buen manubrio entre
las piernas. Tere, acuérdate de traerme la falda,
que siempre se te olvida, hija de puta.>

Yo: <Bueno, chiquis, a las 18h.nos
vemos en *Mandala*.>

Mandala era nuestra cafetería por excelencia. Solíamos vernos allí porque estaba cerca de casa de todas y nos encantaba su gran variedad de helados. Todos estaban riquísimos. Allí, los camareros y nosotras ya nos llamábamos por el nombre y hasta sabían lo que solíamos pedir.

Qué bien nos sentó a todas la reunión de aquella tarde, los turnos fueron largos para cada una de nosotras. Juntas era todo más fácil, más divertido, más rosa.

9. NUEVOS PLANES

Se acercaba mi cumpleaños y el de Luna. Las dos cumplíamos los años a finales de junio, con tres días de diferencia. Muchas veces decíamos de hacer una escapada juntas, las seis. La tarde del sábado de largos turnos de palabra, lo dijimos con más seriedad y comenzamos a buscar un sitio fuera de Alicante para pasar el fin de semana y celebrar el fin de curso. Pocos días después reservamos un apartamento en La Manga, Murcia. Cerca, pero fuera de Alicante. En un Resort de ensueño y dispuestas a comernos el mundo. No importaba dónde, sino con quién.

Teresa estaba deseosa de esa escapada, era un auténtico cuadro. Así es como se define ella misma. Estaba y sigue estando muy loca. Muchas veces, quedábamos solas Teresa, Megan y yo. Las risas no cesaban. Megan tenía unas salidas muy ocurrentes y era la mar de dicharachera. Si conocías poco a Teresa te daba la sensación de que nunca sufría, que siempre le venía todo bien, que todo le daba igual, pero era puro escudo de protección. Aunque también hay parte de razón porque después de creer que se ahogaba en un problema, la tía le daba una patada bien fuerte y lo echaba de su vida. Teresa era una princesa, una divina con toda la extensión de la palabra. Siempre tenía ideas geniales y no había día que no te hiciera partirte de la risa. Ella y yo vivíamos muy cerca, a unos diez minutos andando. Ello nos daba la oportunidad de vernos con mucha frecuencia e inventar mil locuras. A los feos del instituto siempre les sacábamos algún mote ocurrente.

—Tía, no puedo evitar reírme cuando veo a “la cuadrada”. —le confesé a Tere.

—¿“La cuadrada”? ¿quién es esa? —preguntó ella muriéndose de ganas por ponerle cara.

—No te lo voy a decir. Cuando la veas, sabrás quién es.

Efectivamente, al día siguiente, en el instituto, pasó “la cuadrada” con sus amigas “lluvia ácida” y “la azul” por nuestro lado y me dijo:

—Es ella, la de ahí es “la cuadrada”. Joder, Lu, la pobre tiene el pelo cuadrado, la cara cuadrada, el tronco gordo y cuadrado y luego esas dos patillas finas.

—Síiiiii, sabía que le reconocerías. Tía y “la azul”, se ponga la ropa que se ponga, siempre trae la sombra de ojos de color azul.

—Y anda que se pinta de forma discreta. Se pinta el párpado móvil y más allá.

Una vez, se nos ocurrió gastar bromas a algunas personas de los contactos de nuestros teléfonos. Les mandamos a entrevistas de trabajo con una indumentaria un tanto extraña, a otros les llamamos pidiéndoles pizzas y nos hacíamos las indignadas por negarse a tomarnos la comanda por falta de ganas de trabajar. A un señor, le llamamos diciéndole que se había caído una palmera y como buen alcalde debía ir inmediatamente a recogerla. Ella era pura alegría, pero también tenía sus penas. Teresa soñaba con su príncipe azul montado en un caballo blanco. Quien dice caballo dice *Mercedes Benz*. No le llenaba nadie y se sentía utilizada por el chico que le gustaba. Sus principios no los iba a pisotear ningún chulo de playa, por lo que zanjó la historia con este muchacho. Ella se quedó triste, pero ninguna pena haría sombra a su alegría. De eso estaba segura.

El siguiente viernes divino fue la monda. Todas lo necesitábamos. Necesitábamos una buena sesión de Karaoke, desconexión y risas. Allí, subimos todas al escenario a cantar la canción de *las divinas* de la banda sonora de la telenovela *Patito Feo*. Nos la sabíamos a fuerza de repetición. Era nuestra canción. Elisa tenía un monovolumen y allí cabíamos todas. Cuando quedábamos, siempre íbamos en su coche. Yo le grabé un CD con esa canción y otras tantas que son míticas para nosotras: *olvídame y pega la vuelta* de Pimpinela, *me engañaste* de Pimpinela, *la bomba* de King África… esas canciones sonaban casi a diario a todo volumen en su coche con nosotras dentro dándolo todo. No puedo evitar sonreír al acordarme de esos momentos.

Las conversaciones con Santi cada vez eran más profundas, filosofábamos hasta las tantas y arreglábamos el mundo en un periquete. Teníamos muchas cosas en común y yo sonreía al pensar en él. Cosa que cada vez era más frecuente. Ni me acordaba de Jonás. No sufrí duelo tras la ruptura. Creo que mi duelo lo pasé estando con él durante el último año después de aquello. Jonás volvió a escribirme en alguna ocasión para pedirme otra oportunidad, pero seguía muy *out*. Y Santi estaba muy *in*.

Nos pusieron muy buena nota en el trabajo de biología y quedamos a solas para celebrarlo. Fuimos a tomarnos unas pintas con unas bravas a una cervecería de la Gran Vía. A él le gustaban las cervezas artesanas y esas

llevan mucho alcohol, así que se puso guasón con mucha facilidad. La complicidad se adueñaba de nosotros. Nuestros vecinos de mesa iban cambiando cada poco tiempo o llevábamos ahí sentados una eternidad sin darnos cuenta. Me tocaba la mano, me retiraba el pelo de la cara para ponérmelo tras la oreja, por debajo de la mesa acariciaba mi rodilla y bebíamos sorbo a sorbo nuestras miradas poco angelicales.

Cuando ya no podíamos beber más cerveza, decidimos dar un paseo antes de coger el coche. Yo no pude evitar tirarme un pedo, pero le avisé antes. Esto, contra todo pronóstico, nos sumó confianza. Él se tiró uno más grande aún y nuestras carcajadas se escucharon en América, por lo menos. Cuando nuestras risas terminaron, se quedó mirando mis labios y se mordió su labio inferior. Después resopló y añadió:

—Madre mía, me encantas. Esto es la libertad. Que nos tiremos pedos en mitad de la calle es libertad.

—¿Quién nos lo iba a decir el mes pasado? —quise decirle que a mí también me encantaba, pero me salió eso tan cursi.

—Tengo muchas ganas de besarte. —dijo mientras me ponía una mano en la nuca y la otra en la cintura. Me acercó a él y ¡boom! Me besó.

Estaba sintiendo un tremendo cosquilleo por todo mi cuerpo. Su mano bajaba hacia mi culo y mi entrepierna se mojaba con rapidez. Al acercarme del todo a él, sentí un bulto que crecía y se me clavaba en mi cuerpo. El beso fue lento, pero apasionado. Sus manos me acariciaban la espalda, los brazos, las manos, sus dedos se entrelazaban con los míos. Me cogió de la cintura, me dio la vuelta sin separar su boca de la mía y me empotró delicadamente en la pared de la calle. Era tarde y no pasaba nadie por allí, por lo que estábamos cómodos y concentrados en nuestro increíble beso. Hacía mucho tiempo que no me besaban así. Hacía mucho tiempo que no sentía algo parecido. Oía su respiración y más me excitaba. Estábamos en la calle, por dios, nos estábamos calentando más de la cuenta. Ese chico me estaba encantando y no quería cagarla. Suavemente le aparté de mí y le cogí la mano para seguir caminando. Él prefirió poner su brazo sobre mis hombros y pegarme a él para seguir dándome besos y susurrarme cosas bien cerquita. Qué calentón más tonto. No sabía qué estaría pensando él de mí, pero no iba a acostarme con él ese día. Mis padres siempre me han dicho que lo que poco nos cuesta, poco valor le damos. Para apreciar lo que tenemos debemos trabajarlo. Yo tenía que hacerle ver que yo valía, por lo que no me podía quitar valor. Si no me lo daba yo, él tampoco lo haría.

Dimos un largo paseo sin rumbo, cogidos de la mano, mirándonos a los ojos, dándonos cien besos y riendo bajo la luz de la luna.

—¡Qué pequeñaja eres! —me dijo, cuando me tuve que poner de puntillas para darle un beso.

—¿Y eso es malo, señor grandullón? —contesté con guasa, porque para ser un chico tampoco era muy alto.

—Para nada. Me encanta.

—Entonces genial.

Tras otro beso intenso le dije que ya era tarde y que me llevara a casa. Al día siguiente tendríamos que estudiar para la oleada de exámenes finales que nos esperaban antes de terminar el curso.

—Te llevo en contra de mi voluntad, pequeña. —me dijo en medio de un abrazo.

Me llevó a casa y sabía que me estaba haciendo de desear. La despedida fue intensa y preciosa. Me estaba metiendo en la cama cuando recibí un mensaje suyo: <A esto yo le llamo libertad, le llamo magia. Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Ya quiero volver a besar tus labios. Sueña con los angelitos y si me ves, me saludas. PD: bendito trabajo aburrido de biología. Descánsame, pequeña>.

Le descansé. Descansé totalmente. Mi interior estaba realmente tranquilo. Mi interior me sonreía. Algo dentro de mí me decía a gritos que era él. El hombre de mis sueños era él.

10. CONVERSACIÓN ENTRE ÁNGEL Y DEMONIO

Elisa estaba empezando a acostumbrarse a su nueva vida sin Toni. Ella pasaba los fines de semana y las vacaciones en el pueblo de Toni con él y la familia de este. Elisa adoraba a sus suegros, ella formaba parte de esa familia. Estaba totalmente convencida de que estaría con Toni hasta el fin de su vida. Pero el destino tenía otros planes. Ella se había entregado en cuerpo y alma a este chico y no fue fácil salir de ese agujero en el que cayó cuando él decidió romper con ella y no volver a dar señales de vida. Parecía que tres meses después estaba levantando cabeza y volviendo a tener ilusiones. Volvía a pensar en conocer a otros chicos y su chichi empezaba a reclamar actividad. Elisa era muy activa sexualmente y no era fácil saciar a ese pequeñín. Digo pequeñín porque tiene un chichi muy pequeño. Nosotras nos depilábamos las partes bajas las unas a las otras, por lo que conocíamos nuestros cuerpos a la perfección.

Ya llevaba varios días sin ver a Rodri por el hospital. Después de lo que descubrió de Martina, él no había vuelto. Recordó que tenía su número de una vez que Martina se quedó sin móvil y le escribió desde el teléfono de Rodri, así que decidió escribirle un mensaje: <Hola, Rodri. ¿Cómo estás? Hace días que no te veo por aquí y quería saber cómo lo llevabas. Un besito.>.

Rodri: <Hola guapa. Me ha alegrado
mucho tu mensaje. Gracias por
escribirme. Necesitaba unos días para pensar
y para ver qué quiero yo. El amor hacia
tu hermana me ha vuelto ciego y creo que
me estoy curando de la ceguera. No voy a dejar
de ir, no te preocupes, no soy así. Creo que
no quiero desvivirme por ella como lo estaba
haciendo. Ella está en este estado
y cuando despierte, no sé si quiero
continuar a su lado. No sé si es de cobardes,

pero así no estaba viviendo, simplemente
estaban pasando los días.>
Elisa: <No tienes que justificarte. No sabemos
si despertará y si lo hace no sabemos cómo
se quedará. Sigue con tu vida.>
Rodri: <No quiero desentenderme de ella.
Tu hermana sigue siendo mi pareja
y hasta que despierte voy a estar a su
lado. Pero no puedo anclar mi vida
para mirar cómo duerme con lo que
ahora sé. Después de nuestra
conversación encendí el teléfono de tu
hermana y vi mensajes y llamadas con
otros chicos, fotos con otros
chicos… no la conocía>
Elisa: <¿Qué me estás contando? Si es que tú te
mereces a alguien mejor. Mi hermana no es buena
para ti. Lo que daría yo por tener a una persona
tan buena y leal como tú a mi lado.>
Rodri: <Quiero verte.>

¿Y qué se suponía que debería contestar ella a eso? ¿Acaso estaba empezando a ver al novio de su hermana como a algo más que su cuñado? ¡Vaya marrón! Se preguntó si a ella le apetecía verle y su respuesta fue afirmativa. Sin darse cuenta, en los últimos días le vino Rodri a la cabeza, pero ella eliminó rápidamente esos pensamientos. Joder, era su cuñado. Era la persona con la que se iba a casar con su hermana. Ella no podía permitirse sentir algo por él. Pero, ¿habría empezado ya a sentir? Elisa pensó que él solamente querría distraerse y desahogarse con alguien. Era muy fuerte lo que había descubierto de su hermana y no podía dejarle tirado. Nadie mejor que ella podría entender lo que él sentía. ¿Qué de malo había en ir a tomar algo? Él solo había dicho que quería verla, nada más. Pensó durante unos minutos la respuesta.

Elisa: <Si quieres nos vemos. ¿Cuándo
te viene bien?>.
Rodri: <¿Dónde estás? Si quieres voy a por
ti y te enseño un sitio que me encanta.>

Media hora después, Elisa se estaba montando en el coche de Rodri. Él olía a un perfume que ella describió como masculino. Ese día estaba especialmente guapo. Vaqueros y camisa azul claro remangada en los codos. Ella llevaba unos pantalones negros rotos, con un top corto verde militar y unos buenos taconazos. En el pelo dos trenzas africanas. Obviamente, sus labios gruesos no podían estar más rojos. Siempre los pintaba de rojo. Se maquillaba de una forma muy natural: un poco de *eyeliner* negro, máscara de pestañas y pintalabios rojo fijo. Ninguno de los dos pudo evitar mirar al otro de arriba a abajo.

—Juer, qué guapa estás. —dijo él con los ojos abiertos como platos mirando a Elisa.

—Lo mismo digo —contestó con vergüenza.

—Estás increíble. Voy a dejar de mirarte, que si no…

—Anda, calla, que me da vergüenza. ¿Dónde vamos?

—No te lo voy a decir, te lo voy a enseñar. Si te lo digo pierde gracia.

—Qué misterio.

—Te va a gustar. No sufras.

De camino al sitio secreto fueron callados, escuchando canciones de la radio y dedicándose alguna que otra mirada. Ella pensaba en que no debería estar allí con él, le estaba gustando estar a su lado y no quería que le gustara. Otra parte de ella le decía que no estaban haciendo nada malo, que solo se estaban apoyando mutuamente en momentos difíciles.

Elisa tenía la necesidad de mirar por la ventana para no ver lo bonitos que eran sus labios, su bonito perfil sentado en el asiento del coche, con la mano izquierda en el volante y la otra sobre su muslo derecho. No quería ver lo bien que le quedaba esa camisa y lo bien que cambiaba de marcha. ¡Lo bien que cambiaba de marcha, me parto! ¿En qué cosas se fija esta niña? De pronto, el coche se paró, se apagó el motor y la mano de Rodri se posó sobre la rodilla izquierda de Elisa, informándole de que habían llegado al destino. Él se bajó del coche y sacó del maletero una toalla grande y una mochila que tenía función de nevera. Estaban en una calita escondida. Una calita preciosa. Estaba atardeciendo y aquello se veía espectacular. Anduvieron pocos minutos hasta llegar a una zona con arena. Allí pusieron la toalla y se descalzaron. Él sacó dos cervezas con limón y dieron un sorbo a la vez.

—Qué callada estás. No has dicho ni una palabra. —objetó Rodri.

—Estoy pensando en cómo mi hermana ha podido ser capaz de hacerte esto. —dijo Elisa mirándole, por fin.

—La vida es caprichosa. —sonrió—. No te preocupes, saldré de esta.

—Este sitio es precioso —añadió ella mirando al horizonte.

—¿Sabes qué? Tenía ganas de verte.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé, pero estos días he pensado en ti.

—No creo que eso esté bien.

—No he pensado en eso. Solo he pensado en esto.

—¿A qué te refieres?

—Que no le he dado a mi cabeza la oportunidad de que valore si está bien o no. He hecho girar mi vida al rededor de Martina y mira de lo que me ha servido. Ahora solo quiero hacer las cosas que quiero sin pensar en ella.

—Pero yo no puedo hacerle esto a mi hermana.

—¿El qué exactamente? ¿Venir conmigo a que nos despejemos?

—No, Rodri. No puedo permitirme tener ganas de verte, que me guste estar aquí, pensar en ti cuando estoy en mi casa. Eso es lo que no le puedo hacer.

—Dile a tu demonio que te deje en paz. Haz caso a tu ángel.

—No siempre podemos satisfacer nuestros deseos. También tenemos que hacer lo que debemos hacer.

—Pero hasta cierto punto. No podemos sacrificarnos por personas que no se sacrifican por nosotros. Sacrifícate por la gente que merece el sacrificio, si no, vas a vivir la vida que quieran los demás y según le venga bien al resto. ¿Para cuándo lo de pensar en uno mismo?

—Rodri, que te ibas a casar con ella… con mi hermana.

—Bonita, que no le des más vueltas. Nos ha apetecido vernos y eso hemos hecho.

El demonio de Elisa iba perdiendo voz, mientras que su ángel cogía el micrófono. Su conciencia se quedó más tranquila. Durante largos minutos no se dijeron nada. Estaban relajados viendo cómo atardecía. Sus cuerpos estaban muy cerca, tanto que a veces se rozaban. Uno al lado del otro, clavando tus miradas en el infinito. Los dos suspiraron a la vez y se miraron. Sus manos estaban apoyadas tras ellos y sin querer, se rozaron los dedos. No se retiraron para no dejar de sentirse. Él empezó a acariciar ligeramente uno de sus dedos y apoyaron sus cabezas en la cabeza del otro.

—Este último mes ha sido un infierno para mí. —confesó Rodri rompiendo el silencio. —Supongo que para vosotros también. Tus padres están rotos.

—Mis padres llevan muchos años sufriendo por Martina, pero esto ha sido devastador. —susurró Elisa con pena.

—Aún no me creo la mentira en la que estaba viviendo. Me pregunto por qué se iba a casar conmigo. Casarse implica un compromiso que ella no tenía pensado respetar.

—No tengo ni idea. Realmente no la conozco. No conozco sus sentimientos porque no expresa lo que siente y de lo que expresa me creo un cinco por ciento. No conozco su manera de pensar, no conozco sus ilusiones, sus objetivos… no tengo respuesta para tu pregunta.

—¿No habría sido más fácil dejarme? Nadie le obligaba a estar conmigo. Si prefería estar con unos y con otros, ¿por qué seguía conmigo? Ojalá pudiera preguntárselo.

—Gracias a esto te has enterado de todo antes de casarte con ella.

—Pff, yo tampoco la conocía y lo que estoy descubriendo no me gusta nada. No quiero estar atado a ella. No quiero estar con ella, pero tampoco me parece bien que despierte y no estar. No puedo desaparecer. Estoy hecho un lío.

—Ya lo irás viendo. Ahora está todo muy reciente. Creo que deberías ir pensando en ti, en tu vida después de Martina. No puedes trabajar y estar en el hospital como forma de vida. Tienes que salir, estar con tus amigos, reírte, disfrutar… ¿Hace cuánto que no disfrutas algo?

—Ahora estoy disfrutando. Estar aquí contigo. ¿Sabes? tu hermana no conoce este sitio. Lo descubrí el tiempo que estuvimos separados y aquí vengo desde entonces cuando quiero no pensar o cuando quiero pensar. Decidí que sería mi lugar secreto donde nadie pudiera encontrarme.

—Ahora yo puedo encontrarte.

—Es que quiero que tú me encuentres.

—¿Y por qué me has traído a mí aquí?

—Porque es demasiado bonito como para que te lo pierdas. No podía ocultar esta preciosidad a esos ojazos que tienes. Lo he hecho por ellos, no por ti, eh.

Ella sonrió y él tocó su cara, acercando sus labios a los de Elisa. Ella ladeó la cabeza y dio el beso en la mejilla. Los dos se morían de ganas, pero no podía ser. Ella pensaba que todo era un espejismo, que todo era fruto del

dolor y que se les pasaría en unos días. Pensaba que esa situación les estaría confundiendo y después se arrepentirían.

—Debemos irnos, Rodri —dijo Elisa algo más seria.

—¿Te he incomodado?

—No… bueno, en realidad sí. Tú no, entiéndeme, me incomoda la situación. Me incomoda pensar que mi hermana está en coma en la habitación de un hospital y yo estoy aquí con su prometido. —la voz de Elisa se entrecortaba por un naciente llanto —necesito que se despierte. Después, cuando ella esté bien, podré pensar de ella lo que me dé la gana, pero ahora está en coma. Necesito que se despierte.

Rodri la abrazó y le secó las lágrimas de su rostro. Ella lloraba apoyada en el pecho de Rodri y él acariciaba su pelo y su espalda. Le daba besos en la cabeza y acariciaba su mojada cara. Elisa lloraba desconsolada, tenía los ojos rojos y empapados y los labios hinchados.

—Se va a despertar, bonita mía, se va a despertar.

—Prométemelo —pidió Elisa entre sollozos.

—Te lo prometo, bonita.

Ella le miró y él le dedicó una sonrisa de las que alivian. Los brazos de Rodri rodeaban todo el cuerpo de Elisa. Ella levantó la cara para volverle a mirar y él agachó la suya hasta que sus labios se rozaron. Solo un poquito. Un leve roce.

Estuvieron un ratito abrazados hasta que Elisa se quedó tan relajada que le quedaba poco para quedarse dormida. Así que fueron a casa de Elisa y allí ella se bajó del coche. Se miraron diciéndose mil cosas con los ojos, sin necesidad de palabras. Cuando ella cerró la puerta de su portal, entonces él se fue.

11. NO PUEDE PLANEARSE TODO

Llegó el último día de clase y con él, su merecida celebración. Estábamos pletóricas y había que celebrarlo sí o sí. Ese verano pintaba bien, pintaba a risas y a fiesta. En Alicante coincidían Las Hogueras con el fin del curso académico, por lo que la fiesta estaba asegurada. Después de recoger las notas nos fuimos a tomar una *coca-cola* para planear la noche.

A las 23:30h estábamos listas para empezar con la juerga. Pusimos rumbo al gran parque de Canalejas, cargadas con nuestras botellas de alcohol y refrescos. Allí compramos hielos y vasos de plástico para hacernos nuestros combinados. Esta era la zona típica para hacer el botellón antes de entrar a bailar en alguna barraca, que es una especie de discoteca al aire libre.

—Chicas, voy a saludar a una amiga de mi hoguera. —dijo Megan —no os mováis de aquí que luego es difícil volver a encontraros.

—No te preocupes amorcito —contestó Vanesa muy animada.

—Uy, perra, se te ve mucho mejor que hace unos días —señaló Luna.

—Sí, tía, menos mal. He hablado con Ruper y me ha dicho que el mensaje era mentira, que solo tiene ojos para mí y que no podría hacerme algo así. —dijo Vanesa sonriendo.

—¡Cuánto me alegro Vane! —añadió Teresa—. Por cierto, Eli, ¿hay novedades de tu hermana?

—Hay muchas novedades, chicas. Tengo algo que contaros. —dijo seriamente Elisa y todas atendimos impacientes a que continuara—. Primero, deciros que a mi hermana le está bajando el hematoma de la cabeza y ya casi no tiene los pulmones encharcados, así que ha mejorado. Estamos muy contentos. Pero hay algo más. Veréis, mi cuñado, Rodri, ha estado yendo cada día después de trabajar al hospital. Eso ha hecho que tengamos más contacto y… —continuó contando detalladamente su historia con Rodri.

Todas estábamos flipando con la historia de Elisa. No podíamos cerrar la boca de lo sorprendidas que estábamos. Se le notaba preocupada, pero también ilusionada. Era una mezcla de sentimientos.

—Eli, déjate llevar, por favor. Por una vez en tu vida, déjate llevar —le dije cogiéndole la mano.

—Es que no puedo, Lucía, no puedo enamorarme de mi cuñado. —dijo Elisa apenada—. Nos escribimos al móvil cada día y yo me siento como una traidora. Tengo que hablar con él y no encuentro el momento. Esto se nos va a ir de las manos, lo presiento.

—Jope, cari, qué putada. Estas cosas pasan. Tu hermana no ha sido buena con ninguno de vosotros y está recogiendo lo que ha sembrado. —añadió Teresa con gracia para quitarle hierro al asunto.

—Pues yo me lo tiraba y que le peten a tu hermana. Rodri está como un queso. Piensa en ti, pensad en vosotros. No sois unos traidores. Sois dos personas que han coincidido en un mal momento. —dijo Luna.

—Es el destino, Eli. Si os ha pasado ahora es por algo. Tenía que ser así. —indicó Tere.

—Yo no creo mucho en la fuerza del destino. Tal vez sí podéis frenarlo antes de que sea tarde y vuestros sentimientos vayan a más. Cuando despierte tu hermana ya veréis qué hacer. —dijo Vanesa.

El parque cada vez estaba más lleno y era fácil encontrar por doquier a personas conocidas y al final, en lugar de ser seis personas, acabamos siendo veinte. Algunos conocidos, otros no. Pero no importaba, porque una hora después todos eran nuestros mejores amigos y les queríamos a rabiar. El alcohol es lo que tiene.

Después de beber más de la cuenta, fuimos a la barraca universitaria, que es la que ponen justo frente al parque Canalejas. Allí bailamos e hicimos el mono todo lo que pudimos. Estaban poniendo la música que tanto nos gustaba para bailar y perrear al máximo: *Dale Don dale*, *atrévete-te-te*, *rakata*, *esta noche es de travesura*, *noche de sexo*… auténticos temazos, vaya. A lo lejos, apoyado en la barra vi a Santi pidiendo una copa y pensé en acercarme. Justo en ese momento estaba pensando en él y parecía que el destino me había leído la mente. Me volteé para informar a mis amigas de que allí estaba Santi y que iba a ir a saludarle. Teresa que me dijo bastante seria:

—No vayas, Lucía. Mejor quédate aquí con nosotras.

Su cara era un poema, así que me di la vuelta de nuevo y lo atisbé hablando con una rubia muy, muy cerca. No podía creérmelo. Si el destino me había leído la mente tendría que repetir curso, porque no sabía leer bien, desde luego que no. Ese imbécil se estaba besando con otra días después de

besarme a mí y regalarme los oídos y yo lo estaba viendo todo. Qué idiota me sentí. Llegué a pensar que ese tío babeaba por mí, pero parecía que era de fácil babeo. Seguramente a todas nos diría lo mismo, nos engatusaría y nos haría creer especiales. Con esos ojos y esa sonrisa no le costaría mucho esfuerzo. Él sabía perfectamente cuáles eran sus mejores armas y cómo usarlas. Me sentí estafada. Me había vendido algo que no era.

Intenté seguir disfrutando de la noche, pero entre que los pies me ardían de los tacones y el alcohol me dio bajón cuando vi lo que vi, les dije a las chicas que me iba. Ya era bastante tarde, así que nos volvimos todas juntas, excepto Luna. Ella llevaba media hora pegándose el lote con un chico que parecía sacado de una revista. Esa sí que vivía bien. Cero problemas y cero complicaciones. Quizá era una manera más sabia de vivir. Rara vez había visto triste a Luna. Recuerdo solo una vez y la razón no había sido el amor, sino la salud de la persona más importante de su vida. A su madre le habían extirpado recientemente un bulto de una mama y estaba en proceso de recuperación.

Mientras nosotras caminábamos de vuelta a casa, imaginábamos a Luna jadeando entre las sábanas de la cama de ese chico. Teníamos clarísimo que la cosa no iba a terminar con cuatro besos. Ya en la barraca se estaban poniendo calentitos y Luna siempre terminaba lo que empezaba. No como Santi, que estaba demostrando ir a medias y emprender varios caminos a la vez. Y eso conmigo, como que no. No me gustaba a mí eso de ser una más en su lista de chicas. De eso nada. Pues sí, hombre. En eso estaba yo pensando.

Al día siguiente desperté con una resaca de la leche. En estos sitios siempre daban garrafón a precio de *premium*. Parecía que un camión había pasado por encima de mí. A esto le acompañó una buena dosis de mal humor cuando me acordé de lo de Santi. A la hora de comer me mandó un mensajito de lo más moñas y yo contesté todo lo borde que pude. Me tuve que esforzar por ser borde, porque su mensaje había rebajado mi mal humor y no quería consentir que unas cuantas palabras me llevaran de nuevo a su terreno. Y ahí me tenías a mí, alternando los recuerdos positivos con los negativos. Me prometí ser fuerte y pasar de él.

12. LO QUE PASA EN LAS VEGAS, SE QUEDA EN LAS VEGAS (I)

Esa mañana, las chicas y yo cogimos un bus que nos llevaba a nuestra escapada a La Manga. En el trayecto, Luna nos contaba lo maravillosamente bien que había estado el polvo con el chico de la barraca, pero que le dio un teléfono falso para que no le pudiera llamar. Dijo que era camarero y que él nunca podría darle la vida que ella quería y además, tenía un hijo con otra chica. No había por dónde coger a este chico ocho años mayor que ella. Sin embargo, le apenaba por el tamaño de su pene, ya que no había visto cosa parecida y eso que Luna había visto muchas cosas…

Elisa nos contaba que había vuelto a ver a Rodri una vez más, pero que no había pasado nada entre ellos. Coincidieron en el hospital y bajaron a la cafetería a tomar algo. Se reconocieron estar sintiendo algo por el otro y mientras lo decía pudimos ver su gran sonrisa.

—Te estás ilusionando, nena. Esa sonrisa tuya me está enseñando hasta tus dientes de leche. —dije de forma cómica

—Siiiiiii —gritó Teresa—, yo te veo hasta los “paluegos“.

—¿Tengo “paluegos”? —dijo Elisa tapándose la boca.

—Qué va pava, no tienes nada entre los dientes. Lo que tienes es el corazón contento y lleno de alegría —contestó rápidamente Megan.

—Qué tontas sois, si lo sé no os cuento nada —replicó Elisa.

—Vamos a ver tía —quiso poner orden Luna—, escúchame de una vez. Que no lo pienses todo tanto, que disfrutes, coño. Que al final te lo vas a perder todo por pensar demasiado.

—Y te vas a arrepentir. —interrumpí a Luna.

—A ver. Los médicos creen que mi hermana está mejorando y que puede ser que despierte porque está respondiendo muy bien a todo. —explicó Elisa —Si ella despierta, ¿qué le decimos?: Mira, Martina, cariño, que tu novio ahora es mi novio. Soy muy buena hermana, cierto.

—Joder, qué negativa eres, tía. —contestó Vane.

—Le dijo la sartén al cazo. —protestó Elisa—. Ya no quiero hablar más de él por hoy. Prefiero que me expliquéis qué es eso de los órganos —nos

miró a Tere y a mí.

—O sea, la madre de Teresa es la bomba —señalé riendo—, ¿os podéis creer que me ha dicho que tengamos mucho cuidado por si nos quitan los órganos?

—Mi madre es muy exagerada para todo. *Lorórganor, lorórganor*… —canturreó Teresa—, siempre se piensa que me va a pasar de todo cada vez que salgo de casa. En la piscina me voy a ahogar, con la bici me voy a romper una pierna… y así con todo. Si de fiesta me llama varias veces, de viaje ya…preparaos —advirtió Tere poniendo los ojos en blanco.

—Sí, sí. Me quise morir de la risa cuando dijo lo de *lorórganor*, así que nada, chicas, hay que tener cuidadito —añadí yo mirando a las chicas.

Cuando llegamos al apartamento recibí un mensaje de Santi que me descentró: <Hola Lucía. Sé que hoy te ibas a pasar el fin de semana y me habría gustado verte antes. Desde que nos vimos la última vez has estado un poco distante. Espero que estés bien y que a tu vuelta podamos vernos. Pásatelo muy bien, te lo mereces. Tengo ganas de verte y besarte. Es como si te echara de menos.>

Mis amigas y yo fabricamos juntas un mensaje de respuesta para Santi: <Hola Santi. Acabo de llegar a Murcia y voy a apagar el móvil todo el fin de semana. Quiero desconectar de todo. A mi vuelta podremos vernos una última vez y aclarar alguna cosilla. Nada importante, no te preocupes. Después, volveremos a ser solo compañeros de clase.>

Santi: <No entiendo tu respuesta.

¿Qué ha pasado? ¿Puedo llamarte?>

Santi no volvió a saber de mí en todo el fin de semana. Nosotras hicimos un pacto de apagar el móvil durante todo el fin de semana y lo encenderíamos solo en el momento de la ducha durante un ratito. Yo me quedé pensativa con el mensaje de Santi. No sabía si yo había sido justa en mi respuesta. Lo que tenía claro es que él no lo había sido conmigo. Al rato, di carpetazo mental al asunto y me centré en mis chicas. Bajamos a la piscina que teníamos para nosotras solas y allí tomamos unos mojitos que tenían un sabor un poco raro.

Megan estaba desatada, tenía ganas de fiesta, de ponerse guapa y de ir a algún sitio a bailar. Buscó con su móvil algún *pub* cercano para menear el cuerpo y encontró uno que estaba a unos quince minutos andando, pero tendríamos que pasar por un camino sin iluminación y bastante pedregoso. No nos importó y nos subimos al apartamento para ducharnos, cenar y

marcharnos. Después de cenar, las chicas nos entregaron los regalos de cumpleaños a Luna y a mí. Como yo sabía que recibiríamos regalos, le propuse hacer una tarta de chocolate y galletas a modo de sorpresa cuando volviéramos por la noche. A Luna le pareció un tanto extraño hacer una tarta de madrugada, pero accedió.

Nos pusimos bellas. Ese iba a ser un viernes divino muy especial y lo estábamos pasando en grande, todas estábamos contentas y muy animadas. Cuando salimos del apartamento, unos chicos nos preguntaron que a dónde íbamos. Nos dijeron que el sitio que nosotras queríamos ir, los viernes estaba dedicado a espectáculos y necesitábamos entrada anticipada. Ellos iban a ir a otro sitio de copas y nos propusieron guardar fuerzas para el sábado. Aplazamos nuestro objetivo para el día siguiente y nos fuimos con ellos a ese garito. Nos sentamos todos juntos en la misma mesa y hablamos todos con todos. Yo conecté con uno de ellos. Me contó que eran militares paracaidistas en Murcia y que se alojaban en nuestro Resort. Conectamos tanto que me dijo que el día siguiente se pasaría por nuestro apartamento para tomar café conmigo y me pareció muy buena idea.

Cuando llegamos al apartamento, nos acostamos y Luna y yo pusimos el despertador para que sonara media hora más tarde. Nos levantamos y muertas de sueño hicimos la tarta. Al día siguiente, nosotras dos fuimos las últimas en despertar. Nos despertaron los gritos de nuestras amigas:

—Nenaaaa, de pronto hay una tarta de galleta y chocolate en la neveraaaaa —oí que decía Elisa.

—Lucíaaaa, Lunaaaaa, despertaaaaad. Venid aquí, marmotas. —gritó Teresa con todas sus fuerzas.

A Luna le costó unos minutos más, pero yo salté alegre de la cama y fui hacia ellas, quienes admiraban la tarta sorprendidas y felices.

—Pero ¿cuándo la habéis hecho? —preguntó Megan.

—Estáis locas. ¿A quién se le ocurre hacer una tarta de madrugada? —dijo Vanesa.

—Pues a Lucía, seguro. —contestó Teresa

—Oyeeee, que yo también he participado eh, perras —gritó Luna aún desde la cama.

Luna llegó y nos dimos un abrazo grupal.

Bajamos a la piscina a tomar el sol. Era comunitaria, pero en esa temporada no había casi huéspedes. Se compartía una piscina por bloque y

cada bloque tenía seis apartamentos. Nuestro bloque estaba totalmente vacío, así que éramos las reinas del Resort.

Estaba siendo una escapada increíble. La semana siguiente todas tendríamos agujetas en la mandíbula de tanto reír. Comimos allí en la piscina unas pizzas que pedimos a domicilio. Eso era vidorra y lo demás, tonterías.

13. LO QUE PASA EN LAS VEGAS, SE QUEDA EN LAS VEGAS (II)

Entre tantas risas, Megan nos dijo que iba a contarnos algo serio y todas pusimos atención.

—¿Os acordáis de cuando os dije que últimamente no tenía mucho sexo con Pedro? Pues el otro día, misteriosamente, llegó con ganas de sexo y en medio de la faena me pidió que jugáramos con mi juguete.

—¿Y qué hay de malo en eso, cari? —preguntó Teresa.

—Bueno, pues que me pidió que le metiera a él el juguete… en SU culo, en SU culo —contestó Megan.

—Es que a ellos esa zona les da mucho placer —añadí yo restando importancia.

—Vamos a ver, chicas. Os cuento cómo lo estoy viviendo yo: Pedro cada vez estaba siendo más pasivo sexualmente. De pronto, un día llega con ganas y me pide que le meta mi juguete en su culo y tres días después nos ponemos a ello de nuevo y otra vez quiso que le metiera el juguetito. Yo no le he dicho nada, pero jamás le he visto disfrutar así y llevamos un año viéndonos. —explicó Megan.

—Pero, ¿sois novios? —preguntó Elisa—, yo tenía entendido que quedabais de vez en cuando.

—Novios de forma oficial no somos, pero nos vemos con cierta frecuencia y al principio era un *follamigo,* pero después empezamos a hacer otros planes y yo creía que estábamos empezando a sentir algo más profundo. —contestó Megan.

—Hombre, si el chico no tiene deseo sexual, *follamigo* ya no le puedes llamar. —soltó Luna.

—Vamos a centrarnos —pidió Teresa—, ¿habéis hablado de su falta de deseo sexual?

—¿Pero qué tienen que hablar? Ahora se han convertido en amigos que a veces follan. —dijo Vanesa.

—No, Vanesa, yo creo que no somos solo amigos —musitó Megan.

—De lo del culo no te preocupes, tía. No podría contar las veces que he hecho disfrutar a un tío por el ojete. —señaló Luna.

—Lunita, tú eres una bruta —agregó Elisa.

—Bruta no, a los tíos les flipa lo que sienten en el culo, pero lo intentan esconder porque se avergüenzan porque la sociedad piensa que eso es de gay —dijo Luna.

Ahí seguíamos nosotras debatiendo el conflicto interno de Megan cuando me acordé de que el chico del día anterior iba a venir a verme.

—Nenas, que viene *la* maromo —dije interrumpiendo la conversación—, ¿qué me pongo?

Subimos corriendo al apartamento y en un periquete me vistieron, peinaron y maquillaron entre todas. Parecía yo la Pantoja. Tenía a una haciéndome el pelo a la vez que otras me buscaban la ropa y a la vez que otra me maquillaba. Me colocaron un vestido blanco con flores de Vane y al rato apareció el maromo. Las chicas se bajaron a la piscina y nosotros nos preparamos un café. En el sofá nos pusimos a hablar y a reír. Me besó. Sin más. Los besos subieron de nivel y empezaron los toqueteos. Me puso a horcajadas encima de él y me levantó el vestido. Yo me estaba poniendo a mil y yo juraría que él también, pero no estaba sintiendo nada en su entrepierna. Me separé por si él quería parar, pero para mi sorpresa, se levantó del sofá y me quitó el vestido. Continuó con los besos y yo seguía sin notar ninguna erección ahí abajo. Se quitó su polo granate y lo lanzó mientras mordía su labio inferior con fuerza. Casi con violencia me cogía del pelo y me decía todas las guarradas más sucias que te puedas imaginar. Se quitó el pantalón y te juro que miré, pero yo seguía sin encontrar lo que buscaba. Con lo cachondo que parecía estar ese tío, debería haber tenido el rabo más tieso que un calabacín. Le llevé a la cama y nos pusimos de rodillas sobre ella, me quitó el sujetador y me lamió las tetas. Me quitó las bragas y me tocó, comprobando que estaba realmente mojada. Mi chichi estaba preparadísimo para el sexo y esa era la manera que tenía de expresarlo. Se tumbó en la cama y me echó encima de él. Yo seguía sin notar nada ahí abajo y comenzaba a preocuparme y a hacerme preguntas. Le quité los calzoncillos y allí obtuve las respuestas a todas mis preguntas: una aguja en un pajar. Te explico: mucho pelo y un colín. Algo muy pequeño y blandito. ¿Qué iba yo a hacer con eso? ¿qué se suponía que íbamos a hacer en aquella cama con ese bichito? Mi reacción fue frenar en seco. Lo siento, pero ¿qué pretendía hacer este maromo en mi apartamento?¿jugar al

parchís? Sin mediar palabra, se levantó de la cama, se vistió y se fue. Hala, ahí me quedaba yo sin entender nada. Genial. Sí, señor. Lucía, hija, te sale todo la mar de bien.

Tras el trágico accidente, me asomé por el balcón y pedí auxilio a mis amigas, cual princesa en apuros. Mejor dicho, cual divina en apuros. Me fui a la piscina junto a ellas y les conté lo ocurrido. Ellas no pudieron reírse más y yo acabé contagiándome. A partir de ese momento, nos referiríamos a él como “el colín”. Ya pasada la tarde, procedimos a subir al apartamento y a ducharnos. Nos pusimos guapas, cenamos y pusimos marcha al sitio al que íbamos a ir el día anterior. Era cierto eso de que había que pasar por un camino nada iluminado y bastante pedregoso. Cuando llegamos allí ya teníamos los pies hechos polvo y la noche estaba a punto de empezar. Como íbamos avisadas del camino que debíamos cruzar, decidimos llevarnos un móvil por si lo necesitábamos. Vanesa pidió llevarse el suyo, ya que a la hora de la ducha no había podido hablar con Ruper y quería volverlo a intentar.

Una vez allí, vimos muy buen ambiente. Conocimos a dos relaciones públicas que parecían ser los dueños, pero no lo eran. Entraban y salían de la barra como Pedro por su casa, cogían las botellas que les daba la gana, invitaban a chupitos y les caímos tan bien que a nosotras nos invitaron a la primera ronda de copas. Aquello nos subió bastante rápido, pero seguimos bebiendo copas a un precio muy reducido. Nosotras ya éramos las reinas de la discoteca. Ni vergüenza teníamos para entrar a servirnos nosotras mismas lo que queríamos. Nos sentíamos eufóricas, tal vez demasiado. Estábamos desatadas y desinhibidas. Decidimos salir a la calle a que nos diera un poco el aire y Vanesa aprovechó para llamar a Ruper aunque fueran esas horas de la madrugada.

<¿Sí? > respondió una voz femenina.

—¿Quién eres? —preguntó Vanesa con la cara desencajada.

<Eeeh, un momento> dijo esa voz con timidez <Ruper, creo que es Vanesa.>

<¿Y para qué has contestado?> se oyó decir a Ruper al otro lado del teléfono.

Ruper colgó el teléfono sin hablar con ella y fuimos donde estaba Vanesa cuando vimos la cara que se le había puesto.

—¿Os podéis creer que me ha contestado una tía y le he oído a él de fondo y no se ha dignado a hablar conmigo? Que me ha colgado sin más el

hijo de puta. —dijo Vanesa visiblemente enfadada.

—Tranquila, Vane, vuelve a llamar. —dijo Elisa con un tono sosegado.

—Pero vaya cabronazo está hecho —añadió Luna.

—Déjame que llame yo —pidió Megan.

—No, voy a llamar yo —contestó Vanesa.

—Pero espera un momentito que se te pase —dije yo al verla tan histérica.

Vanesa rompió a llorar y Teresa fue a darle un abrazo. Vanesa tiró su móvil al suelo y comenzó a dar patadas contra la pared gritando insultos para Ruper y para esa chica. De pronto, sonó el teléfono.

—¿Quién era esa, capullo? —preguntó a gritos Vanesa.

<Déjame que te lo explique> pidió Ruper.

—No quiero que me expliques nada, estás muerto para mí, mentiroso de mierda. Me dijiste que lo del mensaje era mentira y mira, lo que es mentira es lo que me dices tú> siguió gritando Vanesa.

<Lo siento, lo siento. Necesito explicártelo. Solo ha sido una vez y no ha pasado nada, solo hemos hablado. Yo te quiero solo a ti, mi vida.> se justificó él.

—Ya no sigas inventándote cosas. Me coméis el coño tú y esa puta. —dijo Vanesa.

Vanesa colgó el teléfono y se puso a gritar. Estaba totalmente fuera de sí. Nosotras nos mirábamos y no sabíamos qué hacer. Nos acercamos a ella, pero nos pidió que le dejáramos sola un momento. De pronto, los relaciones públicas salieron del pub para informarnos de que la discoteca iba a cerrar, por si teníamos algo dentro. Nos pidieron que les esperáramos y nos llevarían en coche al apartamento. Nos veíamos haciendo autoestop, así que accedimos.

Como era habitual, Luna llegó acompañada al apartamento. Las demás estábamos en el sofá consolando a Vanesa e intentando que se tranquilizara. Entre la borrachera y el disgusto, la pobre Vanesa empezó a vomitar y se encerró en una de las habitaciones sin dejarnos entrar con ella. Sabemos cómo era su forma de ser y seguramente necesitaría un tiempo para digerirlo todo ella sola y después podríamos acompañarla. Al rato, dejamos de escucharla y vimos que se había quedado dormida. Decidimos llamar a Ruper porque sabíamos que él estaría despierto. Nosotras teníamos muy buena relación con él y no le molestaría nuestra llamada, incluso la agradecería. Ruper se sinceró con nosotras, abrió su corazón y aunque le

llamamos de todo menos guapo, este chico tenía tanta labia que era capaz de convencerte y llevarte a su terreno siempre que quisiera.

A la mañana siguiente, Vanesa estaba destrozada, pero más calmada. Pensamos que debíamos informarle de la conversación que habíamos tenido con Ruper. Vanesa se lo tomó fatal, notó que habíamos empatizado y entendido parte de lo que nos contaba Ruper y le pareció una traición por nuestra parte. Jamás nos posicionamos del lado de Ruper, pero las cosas no son o blancas o negras. Al menos, no siempre. ¿Sería el final de nuestra amistad con Vane?

14. popurrí divino

Mi relación con Teresa cada vez se estrechaba más. Cada vez se hacía más especial. Yo sabía cómo se sentía y por qué hacía lo que hacía. Realmente tenía sentido, pero se estaba perdiendo vivir con intensidad en muchos aspectos. Ella idealizaba todo y luego le frustraba el resultado en la realidad. Teresa, tan despampanante y echada para adelante, tan divina y risueña; escondía millones de miedos. Ella era vírgen y le daba vergüenza reconocerlo. Teresa buscaba a ese príncipe azul que le rescatara de su castillo en llamas. Conocía a chicos que no le llenaban lo suficiente como para entregarles su cuerpo y su alma. Ninguno era lo bastante bueno.

Conforme pasaban los años, más grande era ese muro que se había construido para relacionarse con los hombres. Más grande era su vergüenza para confesarles que nunca había mantenido relaciones sexuales y tendrían que esperar hasta que ella sintiera que era el momento de estrenarse en el sexo. Y es que Teresa no quería follar ni tener sexo, ella quería hacer el amor. Ella hablaba como si fuera una experta y una fiera en la cama por miedo a que se pensaran que no tenía experiencia y que le vieran inferior. Nos hacíamos mayores y los chicos a los que Teresa conocía presuponían que ella no era vírgen, así que les seguía la corriente. Ese dar por hecho aumentaba su inseguridad en ella misma. Ella necesitaba sentir una conexión y un sentimiento que todavía no había sentido por nadie. Alguna vez creyó sentirlo, pero los chicos querían follar en la primera o segunda cita. Ella se agobiaba y ellos no esperaban. Después, ellos no volvían. Esto creaba gran frustración en Teresa.

Elisa, por su parte, estaba echa un lío. Hablaba con Rodri casi a diario. A veces se dejaba llevar y otras tantas se contenía. Él, sin embargo, parecía tenerlo todo más claro. Él parecía haber pasado página para con Martina y estaba descubriendo en Elisa el mejor de sus accidentes, la mejor de sus casualidades. Ya no podía dejar de pensar en ella y era correspondido. Elisa tenía una mochila llena de culpas que no le dejaban volar hacia él con tranquilidad y seguridad. Ella estaba sintiendo lo mismo por él, pero el sentimiento de traición hacia su hermana no le permitía disfrutar de esos sentimientos que estaban creciendo a pasos agigantados hacia Rodri. Al

pensar en él, Elisa sonreía cuando su culpa dormía, pero lloraba cuando su culpa jugaba, gritaba y saltaba en su interior.

Megan estaba tanteando y observando las actitudes de Pedro. El problema era que con él no era fácil hablar ya que cuando le decía algo que no le gustaba demasiado, él se sentía atacado y se enfurecía contra ella. Esto hacía que Megan pasara por alto varias de las conversaciones que le gustaría tener con él. Ya llevaban un año quedando y cuando, anteriormente, Megan no se había podido morder la lengua, al final ella había salido perjudicada. Él era un experto en darle la vuelta a la historia y en sentirse ofendido. Por lo tanto, Megan ya no dialogaba con Pedro para resolver problemas o para expresar carencias. Él decía que quería estar así con ella, como estaban. Sin etiquetas. Ella se limitaba a creer que un día todo sería perfecto entre ellos. Desde luego, sus sentimientos no estaban equilibrados.

Para Luna era un buen momento. Noel estaba muy empeñado en Luna y ella se estaba dejando querer. Noel quería complacer todos los deseos de mi amiga y ella estaba contenta, pero sin confundirlo con ilusión o con sentimientos parecidos al amor. Ella nos contaba feliz las cosas que estaba haciendo y dónde estaba yendo, pero en sus comentarios no había rastro de emoción al hablar de su acompañante. Ella decía que no había peligro.

De Vanesa no supimos nada en un tiempo. No quería hablar con nosotras y no se esforzó en entender nuestras razones. Ruper nos dijo en la conversación que tuvimos estando en La Manga que Vane se había acomodado, que nunca quería salir, que no se arreglaba, que no solía apetecerle tener sexo y que cuando lo hacían no le notaba excitada y con ganas. Esto ya nos lo había expresado ella, pero oír la otra versión nos hizo empatizar. No le dimos la razón en ningún momento y nunca justificamos su conducta, pero entendimos su sentimiento de abandono del que él hacía referencia. Equivocadamente, él se sintió atraído por una chica y se dejó llevar por un nuevo deseo. Vane no supo entendernos y se encerró en sí misma. No atendía nuestras llamadas y se negaba a vernos. Vane salió de nuestro grupo de WhatsApp y pensamos que ya volvería. Nosotras no podíamos hacer mucho más.

Y yo… yo me sentía estafada. Sin embargo, a veces sentía deseos de ir corriendo tras Santi para abrazarle y otras tantas para gritarle. Fuera cual fuera la finalidad, lo que sabía era que quería ir corriendo tras él. Una vez delante de él ya vería yo si le abrazaba o le gritaba, o las dos cosas. No

sabía si fueron los días que pasaron los que me suavizaron ese sentimiento de estafa o que le echaba de menos. ¿Cómo me había acostumbrado tan rápido a él?

15. la playa

Y no me pude contener. Pensaba en él sin parar y no quería seguir haciendo esfuerzos por no hacer algo que sabía que acabaría haciendo.

Yo: <Hola, Santi. Siento no haberme puesto en contacto contigo antes y siento no haberte explicado nada. Me gustaría verte.>.

Santi:<Dichosos los ojos que leen un mensaje tuyo. Yo también quiero verte, pequeña. ¿Paso a por ti en una hora y vamos a la playa?>

Yo: <Perfecto. Te espero en mi puerta. Avísame y bajo.>

¿Por qué un simple "quiero verte, pequeña" me había quitado todo rastro de enfado? Los nervios se adueñaban de mí y no sabía ni elegir un bikini para ir a la playa. Fui a buscar a mi madre a su habitación y le conté rápidamente con quién iba a quedar. Obvié el dato de haberle visto en la barraca besuqueándose con aquella rubia. Mi madre sonrió y se vino conmigo a elegir mi modelito. Ella también era mi amiga, pero no le contaba detalles que pudieran dañar la imagen de alguien que me importaba. Mi madre estaba feliz por mi cambio ya que, por fin, llegó su deseo de que algún día dejara de ser tan terremoto, aunque en mi esencia quedara alguna huella de aquello. Formaba parte de mí.

Entre las dos, seleccionamos mi modelito playero y le pedí dinero. Como siempre, la voluntad. Lo de no trabajar era lo que tenía.

—Lucía, cariño, desde que eres divina el dineral que gastas… —dijo mi madre sonriendo, pero sin decir ninguna mentira.

—Mami, una divina no puede ir con cincuenta céntimos en el monedero —contesté yo jugueteando.

—Prefiero que seas divina a macarra. Así que continúa de divina. —añadió viniendo a darme un abrazo.

Nadie como ella. Nadie como mi mami.

Verle a él en su *Seat Ibiza* rojo me aceleró el corazón. Sin más, me salió una inconsciente sonrisa que no pude borrar cuando me di cuenta. Él hizo lo

mismo y creo que se me cayeron las bragas al suelo cuando, además, se levantó las gafas de sol mostrándome sus preciosos ojos azules. Él iba mascando chicle, algo que, sin motivos, me ponía tontísima.

—Hola, pequeña. Tenía ganas de verte. —susurró Santi.

—Hola —intenté ser seca—, ¿cómo estás?

—Uy. La pequeñaja está enfadada, ¿me equivoco? —me preguntó con una sonrisa.

—No te equivocas mucho, pero luego te cuento.

—No, luego no. Cuando lleguemos a la playa no quiero que hablemos de cosas feas, quiero que disfrutemos de un bonito día para nosotros solos. Dispara, preciosa.

—Pues a ver… voy a ir al grano. Te vi un día de Hogueras en la barraca universitaria besando a una rubia.

—¿Y?

—¿Cómo que "y"?

—Sí, ¿cuál es el problema? Que yo sepa nosotros no somos novios y podemos hacer lo que queramos. ¿O tú me estabas guardando fidelidad?

—Joder, qué fácil lo ves. Pensaba que esta conversación iba a ser diferente.

—Pero Lucía, ¿qué pretendías? ¿que me disculpara? No he hecho nada malo. Acabo de salir de una relación y no quiero meterme en otra tan rápido. No sé si me entiendes. Quiero disfrutar, entrar, salir, jugar, reír…

—Pero yo pensaba que yo era especial para ti.

—Y creo que lo eres. Hemos quedado pocas veces y no es el momento de que me exijas nada. Yo necesito un tiempo para mí. No puedo ni quiero salir de una y meterme en otra. No estoy preparado.

—Pero ¿entonces quieres que seamos, un rollete como otros tantos?

—Quiero que nos veamos si nos apetece, quiero que nos conozcamos, quiero que nos lo pasemos bien… De momento no puedo prometerte nada más. ¿Entiendes?

Asentí, pero no supe responder. Él me hizo sencillo algo que yo veía más complicado. No esperaba esa respuesta y no era lo que yo quería oír. Pero le entendía.

—Mira, pequeña, —continuó diciendo—. Yo no quiero saber cuándo estás con otro porque no me lo quiero imaginar. Supongo que verme con otra chica te habrá molestado y habrás podido sentir celos, pero tú sabes algunos de los motivos por los que yo dejé a mi ex y en este momento de mi

vida no quiero celos y controles. Si quieres nos ocultamos las cosas que hagamos con otras personas, pero no me puedes pedir que me centre solo en ti porque ahora no nos haría bien, no es lo que quiero.

—Ya, si yo te entiendo y lo respeto, pero claro, me dijiste cosas que…

—Te dije cosas que quise decirte porque así las siento. No te preocupes, pequeñaja, yo no quiero engañarte y hacerte ver que me estoy enamorando de ti y luego irme con otras. Eso no lo voy a hacer. Todo lo que te diga y todo lo que haga será con honestidad. De ti solo espero eso.

Le sonreí y de nuevo asentí.

—Hay una regla que tenemos que cumplir —dijo con una sonrisa pillina —, en cada semáforo rojo tienes que darme un beso.

Ya está, enganchada hasta las trancas me tenía. ¿Él notaría que me tenía babeando? Yo creo que sí. De nuevo tenía las bragas en el suelo.

En el sol, mi pelo se veía más naranja aún. El color de mi piel era casi blanco nuclear. Nunca conseguía ponerme morena, solo roja como un cangrejo. Después me pelaba entera y vuelta a empezar. El sol también hacía que el número de mis pecas crecieran, pero solo tenía en la cara, no por todo el cuerpo como la mayoría de los pelirrojos. Toda mi vida he tenido que lidiar con el mote de “zanahoria”. Lo sé, muy poco original. Hacía mucho tiempo que nadie me lo llamaba y lo prefería. Prefería escuchar “pequeñaja” de boca de Santi.

—Me gusta tu cuerpo. Cintura estrecha y un buen culo. —dijo Santi sin dejar de mirar mi trasero cuando me quité el vestido.

—Anda, calla. Ayúdame a poner la toalla en la arena. —respondí interrumpiendo sus vistas.

—Entonces estabas enfadadita, eh. —dijo mientras venía a abrazarme por detrás.

—Sí, un poquito. —musité haciendo pucheros y dejándome abrazar.

—Y ¿sigue enfadada la pequeña? —preguntó dándome la vuelta hacia él.

—Sí, mucho. Estoy pensando en tu castigo.

—Ya me castigaste. Me tuviste pensando en ti más de la cuenta, preguntándome qué podría haberte pasado conmigo.

—Entonces ya se me ha pasado el enfado. Si sufriste *una poquita* ya estoy feliz.

—¿Conque eso es lo que quiere la nena? Pues ya lo sabes, pequeña. Me has hecho desearte mucho —susurró en mi oído poniéndome la piel de gallina.

—Yo tenía una mezcla de sensaciones. Me apetecía estar contigo, pero me sentía tonta por sentirlo.

—Qué pavita eres. Con lo que me gustas… —añadió antes de darme un beso de infarto.

Ese día la playa era nuestra. Había bastante gente, pero sentíamos que estábamos solos. No podíamos ver al resto de personas allí presentes. Nuestra realidad paralela. Me sentí especial de nuevo y me relajé. Olvidé haberme sentido estafada y olvidé que él besaría a otras antes y después de besarme a mí. ¿Ellas también se sentirían especiales en la vida de Santi?

¡Qué día tan perfecto! Comimos un par de porciones de pizza, de esas que pides de forma individual. Yo pedí un trozo con peperoni, *of course*, y otro de carbonara. Los suyos eran de barbacoa y de bacon y cebolla. Él decía que era un fanático de la barbacoa y yo me declaraba fanática de él. Me encantaba todo de él. Me había encantado hasta la forma directa de decirme que no quería nada serio conmigo y que también quedaría con más chicas. Con esos ojos y esa boca no podría volver a enfadarme con él.

Después de las pizzas, volvimos a la arena con un helado cada uno. Si seguía comiendo así volvería a ser la chica rellenita que fui años atrás. Ese helado supo a gloria en su compañía. Nuestras conversaciones eran variopintas: simples y complejas. Me encantaba poder alternar el nivel de nuestros diálogos. Lo mismo hablábamos de lo cotidiano como de profundos sentimientos y me parecía raro en un chico. Yo venía de estar con una pareja que pensaba que todo era una tontería y que le daba igual todo lo que tuviera relación con pensar. No reflexionaba sobre nada, simplemente paseaba por el mundo. Sin más.

Cuando el sol se estaba escondiendo ya nos empezaba a doler la cabeza de tantas horas al sol. Nos dimos un último bañito abrazados mientras nos llenábamos de besos. Me cogió de la cintura y me pegó a él, subiendo mis piernas y abrazando con ellas su cintura. Apoyé mis brazos en sus hombros y él apoyó sus manos en mi culo. Los besos continuaban y subían su intensidad. La respiración de ambos se aceleraba y los besos sabían a poco. Queríamos más. Yo no quería que le resultara sencillo acostarse conmigo, por lo que no iba propiciar momentos de ese estilo porque no quería calentarle para nada. Así que le cogí de la cara y muy cerca de él, mirándole a la cara le dije:

—Vamos a parar, cielo. Aún hay gente.

—¿No te da morbo?

—No cuando hay niños.

—¡Qué ganas tengo de pillarte solita sin nadie que nos mire! Llevas razón, enana. Venga, vámonos ya que… —se rió—, no sé lo que te hago.

16. A FLOR DE PIEL

Cada vez él iba menos al hospital. Rodri ya no encontraba motivos para seguir yendo cada día a ver dormir a la que ya no era su novia. Los padres de Elisa no sabían nada de lo que estaba pasando entre ellos, pero sí les había contado todo lo que habían hablado ambos en relación con Martina. Ellos no se sorprendieron mucho, pero les dolió y entendieron que Rodri no fuera tanto al hospital. Ese sábado coincidieron todos en la habitación de Martina y tuvieron una larga conversación en la que él expresó sus nuevos sentimientos hacia su exnovia, sin mencionar los que crecían hacia Elisa.

Rodri había preparado una sorpresa para Elisa. Ella se pensaba que irían a tomar una cerveza a algún bar, pero cuando se montaron en el coche, el trayecto comenzaba a ser más largo de lo habitual y Elisa empezaba a hacer preguntas. La impaciencia caracteriza totalmente a mi amiga. Él no contestaba sus preguntas y su impaciencia iba creciendo al mismo tiempo que lo hacía la ilusión.

Unos cuarenta minutos después llegaron a Altea. Para mí, ese es el pueblo alicantino con más encanto de esta ciudad. Las calles de Altea son estrechas y llenas de adoquines. En ellas, destacan sus pequeñas casas encaladas y sus iglesias tienen unas grandes cúpulas azules. Me recuerda a Myconos o Santorini de Grecia.

Era la hora de comer y la parejita estaba hambrienta. Se sentaron en una de las terrazas de un bar de la plaza de la iglesia y allí pidieron chipirones, calamares, croquetas y patatas bravas. Todo ello acompañado de una buena botella de vino blanco bien fresquita para combatir ese calor de los veranos de Alicante.

—Pero ¿qué hacemos aquí? No me lo esperaba —dijo ella mirando a Rodri.

—Ahí está la gracia de las sorpresas, bonita.

—Me encanta —expresó Elisa con una gran sonrisa.

—A mí me encantas tú.

—Tú sabes que esto no puede ser, Rodri.

—Déjame cambiarte de idea.

—Es que no es una idea. Yo me muero de ganas, pero no lo veo de buena hermana. Necesito que me entiendas.

Él decidió cambiar de tema y que se centraran en lo bonito que era pasear por las calles de Altea, comiéndose el helado favorito de Elisa, cogidos de la mano y conectando sus corazones. Esas miradas reflejaban deseo y honestidad. ¿Qué habría de malo ahí?

Las horas pasaban rápidamente, casi sin darse cuenta llegó la hora de cenar. Él había reservado una mesa en un restaurante especial y había encargado que les pusieran una pizza de un metro, como en *Sale&Pepe*. La gracia le salió por un ojo de la cara, pero nada era comparable con ver a Elisa feliz y emocionada. Después de cenar fueron a la zona de la playa para tomar una copa y él le robó un beso. Ella, tímida, intentó apartarse. Él, deseoso, le tocó la cara y le dijo que necesitaba sentir sus labios aunque fuera una vez. Ella le miró y no pudo controlarse. Elisa acercó sus labios suavemente a los de Rodri. Los dos cerraron los ojos y lentamente abrieron sus labios, mezclaron sus lenguas y saborearon ese beso tan deseado y esperado para los dos.

Cuando terminaron la copa era bastante tarde, pero no querían que acabara el día. Decidieron alargarlo unos minutos sentándose en el muro que separaba la arena de la playa y la acera del paseo, uno al lado del otro, mirando hacia el mar. Volvieron a entregarse en otro apasionado y lento beso sin poderlo evitar. Ella puso sus piernas encima de las de él y él acariciaba los muslos de ella.

—No quiero que este sueño acabe —confesó Elisa con los ojos cerrados.

—Hagamos que no acabe aquí —respondió Rodri poniendo la cabeza de Elisa sobre su pecho.

—¿Nos quedamos aquí a vivir? —bromeó ella.

—Bueno, bonita, a vivir no podemos. Lo que sí podemos hacer es alargarlo hasta mañana si tú puedes. ¿Tienes que hacer algo mañana?

—Había quedado con Lucía y Teresa, pero eso puede esperar.

Los tortolitos se miraron y sonrieron. Ella dudó un par de veces hasta acceder a ir a un hotel para dormir y seguir al día siguiente paseando por Altea. De camino al coche, estuvieron buscando un hotel bueno, bonito y barato. En Altea, lo de barato iba a ser complicado estando en pleno verano ya que es un lugar muy turístico y pequeño.

Finalmente, encontraron un hotel que no estaba nada mal y se dirigieron allí con el coche. Lo dejaron en el aparcamiento del mismo y fueron a la

recepción. Un amable recepcionista les acompañó hasta una habitación de unos cuarenta metros cuadrados, reformada hacía no mucho tiempo, con una gran cama frente a la televisión. A la derecha de la puerta de la entrada había un completo y amplio baño con ducha. Al lado de la televisión había un escritorio y bajo este un minibar. Sobre el escritorio había una cafetera, una caja con cápsulas de café y de leche y dos tazas. También había cuatro galletas envueltas individualmente a modo de cortesía. Decidieron servirse un café y seguir conversando en la cama pese a ser más de las dos de la madrugada porque no había rastro de sueño. Con la ropa, se sentaron en mitad de la cama perfectamente hecha y hablaban de lo a gusto que estaban juntos mientras tomaban el café.

—Contigo pasa el tiempo volando y solo quiero que se pare. —confesó Rodri.

—A mí me pasa lo mismo. ¿Sabes? cuando me dejó Toni pensaba que el mundo se me iba a caer encima y que me costaría mucho esfuerzo y tiempo volver a sentir algo así por alguien —dijo Elisa abriendo su corazón.

—Yo pensaba que estaría con Martina toda mi vida, pero me he llevado una gran desilusión. Gracias a que tú has aparecido en mi camino esa desilusión la he cambiado por sueños nuevos y muchos de ellos llevan tu nombre.

—No sé cómo ha podido ocurrirnos esto, pero ya no lo puedo controlar.

—¿Te gustaría eliminarlo? —preguntó él.

—Me gustaría que no hubiera sido en esta situación y aunque me gusta estar aquí no puedo sentirme totalmente en paz conmigo misma.

—Las cosas vienen así, cuando y con quien menos te lo esperas ¿qué hacemos si estamos sintiendo esto?Ellos dieron el último sorbo a su café y dejaron las tazas en el escritorio.

—No tenemos pijama —dijo ella con timidez.

—Ya… pero hace calor. Yo en verano nunca uso pijama

—¿Y cómo vas a dormir?

—Pues en calzoncillos, como dormiría en mi casa.

—Yo me voy a quitar los pantalones, pero date la vuelta y no mires.

Él se dio la vuelta y ella se metió debajo de la sábana para quitarse el *short*. Él se quitó toda la ropa dejando solo los calzoncillos y se introdujo bajo la sábana con Elisa. Rodri le pidió un beso de buenas noches, pero no hubo solo uno… Las ganas, el deseo, la pasión…todo estaba a flor de piel. Sus partes íntimas también lo expresaban. Él se juntó más a ella y acarició

sus muslos y sus nalgas. Ella comenzó a recrearse en su pecho sin dejar de besarse. Él continuó por la espalda, agitando la respiración de ambos, después desabrochó el sujetador de Elisa y acto seguido introdujo su mano para tocarle las tetas. Él levantó un poco su camiseta y lamió sus pezones, al mismo tiempo que acariciaba su vientre y jugaba con la costura del tanga. Ella pudo apreciar un buen rabo bajo el calzoncillo cuando bajó su delicada mano. Él notó la humedad tan grande en la entrepierna de Elisa y comenzó a tocar su clítoris. Ella se mordía el labio inferior por el placer y luego… hicieron el amor. El amor…

17. DECLIVE

Llámale intuición femenina o como quieras, pero yo notaba a Santi un poco raro después del día de la playa tan maravilloso que habíamos pasado. No tenía muchos motivos para pensar así, solo algunos indicios. Él me hablaba menos por WhatsApp y llevábamos unos días sin vernos y sin que me propusiera algún plan. Yo no dejaba de pensar en él y miraba el móvil constantemente por si me había escrito o llamado.

Yo: <Hola, guapo. ¿Qué tal? Tengo ganas de ir al autocine, ¿te apetece que vayamos esta noche?>.

Santi: <Hola canija. Hoy no voy a poder. He quedado con mi ex para devolvernos cosas que teníamos en casa del otro. Si tengo ganas que me maten.>

Yo: <Qué planazo jaja. No te preocupes. Otro día vamos>.

Santi: <Sí, me lo voy a pasar en grande jaja. Esta semana te llamo y vamos donde quieras.>

No quería adelantarme y pensar cosas raras, pero le notaba más soso y menos cariñoso que de costumbre. Que fuera a quedar con su ex no me preocupaba porque había sido él quien zanjó la relación. Notaba que yo me estaba enganchando a él y sabía que a él le apetecía estar de flor en flor, pero yo no quería ser una flor más para él. Yo me preguntaba si Santi estaría viviendo esta historia como yo, si para él eso también sería especial…

Pasaron tres días de esa mini conversación en la que me decía que iba a quedar con su ex y yo no había tenido noticias nuevas de Santi. Yo me hacía la interesante esperando que fuera él quien me buscara, pero ya no podía más. Me subía por las paredes pensando si hasta ahí había llegado mi historia con este chico que tanto me gustaba.

Ante mi locura mental decidí llamar a Teresa para contarle mis mierdas y creímos conveniente convocar una reunión urgente de divina en apuros.

Todas mis chicas vinieron a auxiliarme, menos Vane, que ya no quería saber nada de nosotras.

Quedamos en *Mandala*, y una vez allí reunidas las cinco, comencé con mi ronda.

—Lu, no te hagas ilusiones con Santi —comentó Teresa—, ya sabes lo que te dijo. Él no quiere novia ahora y hay que entender que acaba de salir de una relación y necesita estar un tiempo solo.

—Mira, cari, yo te recomiendo hacer lo mismo que él. Tú también necesitas un tiempo para ti, tú también acabas de salir de una relación —dijo Megan.

—Si es que te lo tendrías que haber follado, mira que te lo dije. —señaló Luna—. Sabe que contigo él no va a tener lo que busca, porque déjame decirte que ese tío ahora no quiere tener que luchar ni currarse tu chichi. Él ahora quiere lo fácil.

—A ver, a ver. Yo estoy de acuerdo en parte contigo, Luna. Él ahora no quiere luchar porque solo quiere divertirse, pero Lucía no tiene que follar con él solo para retener a Santi más tiempo con ella —replicó Teresa.

—Si es que yo ni me acuerdo de Jonás. Yo realmente no necesito tiempo para mí. —dije yo.

—Sea como sea, Santi ahora no quiere ataduras —expuso Elisa—, llámame loca, pero a mí no me ha molado un pelo que haya quedado con la ex.

—Qué va, él lo tiene muy claro. No quiere estar con ella. —contesté con seguridad—. Bueno ¿y tú qué tal con Rodri?

—Eso, cambia de tema, guapa… —me dijo Elisa—. Yo estoy viviendo un sueño agridulce. Aunque noto que cada vez me abro más a él y el remordimiento no viene tanto a visitarme. —continuó diciendo mientras sonreía.

—Ay Eli, ya te dije yo que te iba a venir alguien bueno para ti. Es el destino. No lo estropees por el remordimiento. —dijo Teresa.

La ronda siguió hasta que todas vomitamos todos nuestros pensamientos y sentimientos. No había nada como hablarlo todo entre nosotras. Era pura terapia. También hablamos de Vane y pensamos que teníamos que hacer algo para hablar con ella. Se nos ocurrió ir a su casa aprovechando que estábamos todas juntas. Cuando nos abrió la puerta estaba dejada, abandonada. Había engordado, no iba nada depilada, tenía el pelo sucio y llevaba puesto un pijama viejo. Llevaba semanas sin salir de casa, sin

hablar con nadie, sin querer relacionarse con el mundo exterior. Nos contó que se sentía sola y sin ilusión por nada. Dijo que antes de que pasara lo de Ruper ella ya estaba sintiendo esto, pero que disimulaba. Llorando nos dijo:

—Chicas, me he dado cuenta de que yo lancé a Ruper a otros brazos. Fue mi culpa acomodarme.

—Vane, cariño, no te culpes. Ruper es un mujeriego. —intenté consolarla.

—Me da igual todo. Os lo digo de verdad. Solo quiero estar en casa cosiendo porque en este momento la gente me molesta. No quiero que os siente mal, pero quiero estar un tiempo desconectada. Lo contrario es hacer verdaderos esfuerzos. —contó Vane.

—Joder, cari, no pensaba que la cosa fuera tan grave. —expresó Tere.

—Pues cielo, yo creo que deberías buscar ayuda profesional —propuso Elisa.

—¿Me estás llamando loca? —cuestionó Vanesa levantándose de la silla —. Mejor os vais.

—Vane, no te he llamado loca para nada. Solo digo que si te ves en un agujero del que no sabes salir sola, que busques ayuda. —respondió Eli.

—Vamos a ver Vane, lo que Elisa quiere decirte es que no te abandones sin buscar solución —explicó Megan.

—Quiero que os vayáis. Si no os he llamado es por algo. —concluyó Vanesa abriendo la puerta de su casa.

—Reflexiona y si nos necesitas nos llamas, pero esta no es la manera. —sentenció Luna.

—Vane, lo hacemos por ti —dije yo mientras Vane cerraba la puerta de su casa visiblemente enfadada.

Cuando llegué a mi casa, tocada por haber visto así a Vane, recibí un mensaje de Santi: <Buenas noches pequeña. ¿Qué haces?>

Yo: <Hola guapito. Qué abandonada me has tenido. Estoy en casa, acabo de llegar justo ahora de estar con mis amigas.>.

Santi: <¿Te apetece que nos veamos mañana un ratito?>

Yo:<¿Estás bien?>.

Santi:<Bueno, mañana te cuento con calma.>

Yo: <Qué misterio. Mañana nos vemos.>

Vale, ya me bastaba. No necesitaba saber nada más para prever el declive de esa historia tan fugaz. Hasta ahí había llegado Santi. Hasta ahí los <pequeña> que tanto me gustaban. Hasta ahí nuestras conversaciones profundas. Hasta ahí nuestras conversaciones tontas. Hasta ahí. Lo intuía.

18. Lluvia ácida

Por fin Teresa tenía una cita con alguien que le gustaba del 0 al 10, un 8. Ella siempre les ponía nota a los chicos para hacernos ver cuánto le gustaba cada uno. Un 8 era un récord porque una cita de Tere nunca había superado el 7, y peladillo. Venga, estaba mejorando la muchacha. Nosotras casi hacíamos una fiesta cada vez que ella aceptaba una cita. Bueno, para ser sincera, aceptaba muchas citas, pero luego no se presentaba. Rectifico: hacíamos una fiesta cada vez que iba a una cita. Jorge se llamaba el afortunado muchacho. Se conocieron tiempo atrás, pero se perdieron la pista. Él era cinco años mayor que ella y tenía un físico de escándalo. Le fallaba un poco la dentadura, que la tenía un tanto descolocada. Nada importante: las paletas montadas y le faltaba un colmillo. Nada, poca cosa. Cuando Tere decía que eso era un hándicap siempre le decíamos que le llevaríamos al dentista para arreglarle los dientes y el maromo quedaría como nuevo. No le veíamos muy satisfecha, pero acabó por convencerse. Le decíamos que no buscara a su futuro marido, sino que experimentara en el terreno maromil.

—Pero yo no me voy a acostar con él, eh —decía Tere siempre que le pedíamos que experimentara..

Se volvieron a ver la semana anterior una noche de sábado que salimos a tomar una copa a una terraza del centro de Alicante. Estábamos en *Carabassa* las cinco divinas sumergidas en nuestra ronda habitual. Jorge estaba sentado con dos amigos a dos mesas de la nuestra. Él vino a saludar a Tere y decidieron que podría ser buena idea que se unieran a nosotras. Así fue. Los tres chicos se sentaron entre Megan y Teresa. No penséis que Megan iba a tener un flechazo con el que estaba a su lado…no van por ahí los tiros.

Teresa y Jorge habían creado una conversación paralela a la del resto. Ellos se ponían al día del tiempo que llevaban sin verse. Recientemente, Jorge había vuelto de Italia de hacer un Erasmus y le contaba todas las batallitas que vivió allí durante nueve meses. Volvió para graduarse de Turismo y no sabía si, cuando pasara el verano, volvería a Milán. Se había enamorado de aquel lugar y había hecho amigos a los que echaba de menos.

No sabía qué hacer porque quería empezar a buscar trabajo. Por otro lado, nosotras hablábamos con los otros dos chicos. El que estaba al lado de Megan era gay, una loca total. De esos que te hacen reír desde el primer momento hasta el último. Megan había quedado con Pedro para pasar la noche juntos, pero nos dijo que no quería irse porque se lo estaba pasando muy bien. Él y el mundo que rodeaba a Megan estaban ya acostumbrados a que ella cancelara los planes a última hora. A mí eso me sentaba fatal, pero Pedro no era de los que se enfadaban por esa razón. Ella cogió su móvil y, mientras leía en voz alta, le escribió: <Cuchi cuchi, me voy a quedar aquí con las chicas. Elisa está muy mal por lo de su hermana, ya sabes. Está llorando todo el rato y no me parece bien irme. Me necesita aquí con ella. ¿Nos vemos mañana?>

Pedro: <Claro, no te preocupes. Yo estoy en casa
viendo la tele y me estoy quedando dormido.
Mañana nos vemos, flor.>.

—Ya está, no hay problema. Pedro es un trocito de pan y lo entiende todo. Tú estás sin parar de llorar y me necesitas. No me puedo ir y dejarte así. —dijo Megan con guasa mirando a Elisa.

—¿Trocito de pan? —añadió el gay con los ojos como platos—. Déjame ver una foto suya, por favor.

Megan, orgullosa, buscó una carpeta que tenía con fotos de ambos y se la mostró.

—Mira mi niño qué guapo es. —dijo Megan sonriente.

—Perdona, pero tu niño es gay —sentenció Gus, el gay.

—¿Por qué lo dices tan seguro? —pregunté yo al ver que Megan estaba petrificada.

—Pues porque yo me he liado con este tío dos o tres veces en un bar de ambiente. Blanco y en botella. —contestó Gus convencido.

—¿Pero estás seguro de que hablamos de la misma persona? —preguntó Megan flipando.

—Pues a ver, si te pide que le metas cosas por el orificio de salida… —añadió Elisa.

—Me parto. A ver, Gus, mira más fotos de Pedro y asegúrate de que es él —pidió Luna muerta de la risa.

—No te rías, capulla —le susurré a Luna, que estaba sentada a mi lado.

—Venga, enséñame más fotos. Pero vamos, estoy convencido —dijo Gus.

—Una cosa, lo has dicho antes de ver una foto de Pedro. Has pedido ver su foto después. —dijo rápida Elisa dirigiéndose a Gus con desconfianza.

—Estoy aquí sentado a su lado. He visto el fondo de pantalla de su móvil donde sale él con ella y cuando seleccionaba la conversación de WhattsApp con Pedro. De todas formas a mí me da igual, ella verá lo que hace. —se justificó mirando a Elisa.

—Vale y ¿qué se supone que tengo que hacer ahora? —preguntó Megan con las manos en la cara.

—Háblalo con Pedro, cari. Cuéntale esta situación y que se dé por cazado —le propuse yo.

—Pf, tú siempre lo arreglas todo hablando y hay veces que ese no es el camino. Si él me lo hubiera querido decir ya me lo habría dicho —me contestó Megan desesperada.

—Qué complicado, yo no tengo ni idea. Pero si se lo preguntas te lo va a negar. Dile que eres lesbiana a ver por dónde sale —planteó Luna.

—Pues oye, puede ser buena idea. Así él se sentirá seguro y tranquilo para decirte la verdad —opinó Elisa..

—¿Qué me estoy perdiendo? ¿Qué está pasando? —interrogó Teresa con impaciencia.

Pusimos al día a Tere y ella no sabía si reírse o abrazar a Megan. Esta última estaba sin reaccionar y nada le parecía buena idea para poder asegurarse de esto, puesto que no se lo terminaba de creer. Pensaba que había posibilidades de que Gus se estuviera equivocando.

—Pues a mí me gusta esa idea. Proponle hacer un trío, pero que dejas que él elija si con una chica o con un chico. Obviamente solo es una proposición, no lo hagas si no quieres. —intervino Teresa.

Una semana después de este encuentro llegó el día de la cita de Tere y Jorge. Se fueron a una tetería situada en Crevillente, un pueblo de Alicante. Hacía tiempo que no sentía que un chico se interesaba por ella únicamente por sexo y eso le daba tranquilidad. El chico fue a recoger a Tere en moto, algo que en verano se agradece por el calor, pero molesta porque siempre acabas oliendo a gasolina y se te enreda el pelo. Teresa llevaba su larguísima melena rubia sin recoger y fue muy mala idea. Mal, Jorge, mal. Gomet rojo para Jorge. Ella no se había hecho sus tirabuzones tan perfectos y divinos para llegar a la tetería con el pelo lleno de rastas. Llevaba un vestido largo mostaza con lunares blancos, unas sandalias de tacón ancho y su bolso marrón de esparto.

—Madre mía, Jorge. Estoy feísima. Mira qué pelo, parezco Bob Marley —dijo Tere haciendo un mohín.

—Pues a mí me flipa Bob Marley. Te faltan los piojos —rió Jorge.

—Bueno, piojos no, pero mosquitos aquí hay por un tubo —contestó ella vacilando.

—Pues te aguantas, princesa. Que eres tú muy princesa.

El camino hasta llegar a la puerta de la tetería era un pelín pedregoso y él cogió su mano para que ella fuera más segura por el camino. El sitio estaba bastante escondido y había una parte del recorrido que no se podía hacer en coche. Desde el aparcamiento hasta la puerta parecía que fuera una selva, aunque merecía la pena llegar allí y entrar a ese caserón de estilo morisco con tanto encanto. Podían elegir si sentarse en sillas o sobre alfombras y cojines y escogieron la segunda opción. Estaban dentro de una de las jaimas que hay repartidas por los extensos y verdes patios y jardines de la finca. Podían incluso tumbarse y para ello debían quitarse el calzado. Esa era la cita más mágica que ella había tenido en toda su vida.

—Tengo que confesarte una cosa —declaró Jorge.

—Miedo me das… eres padre de cinco hijos —bromeó ella.

—Casi… de cuatro —se rieron ambos—. No, en serio. Déjame ponerme serio que me duele la mandíbula de reírme.

—Sí, sí, dime, perdona.

—Pues que yo ya me había fijado en ti cuando nos conocimos —confesó vergonzoso.

—¿Qué dices? Si no tuvimos casi relación —añadió ella extrañada.

—Te veía con este cuerpazo, esos labios gruesos, siempre riendo y haciendo reír al resto… no sé por qué. Desde el principio me llamaste la atención.

—Jo, pues no puedo decirte lo mismo. A ver, entiéndeme. No me había fijado en ti, pero siempre me has parecido simpático y guapo.

—Qué decepción. Te parezco majete. —intervino él haciendo un puchero.

—Pero estoy hablando en pasado. Ahora es diferente. Lo que pasa es que esto no tiene futuro si te vuelves a Milán cuando termine el verano.

—A ver, no es seguro, princesa.

—Si me llamas princesa me pongo colorada.

—Princesa, princesa, princesa…

Esas miradas gritaban de deseo. Estaba habiendo muy buena conexión entre ellos y los dientes de Jorge parecían estar en orden, porque Tere ya no se fijaba en eso. Se fijaba en sus labios carnosos y en los dos hoyuelos de sus mejillas al sonreír.

Cuando les trajeron el té moruno y el batido de sandía, los probaron y se miraron con cara de que aquello estaba buenísimo. Ella emitió un pequeño gemido sin querer con el segundo sorbo y él la miró impactado. Ella comenzó a reírse y se le salió el batido por la nariz, pringando de batido el polo blanco de Jorge y su vestido mostaza. Genial para una primera cita. Sí, Tere, así se hace. Llenar de gotas rojas el polo blanco de tu cita es maravilloso. Él se lo tomó a risa y ella quiso morirse de la vergüenza. Una divina no tira batido por la nariz.

El resto de la tarde fue genial: risas, tonteo, confesiones de sueños y planes de futuro. Cuando oscureció, salieron de la tetería y se dirigieron a casa de Teresa. Allí, Jorge le dijo que le gustaría volver a verla y ella, ilusionada, le dijo que sí. Tere subía a su casa con una sonrisa de oreja a oreja y cantando canciones de Hanna Montana más feliz que una perdiz.

19. Los últimos cartuchos

Dos semanas después de nuestra última conversación todavía no habíamos quedado. El día que íbamos a quedar, Santi me mandó un escueto mensaje donde decía que no podía quedar y que ya me llamaría. No se molestó en darme ninguna razón. Yo estaba esperando su llamada inexistente y me estaba volviendo loca, por lo que decidí mover la siguiente ficha.

Yo: <Santi, no sé si debo seguir esperando tu llamada o no.>.

Santi: <Hola, Lucía. Lo siento, pero me está resultando complicado gestionar esto. Necesitas una explicación, lo sé. Estoy en el coche de camino a mi casa, no tengo mucho tiempo, pero si tú puedes paso ahora a por ti y hablamos un ratito.>

Yo: <Vale, avísame y bajo.>

Me vestí todo lo mona que pude para que viera lo que se estaba perdiendo. Sabía que esa conversación iba a ser el punto y final de nuestra corta historia de amor. Durante esas dos semanas me fui haciendo a la idea de que, habláramos o no, habíamos llegado a nuestro final. Me puse un vestido blanco con líneas azules, estrecho por arriba hasta la cintura y ancho por abajo. Sabía que le gustaba mi cintura de avispa y la quería marcar. Me hice una trenza africana un tanto despeinada y me maquillé suavemente con colorete, línea negra en los ojos y mi *Superstay Matte* color fucsia. En invierno siempre utilizaba el granate, pero en verano el fucsia. En los pies me puse unos taconazos, de esos con los que no puedes dar ni un solo paso, se utilizan para estar sentada bien guapa. De casa al coche y del coche a la silla del restaurante o cafetería.

Bajé de mi casa cuando me avisó de que ya estaba en mi puerta. Y ahí estaba plantado, apoyado en su *Seat Ibiza* rojo que tan bien le quedaba. Él estaba guapísimo con sus bermudas negras y su camiseta gris de *Hollister*. Estaba de brazos cruzados, piernas cruzadas y cabeza gacha. No le sentí tan

dicharachero como de costumbre y algo en mí murió. No sé cómo llamar a ese sentimiento cuando ves a la otra persona sin alegría y empiezas a sentirte igual que ella. ¿Contagio de sentimientos? Algo así. Mis latidos se aceleraban al ritmo que me iba acercando a él.

—¡Qué guapa estás! ¿Has quedado luego? —preguntó Santi.

—Sí, para cenar con las chicas —mentí.

—Ah, muy bien. ¿Quieres que vayamos a tomar algo? Tengo un par de horas.

—Vale, sí. Por aquí cerca si te parece. Hay una terraza a dos calles, pero con estos tacones prefiero ir en coche —dije con una sonrisa tímida.

Durante los tres minutos de trayecto le vi serio, pero quería esperar a estar sentada para comenzar la conversación. Una vez en la terraza, le vi observándome de arriba a abajo y me salió una sonrisa. Nos sentamos uno frente a otro en una pequeña mesa cuadrada y nos tomaron nota. Yo pedí una *coca-cola zero* y él una caña.

—Esa caña es de mariquita, ¿no? —apunté jugando con los recuerdos.

—Sí, pero lo prefiero así para que no se me caliente —contestó siguiendo mi juego de recuerdos—. Bueno, ¿cómo estás? —añadió después de sonreírme.

—Yo bien, el que creo que no está del todo bien eres tú.

—¿Soy muy expresivo o me vas conociendo?

—Quizá una mezcla de las dos cosas.

—¿Estás enfadada conmigo?

—Enfadada no es la palabra. Estoy desilusionada.

—No es el momento para nosotros. No ahora.

—Sé honesto y cuéntame qué te pasa.

—Por eso estoy aquí. —hizo una pausa y continuó—. No sé si te acuerdas, pero quedé con Carola, mi ex, para devolvernos unas cosas y… bueno, estuvimos hablando de si esto era definitivo, de lo que sentíamos el uno por el otro y de las razones por las que tomé la decisión de ponerle fin a lo nuestro. En fin, que nos terminamos acostando y después comenzamos a recordar todo lo bueno que habíamos vivido juntos. Ella me propuso volverlo a intentar y yo al principio estaba reacio, pero según iban pasando los días y veía que volvíamos a ser los de antes quise apostar por esto de nuevo. Ella me ha prometido que va a trabajar lo que me gusta y yo, que no soy ningún santo, también tengo que pulir mis defectos.

—O sea, que vais a cambiaros el uno al otro para poder estar juntos —apunté con una sonrisa de falsa aprobación.

—No es cambiarnos, es intentarlo. Es intentar mejorar. Es gastar todos nuestros cartuchos. Es esforzarnos para que esto funcione.

—A ver, si yo lo entiendo. Lleváis bastante tiempo juntos y los sentimientos no se van de un día para otro.

—Si te soy sincero, no estoy cien por cien seguro de que esto vaya a funcionar porque cuando las personas nos relajamos sacamos lo que llevamos dentro. Pero haber estado bien con ella me ha recordado todo lo bueno y tengo la necesidad de luchar una última vez. Sin saber si saldrá bien o mal.

—Pues os deseo lo mejor del mundo.

—Joder, Lucía. Me parte el alma tener que contarte esto. Me estaba encantando pasar tiempo contigo. Me estaba encantando conocerte.

—La vida es así de caprichosa. No pasa nada. Sobreviviré, te lo prometo. —le dije con una sonrisa.

Nuestra conversación continuó durante treinta minutos más. Y en ella no volvimos a mencionar a la tal Carola ni nada que tuviera que ver con ella. La tensión entre nosotros era evidente. La complicidad entre nosotros era palpable. Pero debíamos ser solo amigos.

Antes de irnos fui al baño y llamé a Teresa con principios de llanto. Yo no quería llorar y le pedí que me contara un chiste tonto y ella decidió contarme este: <¿Por qué los tontos ponen los periódicos en el frigorífico? Para tener noticias frescas.> Me reí por educación y le dije que me iba a casa. Teresa me ordenó que no me pusiera el pijama, que esa noche cenaríamos solas en un restaurante bonito. Al día siguiente era su cumpleaños y qué mejor motivo para salir a celebrar.

Sin muchas ganas, esperé a Tere en mi casa y ella apareció a los quince minutos maquillada como una puerta, con sus tirabuzones perfectos y con un vestido negro ceñido al máximo, dejando adivinar su estupendo cuerpo. Agosto en Alicante es criminal aun siendo por la noche. Yo no tenía mucha fiesta en mi cuerpo, así que le pedí ir a un sitio tranquilo y con el aire acondicionado a tope donde pudiéramos hablar y reírnos.

Fuimos al japonés que nos encantaba. Era nuestro restaurante favorito porque comíamos de todo, nos poníamos las botas a sushi, los tallarines se nos salían por las orejas, gimoteábamos con las gyozas… nos lo pasábamos bomba cada vez que íbamos allí. Aunque después siempre nos poníamos

malas. Nos dolía la barriga por comer más de lo que nuestro estómago aceptaba y nunca aprendíamos.

Teresa me alegró la noche. Menos mal que le hice caso y no me puse el pijama. Hasta le cayó una broma telefónica a Jonás: le mandamos a una entrevista de trabajo en un famoso club nocturno alicantino. Nos bebimos una botella entera de vino blanco entre las dos y ese fue el resultado.

20. Magia potagia

Luna tenía novio. Ella no quería reconocerlo, pero Noel no podía ser siempre una cita, como ella lo llamaba. Llevaban todo el verano quedando y haciendo planes juntos. Eso había dejado de ser una cita hacía ya muchas citas. Un día se fueron de cena romántica, aunque ella no utilizara ese adjetivo para describir la cena. Eso lo dijimos nosotras, pero verás que estábamos en lo cierto y aquello fue una cena romántica en mayúsculas.

Para celebrar el cumpleaños de Noel, él decidió que sería él quien daría la sorpresa y no al contrario como suele ser, siendo el cumpleañero el sorprendido. Pues no, ahí no fue así. El chico estaba tan enamorado de Lunita que todo lo hacía para que ella quedara asombrada y se enamorara de él. Cosa que él creía estar consiguiendo porque la relación estaba avanzando, pero los sentimientos de mi amiga no. Ella no sentía cosquilleos ni mariposas en el estómago. Ella estaba viviendo a cuerpo de rey, justo como en sus sueños.

Ella no se molestó en comprarle ningún regalo, desde fuera parecía el cumpleaños de Luna y no de Noel, pero así gestionaban ellos esa relación. Luna se puso elegante, tal y como él le había pedido. Llevaba un vestido rojo palabra de honor corto por delante y largo por detrás en tela de gasa. En los pies llevaba unos zapatos negros preciosos. Tere le maquilló y yo le peiné con un moño alto como pude, su pelo corto no daba para mucho. Elisa le hizo las uñas en color rojo. Todo esto porque nosotras nos empeñamos, porque ella no mostraba mucho interés. Bueno, ni mucho ni poco. Iba espectacular, de eso no había duda. Él iba con un traje gris oscuro y camisa blanca. ¿Dónde irían estos muchachos así vestidos?

Llegaron al puerto de Alicante y entraron en un barco. En la cubierta había cuatro mesas separadas, con dos sillas cada mesa. En cada mesa había un jarrón estrecho y largo con una flor. Los camareros iban vestidos de traje y pajarita y con una servilleta colgando de su brazo derecho. Había hilo musical desde el principio hasta el final de la cena. Luz tenue. Cocina de autor. Si eso no era una cena romántica…

Estaban mirando la carta de vinos y la de comida. No sabían qué elegir porque todo llevaba nombres muy rocambolescos, pero con poca claridad.

Cuando llegó el camarero, Noel empezó a pedir lo que él quería, pero ella seguía mirando la carta dudosa entre Escamole con mantequilla de epazote y chapulín con humo de mezquite o Niñoyaki con kampachi en salsa esmeralda. Ya que estaba allí el camarero le pediría la traducción de todos esos nombres tan raros. Cuando levantó la mirada hacia el camarero dijo:

—Discul… —paró de hablar ella al ver que el camarero era el de la barraca de Hogueras, pero disimuló y continuó—. Disculpe, ¿qué me recomienda? —preguntó señalando la carta. —Me cuesta entenderlo.

—Es normal señorita —contestó el camarero muy amable—. Le recomiendo el Niñoyaki, es uno de nuestros platos estrella. Un acierto asegurado sin duda, señorita.

—Bien, póngame eso, por favor. —sentenció Luna.

—Perfecto. Ahora mismo. —respondió el camarero de forma muy profesional.

—Muchas gracias —añadió Noel con una sonrisa ajeno a quién era el camarero.

La comida de aquel sitio era de plato grande, comida pequeña y factura grande, pero todo estaba riquísimo. Esta era la vida que quería llevar Luna y Noel era muy simpático, además, en el sexo era buenísimo. Se entendían a la perfección en todos los sentidos. El único problema era que a nivel sentimental, Noel cada vez pedía más. Él estaba enamorado totalmente de mi amiga, pero ella solo estaba enamorada de la vida tranquila, estable y de lujos que él le podía aportar. De momento no estaba sintiendo más que eso.

Cuando Noel se fue al aseo, el camarero, Carlos, aprovechó para acercarse a la mesa ya que estaba ella sola.

—El número al que llama no existe, ¿te suena? Me podrías haber dicho que no querías darme tu teléfono y todo habría sido más fácil —declaró Carlos con la mano en la mesa de Luna.

—Lo siento, pero no doy mi teléfono real cuando me tiro a un hombre una noche loca —aclaró Luna con firmeza.

—También me dijiste que no tenías novio.

—Es que no tengo novio. Él no es mi novio.

—Pues aquí no suelen venir amiguitos y he visto cómo te mira.

—¿Y también has visto cómo le miro yo? —contestó rápida ella.

—Te he buscado por redes sociales, pero sabiendo solo tu nombre… —confesó Carlos

A lo lejos vieron que Noel ya regresaba y Carlos volvió a su postura de camarero de restaurante de lujo.

—De acuerdo, señorita. Ahora mismo les traigo la carta de postres. —disimuló el guapo camarero.

—Muchísimas gracias —contestó Noel mirando al camarero mientras tomaba asiento—. Te has adelantado, Lunita. Yo quería esperar un poco entre la comida y el postre. —comentó dirigiéndose a Luna.

—Ya, bueno, es que me estaba diciendo el camarero que tienen postres estupendos y no me he podido resistir. —explicó ella.

Luna no se quitó a ese camarero de la cabeza en toda la noche y no pudo concentrarse totalmente en lo que le contaba Noel. Cuando se dio cuenta, Noel estaba haciendo planes para Navidad y ella estaba asintiendo sin saber a qué. De pronto, le entraron las prisas por salir del barco y ordenó a Noel que fuera a pedir la cuenta porque le estaba doliendo mucho la cabeza. Algo que no era cierto, claro. Ella decidió ir al baño para ponerse agua en la nuca a ver si se espabilaba un poco. Carlos estaba atento y fue tras ella. Le alcanzó y cogió su brazo antes de entrar al aseo y le dijo:

—Me gustaría volver a verte, Luna.

—Pero si fue solo una noche. —respondió ella.

—Pues quiero que sean dos. Toma mi número. —dijo él mientras le daba un trozo de papel mal arrancado.

—Vale, pues te llamaré. —mintió Luna.

—Pero llámame de verdad. —insistió Carlos aún agarrándole el brazo.

Sin contestar, ella entró en el baño y se puso agua en la nuca. Ese Carlos le encantaba, pero era camarero, era bastante mayor que ella y tenía un hijo. No cumplía para nada los requisitos que Luna buscaba en un hombre, por muy bien que funcionaran en la cama.

Noel ya había pagado cuando Luna volvió a la mesa, por lo que salieron de allí a toda prisa. Él pidió que fueran a su casa a dormir, pero ella se negó utilizando con su dolor de cabeza. Más tarde sí sería cierto ese dolor por darle tantas vueltas al coco. Le costó varias horas conciliar el sueño, pero no sin antes coger a su querido Scalibur pensando en Carlos.

21. NUESTRAS PINTAS

Yo no sabía ni cómo me sentía. Sentía que me faltaba algo. Ya no me sentía especial. Él se llevó un pedazo de mí al volver a intentarlo con su ex. No le culpaba. Es normal volver a intentar que algo funcione para no tener la sensación de no haber luchado lo suficiente. Pero pensar que en menos de un mes tendría que volver a verle en clase no me hacía mucha ilusión. Me había rechazado. Santi rechazó lo que él llamaba libertad para volver con ella. Ante mi falta de alegría y positividad llamé a Elisa. Esperaba no interrumpir a la parejita de tortolitos porque él estaba de vacaciones y pasaban el día juntos. De hecho, Eli se mudó a casa de Rodri para pasar allí agosto, su mes de vacaciones. Los médicos de Martina decían que podría despertar pronto o dejar de respirar por sí misma. Pero estaba habiendo cambios en su organismo y alguna de las dos cosas pasaría pronto. Mientras tanto, ellos se limitaban a disfrutar de su amor y alimentarlo para hacerlo inmenso.

Pese a estar juntos en esa casa, Elisa me dijo que fuera porque él iba a ir a visitar a sus padres. Yo cogí el coche de mi madre y me presenté allí tan pronto como pude. Me crucé a Rodri en el portal y estuve hablando con él unos minutos. Cuando hablaba de Elisa se le iluminaba la cara y yo me sentía feliz por mi amiga porque la pobre Elisa había tenido que besar a muchos sapos. Por fin había encontrado a un hombre que le trataba como ella merecía, aunque fuera el aún prometido de su hermana.

Cuando me abrió la puerta me dio un gran abrazo de esos que hablan por sí solos. Me miró de arriba a abajo y añadió:

—Pero nena, ¿y esas pintas? ¿y esas cejas?

—He venido a que me las hagas. ¿Puedo pasar o qué?

—Sí, sí. Al final del pasillo está el salón.

—Y de pintas nada, que es un vestido playero y unas chanclas —me defendí mientras caminaba por el estrecho y largo pasillo.

—Y el moño de casa. Tienes los ojos como tomates, lávate la cara con agua bien fría, anda. —me dijo mientras me llevaba al aseo, antes de llegar al salón.

—No sé por qué me tengo que lavar la cara, tía. Pero yo me la lavo si te hace feliz.

—Te voy a hacer las cejas y el bigote también porque vaya tela, nena. —gritó Elisa sacudiendo la mano derecha.

—¿Me podrías hacer un café primero, por favor, señora estilista? —imploré con las palmas de las manos juntas y retrocedimos parte del pasillo hacia la cocina.

Nos tomamos el café hablando de nuestros sentimientos tiradas en el cómodo sofá de Rodri y parecía que todo dolía un poco menos. Elisa era muy expresiva y con sus gestos también transmitía lo que sentía, de modo que me empapé un poco de esa felicidad. Me hizo las cejas y el bigote con esa delicadeza y esa dulzura que le caracterizaba tanto a ella y yo parecía llevar un nuevo *look*.

—Por cierto —interrumpí el monólogo de Elisa—, este sábado celebramos el cumple de Tere y no tenemos regalo. Si no lo organizo yo, vosotras pasáis.

—Ups. Llevas razón. Si no fueras con esas pintas podríamos ir ahora a comprarlo —respondió Eli.

—Yo no sé qué dices de mis pintas para estar dentro de una casa, si tú vas en bragas y sujetador.

—Ya, pero yo no estoy vestida y me puedo poner lo que sea. Tengo ropa, nena.

—En fin… —dije poniendo los ojos en blanco—. A lo que vamos. He pensado que podríamos pedir por Internet el bikini de la *Sirenita*. Mira, he visto este —le dije enseñándole una captura de pantalla.

—Yo no me fío de comprar por Internet.

—Mi padre dice que esta página es fiable. Según esto, se supone que llega el viernes.

—¿No es muy apurado? Vamos al centro comercial y le compramos algo, que no me fío de que no vaya a llegar, tía.

Se levantó del sofá y se fue a la habitación para ponerse ropa mientras yo miraba los marcos de fotos de Rodri con Martina en Barcelona, otra foto besándose, otra foto estando él arrodillado dándole el anillo de pedida y Martina emocionada tapándose la boca con las manos… me quedé mirando esta última y le pregunté alzando la voz:

—¿No te molesta ver todas estas fotos por aquí?

—No es que me moleste, porque es mi hermana. Pero sí me recuerda lo mal que lo estoy haciendo por la misma razón, es mi hermana. —oí que contestaba desde la habitación.

—Quizá sea que el Karma le está devolviendo todo lo que ella ha hecho mal —dije mientras me acercaba a la habitación para reunirme con ella.

—No sé, pero lo que sé es que nos hemos enamorado sin buscarlo, ha sucedido sin querer. Bueno ya estoy lista —dijo sonriendo señalando la ropa que se había puesto.

—Pero ¿qué haces? —pregunté extrañada.

—Pues ir como tú. Vestido playero, chanclas y moño de casa. Así parecerá que venimos de la playa y no desentonas.

—¡Qué considerada! —dije riéndome.

Nos montamos en el *Lexus* de mi madre en dirección al centro comercial de Gran Vía y me soltó de pronto:

—No me gustó un pelo cuando dijiste que Santi había quedado con su ex. Cuando no quieres saber nada de alguien le mandas sus cosas por paquetería si hace falta.

—Pf, yo qué sé. Yo estaba tranquila. Él me había manifestado su libertad sin ella de una manera que me hizo confiar en que esa ruptura era definitiva. Me hizo sentir especial, pero supongo que fue un espejismo. —confesé atenta de la carretera.

—Ya, pero él te dijo lo que querías escuchar de la manera que la querías escuchar —sentenció mi amiga.

—Le noté sincero. Anteriormente ya me había hablado de sus celos y su manera de controlarle en todo momento. De verdad que le vi ahogado con ella.

—Pues si fue sincero se volverá a ahogar y tú no vas a estar ahí, no seas tonta.

—Lo que ahora me preocupa es volver a verle en clase a diario.

—Va a ser difícil, pero vas a tener que tratarle como a un compañero más. De todas formas solo coincides con él en tres asignaturas, eso es mejor que tener que verle en todas ellas.

Continuamos nuestra profunda conversación hasta que llegamos al centro comercial y una vez allí ya nos enfrascamos en buscar algo para el cumpleaños de Teresa y… ¡Bingo! Acabamos encontrando el bikini de *Sirenita* a juego con la toalla de playa y las chanclas. Regalo perfecto para nuestra divina más divina.

22. Su gran noche

Era final de agosto y, durante el día, el calor se hacía insoportable. Por la noche se llevaba mucho mejor. Gracias a dios celebrábamos el cumpleaños de Teresa por la noche. El plan era ir a cenar a *Baoki* y después bailar hasta que el cuerpo aguantara. *Baoki* es un restaurante situado en el centro de Alicante que nos encantaba a la mayoría de nosotros por tener la oportunidad de disfrutar de las gastronomías del mundo fusionadas con los ingredientes mediterráneos que más adoramos.

La cena era a las 21:30h, pero las divinas y yo habíamos quedado a las 20h para hacer una breve ronda antes de que llegara el resto de invitados. Nos tomamos una *coca-cola* en la terraza de *Lío-Lío*, un bar de copas muy cercano a *Baoki*. Teresa llegó tarde, como siempre. Pero iba espectacular, también como siempre. Llevaba su largo y rubio pelo con sus habituales tirabuzones, maquillada como para una sesión fotográfica y vestida con un top azul pitufo con pequeños lunares blancos y un nudo a la altura del ombligo, una falda corta blanca con un pequeño volante en la parte inferior de la misma y unas sandalias de tacón ancho pero bien alto. La reconocimos a lo lejos por su manera tan divina de caminar, contoneando sus caderas. Ya cerca de nuestra mesa, exageraba el contoneo y ponía cara de estar en una pasarela de modelos. Cuando llegó, todas nos levantamos y corrimos a abrazarle y le felicitamos gritando todo lo fuerte que pudimos.

Teresa se quedó impactada cuando vio el modelito de Elisa, que iba con un vestido gris de punto muy ajustado, marcando su atlética figura. Unos taconazos negros y su pelo liso con su flequillo recto y, como siempre, sus labios rojo pasión. Luna iba sencilla pero guapa. Llevaba sus gafas rectangulares negras, unos pantalones vaqueros cortos y una blusa sin mangas granate, su maquillaje muy suave y su pelo suelto planchado por mí. Megan llevaba un *body* blanco con líneas gruesas negras en horizontal y un pantalón negro corto. Su melena parcialmente recogida con una pinza y maquillada ligeramente, marcando sus preciosos ojos azules. Yo iba con un vestido largo naranja muy fresquito, en el pelo un moño alto hecho con un donut y maquillada destacando mis ojos verdes y mis labios, con el *Superstay Matte* color fucsia. Y Vane… imaginábamos que con el pijama.

Ya era mucho tiempo sin saber de ella y nos parecía muy exagerado su comportamiento hacia nosotras y hacia ella misma.

Cedimos el primer turno de palabra a Teresa, ya que era la cumpleañera.

—Chicas, es un nueve. Jorge es un nueve. —dijo emocionada haciendo palmas—, me encanta este chico. Creo que se pasará después de la cena. Me hace sentir tan bien…

—Madre mía, Tere. Un nueve, lo nunca visto. —festejó Megan moviendo sus hombros.

—¿Y al final se vuelve a Italia? —preguntó Luna.

—Pues no creo. Él dice que soy una razón de peso para quedarse aquí. —contestó Teresa.

—¿Y el pinchito para cuándo? —volvió a preguntar Luna.

—Joder, nena, qué pesada eres. Que disfrute y que se deje llevar. Ya surgirá. —respondió Elisa.

—En lugar de neuronas tienes penes, eh —repliqué con una sonrisa mirando a Luna.

—A ver, he estado pensando en eso y creo que voy a hablar con él para contarle mi situación. Pero si os digo la verdad, tengo muchas ganas y creo que él es especial y diferente a los demás, pero tengo miedo. —confesó Teresa.

—Pero si todavía no te has dado un solo beso, no te adelantes. —comentó Megan.

—Claro, Tere. Tú ya verás la ocasión perfecta. Yo no se lo diría todavía porque parece que sea un problema y no lo es. Si tú lo haces natural, los demás también lo harán natural, así que no se lo digas dándole importancia —dije yo.

—Llevas razón. Si sale el tema se lo digo, si no, no. —afirmó Tere.

—Eso es —contesté.

—Yo aún no he hablado con Pedro. Me da miedo su reacción, lo que me pueda decir y que se acabe lo que tenemos. —empezó Megan con su turno.

—Pero Meguin, ¿qué es lo que tenéis? Está bien no poner etiquetas, pero aquí cada uno está viviendo este cuento de maneras diferentes y eso no es justo para ti. Tienes que hablarlo con él sin miedo. —le dije yo.

—Madre mía. No sé a qué estás esperando. —expresó Elisa desesperada.

—Si es que parecemos amigos, no quiero tener sexo con él porque sé que va a querer que yo haga la función de chico. La última vez me dijo que me cortara el pelo. Yo estoy flipando. —comentó Megan con tono triste.

—Eres una cobarde. Tienes que ser valiente. —pidió Elisa.

—Bueno ¿y tú qué tal con Rodri? —quiso cambiar de tema Megan.

—Pues en una nube de pegatina y farola de serpentina —se rió Eli—, sinceramente genial. Nos hemos enamorado. Estamos ahí en su casa este mes, pero ya me voy cuando empiece septiembre porque él vuelve a trabajar. Como sabéis, mis padres ya están al tanto de todo esto y no les parece muy bien, no lo entienden.

—Es normal, hasta hace nada era el prometido de tu hermana —dije yo.

—Lo sigue siendo, según ellos —contestó Elisa.

—Es que es difícil para ellos, dales tiempo —dijo Teresa.

—Ya, ya, si lo es para mí…para ellos ya ni os digo —respondió Eli.

—Pues yo me encontré a Carlos el día de la cena romántica —dijo Luna poniendo comillas en el aire con sus dedos—, fue estupendo y la mar de cómodo —añadió con ironía.

—¿Quién es Carlos? —preguntó Teresa—, que ya me pierdo.

—El que me follé el día que fuimos a la barraca en Hogueras —respondió Luna.

—Joder, como para acordarme del nombre de todos tus líos —se justificó Teresa.

—En fin, que era el camarero del restaurante y me dio su número. Obviamente no he llamado, antes de que preguntéis. —dijo Luna.

—Hombre, claro que no, tienes novio —comenté yo poniendo morritos.

—¿Y desde cuándo eso es importante para Luna? —preguntó Elisa sin querer que le respondiéramos.

—No es mi novio, chicas. Noel NO es mi novio —dijo Luna hablando despacio.

—Pues yo creo que ese Noel no piensa como tú —soltó Megan riéndose.

—Joder, pero qué guapo es, qué bueno está, qué polla tiene, cómo se menea… ese sabe lo que hace. Lo pienso y me pongo cachonda. —expresó Luna poniendo los ojos en blanco y acariciando su contorno.

—Eres una cerda —dije yo mirando a Luna.

Se hizo un silencio y cuando me di cuenta tenía clavadas todas sus miradas.

—Yo no tengo nada que decir, chicas. Ya sabéis lo que ha pasado con Santi y no he vuelto a tener noticias suyas. Estará ahí con su Carolita tan feliz y tan enamorado. —dije jugando con el pie de mi vaso.

—Bueno, ya te llegará otro que sí sepa valorarte —intentó consolarme Teresa.

—La cosa es que le creí y me siento una idiota. —confesé.

—Volverá. Lo sé. Está intentando no culparse de no haber luchado hasta el final. Solo es eso. —dijo Megan.

—Sí, pero mi Lu no va a estar ahí para cuando él quiera dejar de intentarlo con la novia —afirmó seriamente Elisa dirigiéndose a Megan.

—No eh, que no dices nada y me da un miedo que alucinas. Disfruta, sal y diviértete. Yo estaría un tiempo sin implicar a los sentimientos en tus relaciones con los hombres, que tú eres de entregarte. —dijo Luna.

—Yo estoy de acuerdo contigo —añadió Teresa mirando a Luna para después dirigirse a mí—. Date tiempo porque aunque no lo creas, acabas de salir de una relación con Jonás y tienes que sanar las heridas.

—Bueno, fuera cosas feas. Es la hora de ir a la cena y vamos a pasarlo genial. —dije yo levantándome de la silla.

Nos dirigimos al restaurante y allí había más amigos de Teresa. Nos pusimos finos a baos, nems, takoyaki, patatas bravas coreanas y a vino blanco bien fresquito. En el postre, todos los invitados le cantamos cumpleaños feliz y le entregamos nuestros regalos a la cumpleañera, quien gritó y se emocionó con cada uno de ellos. Ya de ahí salimos algo achispados y eufóricos por ir a *Carabassa*, la terraza de copas de moda en Alicante en ese momento. Allí estaba Jorge esperando con los dos amigos de la otra vez. Tere y Jorge se abrazaron cuando se vieron y el resto se dispuso a sentarse en las sillas en forma de círculo. Éramos unos quince en total y ya en la cena nos habíamos llevado muy bien entre nosotros, por lo que la noche prometía. Una de las amigas de Tere era muy bromista y yo conecté muy bien con ella. Los Gin-tonic iban entrando por nuestra boca y se transformaban en alegría y extraversión.

Después de dos copas decidimos entrar al local para bailar. Esa música nos encantaba: *Gasolina, Ella y yo, Obsesión, Virtual Diva*…cantábamos estas canciones dejándonos la garganta y perreábamos como latinas. Quien más estaba perreando era Teresa, bien pegadita a Jorge, estaban poniéndose unas caras y lanzándose unas miradas que parecían estar devorándose de un tajo el uno al otro. Cuando volvimos a fijarnos se estaban besando con ansia y se rozaban con fuerza al ritmo de la música. Nosotras bromeábamos porque nos había parecido ver una erección en el pantalón de Jorge. Cabe

mencionar que llevaba un pantalón de lino y esa tela es muy traicionera para ellos cuando se empalman.

Más tarde, cuando nosotras ya habíamos vuelto a la mesa de la terraza muertas del calor y del dolor de pies, salieron Teresa y Jorge cogidos de la mano con toda la cara manchada de pintalabios restregado, despeinados y acalorados. La miramos con los ojos como platos y nos miramos entre nosotras para comprobar que estábamos viendo lo mismo. Ella nos entendió y nos dijo que no con la cabeza. Se acercó y nos susurró con picardía que la semana siguiente iban a quedar para ver una película en casa de Jorge porque sus padres se iban de viaje.

<Pronto quedará lejos nuestra Teresa virginal y se entregará al acto sexual.> Esa era la frase que repetíamos una y otra vez de camino a casa, con los tacones en la mano y andando descalzas. Flexionando las rodillas para que doliera menos y descansando en cada banco que encontrábamos en el trayecto.

—Soy la amiga de Hanna Montana, perdóneme usted. Soy la amiga de Hanna Montana, perdóneme usted. —comencé a repetir como un disco rayado. La gente me miraba con extrañeza y más me reía.

23. DE VUELTA

Acababa de empezar septiembre y pronto comenzarían las clases de nuevo, con lo que Elisa volvió a casa de sus padres, pero dejando muchas cosas en casa de Rodri porque habían acordado pasar los fines de semana juntos allí. Estaba en su habitación colocando algunas de las pertenencias que sí se había llevado con ella cuando su móvil sonó. Era su madre que lloraba desconsolada diciendo cosas que Elisa no entendía.

—Mamá, tranquilízate, por favor, que no entiendo nada de lo que estás diciendo.

—Martina… Martina … —entendió que decía su madre.

—¿Martina? ¿Qué ha pasado? —pudo decir Elisa sin apenas voz por la preocupación.

—Ven al hospital, es Martina —continuó diciendo la madre sin poder parar de llorar.

—¿Está bien, mamá? —preguntó Elisa mientras se le mojaban los ojos, pero la madre no contestaba.

—Un momento, Elisa —logró decir la madre.

—¿Cómo que un momento, mamá? Necesito saber qué pasa. —dijo ella ya llena de lágrimas y muy alterada.

—Perdona, Eli, había entrado una enfermera a ver a tu hermana. Ha despertado, tu hermana ha despertado. Deja lo que estés haciendo y ven aquí —dijo la madre muy nerviosa.

—¿Pero está bien? Ay madre mía, voy corriendo.

Elisa fue a toda prisa, llamó a Rodri de camino y él salió del trabajo en ese mismo momento para ir al hospital. Ella llegó antes y entró a la habitación como si llevara un cohete en el trasero. Con delicadeza abrazó a su hermana, quien estaba aturdida y desubicada.

—Martina, ¿cómo estás? —preguntó Elisa esperando respuesta.

—El médico ha dicho que presenta algunas complicaciones físicas, intelectuales y psicológicas, pero que con una buena terapia no tardaremos en notar su recuperación. —contestó la madre de Elisa.

—¿Y eso cuánto tiempo es? —preguntó ella mirando a sus padres.

—Pues no lo saben, pero será de forma lenta. —respondió el padre.

A los quince minutos llegó Rodri y cogió la mano de su prometida, le dio un beso en la frente y rompió a llorar. De nuevo la culpa volvía a hacer acto de presencia en Elisa y Rodri, quienes se miraban con remordimientos. Martina estaba con los ojos abiertos casi ausente, sin sonreir ni percatarse de lo que allí estaba pasando. No había dicho ni una sola palabra y Rodri separó su mano de la de Martina cuando ella emitió un ruido por primera vez. Él tuvo la sensación de que Martina estaba apretando su mano suavemente, pero no supo si era verdad o solo una sensación.

—¿Cómo está? ¿Va a tener secuelas? —preguntó Rodri a los padres de Martina.

—No lo saben. De momento en el reconocimiento no ha aparecido nada extraño, pero claro, la recuperación va a ser progresiva. Ha estado cuatro meses en coma… —contestó el padre.

—Bueno, lo importante es que ha despertado. Yo no puedo estar más feliz. —dijo la madre emocionada.

Después de una hora en la habitación, Elisa y Rodri se bajaron a la cafetería del hospital para despejarse. Allí iniciaron una pequeña charla sobre cómo llevarían la relación a partir de ese momento.

—Bonita, yo no quiero separarme de ti. Esto no cambia nada. —manifestó Rodri.

—Esto lo cambia todo, gordo. Se nos ha ido de las manos. Al final se nos ha ido de las manos completamente y no lo hemos frenado. —dijo Elisa pensativa mirando a la nada.

—Nos hemos enamorado, bonita. No hemos podido frenarlo porque nuestro amor es más fuerte que un millón de soles. —contestó él cogiendo la cara de Elisa para que le mirara a los ojos.

—No, esto no está bien —dijo Elisa quitándole las manos de Rodri de su cara—, ha despertado y esto no me deja estar todo lo feliz que debería.

—Déjame que te quite esa idea de la cabeza, bonita. Estos meses juntos han sido maravillosos. Agosto ha sido un sueño para mí y sé que también para ti.

—Nada me gustaría más que poder decir que me da igual y que nuestro amor es tan fuerte que puede con todo.

—Es que es así, ¿o tú no lo sientes como yo?

—Joder, qué complicado es. —Elisa hizo una pausa y continuó—. Prométeme que vas a seguir con ella hasta que se recupere totalmente. Cuando llegue ese momento ya veremos cómo hacerlo.

—Pero Elisa, ¿qué dices? No me hagas esto. Yo ya no puedo estar con otra persona que no seas tú, mi vida. —dijo él asomando una lágrima.

—No hay vuelta atrás. No quiero que sufra. Tiene ya bastante con lo suyo. —sentenció ella con exigencia.

—Me voy a ir a casa ya, Elisa. Tengo muchas cosas en las que pensar. Esto que me has propuesto no sé si me termina de convencer.

—Te lo pido por favor, mi vida. Hazlo por nosotros, para que podamos estar felices siempre libres de culpa. —pidió ella suavizando su tono de voz.

—Mañana hablamos con más calma. No te prometo nada, pero lo voy a pensar.

Se despidieron y se dieron su último beso. Un beso que saborearon todo lo que pudieron, de los que son lentos y largos. De los que saben a despedida. Ella sabía que dentro de lo mal que lo había hecho, eso había sido una buena decisión si quería vivir tranquila. Se dedicó unos minutos para llorar y pensar antes de subir a la habitación. Cuando entró abrazó a sus padres y susurrando les dijo:

—Ya está, se ha acabado todo.

—Habéis hecho lo correcto, cariño. —dijo su madre.

—Eso no tenía ni pies ni cabeza. Has sido muy valiente. —añadió su padre.

Ella lloró en silencio unos minutos más abrazada a sus padres, quienes la arroparon y cobijaron sintiendo su mismo dolor. Se sentía rota. Estaba dejando escapar al amor de su vida, lo sabía. Pero no podía agregarle más dolor a su hermana. Lo importante era que había despertado y aunque Martina no había sido una hermana ejemplar, era su hermana y la quería.

24. VIDA NUEVA

Ruper había intentado hablar con Vanesa más de diez veces en todo este tiempo y ella no había accedido en ninguna de ellas. Lo máximo que había conseguido fueron gritos de histeria pidiendo que se fuera. Por eso, él llevaba tiempo sin intentarlo para que creyera que ya había desistido. Se le ocurrió pedirle a alguien que llamara al timbre de Vanesa, justificando cualquier pretexto para que abriera la puerta.

Él ya llevaba quince minutos en la portería de Vanesa esperando que alguien entrara o saliera cuando, de pronto, salieron dos personas con una carpeta en el regazo. Una de esas personas era joven, de unos veinte años e iba vestida con una ropa un tanto anticuada para su edad: camisa blanca holgada dentro de una falda gris y ancha que cubría más allá de sus rodillas. Cero maquillaje y pelo lacio por los hombros. La otra mujer, de unos cincuenta años, iba vestida exactamente igual, pero con la falda de color marrón oscuro. Ruper no sabía si esas dos personas podrían ayudarle, pero lo intentó:

—Hola, disculpen. Estoy llamando a una persona que vive en este piso —dijo Ruper señalando el timbre de Vanesa—, pero no me contesta.

—Venimos de su casa —interrumpió la señora más mayor. —¿En qué podemos ayudarle?

—¿De casa de Vanesa? —preguntó él sorprendido.

—Sí, Vanesa es una nueva feligresa que está encontrando en el evangelio su nueva vida. ¿Usted es un feligrés también? —interpeló la joven.

—Sí, yo me estoy iniciando en ello y venía a hablar con ella. —mintió Ruper para conseguir su propósito.

—No contestaba porque estábamos haciendo una formación con Vanesa, pero ahora estará sumergida en una oración. —continuó la señora mayor.

—Resulta que entendió mal unas palabras mías y se disgustó. Ahora no quiere hablar conmigo y necesito su ayuda porque quiero explicarle mi buena intención. Tuvimos una pequeña discusión sobre el bautismo infantil y las fiestas paganas, pero debió no entenderme. ¿Podrían volver a llamar a su puerta para que yo reciba mi merecido perdón? No perdonar es un

pecado y más tarde puede arrepentirse… —improvisó rápidamente Ruper a pesar de estar perplejo ante la noticia de que Vane era una nueva feligresa.

—Uy, sí. Debe escucharte y perdonarte, pero tú no estás a favor de la celebración de fiestas paganas, ¿no? —interrogó la señora.

—No, no, faltaría más. Yo soy muy estricto con lo que dice el evangelio. Por eso sé que Vanesa debería perdonar para encontrar su paz interior. —dijo Ruper disimulando.

—Llevas toda la razón, muchacho. Vamos a subir y tú podrás recibir tu perdón. Sentimos no poder quedarnos con vosotros para ayudarte con Vanesa, pero tenemos otra formación y no podemos demorarnos. —añadió la señora.

—No se preocupe, yo creo que hablando se entiende la gente. He traído algunas citas del evangelio que me serán de ayuda. —siguió Ruper con su teatro.

—Muy buena idea. —dijo la joven.

Ellas dos se situaron frente a la puerta de Vanesa y tocaron al timbre. Ella abrió y la señora mayor dijo que le traían la oportunidad de apaciguar su interior con el perdón a ese buen muchacho. Vanesa se quedó boquiabierta y dejó pasar a Ruper con resignación.

—¿Qué estás haciendo aquí, Ruper? Te he dejado bien claro que no quiero saber nada más de ti —dijo Vane.

—¿Qué estás haciendo tú? ¿Desde cuando eres tan religiosa? ¿Por qué vas vestida como ellas dos? —interrogó él con impaciencia.

—Mira, siéntate. Tienes la suerte de que acabo de estar orando y estoy muy relajada. Siéntate y hablamos. —pidió ella con más serenidad.

Se sentaron en el sofá del salón y ella comenzó con su monólogo.

—Mira, Ruper. Voy a ser muy clara contigo. Te he perdonado, ahora por fin te he perdonado y gracias a Dios también me he perdonado a mí. Lo estoy pasando mal, aunque pensar que voy a servir a los demás me hace sentir mejor.

—Pero Vane —interrumpió Ruper.

—No me interrumpas. Quiero hablar y después hablas tú y te vas para siempre. —Vane esperó a que Ruper asintiera para continuar—. Los últimos meses de nuestra relación yo no lo he pasado bien, pero no sabía reconocerlo. No sé los motivos, pero me sentía vacía, perdida, sin rumbo. No tenía metas, no tenía ilusiones, nada me llenaba… eso tú lo has ido percibiendo y siento que mi dejadez te ha empujado a otros brazos. Algo

que no te resta culpas, tenlo claro. Yo he pecado de no cuidarnos, ni a ti ni a mí ni a lo nuestro. Yo siempre lo hago mal. Descubrir tu engaño me sumió en un profundo agujero del que no podía salir. No solo por el engaño en sí, sino porque me recordó ese sentimiento mío de no ser lo suficiente, de no valer lo suficiente… siempre sintiéndome inferior a todo el mundo. Siempre intentando agradar a los demás, pero sin conseguirlo… Cuando volví de La Manga me encontré sin fuerzas, sin ganas de nada. Hacía intentos de arreglarme y llamar a las chicas, pero no podía. No sabía cuál era mi sitio, siempre he sentido que no terminaba de encajar en ningún grupo. Hace unas semanas vi un documental religioso y vi a esas personas totalmente plenas y felices. No te voy a decir que he sentido la llamada del Señor, pero quiero sentir que me entrego a algo en cuerpo y alma, no a medias, como solía hacerlo. Quiero dejar de tener esta sensación de vacío. Me informé por Internet de todos los programas que tiene esta religión y creo que puedo encajar. Me han hecho sentir en familia desde el principio y me siento querida. Sé que voy a sentirme útil y tan feliz como ellos.

—Por favor, déjame hablar. —pidió Ruper.

—Sé breve, me duele verte aquí. —admitió Vane.

—Tú no tienes la culpa de mi infidelidad. Sí es cierto que me sentí abandonado, que te pedía que hiciéramos cosas y nunca querías, que te pedí mil veces sexo y tampoco querías… y poco a poco me fui desenamorando. No dejé de quererte, pero se me estaba apagando la llama y tú no reaccionabas. Tampoco compartiste conmigo estos sentimientos que tenías, solo decías que no tenías ganas de nada y no me dejabas ayudarte.

—Llevas razón, pero no podías ayudarme. Me daba envidia salir y ver cómo la gente se divertía, cómo la gente reía, cómo formaban parte de un todo… y yo no. La apatía se apoderó de mí, por fin lo vi.

—Tienes que llamar a tus amigas y hablar con ellas, Vane. Estás sola porque quieres.

—Me da vergüenza. Vinieron a verme y han intentado hablar conmigo varias veces y les he echado a patadas.

—Como a mí… —señaló él con tristeza.

—No me lo reproches. —exigió Vane.

—No te lo reprocho, coño, cámbialo. —suplicó él—. No me puedo creer que, por orgullo, te permitas perder a la gente que quieres y que te quiere. Me imagino que eso también es pecado en el evangelio.

—No te burles, Ruper. Siento la necesidad de cambiar de vida y de despojarme de todo lo anterior. Solo así llegaré a estar bien. Si yo no encajo en este mundo tendré que encontrar mi nuevo yo. —confesó ella con la mano derecha en su pecho.

—Bueno, si tú crees que eso es lo mejor para ti…

—¿Sigues con ella?

—No, pero por tu frialdad dudo que te importe.

—Vete, Ruper. Te suplico que no vuelvas. Tú formas parte de mi antigua vida. —dijo ella de camino a la puerta para abrírsela.

—De acuerdo. Gracias por escucharme. Pero que sepas que me has decepcionado.

Vane cerró la puerta y rompió a llorar como un bebé. Por primera vez, ella había expresado en voz alta sus sentimientos, pero una vez más no se sintió comprendida. Creía que todo el mundo se tomaba la libertad de juzgar su forma de ser y sus sentimientos, que nadie los tomaba por buenos y que su entorno no le quería como era. Por eso, se convenció de que ayudar a otra gente enseñando el evangelio, orar, servir a los demás y emprender un nuevo rumbo sería su mejor decisión.

En ese momento, nosotras éramos ajenas a todo lo que Vane estaba sintiendo y viviendo. Menos mal que Ruper nos informó de la conversación que habían mantenido, pero nos pidió que le dejáramos unos días porque no la había visto bien.

25. *First time*

Había llegado un día especial para Tere. Ella nos había manifestado que Jorge era el chico del que se estaba enamorando y con el que quería perder su virginidad. Le daba miedo, pero había tomado la decisión porque, por primera vez, en sus recientes veinte años, sentía esas mariposas por el estómago de las que hablaban en las películas. Decíamos mariposas cuando realmente eran nervios por ver a ese chico que nos llevaba de cabeza. Pues ahí encontrábamos a la divina Teresa, buscando el mejor de sus modelitos, pero teniendo en cuenta que iba a estar en una casa. Nos mandó varias fotos por el grupo "Tacones Divinos" para que le ayudáramos a escoger la mejor combinación..

Elisa: <Dios, con ese vestido rojo estás
cañón, pero vas a una casa, no sé si
es muy apropiado.>.

Luna: <Mejor la falda de flores con la
camiseta blanca. Hay que poner
fáciles las cosas jaja.>

Yo: <Hazte una foto con el pantalón gris
y la camiseta blanca a ver qué tal.>.

Tere: <Chicas, ¿me llevo *la pijama* por si me
pide que me quede a dormir?>

Megan: <Qué va, tía. Si te quedas ya te dejará
él algo, no vayas muy preparada.>

Tere: <Vale, pero el cepillo de dientes
me lo llevo.>

Teresa recibió un mensaje de Jorge mientras hablaba con nosotras, el cual copió y pegó en nuestro grupo:

Jorge: <Princesa, sé que siempre vas guapa,
pero arréglate, que tenemos una reserva en un
restaurante precioso, aunque no más que tú.>

Yo: <Vale, ahora sí, ponte el vestido rojo.>

Elisa: <Joder con Jorge… me va a enamorar
hasta a mí. ¿Me puedo ir con vosotros? Jaja>

Tere: <Ni de coña, es solo mío jaja.

Sí, sí, Lu. Me pongo *la vestío*.>

Finalmente, se puso su vestido rojo, el cual se apretaba en la parte superior del cuerpo, marcando su delgada cintura y dejaba vuelo en la parte inferior. El vestido le llegaba por la mitad de los muslos, dando lugar a la imaginación pero sin enseñar nada que no debiera. Grandes pendientes dorados a juego con las sandalias de tacón… estaba claro, una divina siempre lleva tacones. Tere estaba muy morena debido a las largas horas en la playa y en la piscina, por lo que el rojo le quedaba de maravilla. Muy maquillada, con los ojos bien marcados y los labios color *nude*. En el pelo llevaba sus habituales tirabuzones, pero con el pelo medio recogido con una gomita invisible. Totalmente preciosa.

Menos mal que Jorge ese día fue a recogerla con el coche de sus padres, porque esa vez no quería llegar al restaurante con rastas por culpa de la moto. Así que sonrió cuando le vio salir del coche para abrirle la puerta. Él iba guapísimo con su camisa blanca de líneas rojas verticales y su pantalón negro. Su pelo perfectamente peinado y su barba de tres días totalmente cuidada.

Tanto Jorge como Teresa estaban bastante nerviosos de camino al restaurante. Él no quiso decir dónde iban hasta que ella no lo viera con sus ojos. Para calmar esos nervios, él le entregó un sobre que ella abrió apresurada. Era una breve nota que decía: <Te debía un regalo de cumpleaños y he decidido regalarte una noche de ensueño>. Ella sonrió todo lo que pudo y se dijo a sí misma que él era el hombre de sus sueños.

Aparecieron en *El Ático*, un romántico restaurante ubicado en el centro de Alicante. Su mesa estaba situada en una amplia terraza con unas impresionantes vistas al Castillo Santa Bárbara. Allí encontraron un ambiente íntimo y acogedor, alumbrado con pequeñas bombillas de luz amarilla y decorado con plantas verdes de varios tipos.

Y ahí estaban ellos, fraguando una historia de amor, abriéndose sus corazones y babeando el uno por el otro. Estaban hablando de los complejos que tiene la gente cuando él le confesó el suyo con sus dientes.

—Pero eso es algo que puedes arreglar yendo al dentista —expresó Teresa mientras seguía comiendo su dorada a la sal.

—Ya, lo he pensado muchas veces, pero siempre lo acabo dejando para más tarde. —contestó Jorge.

—Nunca vas a encontrar el momento perfecto para hacer algo que no te apetece, porque ir al dentista nunca es un planazo. —dijo ella.

—Llevas razón. Tengo que decidirme, el lunes pido cita. Decidido. —señaló él con gracia.

—Si quieres puedo acompañarte —propuso ella.

—Eso es lo que hacen los novios, ¿no? —apuntó él acariciándole la mano a Tere y ella sonrió.

—Bueno, yo no sé qué somos. Creo que novios es un poco pronto.

—Tú me gustas mucho. —manifestó Jorge con seguridad.

—Y tú a mí —respondió ella con una sonrisa tímida.

Después de cenar, propusieron ir a tomar un helado, pero estaba refrescando y la brisa de la noche les hizo preferir ir a tomárselo a casa de Jorge, quien decía tener tarrinas en el congelador.

—Lo que pasa es que luego me tienes que llevar a casa —objetó ella.

—No, princesa. Esta noche no duermes en tu casa.

—Ah, ¿no? ¿Y dónde voy a dormir? —preguntó ella jugando.

—Usted esta noche va a dormir en mis aposentos, entre mis brazos —dijo él mientras le cogía de la cintura para acercarla a su cuerpo y darle un romántico beso.

Los príncipes fueron besuqueándose todo el camino hasta llegar al coche. Las ganas de sexo se palpaban en el ambiente y el miedo de Tere llamaba a su puerta. Durante el camino pensaba en si decirle o no que era vírgen para que él lo supiera y lo hiciera con calma, pero no encontraba las palabras y tampoco sabía cómo se lo iba a tomar él. Sus pechos pequeños eran el gran complejo de Teresa y le daba vergüenza enseñarlos. En ese momento se arrepintió de llevar vestido porque así no se podría dejar la parte de arriba puesta para no enseñarle sus tetas. Teresa empezó a agobiarse ante el batiburrillo de sus pensamientos.

—Jorge, mejor llévame a mi casa. —pidió ella agobiada.

—¿Y eso? ¿qué ha pasado? Pensaba que te apetecía —dijo él alucinando.

—Es que me estoy agobiando —confesó Tere con la mano derecha en su frente.

—¿Pero qué te agobia, princesa? ¿qué he hecho?

—Nada, tú no tienes la culpa. Es que…

—Teresa, yo no voy a hacer nada que tú no quieras —interrumpió él parando el coche. —Mira, vamos a hacer una cosa. Nos vamos a mi casa y

nos tomamos un helado en la terraza hablando y después nos vamos a dormir.

—Si es que eres tan bueno… Prométeme que vas a ir a mi ritmo —pidió ella más convencida.

—Claro que sí, eso siempre. ¿Vamos? —preguntó Jorge cogiendo las manos de ella con suavidad.

—Sí, vamos. —contestó ella con una sonrisa y más tranquila.

Cuando llegaron a casa de Jorge, ella ya estaba mucho más relajada. Él lo estaba poniendo todo muy fácil y le transmitía serenidad y seguridad. Justo al entrar, a la derecha había un amplio salón que terminaba en una gran terraza con un sofá y una mesa de centro. Allí llevó dos mantas finas para no tener frío. Ella se acomodó en el sofá y se puso una de las mantas mientras él iba a por los helados a la cocina. Jorge regresó con la camisa desabrochada y sin zapatos. A Teresa casi le dio un síncope al ver su definido cuerpo y cambió el agobio por el calor de su entrepierna, que se mojaba y palpitaba con fuerza. Algo nuevo para ella. Jamás había sentido algo parecido en sus partes íntimas.

Él se sentó a su lado y comenzó a mirarle a los ojos, a tocarle el pelo y la rodilla doblada de Teresa que reposaba en el asiento del sofá. Comenzaron a comer helado y él musitó:

—Me quedaría así eternamente, mirando tus ojos y besando tus labios.

—Tengo que decirte una cosa que me da mucha vergüenza —soltó ella.

—Seguro que no es para tanto, princesa. Puedes decirme lo que quieras. —dijo Jorge después de tragar el helado que tenía en la boca.

—No sé cómo empezar ni si es buena idea contártelo. Esto es nuevo para mí.

—¿Qué es nuevo para ti? —preguntó él totalmente perdido.

—Allá voy: nunca lo he hecho —confesó Tere mientras se tapaba la cara con un cojín.

—Pero que no te dé vergüenza. Eso es precioso. Estabas esperándome —comentó el con gracia restándole importancia.

—Es que me da mucha vergüenza porque se supone que a esta edad ya debería ser una máquina en la cama.

—En el sexo nada está fijado. No hay edad. Hay sentimiento y cada uno siente cuándo es su momento. No tiene que avergonzarte, preciosa. Además, yo también soy virgen.

—¿Qué dices?

—Lo que he hecho antes de ti lo he olvidado.

Siguieron conversando, besándose y riendo. Él era todo un caballero y ella toda una princesa. Ella se sentía cómoda y relajada. Él se sentía afortunado y excitado. Los lentos besos se volvieron más bruscos y agresivos. A ella le estaba encantando la fuerza que él utilizada para besarle, cogerle del culo y estirarle del pelo. La respiración de ambos era cada vez más acelerada y entrecortada. Las bragas de Teresa estaban completamente empapadas y la erección de Jorge había hecho acto de presencia. Él la puso a horcajadas sobre sí mismo y se levantó del sofá con ella encima, sujetándole del trasero para que no se cayera y para poder acariciar su vagina por encima de las bragas de camino a la habitación. Cuando Jorge percibió que ella estaba tan mojada, bufó bruscamente y con un dedo apartó las bragas para poder acariciar su entrepierna sin que nada se interpusiera. Al llegar a la habitación, tiró a Teresa a la cama, se quitó la camisa y se echó sobre ella para seguir besando sus labios, su cuello, sus brazos… Ella se estaba dejando llevar, notaba una euforia en él que nunca había visto en nadie, pero pensó que todo sería producto del deseo y la pasión. Él se quitó los pantalones y le retiró el vestido rojo a Teresa. Ya estando los dos en ropa interior, él frotó su erección con la entrepierna de mi amiga. Él estaba totalmente poseído, convertido en un león. Nada que ver con el caballero dulce y paciente que era quince minutos atrás. Jorge se dispuso a quitarse sus calzoncillos y acto seguido hizo lo mismo con las mojadas bragas de Teresa. Él abrió las piernas de ella con las manos y deslizó un dedo en su húmeda vagina. Al ver que a ella le gustaba, detectó su clítoris y lo tocó moviendo ese mismo dedo ya lubricado. Ella estaba gozando, esa sensación le estaba pareciendo realmente placentera. Se sonrieron pícaros y él le regaló un buen lametón en su vagina, algo que hizo que Tere gimiera y diera un pequeño bote del gusto. Después de dedicarle unos segundos al sexo oral y ver que ella estaba confianza, caliente y receptiva, él introdujo con ansia su pene en el interior de Teresa inesperadamente. Ella abrió los ojos como platos para luego cerrarlos con fuerza, abrió la boca y se quedó paralizada. No pudo reaccionar. Toda la cama se llenó de sangre y él preguntó:

—¿Es que estás con la regla?

—No, es que has sido muy bruto. —contestó ella sin saber si enfadarse o no, pero con ganas de llorar.

—Shh, calma, princesa. Si lo hacía poco a poco te ibas a poner nerviosa y no iba a entrar. —se justificó Jorge.

—¿Esto se hace así la primera vez? —preguntó ella ingenua. —Me ha dolido mucho.

—Ahora que estoy dentro de ti, tranquilízate, me voy a mover despacio. —anunció él.

Él continuó embistiendo, pero Teresa no estaba disfrutando. Comenzó a llorar, le apartó de encima de ella y se fue corriendo al baño.

—Déjame entrar, preciosa. —dijo él intentando abrir la puerta del baño.

—No, déjame sola un momento. Me has hecho mucho daño. —contestó Tere con la nariz taponada del llanto.

—La primera vez os duele. Yo te lo he hecho lo mejor que he podido. —añadió él con seguridad.

—Joder, macho, voy llena de sangre.

A los pocos minutos, ella salió y él estaba sentado en la cama esperándola.

—Ven, princesa, abrázame. —suplicó él.

Él le abrazó para consolar su llanto, se tumbaron en la cama y se durmieron.

26. EN APUROS

Definitivamente, las divinas estaban en apuros y ante eso, el único remedio era concertar una reunión urgente. Quedamos en *Mandala* a las 17:30h del domingo, después de que Tere volviera de pasar el fin de semana con Jorge y fuera a su propia casa para comer y darse una buena ducha. A su madre le había dicho que había estado en mi casa porque mi madre se había ido de viaje. Obviamente, no le habría podido decir la verdad porque no le habría consentido pasar el fin de semana con un chico. Fue la última en llegar, pero por sus mensajes en el grupo de WhatsApp durante el fin de semana ya sabíamos que no estaba del todo bien.

—Fue una sensación muy rara. Por un lado sentí su dulzura y por otro lado su brutalidad desconsiderada, pero todo mezclado. Estoy desubicada. —expresó Teresa.

—¿Qué técnica es esa de penetrar a una mujer por primera vez? Si la primera vez tiene que ser de una manera muy, muy delicada. —opiné yo.

—Me desangré, chicas. Si hubierais visto toda la sangre que había en las sábanas… Pero es que cuando estaba yo relajada y disfrutando del sexo oral, ¡boom!, me la metió sin contemplación. Toma, de golpe. Me quedé helada. —confesó Teresa con indignación.

—Pues no sé, quizá él piensa que esa es la mejor manera para desvirgar a una chica. Desde luego, a mí no me habría gustado que me lo hubieran hecho así. Es cierto que la primera vez normalmente duele, pero joder, el muchacho debe intentar hacerlo con cariño. —dijo Megan.

—¿Y habéis vuelto a repetirlo? —preguntó Luna.

—Uf, qué va. Me he quedado resentida y un poco *chof*. Pero me desconcierta su cariño y ternura para tratarme en todos los demás momentos. Es que, de hecho, en ese instante era como si estuviera poseído, pero sus palabras y algunos gestos seguían siendo dulces. No entiendo nada. —nos explicó Teresa gesticulando con las manos y la cara.

—Bueno, id despacio. Seguro que las próximas veces irá todo mejor. De todas formas cada uno tiene un estilo en el sexo. A lo mejor le va el sexo duro. —dijo Elisa.

—Claro, hay gente que lo hace con más calma y otra gente que lo hace con más agresividad. Debéis encontrar lo que os gusta a los dos y eso se hace experimentando. —expuse yo.

—Ya… no sé chicas. El jueves hemos vuelto a quedar para ir a la playa por la mañana antes de clase y aprovechar los últimos días de sol. Le voy a dar una oportunidad porque él me gusta muchísimo. —manifestó Teresa dirigiéndose a todas nosotras.

También sabíamos que Elisa estaba pasando por un mal momento. Llegó sin maquillar, sin tacones y sin sonrisa.

—Para seros sincera, no estoy todo lo feliz que debería estar. Es como si sintiera que mi hermana me sigue puteando. No quiero tener estos pensamientos, pero por fin me encontraba bien y estaba siendo muy feliz con Rodri. Como ella ha despertado, lo nuestro se tiene que ir a la mierda. Sé que es lo que debo hacer, pero ni de lejos es lo que quiero. —confesó Elisa visiblemente triste.

—¿Pero por qué hay que hacer esto? Fingid delante de ella, pero seguid con vuestra relación hasta que se lo podáis contar. —propuso Megan.

—Yo te entiendo, Eli, pero no debes fastidiarte tú esta vez. Ya no más. Vosotros os queréis. El resto no importa. —dijo Teresa muy implicada.

—Claro que importa, es mi hermana y acaba de salir de un coma. No sabemos qué va a pasar con su recuperación. Ya sabéis cómo soy. El remordimiento es mi enemigo. —contestó Elisa a punto de llorar.

—Demasiado buena eres tú. Me gustaría ver a tu hermana en tu piel, a ver cómo lo haría ella contigo. Ya te digo yo que no pensaría tanto en ti. —dije yo.

—Pero Lucía, es mi cabeza, que no me deja. Si yo quisiera decir que esto no cambia nada y quisiera poder sentirlo de verdad, pero no puedo. —me contestó Eli con lágrimas en los ojos.

—Venga, bonita… no llores. —pidió Luna.

—Bonita… así me llama él. —dijo Elisa susurrando para sí misma.

Luna jugaba intranquila con la correa de su reloj dando golpecitos en la mesa y le preguntó Teresa:

—¿Qué te pasa, Luna? Me estás poniendo nerviosa ya con el reloj.

—Es que desde que volví a ver a Carlos estoy dándole vueltas a si llamarle o no. —dijo Luna como avergonzada.

—¿Te apetece llamarle? —le pregunté.

—Pf, pues es que no lo sé, Lu. No quiero ir detrás de él y que piense cosas que no son.

—¿No será por tu novio? —cuestionó Megan.

—Joder, qué pesada, nena. Que no es mi novio, no sé ya cómo lo tengo que decir. —contestó Luna un tanto alterada.

—Bueno, tranquila, chica. Solo te ha preguntado si era por Noel. Nosotras pensamos que es tu novio y nos parece que él también lo piensa. —dijo Elisa con el mismo tono que Luna.

—Pero es que os lo he dicho mil veces, que no es mi novio, que solo me lo paso bien con él y ya está. Y aquí se acaba el tema. Siguiente. Lucía, prosigue. —concluyó Luna.

—Bueno, sigo yo, pero que sepas que Noel tiene sentimientos hacia ti y no es justo para él. Dicho esto, os cuento que creo que deberíamos volver a intentar hablar con Vane en breve. Sé que Ruper nos ha pedido que le demos tiempo, pero que haya sentido la llamada del Señor me tiene ansiosa por ir a hablar con ella. —dije yo seriamente.

—Sí, sí, llevas razón, Lu. Pienso como tú. El lunes empiezan las clases, la veremos en el instituto y podremos cogerla para hablar con ella. Recordad que se supone que no sabemos nada. Luna, lo digo especialmente por ti. Si te pones nerviosa y quieres decirle algo que le haga saber que lo sabemos, te vas a tener que morder la lengua, guapa. —pidió Teresa.

—Hoy os ha dado conmigo, eh. Vale, te lo prometo, mami. —dijo Luna a modo de burla.

—De verdad que creo que necesita ayuda profesional. Ella siempre ha sido muy insegura y le está pasando factura. —expresó Elisa.

—¿Por qué no hablas con tu hermano, Lucía? Ellos se llevan muy bien. —me preguntó Teresa.

—Pues puede ser buena idea, pero ¿cómo lo hacemos? Hablo con él ¿y después qué? —cuestioné dirigiéndome a todas.

—Podríamos hacerlo de forma sutil. Cuando ella quede con nosotras, según la veamos, que venga tu hermano un día a modo de encuentro fortuito. Si le forzamos o le insinuamos que queremos que hable con tu hermano como psicólogo no va a querer. Tu hermano debe hablar con ella como tu hermano, no como psicólogo. —ideó Megan.

—Ya, bueno, no creo que sea tarea fácil, pero voy a hablar con él. —dije sin esperanza—. ¿Y tú, Megan, has hablado con Pedro?

—No, tía. De este tema no. —me contestó con tristeza—, creo que me está intentando evitar. Y creo que yo a él también.

—No le veo futuro a lo vuestro, Meguin. —dijo Teresa sin querer sonar dura.

—Pero es que estoy como enganchada a él. Sé que nuestros sentimientos no son los de una pareja sólida, pero creo que no nos vemos el uno sin el otro aun sabiendo que aquí no hay nada. —expresó Megan con sinceridad.

—Yo pienso que debes cortar esas cadenas que te amarran a él y empezar a vivir de verdad. Con Pedro no tienes nada y no te permites sentir por nadie más. Le das una fidelidad que no tiene sentido. Estás perdiendo el tiempo. —opinó Elisa con coherencia.

Continuamos nuestra charla/terapia hasta que llegó la hora de cenar. Era tan reconfortante hablar con ellas, que ni me acordé en toda la tarde de que al día siguiente volvería a ver a Santi.

27. EN EL MONTE DEL OLVIDO

Yo estaba indecisa, no sabía qué ropa ponerme. Tenía claro que quería ir mona, pero teniendo en cuenta que iba a ir al instituto. Después de un buen rato delante de mi armario, decidí ponerme unos vaqueros y una camiseta salmón ajustada que marcara bien mi cintura, tal y como le gustaba a Santi, el novio de otra. Nosotros no habíamos vuelto a hablar desde aquella última cita en la que me comunicó que iba a volver con su novia y me moría de nervios por volverle a ver. ¿Él habría pasado página conmigo? ¿Seguiría siendo especial para él? ¿Nuestra historia le habría dejado huella? ¿Serían felices juntos? Mi cabeza se llenaba de preguntas sin respuestas, pero yo tenía que avanzar. No podía quedarme anclada en una breve historia que terminó, una historia que para él no significó nada más que un desahogo, una historia que le sirvió como tiempo de desintoxicación para volver con más fuerzas a su verdadera relación de amor. Tenía que hacer algo para que él volviera a ser un compañero de clase.

Todos los alumnos de segundo de bachillerato estábamos citados en el salón de actos para una reunión informativa que no duraría más de hora y media, por lo que después podría irme con las chicas a tomar algo. Cuando estaba llegando al instituto, desde lejos pude reconocer a Megan, Luna y Elisa hablando entre ellas. Una vez allí me dieron un abrazo bien fuerte, conocedoras de mis nervios por volver a ver a Santi. Minutos después, llegó Teresa y nos dirigimos hacia el salón de actos. De camino, me fijé en el aparcamiento por si veía el coche de Santi, pero no había ningún *Seat Ibiza* rojo. Al entrar al salón de actos, buscamos con la mirada entre toda la gente por si veíamos a Vane. A decir verdad, yo dejé esa tarea a mis amigas y me centré en buscar a Santi. Sin éxito, nos sentamos en unas butacas que vimos vacías, dejando una sin ocupar por si Vane aparecía.

Nada más empezar la reunión, se abrió la puerta. Era él. Había venido. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, creía que se me iba a salir por la boca. ¿Qué tenía ese chico que me volvía tan loca? Vi cómo se sentaba en uno de los asientos libres del final, con esa camisa verde menta y las coderas azules que tan bien le quedaba. Los profesores se iban presentando e iban contando cómo enfocarían su asignatura de cara a Selectividad. Una

de las veces que miré hacia atrás, le vi sonriendo mientras miraba el móvil. Seguro que estaba hablando con ella, seguro que habrían vuelto a ser felices y yo ya estaba en el monte del olvido para él. Quizá se estarían diciendo cuánto se querían o las ganas que tenían de verse, o incluso podrían estar diciéndose cochinadas. Fuera como fuera, yo tenía que olvidarme de él.

Cuando los profesores se despidieron, fuimos a la salida para poder saludar al resto de compañeros, cuando de pronto, Tere se dirigió a mí diciendo:

—Lu, se está acercando Santi detrás de ti.

—¿Pero me ha visto? —logré decir con la voz entrecortada.

—Hola, pequeña. —saludó Santi poniendo su mano en mi hombro.

—Hola, ¿qué tal? —dije simulando sorpresa al girarme hacia atrás.

—¿Has entrado a la reunión? No te he visto. —preguntó él con una sonrisa preciosa.

—Sí, yo tampoco te he visto. —mentí.

—Vaya tostón han soltado, eh. —comentó tocándose el pelo.

—Ya… este año parece que va a ser durillo. —solté sin saber qué decir.

—Bueno, nos vemos mañana. Me alegro de veros, chicas. —dijo dirigiéndose al resto.

—¿Perdona? Lu, te ha llamado pequeña. ¿Qué se cree? —cuestionó Teresa enfadada.

—No lo sé, pero vamos, seguro que ha notado que me estaban temblando las piernas. —respondí yo.

—Oye, ¿y Vane? —preguntó Megan.

—Quizá venir al instituto es incompatible con ser monja. —se burló Luna.

—¿Queréis que vayamos a su casa? —propuso Elisa.

De camino a casa de Vane yo no dejaba de pensar en él, en su forma de llamarme “pequeña”, en su manera de tocarse el pelo y de sonreír, en el sabor de sus besos… ¿Será que Carola ya era lo que él llamaba libertad? La llegada a casa de Vane interrumpió mis pensamientos. Tocamos a su timbre, pero tardó varios intentos hasta que respondió:

<¿Quién?>

—Somos nosotras Vane, abre. —respondió Elisa.

<No me viene bien, chicas. Otro día hablamos.> —se negó Vanesa.

—No, ábrenos. Es importante. —dijo Luna.

<¿Qué ha pasado?>

—No lo vamos a hablar aquí. Abre, por favor. —dije yo simulando preocupación.

Vane nos abrió la puerta del portal y después la de su casa. Sin mucha ilusión, nos hizo pasar al salón, donde nos sentamos en las viejas sillas que rodeaban su mesa de madera.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar Vane.

—Pues ha pasado que hoy era la reunión de inicio de curso y no has venido. —contestó Teresa.

—¡No me digas! No lo sabía. ¿A eso habéis venido? —exclamó Vanesa con chulería.

—Pues realmente hemos venido a que te sinceres de una vez y nos cuentes por qué has cambiado tanto con nosotras. —dije yo con seriedad.

—¿Pero qué os creéis, que podéis manejar mi vida? —preguntó Vanesa molesta.

—Cálmate, Vane. ¿No ves que estamos preocupadas por ti? Estás aquí encerrada y aislada del mundo. —dijo Megan.

—Por favor, cuéntanos qué te pasa. Queremos ayudarte, queremos que te apoyes en nosotras, que si tienes problemas o preocupaciones cuentes con nosotras. Somos tus amigas. —continuó Elisa intentando tranquilizar a Vane.

Elisa se levantó se su silla y abrazó a Vane diciéndole en el oído que estábamos con ella porque la queríamos y no íbamos a permitir que estuviera sola. Aquellas palabras y aquel abrazo hicieron que Vanesa rompiera a llorar y dijera varias veces <lo siento>.

—No tienes que sentir nada. Las amigas estamos en las buenas y en las malas. —dije yo.

—Vane, creo que tienes que poner de tu parte y salir de casa para poder salir del agujero. —expresó Luna tocando su brazo.

—No sé lo que me pasa, pero no tengo fuerzas. Solo quiero estar en la cama y que los días vayan pasando mientras duermo sin enterarme de nada, sin sufrir. Lo que me ha hecho Ruper ha revivido la muerte de mis padres. —confesó Vanesa.

—Quizá no lo lloraste lo suficiente en su día y ahora has explotado con todo lo que llevabas dentro. No tienes por qué sufrirlo sola, nosotras somos tu familia. —dijo Teresa.

—Os tengo que confesar algo. Ahora pienso que solo la fe en Dios va a darme fuerzas para dejar de sentir que no soy lo suficiente, que no valgo,

que no encajo con nadie… sé que acabaré teniendo mi lugar en el mundo. —dijo Vanesa quitándose las lágrimas del rostro.

—La hemos perdido. —me susurró Megan sin que nadie lo oyera.

—Nosotras vamos a estar contigo en todo. Lo haremos poco a poco, pero prométenos que vas a esforzarte aunque te cueste. —pidió Elisa.

—Muchas gracias, chicas. Lo voy a intentar, os lo prometo. —dijo Vanesa con una sonrisa forzada.

Antes de salir de su casa con un sabor agridulce, volvimos a unir a Vanesa en el grupo de WhatsApp “Tacones Divinos” del que salió tiempo atrás, le dimos besos y abrazos y le llevamos a la ducha, que buena falta le hacía.

28. tal vez en otro tiempo

Jonás llevaba unos días subiendo fotos con una chica a las redes sociales. No sabía por qué aquello me estaba molestando tanto. Sería lo típico que cuando le gustas a un chico te gusta gustarle aunque él no te guste a ti. No sé si me explico. Pero quizá por orgullo o por ego yo quería seguir siendo la chica de sus sueños y me daba rabia ver que ya se había olvidado de mí y que a él le iba bien y yo me había enganchado de un chico que estaba con otra. Me lo callé y no dije nada a nadie porque no sabía ponerle nombre a esos pensamientos tan íntimos. Me lo callé por vergüenza de tener este sentimiento tan feo y egoísta. No me gustaba sentirme así y no me gustaba verle a él tan contento y feliz subiendo fotos con títulos cursis hacia otra chica. Se me pasó por la cabeza escribirle, pero en realidad era marear al pobre Jonás. Él no era mala persona, pero desde lo que pasó ya dos años atrás yo me sentía diferente respecto a él. Me generaba una especie de rechazo que no sabía describir. Él era bueno, pero lo que me hizo fue una daga que atravesó mi corazón, aunque él nunca lo entendiera. Fue muy frío, muy poco humano y yo sentí que me había desenamorado en un segundo. Noté un *click* en mi interior. Noté cómo de golpe se desmoronaba todo ese amor que yo sentía. Yo me bebía los vientos por él y le veía el chico perfecto, pero después de aquello todo fueron pegas, distancia y faltas. Entonces, si yo sabía que ya no quería estar con él nunca más, ¿por qué esa rabia y ese sentimiento negativo al verle besarse con otra? Lo sé, fue muy egoísta por mi parte. Eso fue querer que fuera mío sin yo ser suya y eso no era sano..

Es verdad que los días de lluvia me vuelven mucho más melancólica y ese día estaba diluviando. Esa podía ser una razón por la que yo lo veía todo más negro. Como llovía tanto, le dije a Elisa que no fuera al hospital, ya que su coche estaba en el taller. Ella me explicó que llevaba dos días sin ir y que lo hacía sobre todo por sus padres, para que descansaran, así que se fue hacia allí un poco antes de terminar las clases.

Martina estaba mejorando lentamente, pero ya notaban que entendía lo que le decían, aunque no pudiera contestar. A veces emitía ruidos y parecía que gesticulaba con la cara. Pronto le darían el alta en el hospital, aunque el

fisioterapeuta iría diariamente a su casa para hacerle la rehabilitación y tres veces por semana iría el logopeda, quien también era psicólogo. Quedaba un largo proceso de recuperación, pero todo apuntaba a que todo saldría bien, aunque sin conocer las secuelas. Eso se vería con el tiempo.

Cuando Rodri apareció en la habitación del hospital, Elisa se quedó impactada. Le costaba mirarle a los ojos y no ir corriendo a comérselo a besos. No podía creerse estar en esa situación, enamorada hasta las trancas del novio de su hermana y lo peor de eso es que era recíproco. Ella sabía que estaba dejando escapar al amor de su vida, pero tenía que ser fuerte y fiel a sus principios y a su conciencia.

Minutos después, Martina se quedó dormida y Elisa anunció que se iba para poder coger el último bus.

—¿Te vas en bus a casa? —preguntó Rodri extrañado.

—Sí, el coche está en el taller. Tiene una fuga de refrigerante o algo así. —contestó ella mientras recogía sus cosas.

—Te llevo yo. Está lloviendo mucho y es tarde. —dijo él.

—No te preocupes. Me voy en bus, pero gracias.

—Elisa, mira cómo llueve. Yo me voy a ir ya a casa, no me cuesta nada acercarte a la tuya. —se ofreció él con ganas de que ella aceptara.

—Bueno, vale.

Fueron en silencio al aparcamiento del hospital donde estaba estacionado el coche de Rodri y él decidió que esperarían dentro del vehículo hasta que amainara un poco la lluvia. Por eso y porque así podría estar más tiempo junto a ella, pero esa razón la imagino yo, él solo dijo la primera.

—Bonita, ¿por qué nos estás haciendo esto? —preguntó Rodri con tristeza mirando a Eli.

—No saques el tema, por favor. Por eso no quería que me llevaras a casa. Sabía que hablarías de esto. —dijo ella con cansancio.

—Necesito que lo pienses bien. Nosotros nos queremos y podemos hacer el teatro delante de Martina, pero seguir juntos. Si es que yo no quiero estar con ella, quiero estar contigo. —confesó él tocando la rodilla de mi amiga.

—No me lo pongas más difícil, Rodri, te lo pido por favor. Para mí no es sencillo.

—¿No te estás dando cuenta de que nos estás quitando la oportunidad de ser felices?

—Nos estoy dando la oportunidad de vivir en paz con nosotros mismos, nuestra conciencia no nos dejaría ser felices.

—Pero estas cosas pasan, bonita. No hemos buscado enamorarnos. Yo no quiero estar sin ti, sin mirarte a los ojos cada día, sin escuchar tu voz tan dulce, sin que pongas tus piernas encima de las mías, sin besar tus labios… —dijo él acercando su boca a la de Elisa.

—No me hagas esto, no me digas estas cosas… —contestó sin poder apartarse.

—Te amo tanto, bonita mía.

Se arrimó lentamente a sus labios, viendo cómo ella cerraba los ojos y se abandonaba al deseo, notando cómo el amor era más fuerte que la razón. Se fundieron en un beso de amor, de esos tan lentos que te dejan la mente en blanco y te hacen sentir escalofríos. Sus lenguas se mezclaban y sus manos se buscaban. La lucidez hizo acto de presencia en Elisa y apartó la cara de Rodri con delicadeza y le susurró:.

—Ojalá pudiera ser, bonito mío. Yo también te amo.

Nosotras nos quedamos alucinando cuando nos lo contó al llegar a casa. Pensamos en la fuerza de voluntad que tenía, pero no sabíamos si tenía sentido. Ella siempre ha sido muy dura con ella misma, se ha exigido siempre mucho y quizá eso le impedía dejarse llevar. Elisa todo lo pensaba cien veces antes de llevarlo a cabo y por eso en varias ocasiones ha perdido oportunidades, ha perdido trenes de los que no vuelven a pasar. A las chicas y a mí nos daba miedo que esto pudiera pasarle con Rodri. Nosotras entendíamos que la situación era un tanto peliaguda, pero no vivimos en un mundo de fantasía y unicornios donde todo es maravilloso. A veces tenemos que tomar decisiones difíciles, pero siempre en dirección a nuestra felicidad. Que no se nos olvide que a este mundo hemos venido a eso, a ser felices. Ese debe ser siempre nuestro único objetivo.

Que lo importante sea lo importante.

29. VIENTO EN LA CARA

Luna llevaba unos días intentando evitar a Noel porque nuestra conversación de aquel domingo le hizo pensar en que quizás él estaba confundiendo los límites de su relación. Noel intentaba hacer planes con frecuencia y ella comenzaba a agobiarse. Él daba cosas por hechas y ella sentía rechazo. No era una buena combinación.

Ella vivía muy cerca de mi casa, yo solo tenía que cruzar dos calles para encontrarme en la suya, lo que hacía que muchas mañanas quedáramos para estudiar juntas. Esa mañana, como siempre, me recibió desnuda y me contó su opresión hacia Noel.

—Es que es normal que se confunda. Actuáis como una pareja, salvando el detalle de que tú no sientes nada por él. Cosa que me parece importante como para finalizar lo vuestro. —solté mientras masticaba mi tostada de tomate.

—Si sé que lleváis razón en lo que me decís. Pero sí que siento algo hacia él. Yo le tengo mucho cariño, nos conocemos desde que somos pequeños. Ya sabes cómo soy en esto del amor… —dijo mientras por fin tuvo la decencia de ponerse unas bragas para sentarse en la silla.

—Sí, pero no estáis en la misma onda. Él siente algo más profundo y a ti te mola su bolsillo, Luna. Eso es cruel, no me fastidies. —contesté de forma directa.

—Pero es que yo no le he engañado en ningún momento. Además, le he dicho que está yendo muy rápido y yo necesito mi espacio porque me está atosigando. Te juro que se lo he dicho porque si no frena no voy a querer quedar más con él. Y me conoce, sabe que lo cumplo sin contemplaciones. —esta vez era ella la que hablaba con un trozo de tostada en la boca.

—Ya, pero tú sabes que cuando una persona quiere estar con otra no vive la historia de la misma manera. Él se ilusionará con cada una de tus miradas, cada una de tus palabras y cada vez que te lo tiras para él es un sueño cumplido y un paso más hacia lo que él quiere. Si crees que no hay posibilidades de sentir lo mismo que él, creo que ya sabes lo que tienes que hacer. —aconsejé a mi amiga.

—A mí me gusta estar con él, pero tengo que confesarte que no me saco a Carlos de la cabeza. Ya ves tú, le he visto dos veces, pero es que me pone tanto…

—Luna, lo tienes fácil. Te dio su número y sabes que le gustará tu llamada. Llámale. —propuse.

—¿Le llamo? —preguntó dudosa—. No sé, Lu. Mejor le escribo un WhatsApp y a volar..

Luna: <Hola camarero. Soy Luna, la del
número falso. Este es el verdadero.>

Carlos: <Qué alegría me da recibir tu mensaje.
Pensaba que no me escribirías nunca.
¿Cómo estás?>

Luna: <No lo iba a hacer, pero estoy bajo los
efectos de una droga muy dura que te hace
hacer justo lo contrario de lo que quieres.>

Carlos: <Entonces espero que esta noche no
quieras quedar conmigo después de cenar.>

Luna: <Pues sinceramente no me apetece nada.>

Carlos: <Genial, entonces no estés lista a las 23:30h.
Y no me des tu dirección para ir a por ti.>.

—Nenaaaa, que tengo una cita esta nocheeee. —me gritó bailoteando.

—Joder, joder, cómo te ha cambiado la cara, chata. —le dije sonriendo.

Después de clase, Luna volvió a casa como alma que lleva el diablo, cenó a toda prisa y se depiló cada milímetro de su piel para estar bien suave para Carlos. Ella no había olvidado las buenas dotes del muchacho y estaba deseando repetir. Se puso sus características gafas de pasta negra y rectangulares, una camiseta escotada gris de manga francesa, unos pitillos negros y unos taconazos del mismo color que el de los pitillos. Su pelo negro lo peinó de cualquier manera y se maquilló de forma muy natural. Total, en unos minutos estaría despeinada y sin ropa.

A las 23:20h, Carlos avisó de que ya había salido de trabajar, pero iba en moto y sería puntual. Alicante es pequeño y las distancias son cortas. Ella bajó al recibir el mensaje para fumarse un cigarro en la calle mientras le esperaba.

—Veo que sigues bajo los efectos de esa droga que tomas y has quedado conmigo. —soltó él nada más parar la moto y quitarse el casco.

—Bueno, no iba a hacerte el feo. Tampoco me apetece mucho, pero sabré guardar la compostura. —dijo ella jugando.

—Ahora me invento un par de chistes y se te pasa el disgusto. —apuntó con sorna— anda, sube, ojos verdes.

Luna pensaba que estaban de camino a casa de Carlos, pero se vio entrando en un *chillout.* Todo precioso decorado con palmeras, pérgolas con cortinas, plantas verdes y luces amarillas. Una pasada. No es que no le gustara, sino que ella ya se imaginaba cabalgando encima del guapo Carlos introduciéndose su pene tan escandalosamente grande, mientras él embestía de esa forma tan bruta, estiraba de su pelo y azotaba sus nalgas. Pensó que primero romperían el hielo tomando algo y después ya irían al lío, así que dejó su preocupación aparcada y se limitó a tomarse la copa "pre-coito" de rigor.

—Yo voy a pedir un ron-cola. ¿Tú qué quieres, ojitos? —preguntó Carlos haciéndose el interesante.

—Yo quiero ginebra con limón.

Minutos después, apareció Carlos con las dos copas como sacado de una revista. Todo le quedaba bien a ese muchacho, era el chico más atractivo y guapo que ella había visto en su vida. Llevaban quince minutos juntos y ella ya tenía las bragas en Pamplona, como cerca.

—¿Sabe tu novio que estás aquí?

—Otro que tal baila. No es mi novio. —dijo ella con los ojos en blanco —. Ese es un amigo de toda la vida con el que a veces tengo algo más que palabras.

—Vi cómo te miraba y vi lo que le costó la cuenta del restaurante y no fue baratita, precisamente. —comentó él.

—¿También viste cómo le miraba yo? Él sí quiere algo más serio, pero yo paso de relaciones serias. —confesó con desidia.

—Bueno, es que no es un sitio al que suelan ir amigos. Suelen ir parejas enamoradas. Es un sitio caro y romántico.

—Yo no elegí ir a ese restaurante. Era su cumpleaños y lo reservó él.

—¿Por qué me diste un número falso, Luna? ¿Luna es tu nombre real? —dijo él más serio.

—Sí, es mi nombre real, te lo prometo. —se rio ella ante la desconfianza de Carlos—. Lo del número falso… pues yo qué sé. Nos conocimos medio borrachos de fiesta y acabamos como acabamos, pensaba que serías solo para una noche.

—Yo no iba casi borracho, me había bebido una copa nada más. A mí me gustaste.

—Vaya tranca tienes, amigo. —soltó ella sin cortarse un pelo.

—Joder, qué directa. Sí, no me puedo quejar… —dijo él orgulloso.

—Lo siento, voy sin filtro, perdona. Entiendo que incomode a personas que no me conocen. —dijo riéndose a carcajadas.

—No, no. Me gusta. Hay que ser natural. Quiero conocer quién eres tú, no algo que me dices ser.

Era la primera vez que a Luna se le olvidaba para qué había quedado con un chico. Estaba a gusto hablando con él, estaba embobada mirándole, se sentía cómoda, pero con un nuevo nerviosismo, con una nueva sensación. Era una magia que nunca había percibido, un algo inefable que estaba sintiendo por primera vez. Le estaba gustando hablar con él tranquilamente sin pensar únicamente en que después vendría el colofón final, realmente estaba disfrutando de estar tomando esas copas mientras la conversación fluía.

Cuando él miró el reloj, eran las cuatro de la madrugada y abrió los ojos como platos expresando sorpresa.

—¿Qué pasa? —preguntó Luna asustada.

—¿Cuánto tiempo dirías que llevamos aquí sentados? —cuestionó él relajando su expresión.

—Mmm ¿hora y media o dos horas?

—Hemos llegado antes de las doce y son las cuatro… calcula. —expresó Carlos.

—¿Qué dices? —preguntó ella comprobando la hora en su móvil.

—Ojitos, se me ha pasado volando el tiempo. —confesó él mirando a los ojos de ella.

—Joder, a mí también. ¡Qué tarde se ha hecho! ¿Nos vamos? —preguntó ella refiriéndose a casa de Carlos.

—Sí, pago y nos vamos.

Sin duda, había física y química entre ellos. Parecía que llevaban meses o años tratándose. Cuando se montaron en la moto de Carlos, él tomó dirección a casa de Luna y ella se quedó un tanto chafada, porque quería poner el broche final a esa conversación con susurros, jadeos y embestidas. Realmente perpleja, Luna bajó de la moto y se quitó el casco. Él bajó también para guardarlo en el sillín de la moto. Se quitó su casco y cogió la cara de Luna con sus dos manos, acercándola a él. El chichi de Luna gritaba

en forma de pálpitos y secreción de fluidos. Cuando sus labios estaban muy cerca, él la besó casi rozando la comisura. La besó con fuerza a un lado y al otro de la cara, muy cerca de su boca, pero sin rozarla. Ese chico sabía cómo dejar a una mujer con la miel en los labios.

Cuando llegó a su cama, Luna cogió con violencia a Scalibur e hizo uso de él, pero no fue suficiente. Quería más de Carlos.

30. Cuesta abajo y sin frenos

Teresa estaba vistiéndose para su cita playera con Jorge, pero el cielo estaba negro. Septiembre es el mes de las lluvias por excelencia en Alicante, por lo que él propuso ir a su casa y tomar allí algo. A ella no le pareció muy buen plan, pero no hacía día como para estar sin cobijo. Teresa se presentó en su casa con la ropa de playa y una trenza africana.

Cuando él abrió la puerta, le recibió con un largo y fuerte abrazo seguido de un apasionado beso en los labios. Al mirarse y verse con la ropa de playa se rieron con complicidad y pasaron al salón para acomodarse en el sofá. Jorge fue a la cocina para coger dos cervezas bien frías y una bolsa de patatas fritas.

—Vaya día hemos elegido para ir a la playa, eh. Tenía un poco de miedo de que anularas la cita. —musitó él mientras se sentaba en el sofá.

—No iba a hacer eso. —respondió ella algo tímida.

—¡Qué ganas tenía de verte, preciosa! —confesó Jorge acercándose a ella para besarla.

Ese beso parecía no tener fin… Los besos pasaron a convertirse en lametones, sus lenguas se chocaban con ansia, sus manos buscaban el cuerpo del otro, queriendo recorrer cada recoveco. Él llevó la mano de Teresa a su erección y gimió al sentir la presión de su mano. Le puso a horcajadas sobre sus piernas y acarició su espalda por debajo del vestido. Teresa sentía su erección bajo su entrepierna y la excitación llegaba a niveles que jamás antes había alcanzado. Él le quitó el vestido a Teresa y ella hizo lo mismo con la camiseta de Jorge. Él se dispuso a quitar la parte de arriba del bikini de Teresa, pero ella retiró sus manos para que no continuara. Lo que ella no sabía es que él ya había estirado de uno de los lazos, dejando un débil nudo que se desharía en breve. Jorge ladeó a mi amiga dejándola boca arriba en el sofá para él poder quitarse su bañador y ponerse sobre ella. Él no podía tener el pene más duro, estaba totalmente cachondo. Mientras besaba la oreja y el cuello de mi amiga, él introdujo su mano en el interior de sus bragas, su abundante humedad le ratificó que ella también estaba cachondísima. Con el dedo corazón buscó su clítoris y ella se abandonó en un orgasmo que jamás había tenido antes. Teresa apartó a

Jorge para que fuera él quien se acostara en el sofá, pero él cogió su mano y en brazos se la llevó a la habitación mientras la sesión de besos continuaba. Ella estaba irreconocible, totalmente desatada. Él, completamente desnudo, excitado y empalmado. Teresa le dijo que se echara en la cama para poder recorrer su cuerpo con sus labios y su lengua, a lo que él obedeció sin rechistar y con una sonrisa pícara del que espera un regalo sorpresa. Ella comenzó a besar su oreja, su cuello, su abdomen y comentó:

—Nunca lo he hecho. Me tendrás que decir cómo hacerlo para que te guste.

—Seguro que me encanta, princesa. —dijo para dar comienzo a las instrucciones—. Lame la punta y baja despacio con los labios, acompañándote con la mano apretando ligeramente y siguiendo el mismo ritmo que tu boca.

Ella lo llevaba a la acción mientras él narraba los pasos a seguir. Bajaba y subía con calma, intentando no rozarle con los dientes..

—Cierra los ojos y disfruta. —pidió ella con sensualidad.

—Quiero ver cómo la atrapas con tu boca. Me pones tanto… —confesó él a punto del delirio.

—¿Te gusta?

—Me encanta, preciosa.

Teresa se apretó el lazo del sujetador y continuó con la felación hasta que él le pidió que parara. Jorge se incorporó para besar sus labios y deslizar sus bragas por las piernas. Con su mano comprobó que seguía mojada y la puso a ella sobre la cama. Con sus manos abrió sus piernas y lamió su vagina unos segundos para lubricarla, aunque no hacía falta. Ella ya había fabricado bastante lubricante de forma natural debido a su excitación..

—¿Te apetece? —preguntó Jorge.

—Despacio, por favor. —respondió ella con los ojos cerrados.

Él se puso un preservativo que cogió del cajón de su mesita de noche, penetró la punta y poco a poco fue deslizando con facilidad el resto de su polla. Una vez dentro él le preguntó:

—¿Te duele?

—No, me ha gustado. —respondió con una sonrisa temerosa por la experiencia anterior.

—Más te va a gustar. Tengo muchas cosas que enseñarte. Te estaba esperando. —comentó él con deseo.

Jorge siguió embistiendo lentamente y ella iba relajándose y disfrutando del sexo. Le estaba encantando. Teresa estaba disfrutando de la delicadeza con la que él le penetraba y del aumento progresivo de la velocidad. Ella gemía y gritaba, su cuerpo pedía que él no parase..

—Enséñame más. —pidió ella.

Jorge cogió sus piernas y las puso sobre sus hombros para que Teresa pudiera sentir más las penetraciones y para él poder estar todo lo dentro de ella que fuera posible.

—No puedo estar más dentro de ti, mi princesa. —susurró él.

—¡Joder, la siento toda, es increíble! —exclamó ella.

—Me voy ya, córrete conmigo. —pidió él gruñendo.

Él aceleró la embestida y ayudó a Teresa poniendo un dedo en su clítoris, haciendo la presión exacta y los movimientos precisos para que ella se arqueara y lanzara un grito de placer acompañado de flujo vaginal. El calor del mismo puso a Jorge como una moto y ahí eyaculó emitiendo un gruñido, mientras mordía su labio inferior. Aún dentro de ella, puso los codos a los lados de la cabeza de Teresa, la besó y le susurró al oído:

—Nos estábamos esperando. Nada se compara a esto contigo.

—Uff, hoy sí me ha gustado. —confesó exhausta.

—Ahora querremos repetir todos los días. Por mi parte puedes quedarte a vivir en mi cama. —dijo él mientras se levantaba para quitarse el preservativo.

Los príncipes volvieron al salón para vestirse y vieron que encima de la mesa continuaban las patatas y las cervezas sin abrir y ya calientes. Volvieron a sentarse en el sofá para admirarse después de hacer el amor. Cuando Tere miró su móvil vio cinco llamadas perdidas de su madre y dijo:.

—Mierda, me tengo que ir. Mi madre me ha llamado mil veces.

—No te vayas, preciosa. Quédate aquí para siempre.

—Ya me gustaría a mí.

—Teresa, estoy empezando a sentir algo por ti, ya estoy deseando volver a tenerte dentro de mí. —dijo él mientras besaba su cuello.

—Yo también. Que sepas que me ha gustado mucho. Todo. —confesó mirando sus ojos.

Jorge acompañó a Teresa a la puerta y después de varias intentonas para despedirse y poderse ir, ella se fue con una enorme sonrisa. Llamó a su madre para decirle que estaba de camino y no tardaría en llegar a casa y me mandó un audio: < Tía, es un diez. Jorge es un maravilloso diez. Es él, lo

sé. Es el hombre de mi vida. Hemos estado en su casa y me ha hecho el amor con ternura y todo el tiempo atento de que yo estuviera cómoda. Me encanta.>

31. EGO

Ya llevábamos dos semanas de clase y había coincidido con Santi muy pocas veces, muchas menos de las que yo habría querido. No habíamos cruzado palabra, solo miradas. Miradas cargadas de tensión con ligeras sonrisas. ¡Qué tonta me sentía! ¿Qué hacía yo ahí poniéndole ojitos de cordero degollado si él tenía novia? Lo malo era que él también me los ponía o eso interpretaba yo. Eso me estaba confundiendo porque sin querer me volvía a hacer ilusiones y pensaba en que quizás sí que podría seguir siendo especial para él, aunque fuera un poco. Y ese poco a mí me parecía un mundo, ya me hacía volver a casa con la sonrisa puesta y no me lo podía permitir porque sabía que él no estaba dando pie a ninguna de mis imaginaciones, era todo cosa mía.

Una de las veces que vi las actualizaciones de Jonás en *Tuenti* le escribí por WhatsApp. Sin procesar ningún tipo de pensamiento. Sin más, lo hice. No pude evitar sentir rabia al ver una nueva foto con esa chica cada tres días y me inundaban las preguntas, me aplastaba el ego.

Yo: <Hola Jonás, ¿qué tal estás? Sé que hace tiempo que no hablamos y que las últimas veces fui un poco seca, pero necesitaba pensar. Si quieres podemos quedar un día para hablar con calma.>.

Jonás: <Hola Lucía. A estas alturas no esperaba tu mensaje. Pensaba que te habías olvidado de mí. Me encantaría quedar contigo para hablar lo que no quisiste en su día, pero te entiendo porque te dije cosas feísimas y me arrepiento. ¿Te viene bien mañana?>

Yo: <Me dolió mucho cómo me hablaste y lo que dijiste. Cuando querías hablar estaba muy reciente y sentí mucho rechazo. Mañana salgo a las 20h. ¿Quedamos en el parque que hay detrás de mi instituto?>

Jonás: <Vale, perfecto. Mañana nos vemos allí.>

Estaba nerviosa, no sabía qué me iba a encontrar. Yo tenía claro que no quería volver con él, pero había sido una persona a la que había querido mucho y no había vuelto a ver desde que rompimos de mala manera. La última hora de clase pasó lenta, los minutos parecían horas y no atendí nada de lo que dijo el profesor. Cuando finalmente se despidió, me levanté de la silla, cogí mi bolso marrón con la carpeta y dos libros dentro y me fui pitando.

Le vi esperándome en un banco y dudé si haber quedado con él había sido buena idea, pero ya estaba allí y tenía que hacerlo. Él llevaba una camiseta de manga corta roja debajo de una sudadera negra con la cremallera abierta y un vaquero negro. ¡Se había puesto vaqueros! ¡Qué barbaridad!

—Hola, Lu, no voy a darte dos besos. —me dijo nervioso.

—Vale, no pasa nada. —contesté sentándome a su lado.

—Quiero pedirte disculpas por lo que te dije. Dije cosas que no pienso. —confesó mirando al suelo.

—Bueno, a veces reaccionamos mal ante situaciones que no son agradables, pero sí, los insultos sobraron.

—Que sepas que he pensado en los motivos por los que me dejaste y sé que hay uno muy grande para ti. —soltó él mirándome a los ojos.

—Me dejaste sola, Jonás. Sé que no era una buena noticia, pero te lo tomaste como si habláramos de cambiar unos zapatos.

—Es que yo lo vi fácil. No queríamos ser padres ninguno de los dos. Solo te dije que abortaras. —comentó Jonás con naturalidad.

—Ya, pero el problema fue mío. Tú desapareciste. No estuviste conmigo en ninguna de las citas con el médico ni cuando aborté ni después de abortar y te lo rogué.

—Me vino grande. Me asusté. Lo siento muchísimo, Lucía. Sé que no estuve a la altura. —dijo él con pena.

—Ya no importa, pero eso marcó un antes y un después para mí. Fue un proceso muy duro y encima tuve que pasarlo sola, sin ti. —confesé a punto de llorar.

—No lo revivamos. Por favor, necesito que me perdones. Me gustaría retroceder y ser quien tú querías que fuera.

—Yo te perdono, pero no puedo olvidarlo. Lloraba cada día y te pedía que vinieras a estar conmigo.

—No desaparecí, Lu.

—Sí desapareciste —le interrumpí—, venir diez minutos a verme cada tres días no es estar a mi lado y era nuestro embarazo, tan tuyo como mío. Pero yo no tenía la opción de decir que no me apetecía y que me venía grande. Tú sí porque no lo tenías dentro, no lo sentías tuyo… tú decidiste hacerlo así y yo no puedo olvidar lo que viví. —dije con lágrimas en la cara.

Jonás me abrazó susurrándome al oído que le perdonara y que intentara olvidarlo. Cuando dejé de llorar me cogió las manos y me dijo:

—Lu, estoy conociendo a una chica, pero nadie me llena como tú. No sé qué hacer para arrancarte de mi corazón. Lo comparo todo contigo.

—Pero si tú estás con alguien no está bien que pienses en mí de esa manera.

—No puedo olvidarte, lo intento, pero no puedo. —dijo apenado.

Me besó y no me quise apartar. Yo quería que él dejara a esa chica y solo pensara en mí, pero no se lo dije. Le propuse que fuera fiel a sus sentimientos.

—Ser fiel a mis sentimientos significa estar contigo. Déjame volver a verte. Déjame demostrarte que podemos estar juntos de nuevo. Haré que se te olvide todo lo mal que lo he hecho. —pidió con tono insistente.

Me volvió a besar y yo me sentí aliviada, pero no por su beso, sino por su deseo de solo estar conmigo. Había comprobado que estar con otra chica era solo un intento para olvidarme y, desgraciadamente, me sentí reconfortada. Digo desgraciadamente porque ese sentimiento no era bueno y más si yo pensaba ya en otra persona. Sabía que estaba buscando a Jonás por motivos negativos, pero seguí y acepté volver a verle.

El día siguiente me informó de su ruptura con esa chica. Él estaba ilusionado porque pensaba que había posibilidades de volverlo a intentar y yo solo quería quitarme a Santi de la cabeza y que nadie me viera con Jonás. Él no entendía mi negativa cuando proponía ir a cenar o a una terraza a tomar algo. Yo siempre quería estar en el coche o en alguna de nuestras casas cuando no había nadie. Le pedí que no comentara nada a sus padres hasta estar seguros de nuestra decisión, la cual, él exigía que llegara pronto. Pero yo no podía dar el paso. No quería.

Cuando hablaba o estaba con él me sentía mala persona por hacer lo que estaba haciendo. En el sexo yo cerraba los ojos para cambiar a Jonás por Santi y le veía disfrutar, me decía cosas preciosas, se estaba esforzando por

ser mejor para mí… Yo no quería que se empeñara tanto porque me iba a costar más comunicarle mi decisión de no volver a verle.

32. TOMA Y DAME

Megan estaba decidida a hablar con Pedro porque la relación que tenían era casi inexistente y había que poner el punto final a algo que sabía que ya estaba acabado. Nosotras le dijimos que no podía alargarlo más aunque no fuera una situación cómoda. Se armó de valor y ese mismo día quedó con él en su casa para tener la conversación que debieron haber tenido bastante tiempo atrás.

—Hola, chatunga. Pasa a la cocina. ¿Has cenado? —preguntó Pedro después de abrir la puerta y darle un piquito en los labios.

—No, no he cenado. ¿Estás solo? —preguntó Megan para tantear si era el momento y el lugar adecuado para dejarle.

—Sí, mi padre está en el curro. Tiene turno de noche en la gasolinera. ¿Hacemos una pizza? —propuso él ajeno a la conversación que le esperaba.

—Sin cebolla, por fi. —pidió ella mientras él sacaba ingredientes del frigorífico.

—Te quedas a dormir, ¿no? —dijo él sirviendo refresco en los vasos que acababa de sacar.

—No, Pedro. No me voy a quedar a dormir. De hecho he venido a hablar de nosotros.

—Joder, macho. ¿Y de qué hostias quieres hablar hoy? Quieres que nos casemos, que tengamos hijos, que formalicemos la relación, que nos veamos más, que tengamos más sexo… ya lo has hablado todo. Siempre estás pidiendo y ya sabes que yo así estoy bien. —expuso él comenzando a enfadarse.

—¡Qué difícil es hablar contigo! —expresó ella con hartura.

—Bueno, venga, dime. ¿Qué quieres? —preguntó él dejando de poner ingredientes en la base de la pizza.

—Pues yo quería saber si tú estabas bien conmigo de esta manera. Si tú vas a querer esta relación así para siempre.

—Yo sí, flor. Ya sabes lo que pienso. Lo hemos hablado mil veces y sabes que soy muy liberal y no quiero pertenecer a nadie y que nadie me pertenezca. Además, yo no creo en que algo sea para siempre.

—Bueno, en realidad no me refiero a poseedor y cosa poseída. —soltó Megan con sarcasmo.

—Es que al final es eso lo que quieres, Megan. Que yo sea tuyo, solo tuyo. Y tú ser solo mía. Me gusta esta manera de vernos cuando nos apetece. Yo lo que quiero es vivir como me apetece.

—¿Y si no quiero hacerlo todo como te apetece? —cuestionó ella.

—Ya sabes lo que hay.

—¿Te gustan los chicos, Pedro? —preguntó ella finalmente.

—Tú estás loca. ¿A qué viene esto? Eres una puta paranoica de mierda, macho. —soltó alzando la voz.

—Relájate, Pedro.

—Es que tú estás mal de la cabeza, Megan. Tienes un montón de mierda en el coco. Si no estás a gusto conmigo márchate, nadie te obliga a estar aquí.

—Llevas razón. En realidad estoy aquí porque yo tengo sentimientos hacia ti. Llevamos más de un año viéndonos y es momento de ir hacia adelante o parar en seco.

—¿Qué me estás queriendo decir? —cuestionó Pedro confundido.

—Pues que no quiero seguir así. Quiero que estés conmigo de verdad o que no volvamos a vernos.

—Pues sinceramente, prefiero la segunda opción que me das. Si no sabes apreciar lo que te doy, si no sabes ver que la vida no es para que venga alguien a cortarte las alas…

—¿Yo te corto las alas?

—Pues ya me dirás tú… si me estás pidiendo que deje de vivir y experimentar para verte siempre a ti el gepeto. ¡Pues no la llevas guapa! —dijo Pedro de malas maneras.

—Nunca entiendes mi mensaje. Lo único que buscas es atacar cuando te sientes atacado.

—Tú no eres así de chula. Eso son tus amigas las divinas, que te han comido el coco —pronunció la palabra “divinas” con un tono burlón.

—De eso nada. Yo tengo mis propios sentimientos y mis ideas propias.

—Mira… la niña ha tenido la idea de dejar de verme. Pues vete, ha sido muy buena idea, chata.

—No quiero que acabemos mal, no es necesario. —dijo ella tocando su brazo y dulcificando el tono de voz para calmar a Pedro.

—Pues después de las barbaridades que me has soltado no esperarás que seamos los mejores amigos. Vete, Megan. —pidió él con seguridad.

—Espérate, por favor. Vamos a cenar y lo hablamos con tranquilidad. —rogó ella arrepintiéndose de haber tomado esa decisión.

—No quiero hablar nada más contigo. Me has llamado bujarra y me has dicho que no quieres verme más. Entenderás que ahora sea yo el que no quiera verte. —dijo él más alterado aún.

—Vamos a sentar las bases de lo que quieres tú y de lo que quiero yo y buscamos un punto medio. Perdóname por haberte preguntado eso. —suplicó retractándose.

—Que no, que no. Que ya me has dicho mil veces lo que quieres y ahora soy yo quien no quiere continuar contigo. —sentenció él con decisión llevándola a la puerta de la casa.

—Piénsalo y llámame cuando se te pase. —continuó rogando Megan.

—Que no, hostias. Que me dejes en paz. No buscamos lo mismo, ¿lo pillas? Yo no te quiero ni te he querido nunca. Buscas en mí una historia de amor como en los cuentos de princesas, pero yo no quiero eso ni loco. No me llames. —dijo Pedro justo antes de empujar a Megan hacia afuera de su casa y cerrar la puerta.

Megan hizo varios intentos de que Pedro volviera a abrir, pero no surtió efecto. Pedro era muy frío y no se dejaba llevar por las emociones. Realmente dudamos de que haya sentido emoción por algo en su vida. Por su parte, Megan se quedó destrozada porque, como era de esperar, él no se tomó bien lo que Megan expresó aquella noche. Él nunca había recibido bien nada que no fuera adulador y ella aprendió a decirle solo cosas bonitas, por lo que él nunca aprendió a aceptar comentarios que no lo fueran.

Ante su respuesta, Megan solo lloró y entendió que no era lo que quería para ella. Ella necesitaba a alguien que la quisiera mejor que Pedro. Pero no pudo evitar sentirse dolida, primero porque para ella era una ruptura y segundo porque había perdido el tiempo con alguien que no le valoraba, con alguien a quien se había entregado para nada, sin recibir nada a cambio.

33. *MEETING*

Otra vez tenía que volver a pasar por lo mismo. Otra vez tenía que sentarme a hablar con Jonás para dejarle. Él pensaba que habíamos vuelto y yo no consideraba que aquello fuera a suceder nunca más. Estaba en la ducha dándole vueltas al asunto y pensando en la manera de expresarle que realmente no iba a volver con él y que esa situación había sido un error, una mala idea producto de mi ego.

Elisa había convocado una reunión urgente porque tenía algo que compartir con nosotras y si había una divina en apuros lo dejábamos todo para acudir al rescate. Era sábado y algunas teníamos otros planes, pero los atrasamos o anulamos para poder estar con Elisa. Vane iba a venirse con nosotras, pero nos mandó un mensaje a última hora exponiendo sus pocas ganas por arreglarse y salir, por lo que propusimos ir a su casa y hacer allí la reunión, a lo que finalmente accedió. Le escribí un escueto mensaje a Jonás y anulé nuestra cita, lo cual me hizo sentir alivio.

A las 18h. llegué la primera a casa de Vane porque habíamos quedado a las 18:30h, pero quise aprovechar para hablar con ella a solas. Tardó en contestarme alegando estar en mitad de una oración.

—Pero Vane, ¿desde cuándo rezas? Yo no sabía que eras tan religiosa, de hecho pensaba que no creías en Dios. —le dije tras su comentario.

—Y no creía, pero tocar fondo me hizo pensar y gracias a lo que me aporta la fe en Dios quiero ser mejor persona y dedicarme a servir a los demás. Creo que ese es mi lugar. —contestó con rotundidad.

—Madre mía, Vanesa. Me da un poco de miedo que te pierdas.

—Al contrario, Lu, creo que es el camino para encontrarme. —oírle decir eso hizo que sintiera más miedo.

—¿Y cómo lo vas a hacer? Lo de servir a los demás, me refiero.

—Estoy pensando en irme a alguna misión, pero antes tengo que hacer unos votos.

—¿Me estás diciendo que vas a ser monja? —expresé atemorizada.

—La palabra no es monja, es misionera, pero algo parecido. Tengo dudas, pero Dios me lo hará saber en el momento adecuado.

—¿Qué vas a hacer con el instituto?

—He mandado un correo electrónico para pasarme a la modalidad a distancia. Quiero terminarlo, pero no tengo voluntad para nada.

Llegaron juntas Megan, Elisa y Luna y unos minutos después llegó Teresa. Elisa tenía tristeza y preocupación en su expresión. Nos fuimos sentando alrededor de la mesa grande del salón de Vane y ella nos sacó refrescos para todas.

—Chicas, tengo que contaros algo. Estoy muy intranquila. —soltó ansiosa Elisa.

—Ya te notaba yo rara. ¿Qué te pasa? —pregunté.

—A ver, me tendría que haber bajado la regla la semana pasada y yo soy muy puntual con la menstruación y me siento rara… Me he traído un test de embarazo porque no quiero estar embarazada y descubrirlo sola. —contó Eli con tristeza.

—No me jodas… ¿Rodri lo sabe? —preguntó Luna.

—No, y no le voy a contar nada. No quiero estar unida a él. Si es positivo aborto, lo tengo claro. —confesó Elisa.

—Pero él tiene derecho a saberlo, neni. —opinó Megan.

—¿Tienes vómitos, náuseas o algo de eso? —preguntó Tere.

—No, pero me siento rara. Ya no sé si es psicológico o de verdad. —respondió Elisa.

—Bueno, no te preocupes. Vamos a hacer el test y si es positivo entonces ya vemos cómo lo hacemos. No adelantemos acontecimientos. —propuse yo intentando tranquilizarle.

—¿Qué hago, chicas? —comenzó a llorar Elisa—, no quiero estar embarazada. Todo me pasa a mí.

—Hombre, yo creo que Rodri debería estar al tanto. —verbalizó por fin Vane, quien parecía estar ausente.

—Vamos a hacer el test y lo miráis vosotras, ¿vale? —nos pidió Elisa.

Elisa fue al aseo para orinar en un bote de plástico que había comprado en la farmacia antes de venir y volvió al salón con nosotras para introducir uno de los extremos del predictor en el bote con orina. Esperamos en silencio unos minutos y nos fijamos en que solo había una línea rosa. Cogimos el prospecto y vimos que eso significaba que el resultado era negativo.

—Vale, amor, no tienes que preocuparte. No estás embarazada. Quizá esta etapa rara de tantos nervios y estrés ha ocasionado que no te haya bajado la regla. Así que tranquila. —dije yo sonriente dirigiéndome a Elisa.

—Ay, qué bien, chicas. —expresó ella más tranquila.

—Bueno, yo me lo repetiría en unos cinco días si sigue sin bajarte, porque si es demasiado pronto da negativo aunque sí estés embarazada. —nos hizo saber Megan.

—Joder, Meguin, qué tranquilizante. —dijo Teresa con ironía.

—Llevas razón —se dirigió Elisa a Megan —me lo volveré a hacer para asegurarme en unos días, pero hace casi un mes que no tengo relaciones sexuales… yo no creo que sea pronto.

Todas abrazamos a Elisa con alegría, menos Megan, que sonrió y le felicitó sin mucho ánimo.

—¿Y a ti qué te pasa? —soltó Luna mirando a Megan.

—Pues que por fin habló con Pedro y está triste porque no contesta sus llamadas y piensa que es definitiva la ruptura. —contesté yo en su lugar.

—Pues mejor, nena. Ese tío no te quiere. —dijo Luna.

—Si es que no podemos hacer que alguien se esfuerce para querer estar con otra persona, hay cosas que se sienten o no se sienten. —expresó Teresa.

—Si lo peor es el sentimiento de saber que no podemos estar juntos, que esta relación no es sana. Pero es como una droga, que no es buena, pero la necesitamos. Me siento *yonki* de él. —confesó Megan.

—Oye, Lu, ¿tú qué? ¿vas a forzarte a ver si quieres a Jonás? —me preguntó Tere.

—Pff, calla, calla. Yo mañana le dejo. No sé qué estoy haciendo. —confesé.

—Alimentar tu ego, pero se ha puesto tan gordo que va a explotar. —dijo Luna con guasa y todas se rieron.

—¡Qué graciosa eres, eh! —miré a Luna —Me da pena Jonás y me da pereza tener otra vez la misma conversación que tuvimos hace unos meses.

—Es que esto que has hecho ha sido una locura. No tendrías que haberle llamado. Era mejor dejarlo como estaba y has hecho que rompiera con su nueva novia. —dijo Elisa.

—Lo sé, soy lo peor. Os juro que mañana lo soluciono. —prometí.

—Pero hazlo de verdad, que por la pena entra la peste. —aconsejó Megan—. ¿Y tú, Tere? ¿Qué tal tu cuento de Disney?

—Pues de maravilla, creo que me estoy enamorando. Me está encantando Jorge y cómo me siento. Me hace sentir seguridad, me mima y babeamos el uno por el otro. —confesó Teresa.

—¡Qué bonito es ese sentimiento! Es justo lo que yo he sentido con Rodri. Disfrútalo mucho, Tere. Te lo mereces. —expresó Elisa con melancolía.

—Estoy contenta de haberle esperado para tener con él mi primera vez. El otro día en su casa fue tan tierno, tan dulce, tan bonito y tan apasionado que estoy deseando repetir. No dejo de recordarlo. —dijo Teresa con cara de enamorada.

—Bueno, nenas, pues yo quedé con Carlos y ¿qué pensáis si os digo que no follamos? —soltó Luna.

—¿De verdad? Nena, nena, qué cosa más rara. —dije yo con gesto de extrañada.

—Como os lo cuento. Cuando pensaba que íbamos de camino a su casa, me llevó a un pub y estuvimos hablando como cuatro horas súper a gusto. Pero es que cuando, a la vuelta, volvía a pensar que ahora sí me estaba llevando a su casa, tampoco. Me estaba llevando a la mía. —relató Luna.

—¿Y del uno al diez cuál es tu grado de enfado? —preguntó Teresa, que le encanta poner nota para evaluarlo todo.

—No estoy enfadada. Estoy asombrada porque el tiempo se nos pasó volando y me encantó dedicar ese tiempo a conocerle. —confesó Luna.

—Maaaaadre míaaaa. Esto sí que es nuevo. ¿Qué han hecho con mi Lunita ninfómana? —dije tocándole la frente para simular tomarle la temperatura.

—Chicas, yo me alegro mucho por todas vosotras, pero es la hora de cenar. —dijo Vanesa un tanto seria insinuándonos que nos fuéramos de su casa.

—Vale, Vane. Nos vamos, lo hemos pillado. —oí decir a Luna.

—No, no nos vamos hasta que nos cuentes cómo estás. —Elisa habló dirigiéndose a Vane.

—Pues creo que estoy mejor. —dijo Vane.

—Se quiere meter a monja o algo parecido. —miré a Vane para continuar —. Lo siento, Vane, pero es importante que lo sepan.

—¡Qué gore! —expresó Megan—. Pero si es lo que te hace feliz estamos contigo.

—No, Vane. Es una vía de escape porque no quieres enfrentarte a que estás mal y necesitas ayuda. Ya estoy harta de dejarte que hagas lo que te da la gana. Te quedas aquí en casa sin salir y sigues mal. Lo quieres esconder

en forma de nueva fe. La fe no es una cosa que te llegue de un día para otro. —expuso Elisa con dureza.

—Siempre lo hago todo mal, no sé cómo me las arreglo. —empezó a enfadarse Vane.

—Pues tú verás, pero solo tú tienes la llave de tu recuperación. —continuó Elisa.

—Hablas como si estuviera enferma. —replicó Vanesa.

—Es que creo que lo estás y no lo puedes ver. —contestó Eli.

—Tranquilas, chicas. —interrumpió Tere—, las dos lleváis razón. Vane, cielo. Tienes que ayudarnos a ayudarte y para eso creemos que sería bueno para ti hablar con un especialista. No te hará mal.

—Joder. Estoy hasta los huevos de vosotras. Sois unas putas pesadas. —vomitó Vane esas bonitas palabras.

—Vane —dije levantándome de la silla—, somos pesadas porque no podemos permitir que lleves esta vida que no te hace feliz.

Vane no contestó, solo lloró y asintió. ¿Estaría aceptando necesitar ayuda?

34. BRILLAN COMO *STARS*

Mi hermano estaba preparando la mudanza porque se había alquilado un piso para independizarse. Marcos estaba bien valorado en su trabajo y con el reciente contrato indefinido tomó la decisión de irse a vivir solo. Yo estaba ayudándole a limpiar la nueva casa una mañana de domingo cuando paramos a hacer un descanso mientras tomábamos una tostada de lomo embuchado que nos habíamos llevado de casa. No solíamos pasar momentos a solas de tranquilidad para hablar y contarnos nuestras cosas. Aproveché para expresarle mi preocupación por Vane con todo lujo de detalles.

—Buaf, Luci, es un tema complicado. —afirmó Marcos—, si se ha metido en temas religiosos espero que sea real vocación, aunque parece ser el inicio y podemos estar a tiempo.

—¿Cómo podemos hacer para que hables con ella? —pregunté a mi hermano.

—Si ella no quiere va a ser difícil que venga a la consulta. No tenéis potestad sobre ella y es mucho mejor que los pacientes vengan de forma voluntaria porque se encuentran más receptivos. —comentó él.

—Ya, Marcos, pero no es el caso. Ella es consciente de que no está bien, pero cree que buscar ayuda profesional es para locos y que Dios iluminará su camino. —le expliqué insistente.

—Ya, pero si ella se ha hecho creyente de un día para otro es un trance. Le habrán contado alguna milonga y cree que esa es la solución. Yo me llevo bien con ella, pero no es mi amiga.

—Mis amigas dicen que podemos hacer un “encuentro casual” —dije haciendo comillas en el aire.

—Sí, eso es buena idea, pero yo no puedo ponerme a hablar con ella de todo esto delante de vosotras. Ahí podemos iniciar una conversación y crear una confianza para yo proponerle que venga a verme a la consulta. Ella tiene que hacer unas exposiciones que se tienen que realizar en soledad. Quiero que sepas que esto es lento y ella tiene que trabajar. Yo no hago milagros. —avisó Marcos.

En breve iba a ser el cumpleaños de Vanesa y esa podía ser una buena oportunidad para que saliera de casa. Las chicas y yo planeamos ir a algún sitio tranquilo para que su primer contacto con el mundo exterior no fuera muy radical y ella pudiera sentirse a gusto.

La semana siguiente, en el instituto, Megan estaba muy decaída y hasta el nuevo profesor de inglés lo percibió. Megan era una chica muy alegre y dicharachera, por lo que se notaba que no estaba atravesando por su mejor momento. Ese año habíamos tenido la suerte de que nuestro pésimo profesor de inglés se jubilara y entrara otro en su lugar. Joven, guapo, fibroso, amable y divertido. Hacía unas clases muy dinámicas y de las cuales siempre aprendíamos algo nuevo.

Ese día, estábamos todos recogiendo nuestras cosas para salir de clase de inglés e irnos a casa, pero Miguel, el profesor, le dijo a Megan que se quedara un momento. Ya solos en clase, ella se acercó a su mesa y él le propuso que se sentara en la de enfrente.

—¿Tienes mucha prisa, Megan? —le preguntó Miguel mientras recogía sus papeles y los guardaba en su maletín.

—No, no te preocupes. Dime. —contestó ella con amabilidad.

—Megan, no te veo bien. No sé qué te pasa, pero no atiendes, no sabes por dónde vamos, no aciertas ni una sola pregunta y es raro en ti. No eres la mejor de la clase en inglés, pero siempre te he visto con ganas y con otra actitud. —comentó Miguel con preocupación.

—Bueno, es que no estoy muy bien. Son temas personales. Sé que no tengo que pensar en eso mientras estoy en clase, pero no puedo evitarlo. —confesó Megan.

—No quiero meterme en tu vida personal, pero sabes que los profesores queremos apoyarte en todo, no solo estamos para la parte académica. Lo hemos comentado en la sala de profesores y en todas las asignaturas estás bajando el rendimiento. Estás ausente.

—Lo siento mucho, voy a intentar cambiarlo.

—¿Ha pasado algo en casa? —preguntó él preocupado y/o curioso.

—No, no. Son temas amorosos. Nada importante. —dijo ella con timidez.

—No le quieras quitar importancia, claro que el amor es importante. Es lo más importante después de la salud. ¿Ese chico merece tu sufrimiento? No hace falta que me contestes si no quieres, contéstate a ti misma y verás

que con los días ese sufrimiento irá a menos. —aconsejó el guapo profesor con una sonrisa.

—Si es cierto, pero duele entregarte a alguien que solo te da migajas. —expresó ella con una mezcla de vergüenza y pena al oírse decir eso.

—Eres preciosa y tienes un carácter que embruja, seguro que tienes a diez mil chicos detrás de ti… alguno te acabará enamorando tanto que te hará pensar que lo de este chico es insignificante. Ahora sonríe y vete a tu casa con la cabeza bien alta. Brillar depende más de la actitud que del sol. —dijo él acercándose a su mesa.

—Gracias, Miguel. Llevas razón, estar así por ese chico es una tontería. —se levantó de la silla mientras hablaba, quedando más cerca de él y dando un paso atrás para dejar distancia entre los dos.

—Muy bien, Megan. Descansa, mañana nos vemos.

—Gracias, Miguel. Hasta mañana.

Megan se fue a casa algo más sonriente y convencida con lo que Miguel le había dicho. Pensaba que el profesor de inglés tenía toda la razón y le halagaba que él pensara que ella era preciosa y que tenía un carácter que embrujaba. ¡Qué barbaridad le había dicho el profe guapo!

Ese mismo día yo también me fui más contenta del instituto a pesar de no haber hablado aún con Jonás e ir de camino a ello. En la pausa larga me crucé con Santi mientras los dos salíamos del baño.

—Pequeña, ahora no puedes huir de mí. —soltó él a bote pronto.

—No huyo de ti, ese eres tú —dije rápida apoyándome en la pared.

—Si yo no hago más que buscarte la mirada, canija. —susurró poniendo su mano derecha en la pared a la altura de mi oído.

—Pues yo ni lo he notado, enano. —dije en un tono juguetón.

—Qué poco observadora es esta pelirroja. —me dijo con picardía para después retirar la mano de la pared y tocarme el pelo.

—No juegues con fuego. —susurré mientras se mojaba mi entrepierna.

—¿Por qué? ¿y si me quiero quemar? —siguió él jugando.

—Es peligroso —advertí alejándole de mí con mi mano en su pecho.

—Buff, llevas razón, pequeña. Perdona. —quitó la mano de mi pelo, miró hacia el suelo y le levanté la cara para que me mirara a los ojos.

—No pasa nada, Santi. Me voy con las chicas. Ya nos vemos. —dije mientras me iba dejándole ahí quieto e intuí que también pensativo.

Qué difícil fue frenarme. Habría continuado durante horas con ese juego de palabras que tanto me estaba excitando y que tanto me estaba subiendo

la moral al comprobar que no le era indiferente. Después le habría besado por todos los rincones de su bonito cuerpo, por toda su cara, sus labios gruesos… Le habría dejado que hiciera conmigo lo que quisiera. Ese chico me tenía loca. Inexplicablemente, eso me llenó de fuerzas para ir decidida a ver a Jonás y terminar con lo que fuera que teníamos.

Cuando salí, me dirigí pisando fuerte hacia el parque de detrás del instituto y allí lo vi plantado en el banco fumando un "canuto" y con un chándal de los que odio. Genial, eso me ratificaba que estaba en lo cierto, que él no iba a cambiar y mis sentimientos tampoco. Realmente yo no quería que él cambiara, así que verle de esas guisas me envalentonó.

—Hola Jonasito. —saludé al llegar y él tiró el porro al suelo intentando ocultarlo—. No hace falta que lo tires, termínatelo con tranquilidad.

—Joder, no quería que me vieras. No te enfades, por favor. —pidió asustado.

—No, no. No me enfado, pero tenemos que hablar. —dije mientras me sentaba a su lado.

—Ya estamos. ¿Qué pasa? —dijo con hartura.

—Mira, yo lo he intentado, pero esta relación no me gusta. No quiero repetirte lo mismo que ya hablamos en su día cuando lo dejamos, así que me lo voy a ahorrar. —comenté con calma.

—¿Por verme fumar? ¿De verdad me lo dices? —cuestionó asombrado.

—Escucha, Jonás. No es por verte fumar. Ese no es el motivo. Hemos intentado que esto funcionara, pero yo no siento lo que debería sentir para volver contigo. Por eso quería ir de forma pausada, porque no lo tenía claro, pero ahora sí. Te juro que no vamos a hacer más intentonas. Tenemos que entender los dos que, aunque a veces nos echemos de menos, —y lo dije más por él que por mí—, esta es la definitiva.

—Has hecho que dejara a una chica que me estaba gustando y cuando lo consigues… cuando consigues que vuelva a babear por ti me das la patada. No eres justa conmigo. No tendrías que haberme buscado, Lucía.

—Lo siento, me equivoqué. Yo también cometo errores. Soy una persona cargada de defectos. Lo siento.

—¿No puedes intentarlo un poco más? —insistió él.

—No voy a esforzarme por crear sentimientos, eso sí que no. Te juro que lo siento en el alma y me duele mucho esta conversación porque sé que es revivir la que tuvimos hace unos meses. Sé que tú estabas rehaciendo tu

vida y yo te lo he fastidiado. Solo puedo pedirte disculpas. —dije con mucha pena viendo que él no entendía nada mi comportamiento.

—Eres una perra maldita. —dijo en un gruñido apretando la mandíbula.

—Mira, no te voy a consentir que me insultes otra vez. Me voy a ir y no volveremos a hablar ni a vernos. —sentencié antes de marcharme.

Qué bien hice. Qué peso me había quitado de encima. Si es que yo no sentía nada, absolutamente nada por él. Solo tenía recuerdos, los cuales no eran completamente bonitos. La mayoría de las veces venían a mi cabeza los feos y me llenaban de rechazo hacia Jonás. Pero él llevaba razón, eso no era justo para él y no debí buscarle.

35. Desátame o apriétame más fuerte

Con la llegada del frío, salíamos menos y con la cercanía de la Selectividad teníamos que estudiar más, por lo que segundo de bachillerato pasó muy rápido. A mediados de octubre, Martina volvió a casa de sus padres con todo tipo de adaptaciones y cuidados, por lo que Elisa se sintió como en segunda fila. Después de comprobar que no estaba embarazada porque la menstruación fue a su rescate, una bocanada de alegría hizo que contestara una llamada de Rodri, lo cual no solía suceder.

<Hola, bonita mía. ¿Cómo estás?>

<Hola, Rodri. —contestó ella más contenta que de costumbre con él — Ahora muy bien. He estado unas semanas preocupada porque no me bajaba la regla, pero hoy me ha bajado y uf, me siento aliviada.>

<¿Cómo no me has dicho nada? Eso es algo de los dos.>

<No quería preocuparte. Quería estar segura antes de decirte nada.>

<Eli, mi vida, estoy en la puerta de tu casa. Necesito verte. Baja y nos vamos un ratito, por favor. Vamos a darnos una tregua de unas horas aunque sea.> dijo Rodri con tono triste.

<Sé que no deberíamos, pero me pongo los zapatos y bajo.>

Elisa sujetó su pelo en una coleta, dejando que su flequillo recto cubriera su frente. Llevaba unos vaqueros claros rotos, un jersey negro fino y se puso sus botines del mismo color que el jersey y se fue de casa para encontrarse con Rodri. Ese día ella estaba feliz y tenía que celebrar que su cuerpo seguía realizando el ciclo menstrual porque significaba no estar embarazada.

Al bajar, se encontró con un Rodri decaído y cabizbajo fuera del coche, aunque guapo como él solo, con sus vaqueros oscuros y su jersey verde.

—Hola bonito, ¿qué te pasa? —dijo antes de que él se enganchara a ella con un sentimental abrazo—. Pero dime algo, Rodri.

—Es que yo no puedo continuar así, Elisa. Es que yo no me merezco esto. —dijo al apartarse y tomarle las manos sin dejar de besarlas.

—Vámonos de aquí. Vamos a tu casa y cenamos juntos, ¿quieres? — propuso ella.

Se dirigieron a casa de Rodri y pidieron pizza a domicilio. Se sentaron en el cómodo sofá del salón de Rodri hasta que llegó la comida. Elisa se dio cuenta de que ya no quedaba rastro de Martina..

—¡Has quitado las fotos de mi hermana! —exclamó ella con sorpresa mientras cogía el primer trozo de pizza.

—¿Te parece mal? Cielo, en mí ya no hay espacio para ella. Lo mío con tu hermana se terminó. No iba a dejarlas ahí eternamente. —se justificó él.

—Ya, si lo entiendo. Bueno, cuéntame, ¿qué te pasa? —preguntó ella.

—Pues me han ofrecido un ascenso, pero me tendría que ir a Madrid y si tú no quieres nada conmigo aquí no me ata nada. Yo no quiero hacer más teatros, ni por tu hermana ni por nadie. Yo necesito vivir y este estilo de vida no me la merezco. No me siento feliz. —anunció él mirando el movimiento de sus manos sobre las de Eli.

—Joder… —ella se calló durante unos segundos y dijo: —yo no quiero estar sin ti, pero tampoco quiero que renuncies a tu vida profesional.

—¿Qué significa que no quieres estar sin mí? —preguntó él dudoso.

—Pues que te quiero y que nada ni nadie lo va a cambiar y que creo que me estoy dando cuenta de que esto no es vida para ninguno de los dos… Llevas razón, mi bonito, estar alejados no nos hace felices.

—Si es que te lo he dicho cien veces, mi niña, si es que no me haces caso. —expresó él sonriente.

Se besaron con ansia, se miraron en silencio y sonriendo. Ella pensó que le importaba todo un carajo, que debía luchar por lo que quería y a la mierda lo demás. Pensar en que él se podía ir a Madrid a vivir y separarse para siempre no lo iba a permitir. Fue lo que le abrió los ojos para lograr entender que a veces hay que tomar decisiones difíciles, pero siempre apostando por la felicidad.

—Pero Rodri, tienes que aceptar ese ascenso. Madrid está a cuatro horas y podemos vernos los fines de semana.

—Y cuando termines el bachiller te mudas conmigo a Madrid y que le peten a todo lo demás. Me parece buena idea. En Madrid hay más oportunidades que en Alicante para ti también.

—No nos vamos a arrepentir, ¿verdad? —vaciló ella.

—No pensemos en eso ahora. Vamos a disfrutar de nuestro amor y si sale mal ya se verá en ese momento. —aconsejó él emocionado.

El ansia se calmó y fue sustituida por la pasión y el deseo. La menstruación de Elisa era una maravilla porque sangraba realmente poco y

con una pastilla no sentía ningún tipo de molestia. ¡Qué envidia!

Rodri estaba más empalmado que nunca y ella lubricada hasta los topes. Ella solita se quitó su jersey y su sujetador. Él comenzó a lamer y morder sus pezones y ella jadeaba pidiendo más fuerza en el bocado, ella pedía sentir dolor y él obedecía. Mientras él mordía con violencia cada parte de su cuerpo, se quitó su jersey y con él le ató las manos a una columna redonda del salón. Estaban tan cachondos que aquello parecía una violación, con la diferencia de que ella estaba consintiendo y gozando al máximo de esa potencia sexual. Él continuó quitándose la ropa hasta quedar completamente desnudo y quiso hacer lo mismo con ella, dejando el tanga puesto. Bajó para morder los labios de su zona íntima femenina y ella gritó de gusto. Ella pedía más. Constantemente pedía más. Con ayuda de los dientes y las manos, Rodri rompió el tanga de Elisa por la parte que se quedaba pegada a su chichi, para poder hacer y deshacer a su libre albedrío. Le embistió con fuerza agarrando sus piernas flexionadas, ella abrazó su cintura con las piernas para no dejarle escapar, pero él dijo que ella no mandaba esa noche. Elisa estaba más suelta que Gabete e iba a acceder a todo lo que él ordenara. Le estaba encantando estar sometida a él. Rodri cogió sus piernas y las levantó para ponerlas en sus hombros y que su pene entrara de lleno en ella. Embestía cada vez con más dureza y ella disfrutaba de todo. Rodri le ordenó que se sentara en el suelo deslizándose por la columna y, con la polla llena de sangre, se la metió en la boca para que le hiciera una mamada. Él cogía su cabeza apretando hacia sí hasta que a Elisa le dieron arcadas. Rodri estaba gozando como un enano con un lápiz nuevo. Se agachó y le comió toda la vagina hasta que ella se corrió a chorros. Así sentada como estaba, volvió a recibir su erecto pene en la boca, para terminar corriéndose en la cara de mi amiga.

Él tuvo a bien desatarle y se metieron en la ducha a quitarse del cuerpo los fluidos, el sudor y el olor a sexo duro. En la ducha, mientras el agua corría por los cuerpos de ambos, se besaron con ganas, se miraron con fuerza y no pudieron evitar volver a hacer el amor, esta vez más lento y tierno, como necesitándose… como necesitando estar el uno dentro del otro. Sin duda, se habían encontrado y no querían perderse nunca más.

36. GRABADO EN LA PIEL

Estuvimos pensando en qué regalo le gustaría a Vane, en qué necesitaría ella… Estaba claro que no iba a apreciar una camiseta nueva o unos zapatos nuevos. Ella requería una buena dosis de pertenencia al grupo, de sentirse aceptada y querida. A ella le urgía un levantamiento de moral. ¿Qué es lo que nos caracterizaba? ¿Qué es lo que caracterizaba a las divinas? Los tacones y lo unidas que estábamos. Parecía una combinación extraña, pero encontramos el regalo perfecto para Vane. Decidimos regalarle algo que le hiciera ver de por vida que tenía un grupo de amigas que la querían y la necesitaban.

Alguna vez rumiamos la idea de hacernos un tatuaje juntas, pero nunca profundizamos más, siempre quedaba en el aire. Ese era el momento perfecto, así que nos pusimos a mirar por Internet algún tatuador que fuera barato y que pudiera ir a casa de Vane. Encontramos uno que nos hizo un gran descuento por hacernos seis tatuajes a la vez. El mismo día de su cumpleaños, fuimos a su casa a tomar café. Nos aseguramos de que se aseara y se vistiera, alegando que después íbamos a ir a tomar un té a un sitio chulo y tranquilo. Le pedimos que, al ser su cumpleaños, nos tenía que regalar acompañarnos y empezar a salir. Le costó, pero al final dio su brazo a torcer.

Una hora después de estar en casa de Vanesa, alguien tocó al timbre. Era la hora a la que habíamos quedado con el tatuador, pero no era él. Eran las dos religiosas a las que se encontró Ruper aquella vez que fue a su casa para hablar con ella. Lo supimos porque las descripciones encajaban. Solo se quedaron diez minutos. Fueron para regalarle un rosario por ser su cumpleaños, pero al vernos allí a nosotras se molestaron y se marcharon rápido. Ellas preferían que no siguiera en contacto con sus amigas porque éramos unas pecadoras. La joven nos miraba con envidia, pero la señora mayor nos miraba como si fuéramos bichos a los que había que aplastar.

Minutos después llegó el tatutador. Al principio, Vane se mostró un tanto reacia, aunque después, cuando le explicamos el mensaje del tatuaje, su expresión cambió y se transformó en ilusión. Para ella y para Tere era el primer tatuaje y estaban muy nerviosas. Yo dibujé en un papel la silueta de

un zapato de tacón con el mismo tamaño que queríamos que tuviera el tatuaje. Nos puso unas plantillas en el costado derecho, bajo el sujetador, para que se viera con el bikini. Dos horas después estábamos todas tatuadas. Llevaríamos para siempre nuestro símbolo de divinas unidas.

En dirección a una cafetería que sabíamos que era tranquila y con poca gente, avisé a mi hermano para que fuera allí, él tendría que decir que volvía de algún sitio y pasaba a comprar agua. Vane parecía animada, dentro de lo que esperábamos de ella. En ningún momento hablamos de lo que tenía que hacer para salir de su depresión y tal vez había sido buena idea. Antes de llegar a su casa dijimos que le daríamos el día libre en cuanto a lecciones. Estábamos hablando sobre lo que habíamos sentido mientras nos tatuaban y ella estaba participando, algo que últimamente no ocurría. Ese buen rollo fue genial para que mi hermano entablara una conversación con ella cuando llegó. Nosotras nos hicimos las sorprendidas y "casualmente" se sentó al lado de Vanesa.

—¡Cuánto tiempo sin verte, guapa! —simuló mi hermano desconocer su situación.

—Sí, lo sé. He estado todo el verano un poquito *chof*, pero ya está. —contestó ella con amabilidad sin entrar en detalles.

—¿Por qué no te quedas con nosotras a tomarte algo, Marcos? —le preguntó Teresa.

—Pues sí me apetece, ¿no os importa? —preguntó dirigiéndose a todas.

—Puedes quedarte siempre y cuando digas "uuhh" con la boca casi cerrada. —solté yo haciendo la tonta.

—Anda, Lu, no digas tonterías. —me dijo levantando el brazo.

—Es nuestro grito de guerra, tienes que hacerlo. —insistió Tere.

—Uuuuhhhh ¿ya, pesadas?

Vane se reía y se le veía cómoda. Siempre me ha dicho que mi hermano le parecía muy guapo y agradable, así que tenerle al lado y darle conversación no le supuso un gran esfuerzo.

—¿Qué tal el instituto? ¿Ya sabes qué hacer después de este curso? —le preguntó él como si nada.

—Pues me he pasado a la modalidad *online* y después no sé qué quiero hacer, lo que tengo claro es que quiero ayudar a los demás.

—Pero ¿de qué manera?

—He descubierto una organización religiosa que hace misiones para ayudar a los demás, todo sin ánimo de lucro y por el simple hecho de vivir

sirviendo al desfavorecido.

—¿Pagan bien? —preguntó sarcástica Megan, metiéndose en la conversación.

—No pagan, Megan, es un voluntariado. —aclaró Vane.

—Ah, bueno, yo me refería a en qué te gustaría trabajar. Ya sabes que las facturas hay que seguir pagándolas y tú vives sola… —matizó Marcos.

—Tengo una pensión de orfandad hasta los veinticinco años. —dijo Vanesa.

—Hoy has cumplido veinte… los veinticinco no están tan lejos, Vane. —se metió Elisa.

—¿Hoy es tu cumpleaños? —preguntó Marcos pareciendo no saberlo.

—Sí —contestó Vane con una sonrisa tímida.

—Felicidades, guapa. Pídete lo que quieras, que yo te invito. —le anunció él.

—Muchas gracias, Marcos, pero no hace falta.

—Lo que tú quieras. Bueno, a lo que íbamos es que quieres ayudar a los demás y a mí se me ocurre que eso puedes hacerlo tu trabajo. Es decir, trabajar en lo que te hace sentir bien, pero cobrando dinero. Por ejemplo, auxiliar de enfermería o algo así. —aconsejó Marcos.

—Pues llevas razón, quizá tendría que buscar un trabajo donde yo me sintiera útil, pero es verdad que hay que pagar un montón de cosas y en cuatro años se me acaba la pensión. —reflexionó Vane.

—Yo quiero pagarlo todo con besitos en la frente, pero no hay manera. La gente prefiere dinero. Qué poca consideración, leñes. —bromeé yo.

—¡Qué tontaca eres! —exclamó Elisa riéndose.

Esa tarde lo pasamos bien. Sentí el inicio de la vuelta de Vane y me alegré de formar parte de lo que creía que era el comienzo de su recuperación. Cuando salimos de allí, mi hermano me dijo que esperaba encontrar peor a Vane. Él había notado que ella intentaba fingir e imitar nuestras actitudes para forzar el contagio, pero pese a ello, veía cercana su recuperación. Le vio fácilmente influenciable y él creía poder ejercer una influencia positiva en ella para que dejara atrás la negativa. Al día siguiente él escribió por WhatsApp a Vane y ella se mostró muy receptiva, lo que le ratificó que ayudarle sería más fácil de lo que yo se lo había pintado.

Sus palabras me reconfortaron y me dieron esperanzas de que pronto sucedería la vuelta de Vane, ya que esos últimos meses le noté perdida y ausente. Mi hermano se mostró muy interesado en ayudarle después de su

cumpleaños, mucho más de lo que mostró con anterioridad cuando le pedí que interviniera. De pronto, era él quien tenía más información que yo de mi amiga y era él quien conocía sus pensamientos y sus pasos en cada momento. Ella, finalmente, le abrió su corazón y le expresó todo lo que sentía, así que conseguimos el primer objetivo. Pero aún quedaba un largo recorrido para que Vane sonriera con el alma el lugar de hacerlo solo con los labios.

37. LA CURIOSIDAD NO SOLO MATA A LOS GATOS

Noel estaba muy pesado con ver a Luna y la ilusión de ella brillaba por su ausencia. Ella le decía que necesitaba más espacio y él respondía justo con lo contrario. Luna se sentía extraña porque pensaba en Carlos más de lo que ella estaba acostumbrada a pensar en un chico. Normalmente ellos le buscaban y ella era quien se permitía el lujo de decidir si era encontrada o no. Con Carlos estaba ocurriendo al revés, de tal modo que ella buscaba, pero no siempre encontraba. El restaurante de Carlos estaba en un momento de renovación de carta, por lo que estaba saliendo muy tarde y muy cansado de trabajar, lo que hacía que no tuviera ni tiempo ni ganas de salir y su día libre se lo dedicaba a su pequeño. No habían vuelto a verse y ella pensaba que todo eran largas y excusas para no quedar con ella hasta que un martes ella le mandó un potente mensaje.

Luna: <Carlos, esta será la última vez que te escriba. Si quieres volver a verme tiene que ser hoy. Es tu día libre y tu hijo estará en el colegio hasta las cinco de la tarde. Te invito a comer y no acepto un no por respuesta.>

Carlos: <Hola Luna. No pienses que no quiero verte. Ya te he explicado que estoy trabajando mucho y cuando salgo a las dos de la madrugada solo tengo ganas de irme a dormir. Pero de acuerdo, hoy comemos juntos. Vente a mi casa a la una. La casa no estará muy limpia.>

Luna: <No me importa la limpieza de tu casa siempre que no sea una pocilga. Dame tu dirección y a la una estaré allí.>

Siempre ella tan borde y tajante… un día, alguien le dará un buen guantazo por hablar así a la gente.

Luna se puso un jersey fino mostaza con unos pantalones vaqueros y unos botines marrones de caña alta con tacón grueso. Se presentó en la dirección que le dio Carlos diez minutos antes de la hora acordada. Siempre se pasaba de puntual. Él le recibió con unos pantalones de algodón gris oscuro, una sudadera negra y el pelo despeinado. Sus sonrisas no fueron muy grandes, él parecía cansado y ella molesta. Se saludaron con dos simples besos en la mejilla.

—Hola, guapa, pasa. ¿Cómo estás? —preguntó él sin mucha emoción.

—Hola. Si no quieres que esté aquí puedo irme. —dijo mientras él cerraba la puerta.

—No seas pava, anda. Pero no me mola un pelo que me des últimas oportunidades. —matizó él con seriedad mientras le señalaba con la mano que pasara a la cocina.

—Es que no quiero que me marees. Has estado raro desde que nos vimos.

—Raro no, ya te conté cuando nos vimos que hasta diciembre íbamos a estar a tope en el restaurante y salgo muerto, ojitos, no te enfades. Después tengo un día libre y quiero descansar y estar con Izan. —se justificó Carlos haciendo aparecer su sonrisa.

—Si no me enfado. —dijo ella con tono ñoño—, es que no sé qué me pasa contigo y me da rabia no tener el control.

—Conmigo te pasa lo que me pasa a mí contigo. —musitó él eliminando las distancias entre ambos.

—Eres idiota. Me caes fatal. —mintió Luna.

—Sabes que no es cierto. —susurró en su oído poniendo su mano en la cintura de mi amiga.

Ella no pudo contestar. Tenía los ojos casi cerrados y no tener el control le sacaba de quicio y a la vez cachonda. Sin llegar a besarla, movió la mano para acariciar su abdomen, jugando con la línea donde empieza el pantalón. Sus respiraciones se iban acelerando y él sabía que aquello le estaba volviendo loca. Comenzó a morder su oreja y a besar su cuello. Ella se movía pidiendo guerra y él se moría de ganas por dársela. Le desabrochó el botón del pantalón, bajó lentamente la cremallera e introdujo su mano bajo las braguitas.

—¡Qué mojadita estás, ojitos verdes! —narró él a media voz en el oído de ella..

Él, con sus dedos prodigiosos, tocaba el clítoris de Luna, haciendo que ella se estremeciera del placer. Cuando Carlos notó que ella estaba llegando,

sacó su mano de su interior y se chupó el dedo con sensualidad. Le dio un corto y guarro beso en los labios y se levantó del sofá. Hizo lo mismo con ella y vio su cara de ansiedad y perplejidad.

—¿Pedimos chino? —preguntó él como si nada.

—¿De verdad? ¿Me vas a dejar así? —cuestionó ella.

—De momento sí. Dicen que si deseas algo hay que hacerlo esperar. —dijo él con pillería.

Cuando llegó la comida a domicilio, él preparó la mesa de centro que estaba delante del sofá. Le propuso comer encima de la alfombra. Se acercó a ella para besar sus labios, desabrochó de nuevo sus pantalones y encendidos en llamas se quitaron la ropa. Él tenía un cuerpo de escándalo y una tranca bien potente, según nos comentó Luna. Estaban embriagados en esos besos apasionados y violentos, en esos movimientos que simulan sexo y en el roce de sus pieles. Él le quitó el sujetador y lamió sus pezones, volvió a meterle la mano bajo las braguitas y ella hizo lo propio con él. Carlos cogió su cara con las manos y le susurró rozando sus labios:

—Ahora vamos a comer así, desnudos.

—No puedes volver a hacer eso. No puedes volver a dejarme a medias, cabrón.

—Sí puedo, ojitos. De hecho es lo que vamos a hacer. —sentenció soltándole la cara y sentándose en la alfombra frente a la mesa de centro con la comida preparada.

Ella bufó y obedeció a regañadientes. Se pusieron a comer rápido al mismo tiempo que se devoraban con la mirada. Luna no tenía ganas de tallarines con bambú y setas ni de arroz tres delicias, ardía en deseos de comerse a Carlos. Mientras comían, él provocaba a mi amiga con tocamientos, miradas e incluso poniéndole tallarines en sus pechos para comerlos después, al mismo tiempo que aprovechaba para lamer sus pezones erguidos, su cuello y su boca. Ella no podía más. Era la comida más rara que estaba teniendo en su vida, la comida más ardiente.

Cuando terminaron de comer, él propuso ir a dormir la siesta. Ella ya no se lo podía creer y amenazó con tirarse por la ventana para ponerle humor al asunto.

—Te vas a tirar a la cama y te vas a quitar esas braguitas. —ordenó Carlos cogiendo la mano de Luna para llevarla al dormitorio.

Eso ya le gustó más y se asomó una sonrisa en su cara. Antes de llegar al dormitorio, él la cogió en brazos y la estampó con la pared, la besó con

ansiedad y la tiró en la cama. Le quitó las bragas y dejó su boca en su entrepierna para apretar con su lengua y succionar los labios vaginales. Eso sí es lo que quería ella, la espera había merecido la pena. Él la levantó como si no pesara. Carlos estaba tan fuerte y tan cachondo que el peso de Luna era casi insignificante. La sentó en el borde de la cama y ella se concentró en meterse su polla erecta en la boca. Luna sabía lo que hacía, pero con él se sentía fuera de control, sentía que no era ella quien dominaba el asunto. Él levantó una de sus piernas y embistió con rotundidad hasta que los dos se corrieron a la vez. Estaban sudados y con ganas de más, pero él se tumbó en la cama y la abrazó para dormir la siesta juntos. Desnudos y calientes durmieron hasta repetir antes de tener que irse.

38. grabado en el corazón

Teresa se sentía feliz con Jorge. Se complementaban en todo, hacían el amor en cada rincón, solo un pequeño beso ya desataba a las fieras y el cuerpo les pedía sexo, la confianza iba avanzando y ella sentía que con Jorge había encontrado el amor de su vida, su príncipe azul, su media naranja… había encontrado a su diez.

Una mañana, Tere me llamó muy preocupada y me dijo que la noche anterior había oído a su madre hablar con Chema y parecían muy acaramelados. Después de lo que habían pasado durante cuatro años, no nos esperábamos que su madre volviera con ese señor. Su madre parecía estar ciega de amor y no ver cómo ese hombre trataba a mi amiga… no podíamos creer que la ruptura no fuera definitiva. Ese tal Chema le pasó en varias ocasiones un papel con lo que Tere debía pagar mensualmente por dormir en ese dormitorio, comer de esa comida, hacer uso de esa luz y agua… todo desglosadito y con los precios al lado de cada uno de los conceptos. Estamos hablando de que la casa era de la madre de Teresa, por lo que él no era nadie como para exigir ningún dinero por los “servicios prestados”, como lo llamaba él. Chema no dejaba que ninguna amiga subiera a esa casa, pero ni de ella ni de la madre. Al principio de la relación se fueron de crucero con el dinero de la pensión de Teresa, menos mal que desde que cumplió los dieciocho años empezó a administrárselo ella misma. La madre era la coordinadora en el comedor de un colegio y tenía una pensión de viudedad. El padre de Tere murió cuando ella tenía ocho años en un accidente laboral, por lo que tuvieron una muy buena indemnización y una generosa pensión. Para la madre de por vida y para Tere hasta que cumpliera los veinticinco años. Esto hacía que no necesitaran más dinero, siempre han vivido muy bien y no han tenido nunca apuros económicos. Por eso pensábamos que sería una cuestión de amor. Desde luego, Mariana, la madre de Tere, estaba completamente enamorada de ese autoritario y dictador señor.

Chema y Mariana rompieron hacía dos años porque él había conocido a otra mujer y se largó sin casi dar explicaciones. Teresa se puso muy contenta, aunque triste por ver a su madre pasarlo tan mal. Meses después,

Mariana parecía levantar cabeza y abrir los ojos. Reconocía que cuando él se enfadaba no le trababa nada bien y que siempre intentaba convencerle para que le pidiera a Teresa que se fuera de casa alegando que ya era mayor de edad y debía independizarse. O sea, Teresa le estorbaba y no lo ocultaba. Le hacía ver que ella estaba de prestado, mantenida por su madre y por él, que ella vivía en esa casa sin pagar nada teniendo su propia pensión y que no les dejaba ser felices… auténticas barbaridades. Lo peor no era lo que él decía o hacía, sino que la madre lo consentía. Teresa sufrió y vivió condenada durante esos cuatro años, porque al fin y al cabo, su madre habría debido darle a ella su lugar y no otorgarle a él la potestad para hacer y deshacer sin importar los sentimientos de Tere, sin importar la felicidad de su hija. A fin de cuentas era Mariana quien tenía que poner los límites y frenar los pies de Chema.

<¿Has hablado con tu madre, cariño?> —le pregunté.

<No tía, no quiero hablar con ella. Estoy enfadada. No me puedo creer que esté otra vez así con él con todo lo que hemos sufrido por su culpa y lo bien que empezábamos a estar ahora. Lucía, no lo entiendo.> —me contestó llorando como un bebé.

<Tere, cielo, tienes que hablar con ella. No le puedes permitir que ese hombre vuelva a vuestras vidas.>

<Es que ¿qué más necesita? Ya ha visto que es capaz de todo sin importarle nada ni nadie.> —siguió llorando mi chica.

Eso era algo que solo sabía yo, por lo que no lo podía expresar por el grupo. Y yo sufría con ella por esa impotencia de no poder ayudarle. Me habría ido a hablar con su madre para que se diera cuenta de una maldita vez de que ese Chema asqueroso, flacucho y calvo no era bueno para ninguna de las dos y que mirara un poco por su hija, que muchos órganos y muchas llamadas de preocupación, pero a la hora de la verdad ese señor era lo más perjudicial que habían tenido en la vida.

Ya en el instituto, Tere me pidió que hiciera como si nada para que nadie preguntara. No quería hablar del tema porque le dolía y estar allí con nosotras era su desconexión. Además, Megan no lo estaba pasando bien, estaba totalmente enganchada a ese canalla. Parecía que la conversación con el profesor de inglés había calado en ella y estaba haciendo esfuerzos por ser fuerte y no buscarle porque no quería volverse a arrastrar por Pedro, quien no había dado señales de vida, lo cual demostraba bastante poco interés.

De nuevo, al final de la clase de inglés, Miguel le pidió a Megan que se quedara. Cuando nos fuimos todos los alumnos, ella se sentó donde la otra vez y él se puso de lado en la mesa apoyando solo la pierna derecha.

—¿Cómo vas, Megan? —preguntó él interesado.

—Creo que mejor, gracias Miguel. Creo que me sirvió nuestra conversación.

—Me alegro mucho. —dijo con una sonrisa tocando su brazo durante un segundo—. ¿Has entendido cómo y cuándo se utiliza el *Present Perfect*?

—Mmm… más o menos —sonó ella poco creíble.

—Tengo la sensación de que es más menos que más, pero bueno, para todo hay solución.

—Si es que no es solo el *Present Perfect*, es prácticamente toda la gramática. El inglés se me da fatal y ya lo tengo asumido. —dijo Megan con honestidad.

—Eso hay que remediarlo. No se te da mal, lo que pasa es que te falta base. Es como querer multiplicar sin saber sumar. Es exactamente lo mismo. Mira Megan, yo te propongo darte clases particulares, por ejemplo dos horas semanales. —propuso él.

—Me parece buena idea, pero ¿cuánto me cobras por cada hora? —preguntó Megan.

—Nada —se rio Miguel—, no es para sacar dinero, lo quiero hacer para ayudarte.

—¿Por qué quieres ayudarme? —cuestionó ella extrañada.

—Porque soy tu profesor y lo hago de forma desinteresada. No quiero nada a cambio, solo que puedas continuar el ritmo de la clase.

—Pues muchísimas gracias. No sé cómo agradecértelo.

Se despidieron con dos besos, algo extraño entre alumno y profesor, pero lo cierto era que Miguel era muy amable con todos los alumnos y se notaba que se dedicaba a la docencia por vocación. Ella se fue contenta a su casa porque era una asignatura que a ella siempre le había resultado difícil. Si a eso le añadimos que el profesor olía de maravilla, que tenía una cara preciosa y un cuerpo de infarto… apaga y vámonos. Así también quiero yo clases particulares.

39. MI castigo

Aquel día coincidí con Santi casi en la entrada del instituto, yo iba andando y él en su *Seat Ibiza* rojo que tanto me gustaba. Paró a mi lado y me dijo con ese aire de chulo guaperas tan suyo:

—¿Subes, pequeña?

—Si me quedan cinco pasos para llegar. —contesté como si hubiera preguntado una locura.

—Monta, por favor, quiero decirte una cosa. —insistió levantándose las gafas de sol.

Obedecí sin pensármelo mucho. Al subirme al coche me sonrió con cara de pícaro y sin decirme una sola palabra arrancó el motor y fue todo recto pasando por la puerta del instituto sin entrar.

—Santi, te has pasado la puerta de entrada y no me digas que no te has dado cuenta. —sentencié extrañada.

—No te lo voy a decir. Me he dado cuenta perfectamente, pequeñina. —contestó sin mirarme y con voz rotunda.

—¿Y entonces? Las clases empiezan en dos minutos. —objeté sumida en mi sorpresa.

—Lucía, siento decirte que hoy te has traído los libros para nada. No vamos a ir a clase.

—¿Dónde vamos? —pregunté intentando ocultar mi ilusión.

—No tengo ni idea. Pero te he visto y no he podido aguantarme las ganas de estar contigo un rato a solas fuera de clase. —dijo mirándome por fin.

Era la tarde de un viernes en un frío noviembre. Se dirigió hacia la autovía de Valencia y yo sabía que él ya había decidido el rumbo porque parecía seguro. En realidad él solía parecer seguro, pero aún no había descubierto si era seguridad de verdad o solo mi sensación.

Durante el camino al misterioso destino hablamos de cosas superficiales: qué tal nos iba el curso, si yo sabía qué quería hacer después, me preguntó por las chicas, por qué no iba Vane a clase… Yo me moría por hablar de su novia, por preguntarle si en estos meses había pensado en mí y si había dudado de su relación con Carola, pero me daba miedo que su expresión alegre cambiara o que pensar demasiado le hiciera dar la vuelta y volver a

Alicante. Así que preferí quedarme con las ganas y seguir en mi pompa de jabón.

Con la boca abierta me quedé cuando vi que estábamos en Altea. Me parecía especial que recordara aquella vez en la playa cuando le comenté de pasada que me encantaba ese pueblo. Hacía una *montoná* de frío cuando bajamos del coche, al ver que yo me encogía casi tiritando, Santi vino a abrazarme. Se abrió su chaqueta y por delante me cubrió con sus brazos sobre mis hombros. Nos miramos durante un segundo porque yo no pude aguantarle más tiempo la mirada, un segundo fue una eternidad, con un segundo ya le dije mil cosas y no quería desvelarle ningún deseo más.

—¿Nos tomamos un café bien calentito, pequeñaja? —preguntó a media voz aún abrazados.

Yo le miré, sonreí y dije que sí con la cabeza. Él me acarició la nariz y me cogió de la mano para dirigirnos a alguna cafetería con calefacción. Entramos en la primera que vimos, *Azahar* se llamaba. Nada elegante, pero con unas buenas vistas a la playa tras la gran cristalera. Lo importante era que estábamos *palentitos* y juntos. A mí con eso me bastaba. Yo ya había llegado a pensar que no volvería a estar con él fuera de las paredes del instituto. Pero mira, ahí nos tenías pidiendo un potosí de churros y dos tazas de chocolate caliente, sentados los dos en una especie de sofá de dos plazas, juntos, muy juntos y no por falta de espacio.

Él tenía su brazo sobre mis hombros en una postura de despreocupación, muy contraria a la mía, que intentaba ser natural mientras metía barriga y ocultaba mis nervios y mi acelerado corazón. Yo miraba en silencio al horizonte cuando de pronto percibí que él me clavaba la mirada y más quise esconder el vientre sabiendo que Santi me estaba escudriñando.

—Seguro que piensas que soy un cabrón. —musitó él.

—¿Por qué iba a pensarlo? —pregunté con la mirada fija en la playa.

—Pues porque dejamos de vernos para yo volver con Carola y ahora te traigo aquí. Sin mencionar lo del otro día saliendo del baño… —me explicó Santi con voz sosegada.

—¿Y por qué lo haces? —cuestioné mirándole a los ojos.

—Pues es que te veo y me olvido de ella. Te veo y me vienen ideas malignas. —dijo acercando su cara a la mía.

—¡Qué miedo me estás dando! ¿Cómo de malignas? Avísame y voy llamando al 112. —contesté con cara asustada y él se rio poniendo su frente en mi hombro.

—¡Qué pava eres! ¿Ves? Si es que tienes tú la culpa, porque me encantas y solo quiero besarte y me imagino cómo sería hacerte el amor y puff… me pongo enfermo.

—Pero a ver, ¿tú estás bien con Carola? —intenté ponerme seria.

—Sí, no estoy mal, pero no siento lo de antes. Además, sé que ella no es ella. Carola se está controlando con lo que me dice y con sus reacciones para que yo sienta que ella ha cambiado, pero sé que realmente sigue queriendo controlarme, preguntarme de dónde vengo, adónde voy, sé que quisiera llamarme cien veces más de lo que lo hace y que cada uno fuéramos la sombra del otro. Entonces yo así estoy bien, pero no sé si un día nos explotará en la cara todo esto. —confesó él.

—Quizá está intentando cambiar. Tú has decidido darle esta oportunidad y para ello hace falta tiempo, tiempo para comprobar si lo vuestro puede o no puede ser. —dije en contra de mi voluntad. Me habría gustado decirle que la dejara, que no la quería y que ella no iba a cambiar, pero iba a sonar un tanto rudo.

—Pues eso estoy haciendo, enana. Estoy dándonos ese tiempo para ver si funcionamos juntos. Pero es que te tengo aquí conmigo y lo mandaría todo al garete.

—Se van a enfriar los churros. —dije para cambiar de tema, ya que ese me estaba incomodando *una poquita*.

Se separó un poco de mí para coger un churro y su taza de chocolate. Mojó el churro y mordió hasta donde cubría el chocolate. Volvió a mojar y me acercó el churro para que yo mordiera y mira por dónde, pegué un bocado lento mientras le miraba con cara sexi. ¿Por qué narices hice eso?

—Joder, Lucía. Me la acabas de poner súper dura. —me dijo mientras yo masticaba. —Se ha manchado la nena de chocolatito.

Estaba claro, había provocado al demonio y debía recibir mi castigo por mala malota. Se acercó lentamente y me lamió la comisura de los labios, eliminando todo rastro de chocolate. Dejó la taza encima de la mesa y con su mano derecha me cogió de la nuca y me susurró entre dientes que iba a besarme porque no aguantaba más.

Efectivamente, mi castigo en forma de beso. Beso loco y desenfrenado. Se nos olvidó que estábamos en una churrería con media docena de abuelos observando el circo que estábamos montando. Le frené, le tuve que frenar y decirle que parara porque nos estaban mirando todos. Se mordió el labio inferior y puso mi mano sobre su erección. Joder, este chico iba bien

cargado y yo estaba más mojada que una patata. Nos terminamos el chocolate y nos provocamos mientras mordíamos los churros. Nos fuimos al coche jugando a que no me pillaba y cuando me pillaba me llenaba de besos y tocamientos de los que luego desembocan en sexo. Pero no sería esa vez. Nos metimos al coche cachondos como monos y a casa. Cada uno que lo gestionara como pudiera.

40. NADIE PASA DE ESTA ESQUINA

Ya cercana la Navidad, Martina estaba muy mejorada aunque no totalmente. Tenía que hacer muchas sesiones más de logopedia porque se le entendía a duras penas. Su movilidad era muy reducida, por lo que a la rehabilitación también le quedaba un largo camino y psicológicamente había cambiado mucho. Un día lloraba sin parar, otro estaba de muy mal humor y otro estaba eufórica y feliz. Rodri iba a verla dos veces por semana, intentaba que la distancia fuera gradual y le explicaba que en enero él iba a empezar el trabajo en Madrid, pero no sabía si ella lo estaba entendiendo realmente. Elisa y Rodri continuaban con su relación perfecta, aunque los remordimientos seguían anidados principalmente en ella.

Luna seguía viendo a Noel porque no quería quedar mal con él. Exponía que era su amigo de toda la vida, que lo pasaban bien juntos y que el próximo año se iría a vivir a Vietnam para trabajar con unos ricos vietnamitas que le ofrecían el oro y el moro. Respecto a Carlos, Luna no entendía las largas y después la fogosidad. No casaba una cosa con la otra. Le costaba horrores verle, pero cuando lo conseguía se compenetraban al máximo y él parecía muy implicado en ella. Luna estaba comenzando a sentir algo más especial por Carlos, algo a lo que no podía poner nombre porque nunca lo había experimentado. Sentía la necesidad de verle, tocarle, observarle… y se preguntaba mil veces por qué no pensaba solo en sexo cuando de él se trataba. ¿Qué estaba cambiando en Luna? Las comidas de tarro no eran habituales en ella, Luna no solía insistir para ver a un chico que no le hacía todo el caso que ella quería. De hecho, ella no quería que le agobiaran, que le llamaran mucho, que le buscaran constantemente… ella quería ser un pajarito libre y volador y Carlos le estaba dando todas las alas del mundo, pero ella parecía querer más de él. Acostumbrada a que todos los hombres le rogaran tiempo, citas, historias de amor y demás aspectos que tienen que ver con el amor, Luna no entendía cómo Carlos no bebía los vientos por ella y luego se mostrara tan encantador. Nosotras le llamábamos “el bipolar”.

Vane y mi hermano se vieron en dos ocasiones para tomar café. A ella le gustaba hablar con él porque decía que le entendía en todo lo que decía, que

no le pedía que cambiara el chip y que se sentía ella misma sin ser juzgada. Claro, Marcos era su psicólogo, pero ella no lo sabía. Ella no sabía que no estaba solo hablando con el hermano de su amiga, sino que estaba acudiendo a sesiones psicológicas maquilladas con amistad. Cierto es que Marcos me comentó que el fondo de Vane era muy bonito y que le caía muy bien. Vane seguía con las clases a distancia, pero cada vez era más receptiva para ir a las tutorías presenciales que tenían lugar cada semana. Seguía sin arreglarse por falta de ganas, pero he de decir que la segunda vez que quedó con mi hermano se puso guapísima y se le asomaba una leve sonrisita cuando hablaba de él. Fuera como fuera, cualquier motivo era bueno para que sonriera. Todo eso solo lo notaba yo, las demás divinas eran ajenas a mis sensaciones. Marcos no me contaba nada de lo que hablaban en las sesiones pero sí me hacía comentarios sobre los mensajes o gestos que tenía Vane hacia él. Además, ella se estaba convenciendo de hacer auxiliar de enfermería cuando acabáramos bachillerato. Al parecer, las palabras de mi hermano se le clavaban en el alma e iban a misa. Esta idea no gustó mucho a la congregación religiosa, por lo que aún no tenía nada claro.

Teresa estaba hecha polvo totalmente. Hacía unos días, Chema fue a su casa a cenar y delante de su madre, este hombre era un señor encantador, lleno de palabras aduladoras para Mariana y Teresa, repletas de amabilidad y bondad, pero cuando su madre no podía verles, Chema se transformaba en el mismísimo demonio. Le llegó a decir con cara maligna que la que sobraba en esa casa era ella y que no pararía hasta que ella solita decidiera irse para dejarles vivir su amor como se merecían, a solas él y su madre. Su madre le confesó que le había perdonado y que iban a retomar su relación, pero que no quería que Teresa sufriera, quería que ellos se quisieran y se respetaran. Le juró que Chema había cambiado mucho y que esa vez sería de verdad. Le pidió que no inventara cosas raras sobre Chema porque él era bueno. Por otro lado, con Jorge era todo maravilloso. Hacían mil planes juntos, aunque hubo algo que no agradó a mi amiga. Él quiso ir a Milán un fin de semana para ver a sus amigos y ella le sugirió acompañarle, pero él se negó y se puso un tanto nervioso. Al principio le pareció extraño, pero luego entendió lo que él explicó. Jorge le dijo que le apetecía estar con sus amigos porque hacía mucho tiempo que no les veía y quizá ellos querían hablar de cosas íntimas y no lo harían delante de ella. También, muchos de sus amigos no eran españoles, por lo que ella no se enteraría si hablaban en italiano. Alegó que solo era un viaje de fin de semana y lo quería

aprovechar para estar solo con ellos. Ella lo entendió, aunque le habría gustado irse con él y desconectar un par de días de la situación que estaba viviendo en casa.

Megan había dado varias clases con Miguel. Estaban comenzando por la base absoluta en la gramática inglesa. Cada vez alargaban más las sesiones porque conversaban sobre temas personales y estaban a gusto juntos. En un día de bajón de Megan (por echar de menos a Pedro), él le confesó que meses atrás había pasado por una ruptura muy dolorosa de una larga relación.

—Yo pensaba que no iba a salir de esa situación y que me costaría mucho remontar y levantar cabeza. Pero nada que ver, Megan. Me centré en mis amigos, en mi familia y en mi trabajo y todo fue más rápido y más sencillo de lo que yo creía. Salí y volví a ser feliz. Con esto te digo que no hay mal que cien años dure. —confesó Miguel.

—Si es que encima creo que no estoy mal por no tenerle, sino por haber perdido el tiempo y la energía con Pedro. Me ha hecho muchos desplantes y me ha demostrado siempre que no me quería y eso era lo que no me hacía feliz. Me tenía enganchada, como si fuera una droga. Pero siento que tenía una rutina y he dejado de tenerla. —dijo ella abriendo su corazón con el profesor de inglés.

—Claro, y sientes el vacío de lo que estaba y ya no está. Pero tú en el fondo sabes que es mejor que no esté.

—Exacto. Siento justo eso.

Entre ellos había una conexión especial, había una química inevitable. Tan inevitable que en clase comenzaba a notarse. Empezaban a enviarse sonrisas y miradas cómplices. En tiempos de colegio diríamos que Megan era la preferida del profe y en tiempos de bachillerato también, lo dijimos tal que así.

Yo… yo estaba contenta. Sabía que Santi tenía novia y quizá tenía que sentirme mal por los besos que nos dábamos en el baño del instituto, los comentarios que nos hacíamos y los mensajes que nos mandábamos. Pero no. Para nada me sentía mal. Yo no sabía si él tenía reproches consigo mismo, pero al día siguiente volvía a repetir, por lo que si los tenía eran bien pequeños. *Vamoraver*, yo estaba siendo “la otra”, pero me sentía tan bien con él, me llenaba tanto que no había espacio para sentimientos negativos. No te voy a engañar, es cierto que me apetecía exigirle que le dejara, que si estaba bien conmigo terminara aquello para comenzar lo

nuestro. Es cierto que a veces me decía a mí misma que esto no podría durar mucho tiempo y que me acabaría explotando en la cara, que al final sería yo quien quedara mal parada. Carola era la novia oficial, pero sabía que era conmigo con quien se sentía vivo. Entre nosotros había mucha tensión sexual y nos moríamos de ganas por hacer el amor, pero era algo que no le quería regalar. Yo no quería que él solo buscara conmigo un chichi nuevo, otro sabor diferente al que saboreaba desde hacía varios años… no quería regalarle mi cuerpo hasta saber que él quería mi alma. Yo sabía que se la iba a entregar sin él pedirla, pero yo quería que deseara mi alma más que mi cuerpo. Y me preguntaba a mí misma: <si le era infiel a ella, ¿también lo sería conmigo?> y me respondía: <no tiene por qué, esa relación está terminada y no sabe cómo salir de ella otra vez>. Me contestaba con un convencimiento acérrimo, absoluto e indudable. Desde aquella tarde en Altea, todo había cambiado entre los dos, aunque a sabiendas de que sería de forma clandestina. Quiero decirte que en ese momento no me molestaba estar oculta, incluso me daba morbo. Ese morbo a que pudieran vernos y pillarnos. Me estaba gustando el juego. No obstante, tenía muy claro que eso sería transitorio. Él debería tomar una decisión cuando yo me hartara de esconderme. Las ganas de estar con él me nublaban la razón. Siempre he sido visceral y jamás he visto las consecuencias de mis actos. No soy de las que piensan en mañana. Soy de las que viven hoy. Mañana ya veremos cómo arreglamos el chaparrón, pero nadie me quitará lo *bailao*.

41. GASOLINA DE VERDAD

La cabeza de Elisa seguía trabajando a la velocidad de la luz. Ella no estaba tan tranquila como Rodri creía, no estaba tan convencida como le había manifestado a él. La culpa le machacaba a diario y no entendía por qué no podía tener una relación sana y relajada como ella quería y merecía. Su cabeza siempre era su peor enemigo.

En una de las conversaciones que tuvimos ella y yo a solas, me dijo que había notado cambiada a Vane desde que iba a terapia con mi hermano y que estaba pensando en hablar con él para que le ayudara a ella también. Le hizo pensar en lo bien que le estaba funcionando a Vanesa y quizá ella necesitaría una pequeña ayuda emocional. Quería saber si su cabeza algún día le dejaría tranquila y sosegada para poder vivir su historia de amor como los dos merecían. Me comentó que le dolía no poder pasar página y que siempre le ocurría con todo, puesto que tendía a quedarse atascada en los quebraderos de cabeza y no le dejaban disfrutar lo que vivía. A mí me pareció muy buena idea, ya que ese asunto no era algo nuevo para mí.

<¿Sí?> contestó mi hermano al otro lado del teléfono.

<Hola, Marcos. Soy Eli, la amiga de tu hermana. Me ha dado tu teléfono porque quería hablar contigo. ¿Puedes hablar ahora?> —dijo ella armándose de valor.

<Claro, Eli, ¿qué necesitas? —preguntó Marcos.

<Verás, yo he pensado en varias ocasiones a lo largo de mi vida que necesito que un profesional me ayude. No es una cosa muy grave, pero sí algo que quiero solucionar. Al ver el cambio de Vane ya me he decidido a llamarte.>

<Vale, pues cuando quieras te vienes a la clínica donde trabajo. Tengo que decirte que los precios no soy muy bajos, pero creo que puedo intentar dejártelo a mitad de precio si coges un bono de diez sesiones. Déjame que lo consulte y te confirmo.> —anunció Marcos con amabilidad y profesionalidad.

<Perfecto, cuando lo sepas avísame, por favor. Ya sabes tú que no me sobra el dinero.>

Cuando colgaron, lo primero que hizo Elisa fue llamarme para decirme que había hablado con él. Si se lo podía permitir, quería empezar con la terapia con fuerza porque su trabajadora cabeza le caía mal, como ella decía. Después, yo hablé con mi hermano para que intentara dejárselo barato, ya que Elisa no estaba trabajando y no tenía ingresos. Mi hermano me dijo que no era una monjita de la caridad, pero que lo intentaría sin duda. Finalmente lo consiguió y concertó una cita con Elisa.

Cuando Elisa entró en el despacho, esperaba encontrarse un diván blanco o negro y a mi hermano con una bata blanca, pero nada que ver. Él iba con su camisa verde de manga larga y sus vaqueros. Esa camisa le marcaba más el verde de sus ojos y su pelo castaño oscuro. Siempre he pensado que podría haber sido él quien fuera pelirrojo y yo la castaña, pero él se llevó la mejor parte en el reparto de los genes de la belleza. En el despacho, él se sentaba sobre un sillón de director tras una mesa de madera que separaba los dos sillones orejeros destinados a los pacientes. Ella iba con un jersey verde militar y unos vaqueros oscuros.

—Siéntate, Elisa. Ponte cómoda. La sesión es una hora, pero podemos estar hasta las 18:30h, que es cuando viene el próximo paciente, así que cuéntamelo todo con calma. —dijo él muy natural mientras le abría una ficha.

—Bueno, no sé muy bien por dónde empezar. Antes de nada quiero decirte que me gustaría que esto quedara entre tú y yo y que olvidemos que eres el hermano de Lucía. —pidió ella con vergüenza—. Ella está al tanto de cómo me siento, pero independientemente de eso, prefiero que no comentes nada con nadie.

—Elisa, tranquila. Aquí dentro no eres amiga de Lucía. Yo siempre cumplo con el secreto profesional. Por eso no sufras. —contestó Marcos mirándole a los ojos.

—Muchas gracias. Bueno, yo he decidido venir aquí porque desde que tengo que tomar mis propias decisiones, me afecta mucho mi entorno. Hasta tal punto que sufro tanto las consecuencias y me preocupa tanto escoger uno u otro camino que a veces es tarde y no logro disfrutar las cosas que hago. Siempre tengo una voz interna que me está recriminando todo. —manifestó Elisa con preocupación.

—Entiendo lo que me quieres decir. Siempre lo dudas todo mucho y tras la larga duda, cuando tomas la decisión, aunque aciertes no eres capaz de disfrutar. Eres fuerte, pero tienes que verlo y dejar de sentirte pequeña y

reemplazable. Tu felicidad vale tanto como la de los demás. Es como si no te atrevieras a bailar por miedo a pisar a alguien. Quiero decirte, que si pisas a alguien sin mala intención, luego puedes pedir perdón. —continuó Marcos.

—Me siento exactamente así. ¿Cómo puedo cambiarlo?

—Bien, primero haremos ejercicios para que veas que no pasa nada si te equivocas y no pasa nada si lo primero eres tú. No te hace egoísta quererte. ¿Hay algo más que te inquieta?

—Sinceramente, en este momento, mi quebradero de cabeza es mi novio, que era el prometido de mi hermana antes de quedarse en coma y mientras tanto, nos enamoramos como locos. Pero no estoy cien por cien feliz con esta relación precisamente porque era el prometido de mi hermana. Creo que los remordimientos a veces no me dejan continuar con esta historia como los dos quisiéramos.

—Ya, te quieres tirar a la piscina, pero en el bordillo frenas. Pero bueno, eres consciente de lo que te pasa. Es normal tener remordimientos, viene con el ser humano. El problema es cuando ese sentimiento no se va y no te deja disfrutar de lo que estás viviendo.

Marcos y Elisa continuaron con su sesión de casi dos horas. Nada más salir, me llamó para contarme lo aliviada que se sentía.

<Madre mía, Lucía. Además de estar buenísimo, tu hermano tiene una voz y una manera de hablar que amansa a las fieras.>

<Gracias por decirme que mi hermano está buenísimo. Realmente era lo que necesitaba escuchar. Sí, señora.> —dije con ironía.

<No, de verdad, Lu. Me ha encantado hablar con él. Me ha hecho sentir muy comprendida y relajada. Por cierto, ¿qué vas a hacer ahora?>.

<He quedado con Santi. Me estoy poniendo *la vestío* y *la taconá* y me voy a ejercer de “la otra” *una poquita* . ¿Y tú?> —contesté entre risas.

<Pues yo ahora me voy a depilar *una poquita la chichi*, que me voy a casa de Rodri.> —respondió Elisa copiando mi manera de hablar cuando estoy contenta.

<Bueno, flebotomo, te dejo que me pilla *la* toro.>

Y eso fue lo que hice. Me vestí y me fui con Santi a cenar a una pizzería de Benidorm. Siempre lejos para que nadie pudiera vernos. Siempre escondidos, como fugitivos de su realidad. Nos lo estábamos pasando bien, aunque yo cada vez sentía más por él, me ilusionaba más y me llenaba de rabia saber que luego volvía a los labios de la tal Carola. Me preguntaba si

él sería fogoso con ella, si estando en sus brazos se acordaría de mí, si yo acabaría siendo un remordimiento al que habría que enterrar. Mil preguntas sin respuesta en mi cabeza a las que tampoco quería dedicar mucho tiempo. Yo solo quería disfrutarle a él, saborearle y tenerle todo el tiempo posible antes de que desapareciera. Yo llamaba así a cuando él volvía a su casa. Solo él podía escribirme o llamarme porque era cuando podía hablar, cuando estaba a salvo de ella. Yo figuraba en su móvil como "Lucas insti" por si ella algún día le veía hablando conmigo. Esa noche se suponía que había quedado con "Lucas" y otros compañeros. Comenzaban las mentiras.

Fuimos a *The Pizza Factory*, allí nos pedimos una pizza con nueces, rúcula y tomate y un plato de pasta rellena de *foie* y cebolla caramelizada con salsa de trufa. Todo para compartir. Ahí descubrimos que a los dos nos encantaba probar cosas nuevas. Parecíamos una pareja reciente y enamorada. Después paseamos cogidos de la mano mientras hacíamos planes que jamás cumpliríamos, como ir a París a que él me pidiera matrimonio, tener un Golden Retriever cuando viviéramos juntos, ir a Altea con nuestros hijos cada aniversario de bodas…

—Vamos a parar de soñar… —pedí sin mirarle a los ojos.

—¿Por qué? Lo bonito de nuestra historia es que podemos soñarla. —dijo arrimándome a él con su brazo en mi cintura.

—Por eso mismo, porque son solo sueños. —contesté frenando en seco mi paso y mirándole.

—Pequeña. Son sueños de momento. No sabemos si algún día podrán hacerse realidad.

Noté un brillo especial en sus ojos y una sonrisa que se debilitaba. Nos sentamos en un banco del paseo desierto de la playa y me besó. Me besó diferente. Creo que lo hizo para que no siguiera hablando. Mis palabras le hacían bajar a la tierra y acordarse de ella, de lo que estaba haciendo.

—Dime algo, ¿qué sientes estando aquí conmigo? —le pregunté cogiendo sus manos.

—Me siento libre y con ilusión. Hay una parte de mí que hace que me sienta un cabrón. Con ella siento la llama apagada, siento que forzamos las cosas, como si tuviéramos que esforzarnos por sonreír, por tener ganas, por querernos… todo es inercia. Contigo todo lo hago porque quiero y me apetece. —expresó él con seriedad.

—Yo no quería hacerte esta pregunta nunca y no quiero que te sientas presionado, pero ¿por qué sigues con ella?

—Lucía, no es tan fácil. No sé si me falta valentía o me sobra cobardía y pena. Yo tengo sentimientos por ella, Carola me ha ayudado mucho en momentos difíciles y tengo una gran deuda con ella. Además, su hermana pequeña está muy enferma y no puedo irme otra vez. Le destrocé al comienzo del diagnóstico y no puedo volverlo a hacer tan seguido. Su hermana tiene trece años y tiene leucemia desde hace casi un año. No les puedo abandonar, no me lo perdonaría. —confesó Santi con tristeza.

—Me has dejado sin palabras. No tenía ni idea. Lo siento mucho. —dije sin saber muy bien qué decir.

—Tú me das vida y me encanta estar aquí, pero no puedo irme. Yo también estoy preocupado por su hermana.

—Te entiendo. Tienes que estar con ella. Te necesita. Pero no te olvides de ti. Tú también eres importante. —musité mientras le abrazaba.

Aquella conversación hizo que me desilusionara por completo. Él hizo desaparecer la sonrisa de su cara y yo de la mía. Nos limitamos a abrazarnos fuertemente y nos dirigimos al coche para volver a casa. Me sentí una traidora. Imaginaba a su novia preocupada por su hermana y tranquila con su relación y me sentí una bruja. Entendí que Santi no iba a poder ni querer dejarla nunca y yo tampoco quería que lo hiciera. Ella no lo merecía por muy controladora que fuera. No estando en esa situación.

42. SANGRE CALIENTE

En las vacaciones de Navidad, Luna solo vio a Carlos una vez. Una mágica vez. Él le propuso pasar el día juntos y anuló su cita con Noel. El chico no se enfadaba porque no le daba la gana, pero tenía *una montoná* de motivos. El plan era comer en casa de Carlos y después ir a Elche a pasear mientras comían castañas *palentitas*. Luna llegó a su casa poco antes de la hora de comer. Él estaba terminando de preparar una paella de magro y verduras. Ella apareció con un abrigo largo marrón y al ver que no se lo quitaba, Carlos dijo:

—Acabo de poner la calefacción, en un momento lo notarás. Puedes quitarte el abrigo.

—¡Quítamelo tú! —exigió ella con voz sensual.

Ante la petición de mi amiga, Carlos sorteó la isla que separaba la cocina y el salón y fue sonriendo de forma pícara hacia ella. Le bajó lentamente la cremallera del abrigo y cuando lo abrió, descubrió el cuerpo de Luna totalmente desnudo. No llevaba ni ropa interior. Contento con las vistas, Carlos empezó a lamer los pechos de Luna, mordiendo suavemente los pezones. No retiró el abrigo, simplemente lo dejó abierto. Él le miró a los ojos mientras se mordía el labio inferior, le susurró “me encantas”, besó sus labios y siguió besando su cuerpo de forma descendente hasta llegar a su ombligo. Espera… Espera… Carlos había dicho “me encantas” y a ella le había parecido bien. Esto ya eran palabras mayores. Bien, prosigo.

Aún con el abrigo puesto, Carlos sentó a Luna en la mesa de centro de delante del sofá, abrió sus piernas y se introdujo entre ellas durante diez minutos, el tiempo perfecto para que Luna pudiera correrse tres veces. Acto seguido, fue Luna quien se arrodilló para lamer la erección de Carlos. El dueño del pene estaba con los ojos cerrados y emitiendo gemidos. Después de un rato de sexo oral, retiraron la mesa de centro, Carlos le quitó el abrigo a Luna y lo lanzó sin mirar dónde caía. Se besaron desesperadamente, se tiraron a la alfombra e hicieron el amor de forma bruta y violenta durante más de treinta minutos. Después de unos minutos dándose mimos poscoitales de forma menos bruta, Carlos le prestó una camiseta que le

venía de vestido y se comieron la deliciosa paella con una botella de un buen vino tinto del restaurante de Carlos.

—Carlos, ¿cómo es tan difícil verte? —preguntó Luna después de brindar.

—¿Difícil? Si estoy aquí frente a ti, ojitos verdes. —contestó evadiendo el tema al que se refería ella.

—No estoy hablando de este momento y lo sabes. Estoy hablando de que me gustaría verte más. —manifestó Luna extrañada ella misma de pronunciar esas palabras.

—Bueno, pero tú sabes que yo trabajo mucho y que en mi tiempo libre quiero descansar o estar con mi hijo, que también agota. Además, también quiero entrenar, irme con mis amigos… quiero hacer muchas cosas y dispongo de poco tiempo libre. —se justificó él.

—Ya, te entiendo. Bueno, olvida lo que te he dicho. Si yo en realidad soy muy despegada y me agobio en seguida, pero esta vez… no sé, es diferente.

—Vamos poco a poco, Luna. A mí me encanta estar contigo. —dijo mientras se acercaba a besar sus labios.

Ella se quedó tranquila porque entendía lo que Carlos le estaba explicando. Cuando terminaron de comer, se sirvieron un café calentito y se sentaron en el sofá a tomarlo. Ella estaba recostada con la espalda pegada en el pecho de Carlos mientras tomaban el café.

—¿Esta casa es tuya o de alquiler? —preguntó Luna mientras oteaba el piso.

—Es de mis padres. Ellos viven en otra que tienen en Campello. Hasta que me separé de la madre de Izan, mis padres utilizaron la de Campello solo para el verano, pero como esa es más grande se fueron ellos allí a vivir y a mí me prestaron esta.

—¿Qué tal te llevas con Lorena? ¿Acabasteis bien? —siguió preguntando ella.

—Cada vez nos llevamos mejor aunque nunca nos hemos llevado mal. Lo dejamos de mutuo acuerdo. Al poco de romper volvimos a intentarlo durante unas semanas y fue horrible. Sentíamos celos por todo, nos espiábamos, discutíamos a la mínima… eso deterioró nuestra buena relación, pero siempre hemos sido conscientes de que lo primero es nuestro hijo. Por cierto, ¿tú sigues viendo al chico con el que te vi en el restaurante?

—Poco, pero sí. Él se va a Vietnam y me ha pedido que me vaya con él a vivir el tiempo que él esté allí. Aquí no me ata nada, aunque allí tampoco.

—Ah —contestó secamente Carlos.

—¿Qué es lo que no te ha gustado de lo que te he dicho? —preguntó ella dándose la vuelta para ver su cara.

—Que le sigas viendo no sé hasta qué punto puede gustarme. Sé que no tenemos algo serio, pero es como si yo me comiera sus babas. Y que te plantees irte a vivir con él a Vietnam tampoco me agrada mucho porque pienso que no te importo cuando dices que aquí no te ata nada. —dijo él con tono molesto y levantándose del sofá. Ella le imitó y le abrazó por la espalda.

—¿Quieres que te diga la verdad? No sé qué coño me pasa contigo. Siento que pasas de mí y me jode mucho. Me apetecería verte más y es algo raro en mí. Soy de las que no quieren una relación seria, de las que no creen en el amor, de las que se agobia con facilidad… pero has llegado a mi vida en forma de terremoto emocional y estoy descubriendo cosas nuevas en mí. Esto que siento es nuevo para mí. —confesó de sopetón.

Carlos le miró y le sonrió de forma tierna. Le cogió la cara con sus manos y comenzó a besar sus labios con ternura, removiéndole el pelo con los dedos, acariciando su cara y sus brazos. Lentamente, le quitó la camiseta y le acarició los pezones. Mientras se besaban, él la llevaba al dormitorio y con mucha delicadeza le echó en la cama. Él se quitó su ropa y se acercó a su oído para susurrar:

—Voy a hacerte el amor y en esto eres virgen.

Continuaron besándose con calma y él introdujo dentro de ella su pene erecto muy despacio. Primero la punta y la volvía a sacar. Así unas cuantas veces hasta que al meterla por completo ella gimió y se arqueó. Las embestidas eran lentas y estaban acompañadas de caricias suaves y besos delicados. Se corrieron a la vez y se sonrieron. Había nacido algo nuevo en esa cama, no era solo sexo, sino que nacían sentimientos. Esos dos que buscaban solo placer físico encontraron placer emocional. Ella se sintió avergonzada de sentirse así, tan llena por primera vez. Él se acostó a su lado y abrazados se quedaron durmiendo durante una hora.

Cuando despertaron, seguían en la misma postura. Ella de lado un poco enrollada y él abrazándole por la espalda, o sea, la postura de la cucharita. Él le despertó con besitos en la nuca, lo que provocó una gran sonrisa en Luna. ¿Sería eso el amor del que nosotras hablábamos en nuestras míticas rondas?

Él continuó dándole besitos por la cara y la boca. Se ducharon juntos sonrientes y cariñosos. Él se puso unos vaqueros y una camisa de cuadros y ella se había puesto en una mochila la ropa, pero se dio cuenta de que se le había olvidado la ropa interior. Se tuvo que poner unos calzoncillos de Carlos e ir sin sujetador. Se puso sus pantalones negros y su blusa verde oscuro, desde la que se apreciaban los pezones con facilidad. Se secó el pelo, se puso las botas y se fueron a Elche. Allí, fueron caminando de la mano, abrazándose, besándose, sonriéndose y dedicándose miradas que hablaban por ellas mismas. Cuando entraron en el restaurante para cenar, ella se quitó el abrigo y él miró sus pezones.

—Madre mía, Luna. Ponte el abrigo otra vez, que se te notan mucho los pezones y solo quiero ir a comerte las tetas. —dijo Carlos con cara de estar cachondo.

—No pienso cenar con el abrigo. Míralos y muérete de ganas de quitarme la blusa para comértelos. —contestó Luna con expresión provocativa.

—Vámonos al baño, nena. Dios, qué burrote estoy.

Mientras aumentaban los deseos de más sexo, llegó la camarera y les interrumpió. Pidieron los nachos, tacos del pastor y fajitas.

—Dicen que la comida mexicana es afrodisíaca. —musitó Carlos en voz baja cuando se fue la camarera.

—No por ser mexicana, sino por picante. Pero no hemos pedido nada que pique. —contestó ella.

Luna se quedó de piedra cuando vio que Carlos llamaba a la camarera para pedirle que los nachos tuvieran algún ingrediente o salsa picante. Se empezaron a reír intentando no hacer mucho escándalo. Les llevaron los nachos y picaban de lo lindo. No podían casi comérselos, pero se esforzaron hasta terminarlos. Cuando terminaron toda la cena, Luna fue al baño y al minuto él no pudo aguantarse y fue tras ella. Comprobó que no había nadie más dentro del mismo y la metió en el aseo de minusválidos. Puso el pestillo y le empotró contra la pared. Se besaron con ansia y se bajaron los pantalones. Él empezó a penetrar con fuerza y brutalidad. Sus gemidos crecían, hasta que entró alguien. No pensaron en parar, así que él tapó la boca de Luna con su mano y continuaron hasta terminar.

Primero salió ella cuando volvieron a escuchar la puerta para ratificar que la persona que había entrado ya había salido. Cuando ella dio luz verde, él salió y volvió a la mesa. Ella se adecentó un poco y regresó también.

Pidieron la cuenta y salieron zumbando del restaurante riéndose y quejándose de la quemazón que tenían en la boca y en la garganta. Pasearon durante un rato hasta llegar al coche para volver a Alicante.

Ya en la puerta de casa de Luna, se despidieron con mucha fogosidad, pero cuando ella abrió la puerta, antes de que ella bajara del coche, él le agarró del brazo.

—Me gustaría que durmieras conmigo, pero tengo miedo de que te agobies. —pidió él algo tímido.

—Quiero irme a dormir contigo. Es lo que más me gustaría en este momento. —confesó ella.

—No quiero que esto sea solo sexo. Me gustas mucho. —musitó Carlos.

—Vamos a tu casa. Estoy deseando ponerme tu camiseta de propaganda y dormir abrazada a ti.

43. FUN FUN FUN

La ciudad estaba preciosa llena de luces y adornos navideños. Esta era la fecha favorita de Vanesa y hacía que se sintiera más feliz. Contrario a lo que les sucede a las personas que han perdido seres queridos, ella vivía la Navidad con alegría por el ambiente que se respiraba. Sus padres eran amantes de la Navidad y para ella esta fecha era un homenaje a ellos.

Marcos lo aprovechó para hacer planes con ella y así acelerar el proceso de recuperación. Ellos habían avanzado mucho en ese tiempo, de hecho solicitó el cambio a la modalidad presencial para volver a las clases después de vacaciones y se estaba desligando de la congregación religiosa. Nos daba las gracias porque no sabía en qué estaba pensando creyendo que esa sería su salvación. El 25 de diciembre nos mandó un mensaje al grupo de WhatsApp:

Vane: <Feliz Navidad, divinas mías. No sé
cómo agradeceros que hayáis luchado
por mí, por sacarme del agujero, como
vosotras lo llamáis. Gracias por hacerme
sentir parte de vosotras y demostrarme
que vosotras sois mi mundo, que si os tengo
no necesito nada más para ser feliz. Gracias
por resistir a mi lado aun cuando no lo
estaba ni yo misma. Gracias porque
sois todo lo que tengo.
Sois mi familia.>.

Tere: <Feliz Navidad divinaaaaas!!! Vane,
jamás estarás sola. Eres maravillosa,
pero eres persona y a veces las personas se
ahogan. Solo tienes que decírnoslo.>

Yo: <Feliz Navidad, mis divinas *gonitas*.
Yo también os siento parte de mi familia.
Esa que elegimos porque realmente la
queremos a nuestro lado. Vanesita, eres tú

quien se ha esforzado por salir del agujero. Siempre estaremos juntas para levantarnos cuando caigamos. Os quiero.>

Elisa: <Todas tenemos motivos para darnos las gracias. Somos una auténtica familia. Lo llevamos grabado en nuestro costado derecho para siempre. La fuerza de un paso firme para cuando alguna de nosotras flaquee.>

Luna: <Os quiero, chicas. Feliz Navidad. Yo también quiero aprovechar para daros las gracias por quererme como soy, por respetarme y estar siempre a mi lado.>.

Megan: <Feliz Navidad, divinas. ¡Qué afortunadas somos de tenernos! Os quiero muchísimo. Por cierto, necesito ronda urgente. No estoy en apuros, pero casi jeje>

Así era cómo nos sentíamos, unidas y fuertes aunque a veces el camino estuviera en cuesta.

Con la llamada de auxilio de Megan, el día siguiente quedamos para tomarnos un café divino navideño en *Mandala.* Vanesa llegó con un vestido largo negro de flores, maquillada y con unos buenos tacones. Todas le piropeamos porque no estábamos acostumbradas a que se arreglara más allá del chándal o como mucho unos vaqueros, pero verla con un vestido y maquillada nos sorprendió mucho y yo creía saber el motivo. Ella dijo que era Navidad y que empezaba una nueva etapa.

—Chicas, tengo que daros una noticia. —anunció Vane contenta—, después de vacaciones continúo el curso de forma presencial con vosotras. Me han admitido.

—¡Qué alegría! Ya verás qué bien te viene —contesté yo bailando en mi silla.

—Esto es un notición, Vanesiki. Ahora sí que empiezas una nueva etapa. —dijo Tere con alegría.

—Me da un poco de impresión volver, pero cada vez tengo más ganas de salir de casa, arreglarme y volver a mi vida anterior. He hecho el tonto estos meses. —confesó Vane.

—No has hecho el tonto, lo has necesitado. Es una noticia estupenda, Vane. Te va a venir genial estar rodeada de gente y tener la cabeza ocupada. —dijo Eli sonriente.

—¡Qué bien! Yo te lo he dicho mil veces, Vane. Además, entre todas te ayudaremos a ponerte al día y los descansos en el insti sabes que son lo máximo. —manifestó Megan.

—Bueno, y las clases particulares con el profesor de inglés también son lo máximo. —afirmé yo con guasa.

—Tía, Lucía, qué mala eres. Pues sí, me están ayudando mucho porque iba totalmente perdida. Y de esto quería yo hablar. Resulta que Miguel me ha mandado un mensaje felicitándome la Navidad y hemos iniciado una pequeña conversación. —declaró Megan con cara de flipada—. Total, que me ha dicho de dar una clase en su casa. ¿Qué hago?

—Pues ve, claramente. —opinó Luna con firmeza.

—¿Sí? Pero es en su casa —aclaró Megan.

—¿Quéeeee? Tía, no lo puedo creer. Está muy interesado en darte clases. Ese quiere verte con el pretexto de las clases, pero se la pelan. —dijo Tere un poco seria.

—Él es agradable conmigo, pero nunca ha intentado nada más ni me ha insinuado nada raro. Es cierto que hay buen rollo entre los dos y, joder, cada vez pienso más en él, pero yo sé que es mi profesor. —expresó Megan.

—Madre mía Meguin. Yo iría, sin lugar a dudas. Te gusta y te ayuda. ¿Qué más quieres? —dije yo decidida.

—Yo no iría, Megan. No hagas caso a las locas del grupo. —dijo Elisa.

—Si crees que lo que quiere es solo dar la clase, ve. —opinó Vane. —Por cierto, chicas, me tengo que ir. Tengo un recado que hacer y voy a aprovechar ahora que estoy en la calle y que no es festivo. Nos vemos pronto.

Allí nos quedamos nosotras continuando nuestra ronda mientras Vane se iba con mi hermano. Yo sabía que habían quedado, pero no entendía por qué ella no nos lo quiso decir. Yo tampoco desvelé su secreto, porque era algo entre Marcos y yo. Ese día a él no le apetecía quedar con ella porque sus amigos tenían plan, pero ella insistió y no se pudo negar. Él sentía que estaban en niveles diferentes. Para Marcos, Vane era mi amiga, una chica que le caía bien y que estaba ayudando a salir del bache. Para Vane, Marcos era su cita, un chico con el que estaba quedando y le estaba gustando. Estas no eran palabras de ella, porque Vane hablaba muy poco de Marcos, era

muy reservada para expresar sentimientos. Esto era la impresión que tenía mi hermano, quien me decía que en enero pondría fin a la terapia porque ella ya estaba bien y él empezaba a sentirse presionado.

Quedaron en una cafetería del puerto de Alicante para picar algo y luego dar un paseo. Ese era el recado de Vane. Ya lo supe yo al verla así vestida y cuando se despidió.

Él llegó un poco tarde, pero a Vane no le importó esperar. Solo verle con su jersey gris de *El Ganso* y sus vaqueros oscuros ya valió la pena esperarle treinta minutos.

—Hola, Vane ¿qué tal? ¿cómo te encuentras? ¡Qué guapa! —le saludó Marcos tras dar dos besos —perdona por llegar tarde, he estado liado con un informe.

—No pasa nada, yo he llegado hace nada también. —mintió ella.

—Ah vale, entonces no me siento tan mal.

—¿Entonces voy guapa? Como ves, te estoy haciendo caso, eres psicólogo y todo lo que dices es ley para mí —dijo ella tonteando.

—Sí, vas muy guapa. Te favorecen los vestidos largos. Muero de sed, me voy a pedir un tanque de cerveza. ¿Tú qué quieres tomar? —preguntó mi hermano.

—Yo otro, por favor.

Marcos se acercó a la barra a pedir esos tanques de cerveza con una ración de calamares a la romana y cuando se giró vio a Vane mirándose en un espejito pequeño y retocándose los labios. Cuando él me lo contó me quedé realmente sorprendida, porque eso era algo inusual en ella. Parecía que Marcos le gustaba más de lo que creíamos todos.

—Bueno, Vanesa, cuéntame qué tal la semana, ¿qué has hecho? Y por cierto, enhorabuena por la admisión en la modalidad presencial, ¿tienes ganas? —se interesó él por sus avances emocionales de la semana. Él había sido el primer informado de lo de la admisión porque fue quien lo propuso.

—Muchas gracias. Sí, tengo muchas ganas. Has tenido muy buena idea, creo que va a ser muy positivo para mí. Quería darte las gracias porque inconscientemente me has ayudado mucho a ver la luz al final del túnel. —dijo ella ajena a todo.

—De nada, eres la amiga de mi hermana. —Marcos vio su cara de desilusión y añadió—, y mi amiga, claro. Me alegro mucho por ti.

—¿Y tú qué has hecho esta semana? Hemos hablado poco.

—Sí, en Navidad la gente tiene más tiempo libre y a mí me crece la cartera de clientes. Yo he trabajado mucho, básicamente eso he hecho. ¿Y tú? —quiso él centrar la conversación en ella.

—Yo les he llevado flores a mis padres, he ido a la congregación y he estudiado, que a la vuelta de vacaciones tengo exámenes de recuperación.

—¿Sigue llenándote la congregación como antes? Ya sabes lo que pienso de esto.

—No, para nada. Ya no me veo dentro, pero me he apuntado a un comedor social para los domingos. Voy a ir de voluntaria. Aunque tengo que decirte que ya no me miran igual ni me tratan igual desde que saben que vuelvo a ver a mis amistades y de que vuelvo al instituto. Ellos piensan que es mejor a distancia. Creo que llevas razón en eso que me dijiste, que ellos prefieren que esté mal para volcarme de lleno en eso. Me propusieron hacer los votos y me animan a que entre en el convento. Pero bueno, me siento con más fuerzas y estoy más convencida de que quiero vivir en sociedad. Haré lo del comedor los domingos porque me hace sentir mejor. —relató ella de forma distendida.

—Lo veo bien, pero que nadie pretenda tu soledad y aislamiento, Vanesa. Tienes que ser fuerte porque sabes qué es lo que quieres tú y qué es lo que te hace sentir bien a ti. —aconsejó Marcos con una sonrisa.

—Me encanta hablar contigo, eres perfecto. —manifestó ella poniendo su mano encima de la de él.

—No soy perfecto. Tengo muchos defectos. —contestó Marcos poniéndole la otra mano encima de la de Vane.

—Para mí sí lo eres y defectos no te he encontrado ni uno. ¿Te gusta alguna chica?

—Pues tengo poco tiempo para chicas, mi trabajo me roba todo el tiempo y luego me gusta ir al gimnasio e ir con mis amigos. ¿Tú sigues pensando en Ruper? —preguntó él mientras cogía su jarra de cerveza para quitar sus manos de entre las de Vane.

—Para nada, he pasado página y creo que ha sido gracias a ti.

—Las cosas que consigues son solo gracias a ti. La gente puede ayudarte, pero tú eres quien lo consigue.

—Ya, pero tengo la suerte de tener gente a mi lado que me ha ayudado mucho. Lo he pasado muy mal y lo estoy viendo todo ahora. ¿Damos un paseo? —pidió ella queriendo continuar con él.

—No tengo mucho tiempo. Mis amigos están esperándome. Otro día quedamos con más tiempo.

—Me gustaría que estuviéramos más tiempo juntos. ¿Y si les dices que vas más tarde? —insistió tocándole la mano otra vez.

—Vane, he quedado. Y… bueno…quiero que sepas que… solo somos amigos. —dijo él con toda la delicadeza que pudo.

—Sí, ya, ya lo sé. No esperaba gustarte. —contestó desilusionada quitando su mano de encima de la de Marcos.

—Me caes muy bien, pero yo ahora no tengo ganas de relaciones. Estoy muy centrado en mis cosas. No estoy en el momento de pensar en chicas. —se justificó él temiendo que ella se sintiera mal.

Vane se quedó avergonzada por insinuarle que a ella le gustaba y por pedirle que se quedara un poco más con ella. Nada más separar sus caminos, Marcos me llamó para decirme que volvería a quedar con ella una última vez para que no creyera que no volvía a quedar con ella debido a esas medias confesiones. Me contó todo lo ocurrido y yo le dije que al menos tuviera conversaciones con ella vía WhatsApp. Él me dijo que todo dependía de cómo le viera con él, pero que no le estaba gustando sentirse así porque tenía cariño a Vane y no quería que sufriera más después de todo lo que había pasado y bajo ningún concepto Marcos quería ser uno de los motivos del sufrimiento de Vane. Estaban a tiempo de que ella no aumentara sus sentimientos hacia él. Tal vez.

44. irse antes de irse

Esa noche llegaba Jorge de su viaje a Milán. Teresa iba a ir por sorpresa a recogerle al aeropuerto porque se moría de ganas por estar con él. Los tres días que duró el viaje hablaron muy poco porque él no solía tener cobertura o batería, o no se había enterado de la llamada o el mensaje con tanto barullo. Él llegaba a las 21:07h, por lo que Tere reservó para las 22h en un bonito y tranquilo restaurante cercano al aeropuerto alicantino. *La Musa de Velarde* es un restaurante situado en Elche, donde suele haber silencio, un plato grande y una factura más grande aún. Pero Tere estaba pletórica y nada era demasiado para una velada tan maravillosa como aquella. Le había echado de menos y quería regalarle una sorpresa. Era su forma de expresar que se estaba enamorando perdidamente y que estaba dispuesta a hacerlo todo por él. Incluso gastar todos los ahorros en una cena cara, pero donde el sabor de cada bocado era una fiesta para el paladar. Para ella, Jorge se lo merecía todo por haberle tratado con tanta delicadeza y ternura esos meses. Ella se puso una blusa blanca con las mangas acampanadas, unos vaqueros y unos zapatos de tacón rojos a juego con el bolso. Se alisó su largo y rubio pelo, se maquilló y media hora antes ya le estaba esperando en el aeropuerto por si se adelantaba el vuelo. A las 21:29h apareció él hablando por teléfono con expresión alegre y tranquila mirando a la nada. Tere se acercaba a Jorge, pero él no se dio cuenta hasta que le quedaba un metro y medio para chocarse con ella. Colgó *ipso facto* su llamada y se asombró al verle allí. Ella percibió cómo esa alegría se desdibujaba de su cara, aunque luego volvió a salir.

—Pero ¿qué haces aquí? —preguntó él entre alegre y sorprendido.

—He querido darte una sorpresa. ¿Te ha gustado? —respondió ella llena de felicidad.

—Claro que me ha gustado, princesa. Te he echado de menos. —dijo él dándole un abrazo.

—Jooo y yo ¡Qué ganas tenía de verte! —se separaron del abrazo y ella añadió—, aún no han terminado las sorpresas. Tengo una reserva en un sitio precioso para cenar.

—Pues yo estoy muerto. Tenía ganas de ducharme y dormir. —dijo él algo serio.

—¿Y qué hago? ¿Llamo para cancelar? Está aquí cerca, ¿cenamos y vamos a casa? —insistió ella haciendo un puchero.

—Venga, vamos a cenar y luego a casa. —dijo él sin muchas ganas de fiesta por el cansancio del viaje.

De camino al restaurante, ella le hacía preguntas sobre su viaje, pero él no narraba gran cosa. Era un tanto escueto en sus respuestas alegando agotamiento de todo el viaje.

—Tienes cara de haber dormido poco. —aseguró ella.

—No he dormido mucho, la verdad. Mis amigos tienen mucha energía. —respondió él.

El móvil de Jorge sonaba constantemente hasta que lo puso en vibración, así que en lugar de sonar, vibraba sin cesar.

—¿Quién es con tanta insistencia? —preguntó ella ya harta.

—Mi madre, que es una pesada. —contestó él.

—Pues cógelo, no vaya a ser urgente. —aconsejó Teresa relajando el tono.

—No será urgente, querrá saber si he llegado.

—Es que lo suyo es que le avises, puede preocuparse porque hace una hora que debiste haber avisado.

—Bueno, ahora en el restaurante le llamo. —contestó él de forma tajante.

—¿Y antes con quién hablabas?

—¿Cuándo?

—Cuando has salido de la puerta de llegada de pasajeros.

—Ah, con un amigo. ¿Y tú qué tal estos días? —preguntó él mientras seguía vibrando su móvil.

—Yo bien, con mi madre y con las chicas. He quedado también con mis primas y he estado haciendo un trabajo que tengo que entregar a la vuelta de vacaciones.

Jorge parecía ausente. Se limitó a sonreír y a asentir. Ella estaba sintiendo rabia porque había preparado la sorpresa con mucha ilusión y se había encontrado una reacción en Jorge que no era la que ella esperaba. Ella pretendía que Jorge sintiera mucha alegría al verla y que las ganas pudieran con el cansancio, pero parecía ser al contrario. El cansancio estaba siendo más fuerte que las ganas.

El teléfono de Jorge seguía vibrando cuando se sentaron en la mesa. Teresa estaba ya hasta el moño de las llamaditas de la madre de Jorge y le pidió que le llamara para dejarle tranquila y que les dejara cenar en calma.

—Cuando venga la camarera me pides una caña. De cenar pide lo que quieras. —Jorge se levantó de la mesa y se dirigió al baño de caballeros.

Teresa pidió las cañas y se entretuvo mirando la carta. Todo tenía nombres muy raros y fusiones de diferentes ingredientes, por lo que no quería pedir sin él. Esa no era la manera para pedir en esos sitios, ya que no son tapas corrientes. Tras pasar unos diez eternos minutos, Teresa fue al baño de caballeros para ver si Jorge estaba bien. Cuando ella iba a decir su nombre, escuchó a Jorge reírse tras una de las puertas del baño de caballeros. Así que se quedó para ver qué le hacía tanta gracia de su madre, ya que había conseguido que el cansancio empequeñeciera.

<Pero qué tonta eres. —Pues claro que sí, cuando coincida otro fin de semana que los dos tengamos libre, voy a verte —No, yo prefiero ir yo a Milán —Vale, Madrid puede ser nuestra próxima escapada. —Sí, lo sé. A ver si me llaman de la empresa de tu amiga y me mudo allí contigo, preciosa. —(más risas) Princesa, tengo que dejarte, que mis padres me están esperando para cenar. –Yo también te quiero y también me alegro de esto. —Tú también, sueña conmigo. Ya estoy deseando verte. –Adiós, preciosa.>

Teresa no podía creerse lo que había escuchado. Se fue pitando a la mesa y no sabía si disimular y hacer como que no había oído nada, si recoger sus cosas y marcharse sin más o sentarse y con calma hablar lo sucedido. Finalmente, decidió no decidir nada y pensar, darse tiempo para ver cómo se comportaba él y otro día hablarlo. Lo que tenía claro es que Jorge no era el príncipe bueno y honesto que ella pensaba. Se sentía engañada y con su relación rota. Él llegó a la mesa con una leve sonrisa ajeno a que Teresa había escuchado esa conversación. El corazón de mi amiga iba a mil por hora, la temperatura de su cuerpo subió notablemente y hasta le temblaban las piernas y las manos. Cuando se calmó un poco, pudo ver la carta sin mucha atención y decidieron pedir dos platos que no sabían ni lo que llevaban. La ilusión y felicidad de Teresa quedó reducida a nada, así que le daba exactamente igual los ingredientes de la comida. Cuando llevaron los platos, ella los probó, pero un nudo se instaló en su estómago y no le entraba la comida. Él tampoco parecía estar hambriento. El silencio se adueñaba de la cena y solo había voces en la cabeza de Teresa, la cual no

paraba de dar vueltas y reproducir una y otra vez la conversación que acababa de escuchar.

—Me está doliendo mucho la cabeza. ¿Nos vamos? —pidió ella antes de terminar la cena.

—¿Estás bien? —preguntó él preocupado.

—Sí, sí. Solo necesito ir a descansar. Vamos a pedir la cuenta y nos vamos.

—Vale.

Pidieron la cuenta y se fueron a casa. El trayecto también tuvo un gran silencio como protagonista. Ella le llevó a su casa. Se dieron un piquito en los labios y ella se metió en su cama triste y desolada. Recordaba cuando él le decía que no le acompañara al viaje porque no iba a entender a los amigos y se hacía mil preguntas que no tenían respuesta.

45. MARIPOSAS

Decidió que sí. A Megan le apetecía ver a Miguel. Desde que le mandó el mensaje para felicitarle las fiestas, ella no dejó de pensar en cómo sería ir a su casa a dar la clase de inglés, así que cuando finalmente lo decidió, le escribió un mensaje sin pensar demasiado.

Megan: <Hola, Miguel. He intentado resolver
los ejercicios que me dijiste de la página 57
y los tengo todos mal. Creo que sí sería buena
idea hacer una clase estas vacaciones.>
Miguel: <Hola, Megan. Me parece muy bien.
Lo ideal sería que en un mes ya estemos
al nivel de la clase para poder continuar el
ritmo. Vas por buen camino y te veo con
mucho interés, yo eso lo tengo en cuenta.
¿Cómo lo tienes mañana a las 18:30h?>
Megan: <Muchas gracias por ayudarme.
Me voy a esforzar para poder estar al nivel
de la clase. Mañana me viene perfecto.
¿Dónde nos vemos?>

Miguel le envió una dirección y ella se presentó allí a la hora acordada con sus vaqueros, su jersey rojo con puntitos azules y su coleta rubia y pequeñita. Iba maquillada muy natural destacando sus ojazos azules. Estaba nerviosa y no sabía la razón. Total, iba a dar clases con su profesor de inglés, con quien ya había tenido clases anteriormente y ese nerviosismo no había hecho acto de presencia. Pero Miguel era jodidamente guapo y en los últimos días ella había pensado en él más de lo normal. Él nunca le había insinuado nada más allá del interés por las clases y su progreso en la asignatura, pero que él quisiera quedar con ella fuera de horario y lugar lectivo a ella le daba ilusión, aunque fuera con el motivo de las clases.

Cuando estaba en la puerta de la urbanización de Miguel, ella miró su móvil y descubrió un mensaje de él que decía: <te estoy esperando>. Más nerviosa se puso, un terremoto corría por su cuerpo. No se veía capaz de apretar el timbre y dio varias vueltas sobre sí para que se le pasara el

tembleque de sus piernas. Respiró profundo y con los ojos entornados pulsó 472 + campana. Él abrió sin contestar y ella entró en la bonita y moderna urbanización. Buscó el bloque 2 y cuando lo encontró volvió a apretar los mismos botones de antes para entrar en la portería de su profesor. Megan no podía creerse estar donde estaba, no podía creerse estar subiendo a casa del guapo profesor de inglés. Cuando salió del ascensor, Miguel le estaba esperando apoyado en el marco de la puerta de su casa. Cuando ella se acercó, él le dio dos besos y dibujó una gran sonrisa.

—¿Qué tal, Megan? Pasa. ¿Cómo están yendo las vacaciones? —preguntó él con soltura.

—Bien, estudiando mucho. —contestó Megan con timidez pasando al interior de la casa.

—¿Seguro? —cuestionó Miguel con simpatía.

—Bueno, también estoy descansando.

—He preparado cerveza y algo para picar, ¿te apetece?

—Uhh yo con una cerveza no sé si voy a poder rendir.

—Seguro que sí.

Miguel hizo que Megan se acomodara en la mesa del salón, el cual se encontraba en medio de la vivienda. Allí ella dejó su mochila y su abrigo y él le hizo esperar mientras iba a la cocina a por dos cervezas.

—Ponte cómoda. —dijo él desde la cocina.

Ella se sentó en una de las sillas y empezó a sacar el material de su mochila. Miguel se sentó a su lado, le cedió una de las cervezas y abrió la suya.

—A ver, vamos a ver esos ejercicios que se te resisten. —animó él mientras abría el libro de Megan por la página 57 y le miraba de reojo.

—Es que no entiendo por qué tengo que poner *why* en lugar de *because*. —mencionó ella señalando el ejercicio.

—*Because* lo tienes que utilizar cuando quieres indicar causa, pero *why* en este caso es un sustantivo y lo puedes sustituir por el motivo. —respondió él sin separar su mirada de los ojos de Megan..

El profesor y la alumna resolvieron varios ejercicios durante más de una hora y mientras tanto, caía alguna mirada picarona, algún codazo suave y algún roce de manos.

—¿Te apetece picar algo? A mí me está entrando hambre. —propuso él cuando cerró el libro.

—Vale, yo también tengo un poquito de hambre.

—Tengo pizzas en el frigorífico y para hacer fajitas. ¿Qué prefieres?

—Pues creo que pizza, ¿de qué es?

—De cuatro quesos y barbacoa. Puedo hacer las dos. Yo como mucho, eh. —dijo Miguel sonriendo antes de entrar en la cocina y pedirle a Megan con gestos que le acompañara.

Mientras esperaban en la cocina a que se hicieran las pizzas, ellos se bebían otra cerveza y hablaban de sus cosas. Miguel le confesó que estaba abierto a conocer a gente, a volver a encontrar el amor y que ella debía hacer lo mismo.

—¿Cuántos años tienes, Megan?

—21, ¿y tú?

—Tampoco nos llevamos tanto. Yo tengo 27.

—6 años. —calculó ella negando con la cabeza—, por cierto, ¿esta casa es tuya? Está muy chula.

De tanto hablar casi se quemaron las pizzas. Se las comieron mientras continuaba la fluida conversación sobre todo un poco menos del temario de la asignatura. Él le contó cómo consiguió el trabajo en el instituto, lo traumática que fue su anterior relación y, sentados en el sofá con más cerveza, se reían sin cesar porque a veces decían alguna tontería. Se les veía cómodos a los dos y se palpaba una pequeña tensión sexual que estaban descubriendo en ese momento.

—Me voy a ir, es tarde. —dijo ella mirando el reloj.

—Porque quieres. —contestó Miguel poniéndose las manos en la nuca.

—Debo irme.

—¿Has estado a gusto? —preguntó él tocándole el brazo a Megan.

—Sí, al principio un poco nerviosa. Me parecía raro estar aquí. —respondió con timidez.

—A mí me ha gustado que vinieras. —confesó él sonriendo de lado.

—Y a mí venir.

Se quedaron mirándose fijamente unos segundos y ella se levantó del sofá, recogió sus cosas sin prisa y le dio las gracias por la clase y la cena.

En la salida, a la hora de despedirse, ella no sabía si darle dos besos o marcharse sin más, no se le iba de la cabeza que era su profesor, por muy joven y guapo que fuera y a pesar de haber estado más de cuatro horas hablando y cenando con él como lo habría hecho con cualquier otro chico. Era su profesor y no quería quedar de alumna enamorada platónicamente de su guapo profesor. Él se adelantó y le dio un lento y fuerte beso en la

mejilla, posando su mano en la cara de Megan. Ella sintió un hormigueo en su estómago y no pudo evitar sonreír.

46. tapar el sol con un dedo no es de humanos

Empezaba a no sentirme bien por Carola. Tanto que decía yo que a mí ella me daba igual y que tenía que pensar en mí en lugar de pensar en alguien que no conocía, pues mira. Ahí me tenías a mí sintiéndome como una perra del infierno, sintiéndome como una traidora. ¿Por qué eran siempre primero los demás? Si ni ponía cara a esa chica. Después de saber la situación que tenía en su casa, la empatía se apoderó de mí y quise terminar la inetiquetable relación que mantenía con Santi, pero ni a él ni a mí nos apetecía. Prohibir despierta el deseo. Por eso y por lo que sentíamos cuando estábamos juntos, no podíamos evitar comernos a besos y llenarnos de abrazos. Estaba claro que lo nuestro no era sexo porque no lo habíamos tenido, entonces, ¿qué era? ¿Él también estaría sintiendo algo por mí? Yo tenía sentimientos encontrados, por un lado no quería perderle, pero por el otro sabía que no le tenía. Yo sabía que él estaba con otra persona a la que no podía dejar y algo en mí me decía que era mejor porque luego se lo reprocharía eternamente a sí mismo. Yo quería que él estuviera conmigo cuando su conciencia se lo permitiera y en esa situación él tenía la obligación de permanecer a su lado.

El primer día de clase decidimos entrar solo a las primeras horas e irnos juntos después del descanso. Él no quería inventarse más excusas para Carola. Santi decía que ella no se lo merecía, que era una buena chica, pero que ya no sentía amor y que solo pensaba en estar conmigo. Para gusto de mi bruja interior, acepté su propuesta de fugarnos las últimas clases y marcharnos a un parque escondido que se encontraba en el barrio San Gabriel. *El Palmeral* era precioso, lleno de lagos, palmeras, caminos, puentes y cascadas. Era un siete de enero a las ocho de la tarde, por lo que hacía un frío de mil demonios. Nos costó salir del coche porque estábamos calentitos con la calefacción puesta. Por el parque paseamos iluminados con la luz de las farolas, cogidos de la mano y devorándonos con la mirada.

—En la oscuridad pareces morena. —me dijo mientras enredaba mi pelo en sus dedos.

—Ya me gustaría a mí ser morena. —me reí.

—Eres preciosa así. A mí no me gustaría que fueras morena. Tu pelo naranja me encanta, un naranja bastante oscuro. Además, como siempre llevas coleta o moño… No me digas que tienes complejo.

—No tanto como complejo. Se me ha oscurecido con el tiempo y más en invierno. De pequeña sí estaba un poco acomplejada. ¿Tú tienes algún complejo? —pregunté yo.

—De mis manos. No las tengo muy grandes. —confesó Santi enseñándome sus manos.

—Pues ya sabes lo que dicen. Manos pequeñas… —jugué pizpireta.

—Tendrás que comprobar si eso que dicen es cierto. —me dio un codazo al decirlo y yo me reí.

—Algún día… —dije dando una vuelta sobre mí misma.

Se rio y se sentó en un banco. Me sentó encima de sus rodillas y me besó. Me besó con deseo, lo sentí. Sentí sus ganas. Sus caricias por mi cintura me elevaban las palpitaciones, tanto cardíacas como en otra zona más íntima. De pronto, su erección se me clavó en la parte interna de mi muslo, casi en la nalga. Él me retiraba el pelo de la cara con delicadeza y yo peinaba el suyo con mis dedos. Teníamos ganas de hacernos el amor, pero algo dentro de mí me decía que no podía pasar ese límite. Esperar aumentaría su deseo y no haría enfurecer a nuestras conciencias.

—Me muero por hacerte mía, por estar dentro de ti. Me estás volviendo loco, pequeñaja. —susurró en mi oído con los dientes apretados.

—Ocurrirá… yo también tengo ganas. —dije levantándome de sus rodillas para enfriar la situación que nos estaba quemando.

Fuimos paseando por el puente que tenía detrás una cascada y nos hicimos varias fotos. Por fin fotos juntos para poder ver cuando él estuviera besando a otra chica. Genial, Lucía. Soy un poco masoca a veces, lo sé. Ese chico me estaba gustando más de lo debido. Me había metido en un buen berenjenal y no sabía si podría salir de ahí ilesa. Mis sentimientos aumentaban cada día y creía que a él le estaba pasando lo mismo, pero no quería ilusionarme. No quería crearme esperanzas tontas. No quería pensar que eso saldría bien porque tenía pinta de justo lo contrario. Yo sabía que llegaría el día en que me tocara llorar, pero mi personalidad impulsiva le dedicaba centésimas de segundo a esos pensamientos y me implicaba a tope en disfrutar lo que vivía con él en ese momento. Pero no quería olvidarme de ella, no quería ponerme a volar cual pajarillo. A veces me obligaba a

pensar en las cosas negativas para mantenerme con los pies en la tierra y no soñar con nuestro Golden Retriever en nuestro adosado de la playa.

Una palmada en el culo interrumpió mis pensamientos y lo preferí. Se apoyó en la valla de madera del puente y me dio la vuelta para que mi espalda quedara posada en su pecho. Él me abrazó por detrás y yo cogí sus manos, las cuales descansaban en mi vientre. Me daba besitos por el cuello y ronroneaba como si fuera un tierno felino. Yo eché hacia atrás mi cabeza y cerré los ojos. Estábamos en silencio, pero era un silencio que hablaba por nosotros. Él suspiró. Le sentí relajado aunque no supe descifrar en qué pensaba.

—Esto es la libertad. —soltó de pronto a media voz.

—No quiero que termine el día. —continué yo.

—Nunca había venido a este sitio y me encanta que haya sido contigo. Tenía ganas de descubrir un escondite contigo. —musitó acariciando mi barriga por encima de la ropa.

—Ay Santi… —dije en medio de un suspiro y él me dio la vuelta sin despegarme de él.

—Lo sé, canija. Sé que estás pensando que siempre tenemos que escondernos. —me leyó el pensamiento completamente.

—Bueno, entiendo perfectamente la situación y no te quiero exigir nada. Pero hay algo que me asusta. —mencioné pegando mi nariz en su barbilla.

—Dime siempre cómo te sientes, por favor. No te lo guardes solo para ti. —pidió levantándome la cara para mirarme a los ojos.

—Me asusta que esto se esfume algún día. Me asusta sentir que me estoy enamorando y no lo tengo permitido. Me asusta que nos sintamos mal por lo que estamos haciendo. —confesé con honestidad.

—Tú no estás haciendo nada malo. Ese soy yo. Y yo tengo los mismos temores que tú porque no dejo de pensar en ti, porque yo también estoy empezando a sentir algo fuerte por ti y no quiero tener que llamar a Carola cuando llego a casa, no quiero tener que buscar momentos para estar con ella porque no me apetece. Pero tengo que hacerlo, pequeñina. Sé que es difícil para ti y entendería que un día te cansaras de mí, de este nosotros tan raro. —expresó mientras me acariciaba las mejillas.

—Creo que no sería capaz de cansarme de ti ni de nosotros aunque me esforzara. Te juro que te entiendo y que no quiero que sientas presión, pero piensa en ti también. No digo ya, pero medita que al final tenemos que buscar nuestra propia felicidad y quizá la nuestra sea estar juntos.

—Me encanta tu manera de suavizarlo todo, tu manera de no presionarme. Yo no te veo como un rollito. Eres especial. Tienes algo que me calma, que me apacigua. Cásate conmigo. —dijo sonriendo levemente.

El beso que nos dimos después de esa conversación fue toda una declaración de amor, de un amor que estaba iniciando, de un amor que no podía ocultarse. Nos estábamos enamorando y hasta un ciego lo podía ver. Ojalá Carola fuera más ciega que un ciego porque yo no estaba dispuesta a perderle. No quería que ella descubriera que Santi estaba con otra chica porque lo ideal sería que él se lo contara cuando creyera que era el momento adecuado.

Nos fuimos a casa mirándonos y besándonos todo lo que duró el trayecto. La despedida se hizo larga porque nunca llegaba el momento perfecto para separarnos. La tarde había pasado tan veloz que ni nos dimos cuenta de la hora que era hasta que Carola le envió un mensaje para que fuera a cenar con ella a su casa después de clase. Él no tenía ganas, pero le dijo que sí.

Yo cené con mi madre y me fui a acostar, pero hasta que no recibí su mensaje de buenas noches cuando él llegó a su casa no me quise dormir. Dios mío, ¿dónde me estaba metiendo?

47. Billete de ida

Elisa ya llevaba varias sesiones con mi hermano y no sé si era por el conocido efecto placebo o si realmente mi hermano era tan maravilloso como psicólogo, pero Elisa había cambiado un poco el chip en cuanto a Rodri. Se estaba dejando llevar más, pensaba menos en Martina y decía que empezaba a disfrutar mucho más todo lo que hacía. Obviamente, era consciente de que iba a necesitar más tiempo para llegar a la tranquilidad total de su conciencia, pero sentía una gran mejoría. Marcos le estaba enseñando a pensar en ella y no sentirse egoísta, hacían ejercicios para entender que no hacía falta complacer a todo el mundo, a no ir en contra de quien era ella misma y oye, parecía surtir efecto. Eli me decía que hablar con Marcos le había hecho más segura y le había subido la autoestima. Contaba que estaba aprendiendo a quererse más y eso le haría más feliz con ella misma y con su entorno. Marcos le animaba a que apostara por su relación con Rodri, él había demostrado que le quería y ella parecía sentir lo mismo. Lo de Martina había sido una desgracia que había terminado bien, así que no podía cargar ella con tanto peso ajeno.

Rodri estaba terminando de arreglarlo todo para irse a Madrid porque dos semanas más tarde debía estar allí. Elisa se involucró de lleno porque lo vio como algo positivo. Él ascendía en su trabajo en Madrid, nada más y nada menos que en Madrid. Elisa quería terminar el curso en Alicante e irse con él a vivir y buscarse allí la vida, a su lado, junto a su novio. Por la noche, después de cenar, miraban pisos que Rodri pudiera pagar. Eli se había enamorado de un pequeño y moderno estudio en el corazón de la capital, situado en la calle Lino del barrio de Tetuán. Rodri iba a trabajar en Chamberí, por lo que podría ir andando y no gastar en transporte público. Él prefería vivir más lejos del centro para pagar menos, pero era cierto que compensaba , ya que ahorraría tiempo y dinero destinado a metro o bus. Además, en esa zona se podía aparcar con facilidad y no tendría que alquilar ninguna plaza de garaje. Para Elisa ese pisito tenía muchas ventajas: estaba reformado recientemente, estaba en un barrio céntrico y al lado del trabajo de Rodri, estaba amueblado y pedían 600 euros, que no era caro para lo que solían pedir en Madrid.

—Gordo, vamos a llamar. Me encanta este piso, no quiero mirar más, jo. —dijo ella con pucheros.

—Bonita, son 600 euros más gastos, es bastante dinero. A eso hay que sumarle la comida y las veces que venga aquí, además de vivir en Madrid, que es caro. —se quejó él con ñoñería.

—Jooo, gordi. A mí me encanta este. Míralo, todo nuevito y pequeñito. —expresó ella pasando fotos del piso.

—Ya, demasiado pequeño. Yo creo que debería compartir. No me va a dar para todo, mi sueldo no es muy alto, cariño, ya lo sabes.

—¿Y cuando yo vaya? ¿Vamos a compartir el piso con otras personas? Yo eso no quiero. Tendremos ganas de vernos y querremos estar solos. Piénsalo así. ¿Para qué quieres una casa más grande? —insistió ella con inicios de enfado.

—Eli, son 50 metros cuadrados. Está todo junto, yo aquí me voy a agobiar. —vio la cara de Elisa y reculó—, pero bueno, llevas razón. Cuando vengas querremos estar solos sin nadie que nos moleste y nos oiga.

La cara de Elisa se iluminó y más cuando Rodri prometió llamar al día siguiente para reservar la casa. Se llenaron de besos mientras se juraban estar siempre juntos. Fantaseaban con alquilar una casa más grande cuando ella se fuera a vivir a Madrid definitivamente después de terminar bachillerato. Jugaban con la idea de que ella trabajaría en algún sitio mientras combinaba sus estudios universitarios de Nutrición y Dietética para poder formar juntos un hogar mejor. Hablaban de futuro y sonreían en cada palabra que pronunciaban. Lo que podía sentirse como una situación temerosa, ellos lo convirtieron en una oportunidad para cambiar de etapa y empezar a formar una vida el uno al lado del otro.

—Joder, qué nervioso estoy. —musitó él abrazando con fuerza a Eli.

—Y yo, pero a la vez contenta. —contestó ella apretando fuerte.

—Muchas gracias, bonita mía. Pensaba que esto no te lo ibas a tomar así y que no te iba a gustar lo de Madrid. —confesó él tocando su pelo.

—A ver, sería más cómodo que te quedaras aquí, pero me hace ilusión saber que en cuanto termine junio, me voy a ir a vivir contigo allí y vamos a cumplir nuestros sueños. Estar alejados de Martina me reconforta un poco. Marcos dice que ese sentimiento es bueno para nuestra relación.

—Marcos dice, Marcos dice… Eli, tú no necesitas ningún psicólogo, no sé por qué vas. Luego dices que no tienes dinero. —dijo él frunciendo el ceño.

—Ya estamos otra vez. Si es que me lo ha dejado muy barato. Además, sí que lo necesitaba, te he dicho muchas veces que yo llevaba muchos años queriendo ir y nunca me decidía. Gracias a eso puedo disfrutarlo todo más y pensar menos en las cosas. Ya sabes que yo soy muy rayada y me enfrasco en los pensamientos negativos. —se justificó ella alzando la voz.

—Vale, vale. Si tú lo necesitas y ves que va bien, adelante. Pero vamos, que son unos tragaperras. —Rodri suavizó el tono.

—Sea como sea, estoy mejor. Me ilusiona todo más y me da menos vueltas la cabeza. —dijo ella mientras se levantaba del sofá.

—Sí, perdona, bonita, no te enfades. —dijo él yendo a abrazarle y llenarle de besitos por toda la cara.

Al día siguiente, cuando Elisa llegó a casa de Rodri con la copia de llaves que él le había prestado, ella encontró la casa vacía y una nota en la cocina donde ponía: “He ido a por cena, tenemos algo que celebrar”.

Quince minutos después llegó Rodri con comida japonesa para celebrar que ya había hablado con el casero del piso que a ella le gustaba y que había dado la fianza, lo que suponía que oficialmente tenían casa en Madrid. Ella se puso pletórica de alegría y comenzó a mirar por Internet sábanas, menaje y cositas de decoración. Estaba feliz, por fin veía la luz a disfrutar de las cosas bonitas que le traía la vida. Madrid fue un gran chute de energía y alegría. Elisa tenía el presentimiento de que aquello iba a salir bien. Por fin una relación iba a salirle bien a la pobre Elisa.

Ella le ayudó a empaquetar todas sus pertenencias en cajas. Esa semana la dedicaron a comprar ropa de más abrigo, porque el frío de Alicante es veranillo en comparación con el de Madrid. Estaban contentos y seguros de la decisión que habían tomado. Ella iría con él el fin de semana a Madrid para ir en dos coches y llevar de un viaje todo lo que Rodri necesitaba para instalarse en la capital. Compraron marcos para poner fotos de los dos, pijamas gorditos para ambos, ropa interior para Elisa para cuando ella fuera a Madrid, cepillos de dientes… todo lo que necesitaba tener allí sin hacer maleta cada fin de semana. Querían que ese fuera su nidito de amor, ya que acordaron que Rodri dejaría la casa de Alicante y sería ella la que fuera cada viernes por la noche y volvería cada lunes por la mañana. Él vendría cada cierto tiempo para ver a la familia y se quedaría en casa de sus padres y así no tener que pagar dos alquileres.

Todo iba rodado, parecían dos quinceañeros tortolitos con las hormonas revolucionadas y cargados de ilusiones con la nueva experiencia. Pero algo

en ella cambiaba cuando volvía a casa de sus padres y veía a Martina. Estaba aprendiendo a disfrutar, sí, pero no dejaba de ser su hermana y ese chico no dejaba de ser con quien ella se iba a casar. Martina desconocía totalmente la historia que tenía con Rodrigo. Sus padres le pidieron a Elisa que no le comunicara nada para evitarle dolor. Así que en sus adentros había un profundo pesar por tener que engañar a su hermana. Martina cada vez preguntaba más por él y Elisa escuchó alguna conversación con sus amigas cuando iban a verla. Ella se sentía abandonada porque empezaba a ser consciente de lo que le había ocurrido y que su futuro marido le había dejado aunque siguiera yendo a visitarle. Elisa quería decirle la verdad, quería quitarse ese peso del alma y poder tener una relación sana con Rodri. Sería mejor que se enterara por su familia que por alguien ajeno a ella.

48. UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA

Mediados de enero y Luna no había vuelto a ver a Carlos. Ella se estaba cansando de recibir una de cal y una de arena. O muchas de cal, suponiendo que la cal sea la parte negativa de la ecuación.

Cuando estaban juntos, parecía qué él estaba coladito por sus huesos, pero una vez se separaban, ese interés se disipaba y eso a ella le confundía y le volvía loca. Hacía que Luna tuviera pensamientos contradictorios, hacía que quedara más con Noel, hacía que ella se enfadara, que ella pensara en por qué era todo tan bonito cuando estaban juntos y cuando estaban cada uno por su lado era todo tan distante, tan diferente y tan soso. Luna le daba mil vueltas a la cabeza y la rabia se apoderaba de ella y… llamaba a Noel, por lo que él se confundía. Entonces ella era quien le daba una de cal y otra de arena al jinete.

En una de esas quedadas con Noel, él le propuso seriamente que se fuera con él a Vietnam a vivir una experiencia nueva. Él estaba seguro de que allí ella se enamoraría perdidamente. Todas nosotras pusimos el grito en el cielo y le dijimos que eso era un tremendo error. Le aconsejamos que no lo hiciera, que no se fuera a Vietnam con Noel por despecho porque ninguno de los dos podría ser feliz. Esas cosas debían hacerse con un sentimiento que Luna no tenía por Noel, ese sentimiento solamente existía en él hacia ella. Era un sentimiento unidireccional y siendo así, nada era viable. Luna nos manifestaba su desilusión con Carlos y eso le empujaba a irse con Noel. También nos explicaba que él podía darle todo lo que ella necesitaba.

—¿Todo lo que necesitas? No te engañes, lo que necesitas no es un coche caro y no trabajar. Tú lo que necesitas es que te quieran y que ese amor sea mutuo. —dijo Teresa casi enfadada.

—¿Sabré yo lo que necesito? Teresa, somos muy diferentes. —le recriminó Luna a Teresa.

—Pero si estás loca por Carlos. Sabes perfectamente que dejarías de pensar y hablar así si él te hiciera más caso. —apoyé la opinión de Teresa.

—Chicas, de verdad os lo digo. No me gusta que habléis como si estuvierais dentro de mí. —nos reprochó Luna a ambas.

—Bueno, yo no digo nada. Solo te aconsejo como amiga. Pero vamos, que ya te darás cuenta tú solita de que lo que realmente llena no es cuánto haya en tu bolsillo y cuánto te toques la flor. —soltó Teresa muy seria.

¿De verdad Luna se estaba pensando seriamente irse a Vietnam con Noel? Si no le quería, solo le tenía cariño, pero no amor. Todas nosotras, menos ella, sabíamos que se estaba enamorando de Carlos aunque no lo reconociera. De hecho, un día, en clase, después de una semana sin saber nada de Carlos, él le envió un mensaje donde ponía que tenía ganas de verle y que si cenaban juntos esa noche. Ella se emocionó tanto que se fue a su casa antes de terminar las clases para ducharse, depilarse e irse con él a cenar. Nosotras le aconsejamos que no se fuera con él, que esa vez fuera ella quien le diera la de cal y que en esa ocasión fuera ella quien dijera que no. Ya estaba bien de tanto mareo. Ahora sí, ahora no. Nos daba mucha rabia porque él tenía claro que levantaba el teléfono y le encontraba a ella siempre muy disponible para él. Le recordamos todas las veces que él intentó encontrarla al principio de todo, lo que luchó por tener contacto con ella y una vez lo consiguió, él se relajó. Esto nos ratificaba que cuando una persona tiene algo de forma muy fácil no lo valora.

Ella estaba en la ducha pensando en esto que le habíamos dicho y reconoció que era totalmente cierto. Nos mandó un mensaje al grupo de “Tacones Divinos” donde se disculpaba y nos daba la razón. Su reflexión y despecho le condujo a llamar a Noel y le propuso quedar antes de anular su cita con Carlos.

Luna: <Carlos, lo siento, pero estoy
muy cansada y acabo tarde las clases.
Nos vemos otro día.>
Carlos: <Pero si me habías dicho que sí y
se suponía que en media hora ibas a estar aquí.>

Le prohibimos seguir contestando, así que con las mismas se arregló y se fue con Noel a su casa. Esa noche, Luna era el despecho con patas. Su furia interna le llevó a aceptar la proposición de Noel en cuanto él abrió la puerta.

—Hola Noel, me voy contigo. Lo tengo clarísimo. —dijo justo antes de lanzarse a darle un violento morreo.

—Uf, Lunita. Me encanta cuando vienes así de fogosa. ¿Me estás diciendo en serio que te vienes conmigo a Vietnam? —Noel se mostró entusiasmado a la vez que incrédulo, ajeno a la existencia de Carlos.

—Sí, he decidido que me voy contigo. Puede ser muy positivo para mí. Necesito aires nuevos. —decía Luna mientras se quitaba el jersey debido a la alta calefacción. Y debido a que le suele sobrar la ropa.

—Dios mío. Qué feliz acabas de hacerme. Pensaba que jamás aceptarías. —expresó Noel mientras iba a por dos copas y vino tinto.

—Me has leído la mente. Necesitaba vino tinto urgentemente.

—Si es que tú y yo nos entendemos a la perfección. —dijo él pletórico de alegría.

Craso error, Lunita de mi vida y de mis cielos, craso error.

El señor Carlos, por su parte, al no recibir respuesta, volvió a mandar un mensaje pasadas tres horas, justo cuando Luna estaba cabalgando encima de Noel.

Carlos: <Luna, lo sé. Sé que soy un mierda y
que me merezco que me hayas dejado casi
plantado. No estoy preparado para una
relación en este momento y se me olvida
cuando estoy contigo. Después vuelvo a mi
vida y necesito poner un poco de distancia
para que no nos embalemos. Lo que tengo
claro es que me gustas mucho y no quiero
tenerte lejos.>

Cuando Luna terminó su actuación de amazona vio el mensaje y pensó que se había adelantado mucho en aceptar lo de Vietnam, pero seguía enfadada. Ella quiso hablar cara a cara este tema la última vez que se vieron y él lo evadió por completo. Ahora debía aguantarse y sufrir *una poquita*. Totalmente arrepentida por ese arranque de locura, se vistió y se despidió de Noel.

—¿Pero ya te vas? ¿Cenas, te corres y te piras? Pensaba que te ibas a quedar a dormir. —dijo atónito el pobre Noel.

—No puedo quedarme, mañana he quedado temprano con Lucía para estudiar. Tenemos un examen de filosofía y me lo va a explicar, porque no entiendo nada. —genial, Luna. Poniéndome como excusa.

Era cierto, habíamos quedado para estudiar con Teresa, pero ese no era el motivo. Cuando había examen de historia o de filosofía lo hacíamos así. Yo me lo estudiaba y Teresa se venía a mi casa a que yo se lo contara como si de un cotilleo se tratara. Que si Platón es un romanticón, que si los carlistas están loquísimos porque no quieren evolucionar… total, que como a Tere le

había ido muy bien este método, Luna se apuntó a nuestras clases matutinas del mismo día del examen para no estudiar ella.

La mañana del examen nos contó sus hazañas de la noche anterior, por lo que hubo muy poco tiempo para hablar de Descartes. Entre la tostada de jamón y el cotilleo real, ¿quién quería hablar del padre de la filosofía moderna? Las tres aprobamos ese examen. Me meo.

49. mentira piadosa

Los domingos, Marcos venía a comer con mi madre y conmigo a casa. Ese día, mientras tomábamos el café, Marcos me contó la tensa conversación que tuvo con Vanesa y me confesó que Elisa tenía un fondo muy bonito, que no podía contarme nada de lo que hablaban, pero que lo que le pasaba se debía a querer agradar a todo el mundo y eso lo hacían las buenas personas..

—Encima tiene un cuerpazo y es preciosa. ¡Qué pena que se vaya a mudar a Madrid! —dijo Marcos mientras simulaba tristeza.

—Pero Marcos, *pariño*, que eres su psicólogo. No te puedes liar con todas tus pacientes. —reproché dándole una colleja.

—Lu, no te pases. Eso solo ha ocurrido en una ocasión. No estoy diciendo que me vaya a liar con Elisa, pero tengo ojos y sé reconocer lo que me gusta. No te preocupes que esto no afecta en nuestras sesiones. —contestó él con tranquilidad.

—¿ Y eso que va Elisa a terapia contigo? —preguntó mi madre asombrada.

—Mamá, no te lo puedo decir. Soy todo un profesional. —respondió mi hermano.

—Sí, un profesional que se quiere tirar a sus pacientes. —dije riéndome.

—Lucía, hija, no hables así. Tu hermano es que se implica mucho en su trabajo. —le defendió mi madre—. Tampoco sabía que Vanesa iba a tu consulta. Tendrás que hacerle un regalito a tu hermana por mandarte clientela.

—Mamá, lo de Vanesa lo he hecho gratis en mi tiempo libre porque Lucía es una lianta. Encima no te lo pierdas, que ella no podía enterarse de que yo le hacía terapia. Lo he tenido que hacer como si yo fuera su amigo y ella se ha confundido, así que la que me tiene que hacer regalos es ella a mí.

—Bueno, tu hermana no trabaja. —me defendió a mí esta vez—. Entonces ¿Vanesa ya está bien?

—Pues está mucho mejor, aunque el siguiente paso sería tratar las reacciones a los eventos negativos. No está como para dejar la terapia de golpe, pero yo ya no puedo hacer más. Ella creía que se venía de cita

conmigo y mi rechazo puede afectarle negativamente. Ya le dije yo a Lucía que estas cosas no se hacen así, pero ya sabes cómo es de insistente. —dijo mi hermano con seriedad.

—He quedado con ella esta tarde. Ahora voy a hacer yo de psicóloga según las indicaciones de Marcos, así que compartimos el trabajo. —dije mirando a ambos—. Por cierto, Marcos, he pensado decirle a Vane que mamá y yo creemos que eres homosexual. Así ella se olvidará de ti y no pensará que es ella el problema.

—Pero Lucía, tú estás muy loca, eh. Creo que deberías pasarte por terapia. ¿Cómo vas a decirle eso? ¿y si me ve algún día con una chica? —me cuestionó Marcos alterado.

—Pero es que no le quiero decir que lo eres con seguridad, sino que mamá y yo lo sospechamos, pero que tú no lo has afirmado. —insistí buscando aprobación en la cara de mi madre.

—Lucía, yo no lo veo bien. —opinó ella.

—Joder, Lucía. Es que tú haces las cosas y luego ya irás buscando las soluciones. —musitó Marcos algo enfadado.

Mi decisión estaba tomada, justo eso era lo que le iba a decir porque creía que era una buena razón para contar una mentira piadosa. Solo era para que Vane no se sintiera rechazada.

Después de seguir un rato más con esa incómoda conversación familiar, me fui a mi habitación para vestirme con algo más decente que el pijama de ositos rosas y verdes. Decidí retocarme la coleta, ponerme unos vaqueros, un jersey mostaza y mi abrigo azul marino, mi favorito.

Me fui zumbando hacia casa de Vane y para mi sorpresa, me recibió con un gran abrazo. Me extrañó, puesto que Vane no es muy dada a mostrar cariñitos y arrumacos.

—¿Qué pasa, guapa? ¿estás bien? —pregunté a sabiendas de que la respuesta sería negativa.

—Bueno, pues estoy. Pero no te preocupes que no me voy a morir. —me sorprendió su respuesta.

—¿Seguro? Sabes que es mejor expresarse. —intenté que sacara el tema de mi hermano.

—Sí, bueno, pues… Nada, Lu, si es que es una chorrada. —dijo ella dudosa a punto de soltar prenda.

—Lo que quieras, pero vamos, que yo cuando hablo noto cómo disminuye todo, sea chorrada o no. —seguí insistiendo.

—Pues resulta que he quedado varias veces con tu hermano y… tía me muero de la vergüenza de contarte esto. —empezó a expresarse avergonzada.

—Pero chiqui, si lo sé, te recuerdo que es mi hermano. —le dije acariciándole la espalda.

—¿Lo sabes todo? —preguntó poniéndose una mano en la cara.

—Cuéntame tu versión y te digo si lo sé todo.

—Básicamente es que comenzamos a quedar y yo pensaba que le gustaba, pero hace unos días me aclaró que no. Yo pensaba que no iba a saber nada más de él, pero resulta que me sigue hablando como si nada. Te voy a confesar que me gusta bastante, pero claro, saber que yo no le gusto a él me ha dejado un poco chafada. Y no te preocupes, Lucía, que te conozco. No estaba perdidamente enamorada, así que se me pasará pronto. —me calmó verla hablar del asunto con tanta naturalidad.

—Joder, Vane. Te voy a decir una cosa. Mi madre y yo creemos que es homosexual. No quiero que digas nada porque él lo niega y no lo sabemos con seguridad, pero nos da esa sensación. Entonces yo creo que le caes bien, pero que a las chicas solo las puede ver como amigas. —mientras yo hablaba, ella iba abriendo la boca cada vez más y al final del todo comenzó a reírse.

—Dios, Lu, me meo. Y yo pensando que le gustaba. Qué tonta. Pues si es gay no se le nota absolutamente nada, eh. —dijo Vane.

—Como está tan centrado en su trabajo y en sus amigos… No conocemos casi relaciones suyas. Hace un par de años estuvo con una chica que le duró unos meses y tampoco le vimos muy emocionado. Por eso mi madre y yo lo pensamos… no sé, ya se verá.

—Jo tía, yo que tenía ilusión, me estaba apeteciendo conocerle y hasta había imaginado nuestro primer beso…

—Qué *llocarias*. Bueno, ¿empezamos con química?

—Pues la verdad es que no me apetece ni lo más mínimo. —se rio—, pero venga, vamos con los moles y las disoluciones.

Y allí nos pusimos en la mesa de su salón a hacer ejercicios de química para que ella pudiera aprobar el examen de recuperación que tenía. Como de forma *online* no había acudido a las tutorías presenciales que tenía, esa asignatura se le había atragantado. Y no es que yo fuera una máquina en química, pero el resto de nuestras amigas no daba esta asignatura y no le podían ayudar. Hicimos lo que pudimos aquel día y más cuando toda excusa

era buena para hablar de otro tema. Cuando recibió la nota de su examen, se entristeció tanto que la profesora le dijo que hiciera unos ejercicios con ella para que le subiera nota y poder aprobar la evaluación anterior. Había sacado un 4, pero la profesora le felicitó por la mejoría, ya que en el anterior examen solo pudo obtener un triste 1. Con el 4 y los ejercicios que hicieron juntas, le puso un maravilloso 5 y Vane pudo pasar limpia a la siguiente evaluación.

50. GOLPE DE REALIDAD

No dábamos crédito a lo que Jorge había hecho con Teresa. Él estaba como si nada y ella le daba largas porque no sabía qué decirle y cómo abordar la conversación que, posiblemente, les separaría para siempre. Mi máxima divina se sentía engañada, algunas de nosotras le quisimos dar a entender la posibilidad de un malentendido, pero todas nosotras sabíamos que la cosa pintaba fea. Para ella, su relación con Jorge era perfecta, justo lo que siempre había buscado en una persona y con él había llegado a sentir lo que nunca otro chico consiguió. <¿En qué momento se torció todo?> nos preguntaba sin que el llanto le diera tregua. Casi por primera vez, vimos a Teresa sin maquillar, auténticamente desolada y destrozada.

—Chicas, es que no lo puedo entender. Si parecía que besaba el suelo que yo pisaba. —nos dijo ella una tarde en la que en lugar de ir a clase fuimos a casa de Vane.

—¿Cuándo piensas hablar con él? —pregunté yo calmada.

—Es que no sé lo que le debo decir ni lo que le quiero decir. A veces pienso en ir sosegada y tranquila, contándole lo que oí y otras veces me gustaría ir como una furia a meterle una paliza. —explicó ella con rabia.

—Cuki, pues si hay que elegir entre alguna de estas opciones yo creo que sería mejor la primera. —aconsejó Megan.

—Ya sabes lo que pienso yo. Las cosas se reciben mejor si nos hablan bien. Tienes todo el derecho de este mundo de ir furiosa, pero puedes encontrarte una peor reacción que si vas calmada a hablarlo todo. —opiné mientras le quitaba las lágrimas de la cara con una servilleta de papel.

—Pues yo no sé si iría con tanta serenidad como vosotras. —dijo Vane alterada—. Yo exigiría explicaciones y no creo que fuera la reina de la calma, vamos.

—Ya lo sabemos, Vane. —afirmó Luna—, y yo creo que tampoco podría, pero Lucía lleva razón, Tere, es mejor si vas de buenas maneras.

—Es que necesito saber tantas cosas… necesito que me diga desde cuándo está con esa chica, qué siente por ella, de dónde ha salido, por qué seguía conmigo si tan contento está con ella, por qué me dijo que iba a ver a

sus amigos, por qué sigue haciendo planes con ella y conmigo… me voy a volver loca. —manifestó Teresa como sin energía.

—Pues ya está, para que él te responda a todas tus preguntas y no se sienta atacado, tienes que ir calmada, cari. —volví a decir.

En este tipo de conversaciones no podía faltar nadie y echábamos de menos a Elisa. Ya llevaba unos días en Madrid viviendo su historia de amor, más días de los que pensaba. Elisa era los pies en la tierra y quien más nos calmaba en nuestros momentos de nervios, así que solo pudimos echarle de menos. Esto no significaba que estuviera ausente, ya que por el grupo de WhatsApp ella intervenía para aconsejar a Teresa todo lo que podía.

Finalmente, Tere decidió mandarle un mensaje a Jorge y le propuso quedar esa noche. Le pidió que fuera en coche y no en moto, ya que su idea era no salir del coche. No quería ir a una cafetería donde no pudieran hablar las cosas como ella quería. Ella sabía que iba a llorar y no quería armar un espectáculo con público.

Sobre las ocho de la tarde, Jorge fue a recoger a Teresa en el coche. Ella se montó y él vio sus ojos hinchados y rojos, su vestimenta poco pensada, su pelo en una simple coleta y su expresión triste.

—¿Qué te pasa, princesa? ¿Ha pasado algo nuevo con Chema? —preguntó él preocupado por verla en esas guisas.

—No. No es eso. Ahora lo hablamos. Quiero que vayamos al parking de la gasolinera. —dijo ella todo lo calmada que pudo.

—Jolín, cariño, me estás preocupando.

Ella no medió palabra en los cuatro minutos que tardaron en aparcar donde ella le había indicado. Ese parking es grande y sin mucho tránsito a esas horas. Jorge puso el freno de mano, apagó el motor, se quitó el cinturón y se ladeó para ver a Teresa mejor. Ella hizo lo mismo.

—Cuéntame, por favor. ¿Qué ocurre? —dijo él haciendo un ademán de ir a darle un beso, pero no encontró a Teresa muy receptiva y volvió a preguntar—. ¿Qué te pasa, Teresa?

—¿Por qué fuiste a Milán? —preguntó ella a bote pronto.

—Ya te lo dije, porque quería ver a mis amigos.

—Jorge, no me mientas más. No querías que fuera contigo porque ibas a ver a una chica.

—Pero, ¿qué narices estás diciendo? —cuestionó Jorge sorprendido.

—Te hizo muy poca gracia que fuera a por ti al aeropuerto y mucho menos que hubiera reservado para cenar. Cuando estuviste en Milán casi no

hubo manera de que pudiéramos hablar y a todo esto le tienes que sumar que te escuché en el baño hablando por teléfono con una chica a la que le decías que estabas muy contento de haber estado con ella, que cuando puedas vuelves a verla, que vais a iros a no sé dónde… te juro que estoy pretendiendo mantener la calma, pero es que esto tiene tela marinera. —expresó Teresa alterándose gradualmente.

—Madre mía, qué película te has armado tú solita. Solo era una amiga. —alegó él petrificado y casi tartamudeando.

—Jorge, a una amiga no se le dice que te están esperando tus padres para cenar cuando esa era yo, ni se le dice que sueñe contigo ni que te vas a ir a vivir con ella. Si eso fuera cierto, lo habrías hablado conmigo, como lo del trabajo que estás esperando. ¿No ves que no son películas mías? —dijo ella echando una lágrima.

—Te estás pasando conmigo. —expresó él mirando al volante.

—No me estoy pasando. Eres un cínico, Jorge. Lo que pasa es que te sientes acorralado y no sabes qué decirme, pero yo tengo muchas preguntas y prefiero que las respondas con honestidad. —contestó ella con seguridad.

—Preciosa, no sé lo que te estás imaginando, pero seguro que no es así.

—Pues explícamelo, Jorge, porque hay muchas cosas que no entiendo. Y no me llames preciosa porque también se lo llamas a ella. —pidió enfadada.

—Mira, contigo no se puede hablar. Estás muy alterada y así no vas a entender nada de lo que yo te diga.

—Pues inténtalo. —Teresa bajó el tono.

—Si es que solo era una amiga.

—Si sigues por ahí me voy a bajar del coche y no me vas a volver a ver en tu vida. Si me tienes algo de aprecio sé sincero. —dijo ya sin lágrimas.

—Lo estás exagerando mucho, ¿no crees? —quiso él dar la vuelta a la tortilla.

—¿Te importaría contarme la verdad de una maldita vez? Esta es tu oportunidad para explicarte.

—Joder… te prometo que a quien yo quiero es a ti. Solo dije eso para que dejara de llamarme y se quedara tranquila.

—¿Cómo y cuándo empezó todo? ¿Cuándo empezaste a mentirme? —interrogó Tere muy seria.

—Te lo voy a contar todo, pero no me interrumpas. Yo me iba a ir con mis amigos de allí, fui solo para verles, te lo prometo. Pero días antes, le dijeron a mi exnovia que iba a ir y me llamó. Cuando volví a España en

verano, me vine de muy malas maneras y teníamos varias cosas que hablar. Yo no pretendía quedar con ella ni nada, pero me presionó diciéndome que teníamos que hablar las cosas a la cara y me convenció. Mi error fue no contarte esta historia, pero ella para mí ya no era tan importante y no quería que te enfadaras ni que creyeras cosas que no eran. Quedé con ella después de haber estado bebiendo cervezas con mis amigos y cuando me di cuenta nos estábamos besando. Me confundí. Estaba allí en Milán de nuevo, con mis amigos de allí, en los sitios que yo frecuentaba y me dieron ganas de olvidarme de España y quedarme allí. Esa noche nos dijimos mil tonterías, pero al día siguiente me arrepentí de todo. Verte en el aeropuerto fue un tortazo de realidad en un momento que no esperaba. Sinceramente, no me gustó que vinieras porque necesitaba digerir todo lo que había hecho y pensar en cómo contártelo todo. —declaró él visiblemente afligido.

—Pero, ¿pensabas contármelo? Porque mi sensación es de que no.

—Pues lo estaba pensando. Prefería que la cosa se quedara en un desliz y yo seguir mi vida tan feliz contigo. Quería olvidarlo y pensar en que no había pasado.

—¿Sigues hablando con ella? —siguió Teresa con su interrogatorio.

—No, te lo prometo.

—Joder, Jorge, es que no te creo.

—Perdóname, mi amor, soy un imbécil. —espetó Jorge.

—Te olvidaste de mí estando en Milán y deseaste quedarte allí… suponiendo que todo esto que me cuentas sea verdad. ¿Sabes qué pasa? Que la conversación que yo escuché no era como de arrepentido y diciéndole que te dejara en paz. No le frenabas los pies en ningún momento, sino que continuabas. Yo ahora no puedo creerte.

—Necesito que me perdones, mi vida, yo solo quiero estar contigo. Me he equivocado. Soy un ser humano, con virtudes y defectos, muchos defectos. —dijo Jorge.

—Y con muy poco corazón y muy poco amor por mí. Mucho menos del que decías. Ya sabes que has sido mi primer amor de verdad y me haces esto… no sé si podré perdonarte. Voy a necesitar tiempo para pensar. —sentenció Teresa.

Jorge siguió insistiendo en que Teresa era lo más bonito de su vida, pero algo en ella le gritaba que no le creyera. Para ella era muy difícil poner fin a su historia de amor, pero sabía que esas no eran las bases que quería para su relación. Ese algo interno le pedía que saliera del coche y que olvidara a ese

chico. ¿Por qué nunca le había hablado de esa chica anteriormente? ¿Por qué al volver de Milán no le contó lo ocurrido en lugar de hacer como si nada hubiera pasado?

Al llegar a casa no pudo ni llorar. Ya lo había llorado todo. En ese momento solo sentía impotencia y rabia. Mucha rabia por haber sido tan tonta y creerse que el amor era posible para ella. Teresa pensaba que nadie le querría como ella merecía, con lo que ella se había entregado a Jorge. Que hasta incluso perdió con él la virginidad. En ese instante pensó en la primera vez que lo hicieron, el daño que le hizo y lo brusco que fue. Le hizo imaginar que todo ese tiempo juntos había estado con otras… ya no sabía hasta qué punto todo lo que habían vivido juntos había sido de verdad. Ya no sabía si él la había querido alguna vez, si él sentía ese amor tan puro que profesaba… Qué confundida estaba. Lo que sí tenía claro era que esto no iba a poder con ella. Ella era muy fuerte y solo sería un tropezón en su vida.

51. LA BOCA DEL LOBO

Meterse en la boca del lobo significa exponerse a peligros sin necesidad. Partiendo de ahí, ¿solo yo veía dónde se estaba metiendo Megan? ¿Tú lo ves como yo?

Te cuento esto porque un día de los que Megan tenía clase particular con Miguel, él le envió un mensaje para decirle que tenía mucho que corregir a esa hora y que no tendría tiempo para dar la clase, pero que podían verse en su casa el sábado por la mañana de esa semana para compensar.

Cuando nos lo comentó, todas las demás se lo tomaron como si nada y yo, que estaba notando que ese profe dejaba de ser el profe para ser Miguel, vi que Megan se estaba metiendo en la boca del lobo y acabaría como la abuelita de Caperucita.

—Chicas, tengo que confesaros que Miguel me gusta una poquita. —musitó Megan.

—Ya lo sabemos, pero yo no veo nada malo. Es un chico más. —contestó Teresa.

—No es un chico más, Tere, *pariño*. Es nuestro profesor de inglés. Le saca seis años y yo me pregunto por qué se ha fijado en Megan. —dije yo algo asustada.

—Pues porque es una divina —se rio Teresa—, una divina que está buenísima.

—Ay, Lucía, no me metas los demonios en el cuerpo. ¿Qué hago? ¿No voy? Si me está ayudando un montón en inglés. —se justificó Megan.

—Y te gusta, Megan. El inglés creo que… —interrumpí yo.

—Haz lo que te dé la gana, pero si te lo follas, avísanos y dinos cómo la tiene. —bromeó Luna.

—¿Pero estás dudando si ir o no? —preguntó Vane.

—Pues sinceramente no. —Megan se rio con risa maligna—. Voy a ir porque me apetece *una montoná*, como dices tú, Lu.

—Madre mía, Meguin… —le miré de soslayo. —¡Qué ganas de marcha tienes!

—¡Cómo le gustaría a Elisa estar aquí! Cuando se lo cuente va a querer volver de Madrid. —dijo Megan bailoteando de felicidad.

Tal y como quedaron, el sábado por la mañana ella se presentó en casa de Miguel y, menos nerviosa que el primer día, presionó el 472 + campana. Yo creo que llevaba los libros de inglés para disimular aunque ella dijera lo contrario. De nuevo, él le recibió apoyado en el marco de la puerta con los brazos y las piernas cruzadas y con una grandísima sonrisa. ¿Pero a qué profesor le hace tanta ilusión trabajar en un día libre? *Vamoraverqueyomevuervoloca.*

Cuando ella se acercó a él, también sonriente como una tonta, él le dio un fuerte beso en la mejilla, le miró a los ojos unos segundos y le hizo un gesto para que pasara. Él cerró la puerta y ella se giró. Los dos se sonrieron.

—Megan, perdona por haberte hecho venir. Esta semana he estado muy ocupado. Tengo muchas cosas que corregir y me parece que la semana que viene también va a ser así. Si a ti no te importa, la semana que viene puede ser igual que hoy. —dijo él andando hacia ella y simulando pena.

—No, a mí no me importa. Me sabe mal por ti porque es tu tiempo libre. —contestó ella con timidez.

—Yo lo prefiero, incluso. Si quieres lo dejamos fijo el sábado por la mañana. ¿Has desayunado? —preguntó él poniéndole la mano en el hombro.

—Sí, un poquito.

—¿Te apetece un café? Yo me voy a tomar uno.

—Vale.

Él llevó a la mesa del salón dos cafés mientras ella sacaba todo lo de inglés de su mochila. Se sentó a su lado sin arrimarse a la mesa y mirándole a ella.

—Tengo aquí tu examen del lunes. No lo he corregido porque quiero que lo hagamos juntos. ¿Cómo te salió? —preguntó él sosegado.

—Pues no lo sé, creo que mejor que el último.

—En el último ya habías mejorado. ¿Te estás leyendo el libro que te dejé?

—Sí, lo que pasa es que voy muy lenta porque tengo que buscar muchísimas palabras en el diccionario y me canso rápido.

—Si quieres, te puedes quedar a comer y después vemos una película en inglés con subtítulos en español. —propuso Miguel con naturalidad.

—Ehh… vale. —respondió ella intentando disimular su alegría. La muy perra había quedado con nosotras por la tarde y, como era habitual en ella, nos dejó plantadas a última hora.

Después de hablar el tiempo que tardaron en tomarse el café, se pusieron a corregir el examen que Megan hizo el lunes anterior. Mientras corregían, las miradas de Miguel se clavaban en los ojos de Megan cuando él percibía un error. Crearon códigos para próximos exámenes que solo podrían descifrar ellos dos y se rieron de las respuestas incorrectas de ella. La alumna estaba cómoda y más con esas vistas. A las dos horas se tomaron un descanso y él llevó dos cervezas y unas aceitunas para acompañar el descanso.

—¿Qué te apetece comer? —preguntó él yendo al sofá. Dio un golpecito a su lado para que ella fuera.

—¿Qué tienes? —cuestionó ella de camino al sofá.

—Tengo muchas cosas, entre ellas pollo para hacer al horno, pasta, arroz, tallarines tailandeses…

—Mmm ¡tallarines tailandeses! ¡Qué rico!

—Están riquísimos, los hago con leche de coco.

—Perfecto, me encanta la leche de coco.

—¿Y qué más te encanta, Megan? —preguntó él con mirada pícara.

—Me gusta casi todo. —respondió ella sin saber a qué se refería Miguel.

—¿Todo, todo? —insistió Miguel para dejarle claro que no hablaba de gastronomía.

—Depende, todo no. He dicho casi.

Después del descanso, siguieron con la clase hasta la hora de hacer la comida. Él le dejó una de sus camisetas para que estuviera más cómoda y más fresca. Tenían la calefacción puesta y ella iba con un jersey de cuello vuelto. Él le iba enseñando cómo hacer los tallarines tailandeses y la conversación fluía que daba gusto. Él a veces soltaba algún comentario que Megan no sabía cómo interpretar y ella no contestaba con alguna tontería por si se estaba confundiendo.

Se comieron los tallarines y se echaron en el *chaise longue* para ver la película en inglés. Decidieron poner *Mentiras mortales*. Al principio, ella estaba un poco alejada de él, pero luego él fue a por una manta y cuando volvió se puso totalmente pegada a ella, con la excusa de taparse los dos con la misma manta.

—¿Estás bien con una manta o voy a por otra? —preguntó él.

—Estoy bien así, gracias.

—Es que te veo un poco tensa.

—Hombre, estoy en casa de mi profesor comiendo y viendo una película. No es lo mismo que si fueras un amigo.

—Pero es que aquí no soy tu profesor. Hoy es sábado y no estoy trabajando. —dijo mirándole fijamente.

—Entonces vamos a ver la película en español, por favor, que si no, no me entero. —se rieron ambos.

—Vale, me parece justo. Es momento de descansar. Pero estate relajada, por fi. —le pidió Miguel poniendo su brazo detrás de la cabeza de Megan.

Miguel cambió el idioma de la película y la puso en español. Ella seguía tensa y más porque estaba incómoda con su brazo en su nuca, pero no quería decirle nada para que no lo quitara. Cuando ya le dolía el cuello, ella movió la cabeza y él le acercó a su pecho. Megan no sabía de qué iba la película y ya llevaban 15 minutos viéndola. Solo pensaba en que estaba apoyada en el pecho de Miguel y que desprendía el mismo olor que él, a su suavizante. De pronto, sintió cómo el brazo que estaba detrás de ella se posaba en su cadera y al rato, con esa mano le acarició suavemente la mejilla. Megan abrió los ojos como platos y sus latidos avanzaron el ritmo.

—¿Te está gustando la peli? —preguntó él.

—De momento sí. —mintió ella.

Él le tocaba el pelo lentamente y eso le estaba poniendo muy nerviosa o muy cachonda. Una de dos. O las dos. Sus braguitas se empaparon de golpe y más cuando notó que la mano de Miguel se deslizaba por su cuello. Ella se recolocó un poco más arriba de su pecho, casi en su hombro. Él le miró sosteniéndole la mirada y le dijo:

—No me estoy enterando de nada de la película.

—Yo tampoco mucho.

—Es que tengo la cabeza en otro sitio. —continuó con la mirada fija.

—¿Dónde tienes la cabeza? Si se puede saber.

—¿Lo quieres saber?

Megan asintió y él se acercó a sus labios. Juntó su boca a la de ella y su mano al cuello de ella. Él se separó un centímetro y susurró:

—En esto pensaba.

Ella sonrió casi con los ojos cerrados, lamiéndose los labios y él volvió a besarla con mucha ternura, acariciándole los brazos, el pelo, la espalda, los muslos… se besaban con ganas, como si ya llevaran tiempo esperando ese beso que no llegaba y al fin llegó. Mientras se besaban, hasta se les escapaba algún suspiro. Después del beso llegó un abrazo fuerte e

interminable, de esos que no quieres que se acaben nunca. Entre besos, caricias, miradas y abrazos, la película terminó. Acordaron no decirle nada a nadie porque en el instituto no se podían enterar, aunque ella nos envió un audio de 7:35 minutos contándonos todo en cuanto salió de su casa. Nos pidió que mantuviéramos el secreto y eso hicimos. Efectivamente, Megan se había metido en la boca del lobo. ¿Sería Miguel un lobo?

52. MAR DE DUDAS

El domingo por la mañana quedé con Teresa para desayunar en una cafetería cercana a la Gran Vía. Quería que me contara cómo seguían las cosas en casa y con Jorge. Ella estaba pasando por una situación complicada y yo quería estar a su lado.

—Jorge me escribe y me llama a diario, yo no sé qué responder. No deja de pedirme disculpas por su desliz y yo no sé si puedo creer que haya sido solo un desliz, Lu. Es que no me saco de la cabeza la conversación que le escuché en el baño del restaurante, la ilusión con la que preparé la sorpresa y su reacción tan sosa. ¿Qué narices hago, tía? —dijo Tere a punto de llorar.

—Yo dejaría que pasara el tiempo. Un error lo tiene cualquiera, somos humanos. Pero aún no estás preparada para pasar página, creo yo. Solo tú tienes la respuesta. —respondí con toda la delicadeza que pude.

—Está claro. Necesito tiempo para enfriarme un poco. Está muy reciente y yo tengo muchas dudas. —me dijo a media voz.

Seguimos hablando de Jorge mientras nos tomábamos nuestro café con la tostada, ella de tomate y jamón serrano y yo de aguacate y pavo. La conversación de Jorge desembocó en Santi. Yo le expresaba con total honestidad mis sentimientos hacia él y lo que creía que Santi sentía por mí y por Carola.

—Ya sabes que yo creo mucho en el destino y si es para ti, tarde o temprano lo será. —sentenció Tere.

—Yo en el destino no creo mucho. Quizá si tuviera una situación normal con su novia, donde simplemente él ya no sintiera lo mismo por ella, todo sería diferente. Pero con la enfermedad de la hermana de ella, él siente que no puede irse y, Tere, yo le entiendo.

—Yo no sé hasta qué punto debes aguantar esta relación clandestina. La Carola esa se acabará enterando y él se quedará con ella. O bien, un día los remordimientos no le dejarán continuar contigo. —afirmó con rotundidad.

—Pero es que me encanta estar con él. Lo que sentimos el uno por el otro es tan bonito… —dije sonriendo mientras recordaba momentos con él.

—Pues, *peteña*, sigue con esto, vívelo al máximo y ya se verá.

—Eso es lo que estoy haciendo. También tengo que pensar en mí.

—Lucía, cuando te digo todo esto es porque estoy pensando en ti. Tú no eres de pensar en las consecuencias y esto las va a tener. —me dijo ella totalmente seria.

—Bueno, cuéntame cómo está todo en casa. ¿Chema y tu madre han vuelto definitivamente? —pregunté para cambiar de tema.

—Creo que sí. Tía ese hombre es el puto demonio y mi madre no lo ve. ¿Sabes qué pasa? Como delante de ella muestra una cara y a sus espaldas muestra otra, yo no tengo forma de demostrarlo.

—Pero esto no es nuevo. Ella ha visto muchas cosas. ¿O no se acuerda de cuando tú fuiste a la casa de Torrevieja con tus amigas del conservatorio y se presentó allí a las siete de la mañana con la llave de tu madre y os echó a gritos?

—Pero es que dice que ha cambiado y que tenemos que darle una segunda oportunidad. Él antes no se cortaba absolutamente nada, pero ahora mide mucho cómo tratarme delante de ella y no dejar pruebas.

—Qué asco me da este tío. Qué impotencia siento.

—Pues imagínate yo. Mi madre piensa que es una persona renovada y maravillosa.

—Dale tiempo. Tenemos que hacer algo para que tu madre se dé cuenta, para que tu madre vea cómo es contigo cuando ella no está.

Estuvimos pensando en maneras de probar la doble fachada de Chema cuando, de pronto, la cara de Teresa cambió radicalmente.

—Lu, Santi está ahí. No mires, va a pasar por nuestro lado. Está con una chica muy acarameladito. —anunció Teresa cogiéndome las manos.

—¿Qué? No me lo puedo creer. ¿Cómo de acarameladitos? —pregunté yo nerviosa.

—Vienen muy despacio. Él tiene el brazo encima de sus hombros y con la otra mano le está haciendo tonterías en la cara. Los dos se están riendo. Ahora se están besando. No te gires, Lucía. —narraba ella la escena mientras mi corazón se agitaba cada vez más y la boca se me secaba.

—¿Es él con seguridad? Sigue diciéndome lo que ves.

—Sí, sí. Claro que es él. Ella será Carola, digo yo. Se están comiendo unos churros y él está poniéndole uno en la boca, pero no le deja cogerlo. Nena, esos dos no están mal. Es un puto cabrón.

—¿Y si es otra? —mi corazón iba a mil por segundo. Se me iba a salir por la boca. Me estaba entrando hasta angustia.

—No lo sé. Tía, le está tocando la barriga así en círculos. Se acercan. Por tu madre, no mires.

—No me lo puedo creer, tia, no me lo puedo creer.

—¿No habrá un hombre bueno en este mundo? Está claro que si le miente a ella, te miente a ti también. A este chico patada, eh, patadita en *la culo*.

Efectivamente, los enamorados pasaron por nuestro lado lentamente. Haciéndose carantoñas, arrumacos y cariñitos. Poco propio de una pareja que se encuentra en crisis. ¿Sería Carola u otra chica? Claro, como yo nunca había visto una foto de la novia de Santi, no podía reconocer a esa chica.

Él no me vio y así lo preferí porque no habría sido capaz de pronunciar una sola palabra y más unirla a otra y que tuviera un mínimo de coherencia. Vamos, que si me llegaba a ver me habría quedado callada o habría quedado como una tonta. ¡Qué rabia sentí! Y eso que yo sabía que él tenía novia, suponiendo que esa chica fuera Carola, yo lo sabía todo y aun así me quemó el alma verle en modo empalagoso con otra chica. Yo me creía dueña de sus caricias, de sus besos y de sus deseos. Pero ¡qué va! Esta historia tenía que finalizar como fuera porque aquí nadie saldría ileso. No lloré. Estuve sin reaccionar varias horas, sumida totalmente en un “no puede ser”. Me dolió tanto verle cómo caminaba con esa chica de esa forma tan feliz, de esa forma que yo pensaba que solo hacía conmigo…

Como yo no podía ponerme en contacto con él hasta que él no se pusiera en contacto conmigo, esperé impaciente su mensaje o llamada. A las 19:04h llegó por fin.

Santi: <Por fin mañana lunes para verte,
pequeña. Nunca habían parecido tan
largos los fines de semana. Desde que
te conozco son un calvario. ¿Cómo ha
ido el día? Después, si puedo escaparte
un poquito te llamo. Te quiero.>

Yo: <Mañana podríamos salir un poco antes
de que terminen las clases y hablamos.>

Santi: <Sí, me encanta la idea. Qué ganas tengo
de besarte. Podríamos volver al Palmeral.
Ese es nuestro escondite, nuestro lugar.>

El lunes siguiente, Santi me avisó antes de comer diciendo que no iría a clase. Habían llevado a la hermana de Carola a urgencias porque estaba vomitando sin parar. Se iba a quedar ingresada para hacerle pruebas, pero que en cuanto pudiera vendría a verme. Me chafó. Esa noticia fue otra daga para mí. Me volví a confundir y mis fuerzas para terminar nuestra rara relación quedaron reducidas a cero. Ya no me sentía valiente para darle un disgusto. Total, ¿qué podía reprocharle yo? Si yo era su rincón de libertad. Su vía de escape.

53. TENEMOS UN EMAIL

Aquel día todas necesitábamos esa quedada divina, por eso, acordamos que el miércoles después de clase y vestidas de rosa, nos iríamos a la cafetería que estaba frente al instituto. Los descansos en el insti duraban solo veinte minutos y eso era insignificante para que todas pudiéramos expresarnos como nos gustaba. Además, normalmente venía también otra gente con nosotras y así no había quien hablara con intimidad.

—Lu, ¿cómo va la hermana de Carola? —me preguntó Megan mientras nos sentábamos en las sillas metálicas de esa cutre cafetería.

—Pues parece que a peor y él no se despega del hospital. No ha vuelto a clase y no ha venido a verme. Carola se ha pedido días libres en la tienda donde trabaja y claro, así es imposible que me llame. Solo WhatsApp y bien poco. —respondí yo con pena.

—Bueno, tienes que entenderle. Es un asunto grave. —dijo Vane.

—Pero que no se te olvide que eres “la otra”. Su novia es ella. Tú no puedes exigirle. —me recordó Luna, como si a mí se me olvidara el lugar que ocupaba.

—Qué delicada, Luna. —le reprochó Teresa.

—No pasa nada, si lleva razón. —contesté yo sin energía.

Después de pedir lo que queríamos tomar, le preguntamos a Luna si tenía novedades de Carlos o de Noel, del que quisiera hablar.

—He bloqueado a Noel porque tuve la magnífica idea de asegurarle que me iría a Vietnam con él. Y a Carlos le llamé el lunes, que sé que es su día libre, pero no le entiendo. Me dice que le gusto mucho, pero que no quiere correr y joder, yo tampoco quiero correr, pero es como si le necesitara. —contó Luna mientras le atendíamos.

—Jopetis, Luna. Deja que Noel te olvide y a Carlos dale tiempo y espacio. —aconsejó Tere.

—¿Pero cuál es el problema si los dos os gustáis? —preguntó Vane.

—Pues no tengo ni idea, como él tampoco es de expresar mucho los sentimientos… —contestó Luna con la boca llena de kikos.

—Mira, como tú. Menudos os habéis juntado. —objeté yo.

—Ya ves. Aunque Luna está mejorando, yo creo. Se está haciendo humana con corazón y esas cosas. —dijo Tere riendo.

—Chicas, yo me estoy enamorando. Tiene unos ojos, unos labios, una sonrisa, unos brazos, una voz… yo estoy flipando. —expresó Megan con los ojos casi blancos—. Os ruego que esto no salga de aquí.

—Otra veeez. Anda que no nos lo has dicho veces. No vamos a decir nada. —dijo Vane con hartura.

—Tú ándate con cuidado, que no me fio yo de este profesor. Veo muy raro que exponga su puesto de trabajo y más siendo nuevo. —opiné yo con relativa seriedad.

—El amor es así. —canturreó Megan.

—El amor… a la mierda el amor. —soltó Tere de pronto—, el amor es mentira.

—Bueno, chicas, tengo una sorpresa para vosotras. —manifesté haciéndome la interesante. —como Eli no ha podido venir a esta reunión porque está viviendo el amor en Madrid, ha querido estar un poquito presente y me ha enviado un *email* para que os lo lea:

Hola peteña, he decidido escribir este correo para el día de la quedada divina. Aunque yo no pueda estar, léeme en mi turno, por fa. Te quiero.

Sé que dije que solo estaría aquí los fines de semana, pero solo pensar en despegarme de Rodri me hace echarle de menos. En febrero las clases son un poco paja, no tenemos exámenes fuertes aún y quiero aprovechar el tiempo aquí, así que, nenas, mil gracias por cubrirme con los profes aunque sea un poco mentirijilla lo que les hemos contado. En realidad, necesito esto porque he estado muchos meses muy mal pensando siempre en los demás y olvidándome de mi felicidad y, como muy bien me aconsejó mi guapo psicólogo, tengo que pensar en mí. (Sí, Lu, no pongas esa cara, tu hermano está como un queso y ya sabes lo que me gusta el queso.)

Chicas, estoy viviendo un sueño del que no quiero despertar jamás. Desde que Rodri vino a Madrid todo está siendo maravilloso, ya no pienso en la relación (Rodri-Martina) como tal, es como si ese pensamiento hubiese desaparecido con la distancia que separa Alicante de Madrid. ¡Estoy tan ilusionada…! Madrid es perfecto, aquí pasan cosas, está lleno de vida y hace que yo me sienta más vital que nunca. Teresa, Madrid te encantaría y aquí conocerían a la famosa

más increíble del mundo en el momento que pusieras un pie en la Gran Vía. El otro día encontré un box de Crossfit y me apunté para probar una clase gratuita, ¿os acordáis de Javi, el chico que conocí cuando daba clases de natación? pues él practica este deporte y siempre que veo sus redes sociales pienso en que eso me gustaría, pero, chicas, es muy caro… Bueno, que me voy por las ramas, mañana daré mi primera clase y si me gusta me voy a apuntar. Decidido, tiro la casa por la ventana. No pienso ponerme ningún obstáculo en mi vida: lo que me guste lo voy a hacer. ¿Quién sabe qué me espera al otro lado de algo que me da miedo intentar? Cuando acabe el curso me instalaré definitivamente en Madrid, comenzarán las clases en la universidad y trabajaré en cualquier sitio para sacarme un dinerillo. No puedo pedir nada más…y Rodri…un amor, es tan atento… me hace muy feliz, el piso es una pasada y me siento como en una de esas pelis que tanto nos gustan, aunque he de confesaros que mi "yo" antiguo alguna vez que otra hace acto de presencia sin previo aviso y sin invitación y me repite una y otra vez que todo tan bonito no puede ser, ¿cuándo he sido yo tan feliz? ¿cuánto durará este sueño sin que venga la hostia de realidad a ponerme los pies en la tierra?

Mis padres me llamaron ayer y, ¿sabéis qué? Martina está evolucionando mucho, ya ha podido recordar muchas cosas. Imaginad adónde iba el día del accidente… pues ¡tenía una cita con su amante! Ahora tiene tal mareo en su cabeza que confunde cosas y todas sus mentiras están saliendo a la luz, por lo visto su cabeza no es capaz de recordar las mentiras del pasado y ahora salen todas las verdades como puños, aunque diluidas y confusas. ¿Cómo no va a estar confundida con la película que tenía montada en su cabeza? cualquiera se volvería loco. No creáis que lo ha confesado todo. Ella ha recordado el día del accidente y ha contado que tenía una cita con su novio, pero claro…nosotros sabemos que no había quedado con Rodri ya que él estaba en el trabajo. ¿Os acordáis cómo fue llamarle para contarle lo ocurrido? ¿Y lo rápido que vino para estar al lado de Martina? y ahora Rodri es mi novio ¿novio? jajaja ¡qué raro suena!

Bueno, Luna…te he comprado una cosa que vas a flipar, te doy unas pistas: es más grande que tu brazo, suave, 10 velocidades, frío y calor, no se queja, jamás baja el ritmo a no ser que tú se lo pidas… Tú no

eres de las que se arrastra por nadie, lo único que tienes que pasarte por ahí abajo es mi regalo, putilla mía.

Vanesa, cariño, ¿cómo van esos ánimos? espero que estés a tope, porque si no es así, te traigo a Madrid conmigo de los cuatro pelillos que tienes y te cogeré los primeros que pille, los de ahí abajo también me sirven.

Megan, por tu madre, cuéntame cómo va tu historia de amor. Sí, sí, no me digas que no porque sí te estás metiendo en la boca del lobo, que todas sabemos que vas a acabar en sus sábanas y no te culpo, eh, haces bien, que te quiten lo bailado.

Estaréis flipando, ¿qué han hecho con Elisa? jajaja soy la de los miedos a la repercusión de cada uno de mis actos. Ya no somos unas niñas aunque sigamos en el insti. Somos mayores y hemos acabado en el insti de nuevo por no rendirnos y buscar un futuro mejor, aunque sea después de hacer las vagas durante años. Por cierto, Megan, si te lo tiras llámame pitando, ni se te ocurra guardártelo para mi regreso. No hagas un Luna y me entero el día que os vais a casar. Sí, Luna, no pongas esa cara que tú haces eso, nos enteramos de todo a toro pasado, perra.

Peteña Lu… ¿y tú cómo estás? ¿Cómo va la historia poliamorosa sin sexo? ¿Ya le has atado con las esposas que te regaló Luna? Nunca me haces caso, pero el día que esto acabe se arrepentirá…y espero equivocarme, que deje de una vez a Carola y te haga inmensamente feliz porque por pena no se puede seguir con alguien, si ella supiese toda la verdad preferiría no estar con él…pero bueno, aquí estaremos las divinas para lo que tenga que venir. Estoy deseando veros y quiero veros aquí en Madrid. ¿Qué tal una escapadita para vacaciones de Semana Santa? dadle vueltas y sed buenas. Os quiero.

Atentamente, Elisa en una nube. (No dejéis que me baje nunca.)

—¡Qué tía! Me ha comprado un consolador. Se ve que ha llegado el momento de sustituir a Scalibur. —exclamó Luna entre risas.

—Madre mía, Luna, lo que te faltaba. —dije con la mano en la frente—. Oye, pero me parece muy buena idea eso de ir en Semana Santa a Madrid.

—Sí, sí. Yo lo veo. Tenemos que ir a hacerle una visita. —mencionó Tere con energía.

—En cuanto llegue a casa le llamo, que no le he contado lo último de Miguel. —dijo Megan con los ojos muy abiertos.

—¿Os habéis dado cuenta de que ha dicho mi guapo psicólogo refiriéndose a Marcos? Yo no sabía que tu hermano era su psicólogo. —Vane dijo esto último mirándome a mí.

—Bueno, es que tampoco es muy grave. Sabéis que ella tiene esta forma de pensar que no le deja pensar en ella y le pareció bien ir a terapia, pero nada importante.

—Espero que este chico le salga bien. Tiene muy poca suerte en el amor y se merece que le traten como a una reina.

Continuamos hablando de las cosas que Elisa comentaba en su correo electrónico y prometimos ir a Madrid en Semana Santa.

54. LUNA SE DESNUDA

Cada día que pasaba sin saber nada de él era un puñal para mí. Algo extraño estaba ocurriendo en mi interior, algo totalmente desconocido. Era algo que ellas describían, pero que yo nunca había vivido en mis propias carnes hasta conocer a Carlos. Quizá creas que soy una desalmada sin corazón, pero no es verdad. Yo tengo sentimientos, muchos más de los que la gente piensa. Mi brusca manera de hablar y mi falta de creencia en el amor hacen que me vean como un bicho raro. Es cierto que no soy muy cariñosa, que no me gusta eso de ir de rosa los miércoles y que no soy tan divina como ellas, pero soy humana. Las chicas ven el amor como el que nos muestran en las películas americanas y yo pensaba que eso no existía hasta cruzarme con Carlos en el camino. Yo era de las que pasaban de todos los chicos, buscando en ellos solo deseo carnal, pero no sé qué me pasó con él. Estaba en mi cabeza a cada minuto, le veía diferente, me hacía soñar y querer más, algo más allá del sexo. Yo hablaba con él y se me pasaban las horas volando, me miraba y el corazón se me agitaba. Yo siempre he sido muy segura y con él me sentía frágil, sentía que él tenía la capacidad de romperme en mil pedazos. ¿Qué coño me pasaba con él?

Harta de esperar su llamada y que fuera él quien me buscara, le llamé. Le llamé después de que la última vez que había hablado con él, me dijera que le gustaba pero que necesitaba ir despacio. ¿Ir despacio? ¿Pero es que estábamos galopando o qué? Llevábamos meses viéndonos y yo no pretendía que fuéramos novios, pero me sacaba de mis casillas que él no soliera estar disponible para mí y yo siempre para él. Pues bien, le llamé.

<Hola, Luna lunera, ¿qué tal?> contestó alegre al atender mi llamada.

<Hola, Carlos. Yo bien, pero jolín, si no te llamo yo, ya puedo quedarme esperando.>

<Llevas razón. Soy muy dejado. Lo siento mucho. Eso no quiere decir que no quiera verte ni saber de ti, que imagino por dónde irá tu cabecita.>

<Yo creo que no eres muy dejado. ¿No te acuerdas de cuánto insististe para acercarme a ti al principio? —le reproché sin poder evitarlo.

<Si me llamas para regañarme, ahórratelo.> —me pareció enfadado.

<No quiero reñirte, pero me dices que te gusto mucho y solo me lo demuestras cuando me tienes frente a ti. Es que eres tan diferente… Me estás volviendo loca. Te gusto, pero quieres ir despacio.>

<Sí, Luna. Me gustas, pero esto me agobia. No quiero esto.>

<Esto, como tú lo llamas, lo estás creando tú. Yo estaba bien hasta que llegaste a mi vida a ponerla patas arriba. Estaba tranquila. Me has querido llevar a tu lado y ahora que me tienes donde querías, me sueltas y no eres claro. Lo siento, pero no te entiendo.> —dije con tono serio y tajante.

<Joder, ojitos, llevas razón. No puedo decirte otra cosa. Te juro que me encantas. Pero antes no me buscabas y me creabas mucha intriga. Ahora necesito seguir con mis cosas mientras te veo de vez en cuando.>

<Pues yo así, a medias, no lo quiero, Carlos. Y aquí no ha pasado nada. No te creas que me estás rompiendo el corazón.> —mentí en cuanto al corazón roto, pero nadie me iba a ningunear.

<No, Luna. No quiero que esto se acabe, pero tampoco quiero agobiarme. Yo necesito ir muy despacio.>

<Yo te he dicho que no quiero correr, pero tu ritmo es de hormiga y me desespera.>

<No te pases>

<Un besito, Carlos, que te vaya bien.> —colgué tras decir esas palabras. Las últimas palabras que le dedicaría.

Estaba decepcionada. Por una vez que me daba el lujo de creer en el amor, mira lo que me pasó. Me topé con un tío que un día sí y cuatro no. Yo no estaba para esos mareos y suena raro que lo diga yo, porque yo lo he hecho mil veces con los chicos que me crucé, pero claro, no es lo mismo hacerlo que sufrirlo. Y vaya si lo sufrí.

Tuve la tentación de llamar a Noel, pero me pareció muy cruel por mi parte. Y yo no era de las que llamaba a las chicas en cuanto me sucedía algo. Yo me esperaba y lo contaba cuando les viera. Lo que hice fue meterme en la cama a dormir, pero antes probé el regalito que me trajo Elisa de Madrid. ¡Qué maravilla de amigo para el baño! Él nunca dice que no, siempre está disponible para mí.

Cuando me desperté desbloqueé a Noel, no para hablarle, sino porque no era justa mi reacción. Pensé si irme con él a Vietnam sería bueno o no para mí. Quizás sí lo era. Quizás no.

El caso es que yo le daba vueltas al asunto. Quería ser fuerte con Carlos, pero sabía que yo tenía que hacerme la fuerte por una razón, es decir,

normalmente era distante con los chicos, pero si tenía que forzarme en serlo con él era porque yo sentía algo más, algo diferente a lo que sentí con otros. Yo me había sentido rechazada por él en varias ocasiones y eso me dolía. Me dolía mucho empezar a sentir amor por primera vez por alguien que creía que me respondía de la misma manera, pero no. Fui tonta, muy tonta. Quise no habérmelo cruzado nunca.

Y Noel… tan bueno conmigo, tan adorable, tan todo… desde luego el problema era yo, que solo le tenía cariño aunque me atrajera sexualmente. Con él lo tenía todo, todo lo que yo quería. Lo tenía todo menos el sentimiento. Pero, ¿quién sabe si con el tiempo yo podría enamorarme de él? Noel siempre decía que él sabría esperar. Quizá vivir en Vietnam sería un buen momento para intentarlo. Lo de Vietnam sería transitorio, no era para siempre. Yo saldría de Alicante, viviría una experiencia nueva, nos tendríamos el uno al otro, nos haríamos una piña, aprendería inglés… ir allí tenía muchas ventajas y yo debía meditarlas seriamente. Quizá me olvidaría de Carlos. Nota mental: olvidar a Carlos es un dato importante a tener en cuenta.

Además, no tendría que trabajar y estaría rodeada de todas las comodidades que yo necesitara y quisiera. Si es que todo con Noel sería perfecto. Nos llevábamos muy bien, nos entendíamos en todo genial. Pensaba que era una pava si en Vietnam no me enamoraba de él. También tenía que reflexionar en que yo quería ser mamá pronto, muy pronto y Noel estaba por la labor. A nuestro hijo no le faltaría de nada, él y yo tendríamos una vida de marqueses. Estarás pensando que soy una vaga de cacas, pero es que no me gusta madrugar, no me gusta que me manden, no me gusta hacer cosas que no me apetecen, lo siento en el alma, no me gusta, no me gusta, no quiero. Vivir con Noel hacía viable mi sueño de ser mujer florero. Era lo que yo quería desde pequeña. Mi sueño era dedicarme a la educación de mis hijos, llevarles al parque, ir a comprar, hacerme las uñas, ir a la peluquería, leer, ver la tele, dormir… (ohh dormir, me flipa dormir). Socialmente está muy mal visto decir estas verdades, pero no las quiero ocultar. Realmente es lo que quería y yo expresaba lo que sentía, porque para decir mentiras y crear una personalidad que no era la mía prefería no hablar. Esta era yo y nunca había tratado de esconderme.

55. vanesa se desnuda

Yo pensaba que ya estaba bien, pero mi interior seguía gritando. Me ilusioné al pensar que podría tener algo con Marcos. Fui una ilusa. Me di cuenta cuando Lucía me comentó sus sospechas sobre su sexualidad y también me percaté de mis pocas posibilidades con él en nuestra última conversación en persona el día de la cafetería. Te juro que yo pensaba que le estaba empezando a gustar, le notaba interesado por mí, interesado en verme, interesado en conocerme más allá de ser la amiga de su hermana..

A mí nunca me salían bien las cosas. Desde que mis padres murieron yo me quedé totalmente sola, sin hermanos, sin amigos verdaderos… solo unos tíos que me acogieron, pero que se fueron desprendiendo de mí de forma gradual. Lo de Ruper fue lo que me terminó de ahogar. Yo me entregué totalmente y él me lo pagó así. Llegué a culparme de su infidelidad y hoy por hoy, creo que tengo parte de responsabilidad porque me dejé y nos dejé. Abandoné todo esfuerzo y solo me quejaba de todo. Me centré en mi mala suerte. Nunca he tenido una personalidad muy fuerte y siempre me he dejado llevar por la corriente. Ser un palo en el río no llena a nadie. Me olvidé de tener sueños, me olvidé de luchar y me sumí en la apatía..

Encontrar a Marcos en ese momento me devolvió el alma y las ganas de buscar mis propias metas. Él me daba consejos que realmente me llegaban al corazón. Lo que me decían los demás me entraba por un oído y me salía por el otro. Solo Marcos era capaz de hacerme captar el mensaje por su falta de reproche al hablar, por su tacto, su sonrisa, sus palabras perfectas… Él me ayudó a encontrar motivos para seguir en este mundo. Te confieso que más de una vez pensé en desaparecer y como me faltaba valor, me metía en la cama hora tras hora y día tras día. Eso hacía que se me pasaran los días sin casi darme cuenta y sin casi llorar. Marcos fue mi salvador y le estaré eternamente agradecida. Cuando me dijo que no quería nada conmigo me prometí alejarme de su vida, pero él no me dejó hacerlo. Él seguía preguntándome, buscándome… y yo más pensaba en él. Poco a poco dejó de hacerlo y yo no me daba cuenta de que él también quería alejarse, pero que no quería hacerlo de forma brusca. Yo solo pensaba en él. Quería

conseguir los objetivos que marcamos juntos para que él me viera exitosa y no como la perdedora e insegura de siempre. De esto no hablé con nadie. Marcos era con quien yo podía ser yo y ya no le tenía.

Las chicas eran una piña y yo no me sentía parte de esa piña, yo no me sentía divina a pesar de llevar el zapato de tacón tatuado en mi piel, yo nunca era imprescindible para ellas… Además, que Lucía fuera la hermana de Marcos no ayudaba, sino todo lo contrario.

Un día decidí llamar a Marcos después de frenarme en multitud de ocasiones. Me contestó a la tercera llamada.

<Hola, Vane. ¿Cómo estás?> contestó él tan amable como siempre. Oír su voz disparó mi corazón.

<Hola, Marcos. Hace tiempo que no hablamos y quería saber cómo estabas.>

<Muy bien. Liado, como siempre. *Work, work, work*…> sentí que sonreía. <¿Cómo vas tú?>

<Yo bien, aunque echo de menos nuestras charlas tan sanadoras.>

<Ya, yo también, pero el deber me llama.>

<¿Te apetece que nos veamos cuando tengas un hueco?> pregunté con la sensación de estar lanzándome al río.

< Mmm vale, cuando tenga un ratito te aviso.> dijo dudoso.

<El domingo no trabajas, ¿no?>

<No, pero ya tengo planes. Yo te llamo. Escucha, Vane, tengo que dejarte que me estaba preparando la cena.> me pareció escuchar la voz de una chica pronunciando su nombre.

<Vale, ya hablamos, que estás ocupado.> dije antes de colgar.

Me dije en voz alta que ese chico no era homosexual. No entendía cómo Lucía había llegado a pensar eso. Me dio coraje escuchar la voz de esa chica. Me dio muchísima rabia. Estarían los dos en la nueva casa de Marcos, haciendo la cena juntos, riéndose, hablando sobre temas profundos… seguro que ella también se embobaba mientras le escuchaba filosofar. La mayoría de chicos son muy simples y no saben escuchar, no se implican en la complejidad de una mujer. Pero él era tan diferente, tan sereno y reflejando tanta paz que te hacía poner a punto todos los chacras. Él sabía atenderme y luego contestar de forma sincera, de modo que me hacía pensar que mis sentimientos eran compartidos, que él lo sentía conmigo y que repartíamos el peso del dolor, de tal forma que no cargaba sola con ese sentimiento. Era muy reconfortante hablar con él mientras le

miraba a los ojos y a los labios. Pero él no quería repetir, él no sentía lo mismo que yo. Quizá para él no era tan reconfortante. Y pese a haber sido sincero y haberme dicho que no quería nada conmigo, yo creía que seguía teniendo posibilidades con él, pensaba que un día se daría cuenta de que me necesitaba y llamaría a mi puerta. Sin embargo, los días pasaban y yo me volvía loca porque debía frenarme nuevamente para no insistir, sabiendo que me pondría alguna excusa suave y delicada para llegar a la misma conclusión de siempre: Marcos no quería quedar conmigo porque yo no le gustaba. No había más vuelta de hoja.

56. teresa se desnuda

Mi vida estaba totalmente patas arriba. Soñaba con un cuento de hadas y vivía en una auténtica pesadilla. Odiaba a Chema y él me odiaba a mí. Cada vez pasaba más tiempo en mi casa y la convivencia era insoportable. Mi madre no me creía porque delante de ella era un dulce caramelito con ambas. Estar en mi casa era un maldito infierno.

Mi novio, mi primer novio, la persona a quien le había entregado mi cuerpo y mi corazón por primera vez… Él, en quien confié ciegamente, me engañó y ya dudaba de su versión. A veces pensaba que era una milonga y otras tantas creía que sus palabras podían ser ciertas y quería ir corriendo a darle otra oportunidad. ¿Y si todo pasó como me lo contó? ¿Y si fue todo fruto de la confusión por volver a Milán sumado a los efectos del alcohol? Yo seguía enamorada de él y me estaba haciendo la dura para que él no me hiriera, pero esa situación me estaba hiriendo más que su traición. Separarme de él era peor que un terremoto.

Jorge llevaba días sin insistir en hablar conmigo, yo misma se lo pedí en varias ocasiones y esa vez estaba siendo obediente. Pero yo quería que no lo fuera, quería que se arrastrara y me siguiera demostrando que él me necesitaba y que iba a luchar por mí hasta que yo decidiera que podíamos volver. Más de una semana sin saber de él y yo me estaba volviendo loca. Creía que era mi turno para mover ficha. Posiblemente había sido muy dura con él. Equivocarse es de humanos y seguro que después de todo yo ya había mostrado que conmigo no podía jugar y no se volvería a repetir.

Teresa: <Hola, Jorge. Hace días que no sé
nada de ti. Sé que te lo pedí yo misma y
realmente me ha venido bien para pensar.
Creo que debemos hablar. ¿Podemos vernos?>.
Jorge: <Hola, preciosa. Quería darte el
espacio y el tiempo que necesitas. ¿A qué
hora sales hoy de clase? Si quieres paso a
por ti con el coche y cenamos juntos.>
Teresa: <Hoy salgo a las 20:45h. Podemos
ir a la pizzería del centro, ¿te parece bien?>.

Ese día vino a por mí en el coche porque sabía que me daba rabia que se me enredara el pelo en la moto y hacía un poco de frío en marzo por la noche. Yo estaba muy nerviosa y contenta porque iba a decirle que lo que yo quería era estar con él, quería que me prometiera que eso no volvería a ocurrir para así poder estar tranquila y segura de nuestra relación. Estaba convencida de que jamás volveríamos a separarnos. Me puse guapa para él: alisé mi pelo concienzudamente, me maquillé resaltando los ojos, me puse unos vaqueros ceñidos y un jersey ajustado marrón clarito. Encima llevaba mi abrigo de paño granate con líneas beis haciendo cuadros grandes. Ardía en deseos de juntar mis labios con los suyos, ardía en deseos de volver a olerle y saborearle. Me moría por sentir su piel pegada a la mía. Y ahí estaba él, con su jersey verde con cuadritos negros y su pantalón chino negro. Sujetaba el volante con su mano derecha mientras que con la izquierda me saludaba y me pedía que entrara en el coche. Fue raro que no se bajara para besarme y abrazarme, pero sabía que no se quería arriesgar porque desconocía cómo sería mi reacción..

En el coche hablamos sobre cosas superficiales: <cómo estás, qué tal van las cosas en casa, cómo va el curso… bla bla bla.> Cuando llegamos a la pizzería, después de pedir las bebidas me dijo:.

—No puedo creerme que estemos aquí juntos, pensaba que no volvería a ocurrir.

—Yo tampoco me lo creo. Te he echado de menos, pero necesitaba pensar y tú necesitabas recibir una lección. —contesté con media sonrisa.

—Yo también te he echado de menos, princesa. —musitó cogiendo fuertemente mis manos.

—Yo no quiero remover mucho la mierda, no estoy aquí para eso. No quiero que dediquemos mucho tiempo a ese tema, solo quería decirte que me da igual cómo pasaran las cosas y que me prometas que no volverá a ocurrir. Voy a confiar una vez más en ti y prometo olvidar lo ocurrido. Quizá necesite un poco de tiempo para que todo vuelva a ser como antes, pero estoy segura de que será así. Nos queremos y el amor puede con todo.

— Teresa —me interrumpió de golpe cabizbajo—, tengo que decirte una cosa. Es algo importante.

—Uy, no te veo muy feliz, esperaba otra reacción. ¿Qué tienes que decirme? —pregunté con temor.

—Verás, yo… yo… —Jorge no arrancaba, algo no iba bien y yo me sentía la chica más tonta del universo.

—Escúpelo ya, por favor. —exigí.

—Lo que escuchaste en el baño el día que volví de

Milán sí fue lo que parecía.-empezó a decir.

— ¿Qué quieres decirme? Explícate.

— Teresa, yo te quiero. He llegado a sentir por ti algo muy grande, por eso decidí quedarme aquí en lugar de volver a Milán, tal y como tenía pensado antes de venir. Tú sabes que yo venía aquí para pasar el verano, pero me enamoré de ti y eso es totalmente cierto. Yo lo acababa de dejar de muy malas maneras con esta chica antes de volverme, pero yo quería hacer allí mi vida. Lo cambié todo por ti, por nosotros. Pero aquí no encuentro trabajo y ella me ha encontrado uno allí.

—No entiendo nada, Jorge. —dije frunciendo el ceño.

—Yo pensaba que lo nuestro se había terminado para siempre por mi culpa. Ir a Milán ese fin de semana fue un gran error. Yo no quería verla, pero al verla todo se me desmoronó. Mis planes de aquí perdían fuerza y la posibilidad de poder trabajar allí me atrajo. Me emborrachó el alcohol, pero también la sensación de estar allí, con los amigos de allí…

—Y con ella, ¿verdad?

—Quizá también tiene algo que ver, pero no es lo importante. Sin ti, aquí no me ata nada.

—Pero Jorge, te estaba diciendo que quiero que volvamos a intentarlo.

—Pero es que, Teresa, he aceptado el trabajo de Milán y en dos semanas empiezo.

—¿Pero no pensabas contarme nada? ¿Y yo dónde quedo? ¿Dónde estamos nosotros dentro de tus planes? —le interrogué furiosa.

—Lo siento muchísimo. Has sido muy especial para mí, pero estoy ilusionado con el nuevo proyecto. Aquí no tengo ninguno y lo que me ofrecen allí es perfecto.

—¿Sigues hablando con ella?

—Sí —se puso las manos en la cara. —Perdóname. Perdóname, por favor.

—¿Te das cuenta de lo gilipollas que soy? ¿Te das cuenta de que te estaba perdonando una infidelidad con muchas mentiras? ¿Te das cuenta de que tiras a la basura todos nuestros sueños juntos? —no quería llorar, no quería soltar una sola lágrima más por él, pero noté cómo no podía controlar mi llanto.

Me terminé de un trago la cerveza que me quedaba en el vaso y sin esperar a que nos trajeran las pizzas le dije que me quería ir de ahí. Tenía ganas de gritar y en el restaurante no quería seguir dando el espectáculo. Quería pegarle. Quería quitarme esa sensación de gilipollas. Quería echar atrás el tiempo y no haber deseado volver con él. Mejor aún, quería retroceder hasta el día que le volví a ver. Deseaba eliminar los recuerdos con él, tanto los buenos como los malos. Pero eso no era posible. Él insistió en quedarnos a cenar para suavizar el asunto y yo no quería seguir hablando con él ni tenerle cerca.

—Teresa, por favor, no te pongas así. Vamos a hablarlo con calma. —rogó aún sentado en la silla.

—Tú haz lo que quieras. Yo no me voy a quedar aquí. —dije levantándome y colgando mi bolso en el hombro. .

Se levantó y se acercó a la barra para que le pusieran la pizza en una caja. Pagó y nos fuimos..

De camino al coche no dije ni una sola palabra en voz alta, pero en mi interior había mil insultos dedicados a Jorge. No todos los insultos eran para él, algunos eran para mí. Por ingenua, por tonta, por débil, por vestirme guapa para él, por querer volver con él, por haberle perdonado….

Él me pedía calma, me pedía que le escuchara y yo no podía hacerle caso. Al entrar en el coche le dije que me llevara a mi casa y él no arrancaba el motor del coche.

—Teresa, no quiero que esto acabe así. Ha sido muy bonito lo que hemos vivido. —dijo él mirando al frente.

—Haber pensado antes cómo hacías las cosas. Yo creo que en todo momento me he portado genial contigo y no estás en situación de pedirme nada, Jorge. No sé qué esperas ahora de mí, no pretendas que te dé un besito en la frente y me despida deseándote lo mejor. Quiero irme a casa y no volver a saber nada más de ti.

—Llevas razón, es mi culpa. Tú has sido maravillosa siempre conmigo, pero esto no lo he planeado. Teresa, mi intención nunca ha sido hacerte daño.

—Pues siento decirte que no has conseguido tu propósito. Me has hecho daño y mucho. Pero vamos, esto se me pasa a mí en tres días, no te pienses que me voy a quedar deprimida y sin querer vivir. Para mí no tienes valor, no vales nada.

—No seas tan dura conmigo, princesa. —imploró tocándome la cara.

—No me llames princesa, no me toques. Arranca y llévame a mi casa de una maldita vez. Si no lo haces me bajo del coche y me voy en taxi..

Arrancó y me llevó a mi casa. Vi cómo se derramaba una lágrima por su mejilla, pero no me conmovió. Le miré como si con la mirada pudiera matarle y me bajé del coche sin mirar atrás. Anduve todo lo rápido que pude hacia la puerta de mi casa y me metí en el ascensor. Apagué el móvil y me puse el pijama en cuanto llegué a mi habitación. Me desmaquillé y me comí un par de galletas de chocolate mientras mi cabeza emitía mil mensajes. Algunos de ellos contradictorios, pero todos negativos. .

Me prometí no contestar a ninguno de sus mensajes, ninguna de sus llamadas. Jorge no había existido para mí. Mi mejor antídoto fue ponerme *La Sirenita*. Me dormí a los veinte minutos. Desde ese momento, sería el “sin nombre”. Adiós, Jorge. Hasta nunca.

57. MEGAN SE DESNUDA

Hacía mucho tiempo que no me sentía tan mimada y atendida. Miguel me estaba haciendo tener una nueva y enorme ilusión. Ahí vi lo ninguneada que estuve con Pedro. Me di cuenta de que él me modeló como le dio la gana, hizo que yo normalizara esa relación. Al principio me cautivó su alternativa forma de ser, esos comentarios de quien no quiere sentirse parte de una relación usual, la rebeldía hacia lo que dicta la sociedad… pero después me pasó factura. Y no estaba enamorada, era adicta. Estaba enganchada a alguien muy tóxico, alguien que llenaba mi vida de color negro, alguien a quien solo le podía decir las cosas positivas porque ante las negativas se convertirtía en el dios de la furia y yo me hacía pequeñita y sumisa. Al final de todo, siempre tenía yo la culpa. Cada uno de sus actos, cada una de sus feas e hirientes palabras, cada una de sus malas reacciones eran causadas por mí. Y yo pedía perdón. Pedro nunca me quiso y no lo ocultaba. Él no me decía que me quería, sino que estaba cómodo y bien con ese tipo de relación. El tío de los huevos ni se esforzaba en mirar por mí. Y yo, tonta y más que tonta, me arrastraba por miedo a perderle. Al final, me di cuenta de que ganaba. Al perderle, ganaba.

Con Miguel empezó todo poco a poco y sin darnos cuenta. Nos gustábamos y fue inevitable demostrárnoslo. Primero hubo muchas clases en el instituto, pero después de varias clases en su casa ya ni mencionábamos el inglés como excusa para vernos. Los mensajes subían de tono y las miradas también. Nos daba miedo que pudieran pillarnos, principalmente por él, porque era su trabajo y era algo serio.

Recuerdo un domingo en su terraza tomando el sol hablando del futuro.

—Ya te queda poco para terminar el curso y entonces podremos salir cogidos de la mano y hacer oficial lo nuestro. —me dijo mientras me acariciaba el muslo.

—Ahora que no hace mucho calor me parece bien estar en casa, pero cuando suban las temperaturas podríamos salir más, siempre hacemos lo mismo aquí en tu casa. —me quejé poniéndole morritos.

—Megan, Megan… el sábado que viene vamos a ir a cenar a un sitio precioso, te vas a tener que poner tus mejores galas, aunque a mí como más

me gustas es desnuda. —dijo muy cerca de mis labios, justo antes de besarlos con pasión.

—Nunca hemos salido a cenar, ¡qué ilusión! —exclamé con la sonrisa más grande de mi vida.

—Megan, gracias por comprender esta situación. Eres muy madura y eso me hace olvidar que te saco unos cuantos años.

Desde nuestra primera vez, cada beso desembocaba en sexo. No podíamos darnos un beso y finalizarlo sin más. Me acuerdo perfectamente de aquel día, lo pienso y todavía se me ponen los pelos de punta. Fue una de las primeras veces que yo iba a su casa, creo que la tercera, si mal no recuerdo. Nada más entrar por la puerta de su casa, me recibió como siempre, apoyado en el marco de la puerta con las piernas y los brazos cruzados. Esa vez, cuando me dejó pasar, me cogió del brazo y me arrimó a él con fuerza. Sin darme tiempo para reaccionar, me besó. Me besó de una forma entre violenta y tierna y yo me deshice. Me aparté cuando me clavé el pomo de una de las puertas en la espalda. No pudimos parar de reírnos, aunque debo confesar que me hice bastante daño. Nos pusimos en la mesa dispuestos a estudiar, pero no hubo manera de concentrarse. Hablábamos de todo, menos del temario de inglés, pretendía explicarme los condicionales en el oído, mientras me llenaba de besos y me acariciaba. Uno de esos besos nos desató y las caricias empezaron a hacerse por debajo de la ropa. Me cogió y me sentó en la mesa, toda llenita de papeles y bolígrafos.

—Megan, si quieres paro. —dijo mirándome a los ojos.

—No quiero que pares. —contesté sin pensar.

Continuamos besándonos, lamiéndonos y tocándonos. Nos sobraba la ropa. Nos sobraban las ganas de comernos. Me deslizó la camiseta de manga francesa que llevaba, yo le quité a él la suya, con sonrisa pícara y mirándome fijamente a los ojos me desabrochó los pantalones, bajó muy lentamente la cremallera aumentando mis ansias. Me quedé en braguitas y sujetador encima de la mesa mientras él me acariciaba sin dejar de sostenerme la mirada. Me quitó hasta los calcetines. Empezó a tocar el contorno de mis bragas introduciendo levemente los dedos. Yo abrí las piernas para facilitarle la tarea. Con las dos manos, me tocaba los muslos subiendo hasta las ingles y me daba besos allá por donde tocaba. Yo estaba empapada y tenía la boca seca. Uno de los dedos se introdujo por las bragas de forma que pudo acariciar mis labios íntimos. Lo hacía de tal manera que

el deseo llegaba a niveles desorbitados, dejándome impaciente. Me retiró las bragas y observó mi vulva, resopló y se mordió el labio inferior.

—¿Tengo carta blanca para hacer lo que yo quiera o tienes pudor con algo? —preguntó pidiendo permiso.

—Soy una señorita refinada fuera de este contexto. —contesté cediéndole todo el permiso del mundo.

Bajó a mi entrepierna, abrió los labios con sus dedos y detectó el clítoris con su lengua. Qué gustazo sentí. Se recreó unos minutos ahí abajo y pude sentir cómo me iba, cómo me mareaba, cómo mis brazos no sostenían mi cuerpo… Al levantarse me cogió en brazos y me llevó a su dormitorio. Me retiró totalmente las bragas y él hizo lo propio con su ropa interior. Me desabrochó el sujetador y lamió mis pezones, dejando caer algunos pequeños bocados que me hacían gemir de gusto. Se tumbó en la cama boca arriba y vi cómo su erección se mantenía tiesa. Estaba bien dotado. Me acerqué con cara de guarrilla y sin dejar de mirarle, lamí su pene. Él cerró los ojos e introduce su miembro dentro de mi boca, subiendo y bajando de forma acompasada. Apretaba con mi mano derecha la base de su pene cuando la punta me llegaba a la garganta. Disfrutó mucho, lo sé. Se lo vi en la cara, lo noté en el pene y hasta en los dedos de los pies. De pronto, me frenó y se acercó a mis labios para besarlos. Me tumbó boca abajo en la cama y me penetró acostado encima de mí.

—No me pienso despegar de tu piel en todo el día. —me susurró..

Jamás había probado esa postura y no sabía que fuera tan placentera. No me sentía cómoda gimiendo, pero ya no me podía reprimir, necesitaba gritar porque ese gusto no era normal. Qué bien se movía. Fue tan maravilloso que ese día comimos pizza en la cama. Creo que lo hicimos cinco veces. ¡Cómo olvidar aquel día! Ese fue el primero de aquella historia que tanto me marcó.

58. LUCÍA SE DESNUDA

Casi dos semanas después de ingresar a la hermana de Carola, Santi me llamó para darme la horrible noticia de que había fallecido. Estaba destrozado. Una niña de doce años… qué pena tan grande. Santi no apareció en mucho tiempo por el instituto. Mandó un comunicado contando lo ocurrido y se reincorporaría después de las vacaciones de Semana Santa para hacer todos los exámenes. Tres días después de que falleciera, vino a verme a mi casa una mañana. A Carola le dijo que se iba a correr para liberar tensiones y aprovechó para venir a verme. Me dijo que necesitaba un abrazo mío y yo lloré sin consuelo. Lloré por la pequeña Tania. Lloré porque me imaginaba el dolor de la familia. Lloré por Santi. Lloré por nosotros.

Santi llegó a mi casa con los ojos rojos y unas grandes ojeras. Se notaba que no dormía nada bien y que lloraba con frecuencia. Nada más verme, se abalanzó sobre mí y rompió en llanto. Le acompañé. Me salió solo. Es ver a alguien llorar y se me contagia, además de ser un tema que me apenó aunque no conociera a la niña.

Fuimos a la cocina y preparé dos cafés, el descafeinado para él y el capuchino para mí. No me quería soltar y no quería que le viera llorar.

—Te necesitaba, pequeña. No sabes cuánto te estoy echando de menos. —dijo sin apenas voz.

—Me tienes aquí contigo, mi vida.

—Estoy perdido, Lucía. No sé qué tengo que hacer.

—¿A qué te refieres?

—A todo… y a nosotros. —contestó mirando su café.

Creía que se me paraba el corazón. Ese “nosotros” sonaba a dudas, sonaba a final. Pero no le culpaba porque en esa situación era lo que tenía que hacer. No me habría perdonado a mí misma no entender que lo nuestro tenía que llegar a su fin.

—Bueno, ahora no pienses en eso. Esto es un golpe duro y solo juntos tenéis que superarlo.

—Yo pensaba que se iba a recuperar, te lo juro. Tenía doce años, solo doce años y era tan buena, se le veía tan positiva, con tanta fuerza… No hay

derecho, Lucía.

—Y ¿cómo están Carola y sus padres?

—Pues fatal. Ellos también pensaban que lo iba a superar, aunque los médicos no eran muy optimistas. No se lo creen. Es que esto es increíble.

—Madre mía. No sé ni qué decirte. No me puedo imaginar ese dolor tan grande que debéis de sentir.

—Pequeñina mía, sí que tenemos que hablar de nosotros. —musitó mientras se levantaba de la silla de mi cocina para cogerme la cara con delicadeza.

—No quiero, porque sé lo que me vas a decir. —dije con cara triste mirándole a los ojos.

—Te juro que esto que siento por ti es muy grande, pero me siento tan mal… Ella con esta situación tan dura y yo sin dejar de mentirle para poder verte, para poder llamarte, para poder escribirte, para poder ver nuestras fotos, para poder pensar en ti… me siento un traidor y ella no se lo merece. Si ella no estuviera en esta situación, te aseguro que me iría de su lado, pero no puedo. —me susurró con sus labios pegados en los míos.

—Lo entiendo, mi vida. Sé que tenéis que estar juntos en esto. Sería muy cruel por nuestra parte si continuáramos.

No dijo nada. Me contestó con un beso lento y mojado por nuestras lágrimas. Recuerdo ese momento como si fuera ayer. Recuerdo cómo me acariciaba, cómo me miraba…

—Lu, necesito tenerte una vez aunque sea.

—Santi, nos haría más daño. No debemos hacer nada que nos una más.

—Déjame decirte adiós. —suplicó en mi oído mientras me besaba.

—Pero es que no es así como quiero hacerlo contigo. Estoy enamorada de ti hasta las patas. Piensa en cómo nos vamos a quedar después.

—Tienes razón, perdóname.

—Yo normalmente soy de hacer las cosas sin pensar, pero en esta ocasión no quiero ser impulsiva. Aunque sea en contra de mi voluntad.

—Es que es pensar que no te voy a volver a besar, a tocar y que nunca estaré dentro de ti y me pongo fatal.

Seguimos dándonos besos mojados y con mis bragas mojadas. ¡Qué manera de llorar! Pocas veces en mi vida había llorado así, con esa desazón, con esa desolación y con esa impotencia. Era un llanto que me desgarraba por dentro. Era una despedida. Una despedida sin querer despedirnos, simplemente porque sabíamos que lo teníamos que hacer. En nuestra

manera de besarnos, de mirarnos, de hablarlos, de tocarnos… se notaba que ninguno de los dos quería formar parte de esa despedida.

Yo lo sabía desde el principio. Tenía clarísimo que al final esto me iba a explotar en la cara. Sabía que me salpicaría hasta tal punto de dejarme huella, de marcarme el alma. Lo que no me imaginaba cuando le conocí era que me cambiaría la vida y que no sería la misma. Después de ese día, nos escribimos en un par de ocasiones antes de volver a vernos en el instituto, después de las vacaciones de Semana Santa. No era sano para nosotros mantener el contacto y decidimos que lo mejor era crear distancia entre ambos para que pudiéramos superarlo lo antes posible.

Las primeras semanas fueron complicadas, pero me acostumbré a no tener noticias suyas y a no esperarlas. Entendí que él no era para mí y le empecé a buscar en otras caras, pero no había rastro de él. No pude encontrar a Santi en otros chicos, no pude encontrar su sonrisa en la sonrisa de otra gente y no permitía que nadie más me llamara “pequeña”. Me consolaba saber que segundo de bachillerato era más corto y después de las vacaciones quedaría poco más de un mes para seguir viéndole. Intenté centrarme en el examen de acceso a la universidad y en buscar algo que me llenara para poder estudiar. Siempre me había gustado algo relacionado con la organización de eventos, así que me informé de las carreras que estuvieran conectadas a eso, de la nota que pedían para acceder, las asignaturas que debía cursar, las salidas laborales…

Parecía que mi vida estaba tomando forma. Después de haber sido una cabra loca y tener un alma impulsiva, todo pintaba a que podría encauzarme y encaminar mi vida de forma sensata. Todo ello sin él, sin Santi. Podría tener un adosado en la playa custodiado por un Golden Retriever, pero sin él a mi lado cumpliendo esos sueños nada sería lo mismo. Esos sueños no me pertenecían solo a mí, eran así de bonitos porque los compartía con él.

59. ELISA SE DESNUDA

Volver de Madrid era una mierda. Rodri y yo nos echábamos de menos cuando estábamos separados, por lo que hablábamos constantemente por teléfono. Nos encantaba el pisito y la vida que teníamos allí, aunque Rodri cada vez trabajaba más y podía compartir menos tiempo conmigo. Cuando estábamos juntos, a veces seguía trabajando. El puesto que ocupaba tenía más responsabilidad que el de Alicante y requería más horas, más reuniones y más trabajo en casa. Yo comenzaba a quejarme y eso a él no le gustaba. Yo ya me cruzaba para todo el fin de semana. Me encerraba en mí misma y solo podía estar de mal humor. Ya conoces a mi trabajadora y destructora cabeza..

—Es que si vengo para estar contigo y no sacas tiempo para mí, dime qué hago aquí. —le decía cada vez con más frecuencia.

—Elisa, bonita, no estoy jugando a la videoconsola, estoy trabajando, no sé si lo ves. —contestaba con seriedad.

—Sí lo veo, pero para ver la televisión sola no hago 400 km. —refunfuñaba de mala gana.

—Pues si no puedes entender que tengo que trabajar, ya sabes.

—¿Qué sé?

—Que no vengas, porque me pones nervioso e incómodo con esos comentarios. Me haces sentir que te estoy dejando abandonada y tengo que trabajar.

—Pues el fin de semana que viene no vengo y así trabajas tranquilo y cómodo.

—Pues mejor, porque me estoy hartando de verte de morros..

Al final siempre hacíamos las paces, pero esa conversación cada vez se repetía con más frecuencia y cada vez duraban más los enfados. Yo notaba que las ganas empequeñecían, las llamadas y mensajes se distanciaban más en el tiempo, lo mismo que las palabras bonitas y los detalles. Comencé a notarle más rancio de manera progresiva, más ocupado y menos disponible para mí, menos soñador y más realista. Estando a su lado en el sofá llegué a echarnos de menos. A él y a nosotros, a los que éramos cuando empezamos. Mil veces me arrepentí de que aceptara el trabajo en Madrid. Estar en

Madrid dejó de ser mágico. Nuestra relación dejó de ser mágica y yo me estaba muriendo por dentro..

—Eli, el próximo fin de semana tengo una conferencia y será mejor que no vengas porque no estaré casi en casa.

—¿Vamos a estar dos semanas sin vernos? —pregunté de mal humor.

—Cielo, de todo te quejas. Tampoco pasa nada. También querrás estar con tus amigas. Aprovecha este fin de semana para estudiar, que no estás dedicándole mucho tiempo y dentro de nada es la Selectividad. —contestó ceñudo.

—Parece que te da lo mismo no verme en dos semanas. —dije elevando la voz.

—Pero ¿qué parte no entiendes? Tengo que trabajar. Ah, y diles a tus amigas que no vengan en Semana Santa. —su voz también se endureció.

—Pero si queda poco tiempo y ya está todo preparado.

—Es que en ningún momento me has preguntado si me parecía bien y es mi casa, que no se te olvide.

—Rodri, te desconozco. Pensaba que también era mi casa.

—Pues no veo que pagues la mitad del alquiler ni la mitad de los gastos.

—Te estás pasando. Ahora yo tampoco voy a venir en Semana Santa.

—Pues mejor, porque cuando estás aquí no me dejas hacer nada que no sea estar contigo. Quieres exclusividad y me estoy empezando a ahogar..

Me callé e intenté relajarme. Me metí al baño a llorar porque veía que nuestra idílica historia tambaleaba. Con la ilusión y las ganas que yo le había puesto a lo nuestro, estaba viendo cómo él hacía su vida en Madrid sin contar conmigo. Los compañeros del trabajo le proponían planes para el fin de semana y se enfadaba porque yo no quería que los hiciera si no era conmigo, pero era lógico. Si yo iba dos días era para estar con él, no para estar sola en su casa o pasearme sola por Madrid. Él pretendía irse el viernes por la noche con los compañeros a tomar cerveza o el sábado a cenar, pero no solía decirme que le acompañara..

Aquel fin de semana que se suponía que no iba a ir sí fui sin que él lo supiera. Quería darle una sorpresa y firmar la paz para siempre. En el tren, de camino a Madrid, me prometí no hacer ningún comentario que le sentara mal, me prometí ser más comprensiva con él y respetar que tenía que trabajar. Lo arreglé para llegar antes de su hora de salida para poder organizar una cena romántica. Entré al piso con mi llave y miré en el

frigorífico para ver lo que faltaba e ir a comprarlo. Cuando estaba terminando las compras le escribí un mensaje para ver cuánto tiempo tenía.

Elisa: <Buenas tardes, bonito mío.
Me da pena que este fin de semana
no podamos vernos. Esta semana
se me va a hacer eterna. Te quiero, gordi.>.

Rodri: <Bonita, ya voy de camino a
casa para descansar. Mañana me espera
un aburrido sábado en la conferencia.
A mí también se me va a hacer larguísima
esta semana. Te quiero.>

Me fui corriendo al piso para llegar antes que él. Cuando llegué no había nadie y me puse manos a la obra. Hice una ensalada completa, unos huevos rellenos y una hamburguesa bien cargada, como le gustaba a él. Decoré la mesa con las copas de vino, un par de velas y algunos pétalos de rosa esparcidos por la mesa. Cuando terminé habían pasado unos cuarenta minutos y Rodri no había llegado. Yo me moría de hambre y estaba a oscuras en el sofá casi dormida. Hora y media más tarde seguía sin llegar y de su trabajo a casa tardaba unos quince minutos. Decidí volverle a escribir por si todo iba bien.

Elisa: <Amor, ¿quieres que hagamos
una videollamada mientras cenamos?
Así parece que estamos cenando
juntitos como cada viernes.>

Rodri: <Perdona, ya he cenado cuando
he llegado a casa. Me he hecho una pizza
y me acabo de meter en la cama.
Buenas noches. Mañana te llamo.>

Vamos a ver. Me dijo que había llegado a casa y se había hecho una pizza, el muy cabrón. Yo era la que estaba en su casa y allí no estaba él. La casa era muy pequeña y de haber estado allí, le habría visto. Me estaba mintiendo. Ardí en llamas y le llamé, pero no contestó. A la cuarta llamada, el teléfono estaba apagado. Me tomé un par de huevos rellenos, piqué un poco de la ensalada y me quedé en el sofá con la televisión encendida. Me costó dormirme más de dos horas. No sabía lo que estaba pasando y no podía comunicarme con él. Cuando desperté eran más de las nueve de la mañana y leí un mensaje suyo.

Rodri: <Buenos días, bonita. Acabo de ver tus llamadas. Me quedé frito en cuanto te escribí el último mensaje. Hoy estaré en la conferencia todo el día, así que no podré estar pendiente del teléfono. Cuando llegue a casa te llamo. Que tengas buen día. Te quiero.>.

¡Qué cínico, dios mío! Busqué rastros de esa maldita conferencia por los papeles del piso. Ya dudaba de que eso fuera cierto. No vi nada, pero eso no era ninguna prueba. Ahora me tocaba estar todo el sábado encerrada en su casa, sola y rayada. No pude evitar mandarles un mensaje a las chicas. Necesitaba desahogarme y que me aconsejaran qué hacer. No sabía si esperarle y hablar con él o marcharme a mi casa en el primer tren que encontrara. Estaba claro que no iba a recoger la casa. Ahí se iban a quedar los huevos, las hamburguesas, la ensalada, las velas y los pétalos de rosa. Quería que viera que yo había estado ahí y que me había mentido. ¿Cuántas veces más lo habría hecho? Si esta fue la que yo vi, él estando de lunes a viernes solo en Madrid y yo sin ver nada, creyendo todo lo que decía… ¿cuántas mentiras más me habría tragado?.

Las chicas me aconsejaron que me fuera a Alicante y organizaron una reunión de divina en apuros para cenar juntas esa noche. Antes de salir de esa casa, hice lo que me dijeron: dejé mi llave, cogí todas mis pertenencias y le dejé una nota encima de la mesa donde estaba toda la cena del día anterior: <He venido a sorprenderte, pero la sorpresa me la he llevado yo>..

A las 16:05h. salió mi tren rumbo a Alicante y allí me esperaban mis divinas. Todas juntas en la estación, puntuales y guapas. Nos fuimos a casa de Teresa porque me dijo que con esas pintas no me iría a ninguna parte. Me dejó un vestido y unos altos zapatos de tacón. Me maquillaron y me peinaron. No había rastro del llanto en mi rostro con tanto corrector, tanto polvo y tanta máscara de pestañas..

Pensé en que tenía a las mejores amigas del mundo conmigo y que con ellas no necesitaría a nadie más. Los hombres siempre me traicionaban, pero ellas nunca.

El domingo por la noche recibí una llamada de Rodri. ¡El domingo por la noche!

<Elisa, lo siento.>

<Siéntelo, siéntelo mucho porque esto se ha acabado.>

<Te lo puedo explicar>.

<No lo necesito. No quiero saber qué estabas haciendo ni con quién. No me importa. Lo importante es que me has engañado. Has pasado el fin de semana fuera de casa y me has dicho que estabas en casa comiendo pizza y durmiendo. Ahora llegas y no puedes esconderte y yo ya no te creo. Lo que me vayas a decir no me lo voy a creer.>

Colgué.

EPÍLOGO

La vida es más bonita junto a ellas, las divinas. Las chicas son ese refugio donde todo está bien siempre, donde vuelo y donde hay paz. Juntas siempre somos más fuertes. Juntas, la pena es menos pena. Juntas, lo bueno es doblemente bueno.

En lugar de ir a Madrid, para pasar la Semana Santa nos instalamos en casa de Vanesa. Decidimos irnos juntas allí y estudiar para la Selectividad. Fue divertido hacer simulacros cronometrando el tiempo, preguntarnos dudas las unas a las otras y convivir juntas durante esas dos semanas. A la vuelta de las vacaciones tuvimos los exámenes finales. Después, en el último mes de curso nos centramos exclusivamente en hacer exámenes de Selectividad. Íbamos a un buen instituto, era estricto y exigente, lo cual nos ayudaba a ir bien preparadas.

Obviamente, siendo como éramos cuando estábamos juntas, no podíamos evitar sacar tiempo para hablar de nuestras cosas, hacer nuestras míticas rondas, reírnos y decir tonterías. No obstante, las últimas semanas estuvimos muy dedicadas a los estudios. Esto hizo que todas nosotras saliéramos victoriosas de la Selectividad. Santi también. Le vi en la lista de aptos y me alegré mucho. Nos dimos la enhorabuena en un escueto, pero cálido mensaje.

Santi: <Enhorabuena, pequeñaja. Vas a conseguir
todo lo que quieras en este mundo. Te deseo lo
mejor. Suerte, mi vida. Te quiero.>

Lucía:<Enhorabuena a ti también, mi amor.
Te quiere tu pequeña.>

Elisa se apuntó a *Crossfit* y se le dio muy bien, hasta tal punto de convertirse en entrenadora un año y pico más tarde. Lo compaginó con la carrera de Nutrición y Dietética. En el box realizó algún entrenamiento personal y los clientes se sintieron muy satisfechos. La tía era buena en eso. Realmente era lo suyo, sin duda. En cuanto al amor, Elisa no tuvo mucha suerte. Dejó de confiar en los hombres y cada vez que parecía que una relación podía funcionar, poco tiempo después dejaba de parecerlo y volvía a sufrir otro golpe. Seis meses después de romper con Rodri, se enteró de

que él ya estaba con una chica de su trabajo y tuvo que volver a la terapia con Marcos porque su inestabilidad emocional le dejó hundida. Martina se recuperó casi totalmente en unos dos años, aunque su humor nunca fue el mismo. Siempre estaba llorando, perdió la paciencia, saltaba con mucha facilidad, perdió el filtro mental y carecía de habilidades sociales.

Luna se fue a Vietnam con Noel cuando descubrió que Carlos había vuelto con su exnovia. Primero se fueron un año a Vietnam, después volvieron dos meses y se marcharon a Alemania, donde estudió alemán mientras vivía a cuerpo de rey. En su interior, algo le decía que no tuviera hijos con Noel y, aunque quisiera ser mamá y él insistiera, ella nunca veía el momento de intentarlo. Año y medio después, se dio cuenta de que jamás se podría enamorar de él. Llevaba años intentándolo y no había manera. Olvidarse de Carlos seguía siendo un difícil propósito. Dejó a Noel y se apuntó a un Ciclo Formativo de Turismo en Alicante, donde nos pudiera tener cerca a nosotras. El poder del tacón le trajo de vuelta.

Vanesa hizo el Ciclo Formativo de Auxiliar de Enfermería. Le llenaba cuidar a los demás y se sentía realizada con su trabajo. Se quedó trabajando en la clínica donde realizó las prácticas. Su jefe le dijo que con el amor que ponía en lo que hacía no podía prescindir de ella. Su *chonismo* se rebajó considerablemente, aunque seguían gustándole los lazos y el estampado de leopardo. Cuando se le nombraba a Marcos, para ella seguía siendo como un Dios, su amor platónico o su obsesión, aunque de una manera menos tóxica. En la clínica conoció a un enfermero muy interesado en ella y Vane, muy poco a poco, fue abriéndose a él. A nosotras nos encantaba ese chico para nuestra amiga.

Teresa hizo el Ciclo Formativo de Animación Sociocultural, después hizo varios cursos de formación complementaria para su Diplomatura en Danza Contemporánea que había realizado años atrás. Trabajó como monitora infantil en un lujoso hotel de Alicante. Además, por las mañanas trabajaba en un gimnasio como instructora de aeróbic, ritmo latino, gap, *spinning*… profesionalmente estaba cumpliendo sus sueños, en ese terreno era feliz. En cambio, en casa las cosas no estaban muy bien porque Chema y su madre se casaron y vivían juntos. La relación se hizo tan insoportable que decidió independizarse en casa de Vanesa. Compartirían los gastos y ese sería nuestro rincón divino, donde había divineo por doquier, donde los cafés divinos tenían lugar cada viernes. Jorge continuaba viviendo en Milán, lo

sabía porque se seguían en Facebook. Ah, y él seguía teniendo los dientes descolocados.

Megan y Miguel eran tremendamente felices. Los padres de ella no le aceptaron con facilidad, pero al ir conociéndole, ellos también se enamoraron de él, se enamoraron de cómo se miraban, de cómo se trataban, de cuánto se aportaban el uno al otro… y se olvidaron de la edad y de la forma en que se conocieron. Megan vivía prácticamente en casa de Miguel, no de forma oficial, pero era raro el día que dormía en casa de sus padres. Primero, ella hizo cursos de maquillaje para eventos, otro de estética, después hizo otro de asesoramiento personal… no dejó de sacarse títulos hasta que le pidieron a Miguel que se fuera a Reino Unido para poner en práctica el proyecto de su tesis doctoral. Ambos se fueron a Londres durante dos cursos académicos, algo que para Megan fue un tanto complicado en el comienzo de la etapa, pero a los tres meses ya chapurreaba el idioma y echó currículums en todos los centros de belleza de la zona. No tardaron en seleccionarla de varios tras hacerle una prueba, tenía un arte especial. De allí vino con mucha experiencia y soltura, además del buen nivel de inglés. Cuando volvieron, se instalaron definitivamente en casa de Miguel y dejó de ser la casa de Miguel para ser la casa de Miguel y Megan.

Yo hice la carrera de Comunicación y *Marketing* para después poder hacer el Máster de Protocolo y Organización de Eventos. Sabía que eso era lo mío. Aunque la carrera no me gustara mucho, era el puente para poder acceder al Máster. Durante esa etapa conocí a varios chicos, alguno me llegó a gustar bastante, pero ninguno como él. ¿Algún día podría olvidarle? Yo estaba bien, pero una parte de mí seguía con él. Suponía que con el tiempo lograría olvidarle, lograría volver a sentir algo por otra persona, tanto o más fuerte. Mientras hacía las prácticas del máster en un complejo hotelero, ayudé a la directora de eventos a realizar todo tipo de celebraciones: bodas, comuniones, cumpleaños, congresos, campeonatos de golf… era un trabajo que encajaba totalmente conmigo porque sentía que ayudaba a cumplir sueños. Pude ver a parejas enamoradas casándose con lo que nosotras habíamos organizado, niños ilusionados con su primera comunión, niños y adultos celebrando sus cumpleaños… era maravilloso. Infinidad de veces pensé en él, en que una de esas parejas podríamos ser nosotros, en si él ya era policía, en si era feliz con Carola, en lo felices que podríamos haber sido juntos…

Cada uno tenía su vida y yo estaba tranquila con la mía. Estaba unida a mis divinas y a mi familia y dedicándome a lo que más me llenaba. En el puzle de mi vida faltaba una pieza imprescindible y tenía que averiguar la manera de que no lo fuera. Tenía que averiguar la forma de llegar a sentirme totalmente completa y feliz sin él, feliz sin sentir que él me seguía faltando, feliz pensando en todo lo que sí tenía. Feliz porque cada vez que una divina estaba en apuros había cinco más que iban urgentemente al rescate.

AGRADECIMIENTOS

Las divinas, así nos llamamos nosotras. Los personajes de esta historia están inspirados en Paula, Rocío, Verónica, Sara, Lorena y en mí, pero no las historias. Solo la esencia de este libro es real, la amistad que nos une y el tacón tatuado en el costado. También es real el sentimiento de familia y que estando juntas lo malo es menos malo y lo bueno es mejor.

En el libro aparecen palabras que no son correctas, como por ejemplo: *la vestío, gorreo, montoná o una poquita*. En la vida real, nosotras hablamos así. Es nuestro vocabulario divino. Intentamos que sea solo entre nosotras, pero a veces se nos escapa fuera de las reuniones divinas y a la gente se le pega. Es genial. Nos encanta.

Esta idea empezó en un oscuro confinamiento debido al coronavirus (espero que no te suene). En esos meses encerrada en mi casa, devoré libros como una loca, hasta que un día decidí sentarme a escribir. Decidí plasmar parte de mi imaginación y hacer algo productivo, hacer algo que me ocupara las horas y descubrí que escribiendo se me pasaban volando.

Gracias a esas personas que se han leído estos capítulos de forma crítica, de forma lenta y observadora para captar erratas o decirme su opinión. Lara, Rocío y Paula, gracias especialmente a vosotras, por darme vuestra visión, por darme ideas, por ayudarme a seguir escribiendo. Vuestra adicción a estos capítulos y exigencias de más han sido un gran motor.

Gracias a todos los que me habéis apoyado solo por el hecho de verme feliz mientras hablaba de este proyecto, sin decirme ni una sola vez que esto era una tontería.

Gracias a María Molines por esta magnífica ilustración. Eres una gran artista.

Gracias a ti, Kiebi, porque te ilusionas conmigo, porque sonríes cuando te cuento lo contenta que estoy y me animas a seguir escribiendo.

Gracias a todas las personas que me han inspirado para hacer los personajes e incluso las historias.

Gracias a ti, que te has leído este libro. Te voy a contar un secreto: habrá segunda parte.